

SIEMPRE FUISTE
mi Julieta

MENCÍA YANO



Multiverso 

SIEMPRE FUISTE
mi Julieta

MENCÍA YANO

Multiverso 

Siempre fuiste mi Julieta

© Mencia Yano

© Grupo Editorial Omniverso, 2017

© Multiverso Editorial, 2017

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1546558835

Printed in Spain

Primera edición: mayo, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

«...Y estoy abrazado a ti
sin preguntarte, de miedo
a que no sea verdad
que tú vives y me quieres.

Y estoy abrazado a ti
sin mirar y sin tocarte.
No vaya a ser que descubra
con preguntas, con caricias,
esa soledad inmensa
de quererte sólo yo.»

«La voz a ti debida», Pedro Salinas

A mi familia de Barcelona, por su
apoyo y por acogerme siempre con
tanto cariño.

Ángel, Marité, Javier y Nines. Os
quiero.

CAPÍTULO I

Recuerdo perfectamente aquel viaje a Italia. Soñamos muchas veces con hacerlo juntos. Tú querías ir a Venecia, por supuesto, y a mí no me importaba. Yo iría a donde tú quisieras. Por ti iría al fin del mundo... ¡No! Esto es inexacto, la auténtica verdad es que iría hasta el fin del mundo, pero contigo. Y si tú querías Venecia, allí sería.

Planificaste el viaje a tu antojo. Lo dejé todo en tus manos, sabía que lo harías bien. A tu gusto, pero perfecto. Y yo ya me había

acomodado a tus gustos, a tus maneras... a lo tuyo.

Decidiste que ir en coche sería estupendo, que así podríamos disfrutar tanto del viaje en sí, como del destino. Estuve de acuerdo, como siempre tenías razón. No teníamos prisa, disponíamos de quince días de vacaciones en agosto, el resto nos las guardábamos para hacer otro viaje en Navidad, a New York nada menos.

Fueron las mejores vacaciones de mi vida. El mejor viaje de mi vida, y había viajado bastante, tú lo sabes. Pero recorrer contigo el sur

de Francia, la hermosa costa azul, parándonos en donde nos apetecía...

Este viaje nos llevó, entre varios lugares más, a Verona, preciosa ciudad de la que también disfrutamos mucho. Paseamos por sus calles, comimos en un restaurante situado en la casa de «Romeo». ¿Te lo puedes creer? ¡La casa de Romeo! Y por supuesto visitamos la casa de Julieta, hasta nos hicimos una foto en el balcón. Al parecer, esto es lo más visitado de la ciudad. Pudimos escuchar cómo un guía contaba a un grupo de visitantes españoles que miles de

enamorados escriben cartas a Julieta cada día. ¡Vaya tontería! Y por lo visto, son tantas las que reciben, que se creó una asociación totalmente altruista dedicada a contestarlas todas. En aquel momento me pareció ridículo. ¿Por qué alguien podría escribir una carta a un personaje de ficción que, aunque fuese real, llevaba varios siglos muerto? ¿Qué podría llevar a una persona a escribir una carta dirigida a la dulce Julieta de la imaginación de Shakespeare? Ahora lo sé, y hasta puedo entenderlo, el desamor. De este estado de absoluta desesperación,

han salido posiblemente, los más bellos poemas de amor de la historia. Cualquier ejemplo valdría, me viene a la mente «Veinte poemas de amor y una canción desesperada» de Neruda:

«Emerge tu recuerdo de la noche en
que estoy.

El río anuda al mar su lamento
obstinado.

Abandonado como los muelles en
el alba.

Es la hora de partir, oh
abandonado.

Sobre mi corazón llueven frías
corolas.

¡Oh sentina de escombros, feroz
cueva de náufragos! ...»

Así empieza la canción
desesperada y qué decir del poema
veinte, «...Puedo escribir los
versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo, sentir que la
he perdido...».

Es maravilloso, puede uno
recrearse en el dolor y la
desesperación de la pérdida de ese
amor, tal como yo mismo hago casi
todos los días desde que te fuiste.

Por eso he llegado a la conclusión
de que el desamor es el causante de
todos los males y el que lleva a

cometer locuras increíbles y gilipolleces varias, como escribir cartas a una tal Julieta que existió, única y exclusivamente, en la imaginación de Shakespeare.

Pero voy a seguir rememorando aquel viaje, porque a mi «yo» masoquista le place, y se recrea en ello.

Llegamos a Venecia, ¡por fin Venecia! Cogimos el vaporetto, que nos llevó hasta Piazza San Marcos. Nos hicimos fotos en el puente «dei Sospiri». Paseamos por todas sus callejuelas, fuimos también hasta Murano, Allí te compré aquellos pendientes de cristal en forma de

búho que tanto te gustaron. —Nos traerán suerte— dijiste.

Hasta nos montamos en una góndola un atardecer que salimos a cenar a un pequeño restaurante con mucho encanto. Nos dieron una mesa al lado de un gran ventanal desde el que se podía disfrutar de una hermosa vista del gran canal, y de uno de los muchos palacios que había en esta increíble ciudad. Si había un lugar en el que era imposible olvidar que estabas cenando en Venecia, era aquel.

Después de dos días en aquella romántica ciudad, continuamos nuestro viaje hacia la Toscana, pero

antes nos bañamos en las preciosas playas que asoman al Adriático.

Rimini, ¡cómo no! Fue genial, disfrutamos de cada paseo por la playa, de cada baño en las caldosas aguas del Mar Adriático, que no es otro que el Mediterráneo adentrándose entre la bota italiana y la costa de Eslovenia...

Continuamos hasta Florencia y Siena, magníficas ciudades. Pero lo mejor fue pasear por la Toscana de pueblo en pueblo, disfrutando del paisaje y de la increíble luz que te prometí plasmar en un cuadro. Siempre me gustó pintar, aunque todavía no fui capaz de hacerlo y

seguramente no lo seré. Hay que tener ilusión y alegría de vivir para pintar la belleza del cielo toscano, contrastando con los verdes de los cipreses y los amarillos y anaranjados del campo en agosto... Y yo ya no tengo ni una cosa ni otra. ¿Cómo fue que echamos todo a perder? ¿Cuándo? Al volver de aquel viaje, veníamos eufóricos, con ganas de más, enamorados como nunca. ¿En qué punto nos perdimos? ¿Qué fue lo que te llevó a pedirme »espacio«? «—Te quiero — me dijiste—. Pero necesito espacio, tenemos que darnos un tiempo para reflexionar, necesito

aire, me siento agobiada».

No entendí nada, pero te di el aire, el espacio y el tiempo que necesitabas. No te agobié, pero no lo comprendí hasta después, mucho después, cuando el aire y el tiempo se lo llevaron todo, hasta el espacio que ocupábamos tú y yo.

Cuando al fin volviste, sólo con verte quise abrazarte, sentí la necesidad de hacerlo.

Habían pasado más de seis meses en los que cada día trabajaba desde el amanecer hasta bien entrada la madrugada. El trabajo fue mi tabla de salvación, me refugié en él, mantenía mi mente ocupada. Pero

en cuanto cerraba el pc, me asaltaban los pensamientos que había apartado durante las largas jornadas de trabajo que me imponía.

Terminé el manuscrito, ya sabes, aquel proyecto tan ambicioso que pensaba hacer cuando fuese más mayor, más viejo. Pero se ve que me hice viejo antes de tiempo.

Mi agente está encantada, cree que es lo mejor que he escrito, y por lo visto hay dos grandes editoriales interesadas en él. Espero que después de tantos años escribiendo, casi desde que puedo recordar, por fin mi trabajo se vea

recompensado.

Al abrazarte lo supe, supe que se había acabado todo. No quería soltarte, y tú no rompiste el abrazo porque sabías que era el último.

Por fin te liberé de mi incómoda cercanía y te miré a los ojos, tú los apartaste, no querías que viera dentro de ti. No me hizo falta, ya lo había sentido, pero necesitaba de tus palabras, de tus explicaciones. Mi mente necesitaba procesar toda la información para poder entenderlo.

— ¿Por qué Elena? — Te pregunté
— No lo sé, te he querido muchísimo Adrián, pero después de

este tiempo me he dado cuenta de que eres el mejor de los amigos. Sé que lo darías todo por mí y valoro eso, pero no puedo quererte con ese otro amor apasionado que debe haber entre dos amantes.

—Y eso ¿cuándo lo descubriste? ¿Tal vez durante estos más de seis meses que llevamos «dejándonos espacio»?

—Sé que estás enfadado, pero por favor no lo estropees, me gustaría que pudiéramos encontrarnos en el futuro sin rencor, y que pudiésemos tenernos el uno al otro como amigos.

—A ti te gustaría... Ya, pues a mí

me hubiera gustado que hubieses sido franca desde el principio. Que me hubieses dicho toda la verdad, lo que realmente sentías. Que hubieses tenido el coraje de afrontar todo esto como nos merecíamos.

—Por favor Adrián, no te he mentado. Empecé a sentirme atrapada...

— ¿Atrapada por quién? ¿Cómo? Piensa Elena. Te atraía otra persona, ¿fue eso lo que te pasó? Por eso necesitabas «aire», para poder estar con él.

—Eso no es así Adrián, de hecho, no estoy con nadie.

—Sé que no estás con nadie. Antes de eso necesitas romper todo vínculo conmigo. Lo de ponerme los cuernos sería de muy mal gusto, y al fin deseas seguir siendo la mujer íntegra y sincera que siempre has pretendido ser, aunque dudo mucho que lo hayas sido nunca.

—No me hables así, no lo merezco, siempre me he portado bien contigo.

—Bueno, eso lo dices tú. De todas formas, tal vez lo hayas sido en el pasado, ahora mismo estás actuando como una auténtica cínica.

Elena estaba allí de pie, sin

moverse. Agachaba la cabeza mientras se tragaba todas mis palabras envenenadas. No me gustaba lo que le estaba haciendo. Hubiera preferido haber sido más condescendiente con ella, pero no pude. La ira invadía mi corazón que, por un momento al verla entrar, se había parado una milésima de segundo.

—Supongo que quieres tus cosas. Están todas metidas en cajas, en el garaje. Si falta algo me lo dices, y si quieres llevarte algún recuerdo, puedes hacerlo, aunque no sé para qué. ¿Verdad?

Elena se dio la vuelta, supongo que

con la intención de ir al garaje, pero se volvió para decirme:

—No era así como quería que terminase lo nuestro...

—Y ¿se puede saber cómo pensabas que podría terminar? Te voy a proponer otro final. Qué tal si el que pidiera tiempo, y necesitara espacio fuera yo. Qué tal si te dijera después de seis meses que es mejor que seamos amigos, pues ya no siento la pasión del amor... ¿Cuál sería tu reacción? Dímelo, porque me gustaría saberlo. Me gustaría poder actuar de una forma más... sublime, y ser el hombre fantástico y comprensivo, el amigo

que todo lo entiende, y en el que te apoyas incluso para dar la estocada final.

—Está bien, ya veo que no va a ser posible, pero lo entiendo, no creas.

— ¡Ah, lo entiendes! Pues me alegro, y me quedo mucho más tranquilo.

Pude ver sus lágrimas cuando se dirigió al garaje. Me hubiera gustado abrazarla y beber aquellas lágrimas, acunarla en mis brazos hasta borrar la tristeza de sus ojos, pero estaba claro que no era yo el hombre que ella quería que la abrazase. Me di la vuelta para meterme en mi despacho, allí

fueron mis ojos los que se desbordaron. En todos aquellos meses, no había sido capaz de llorar. No quise hacerlo, porque hubiera sido como admitir una ruptura que aún no se había producido. Pero en aquel momento y sin poderlo evitar, mis ojos se llenaron de agua y mi corazón crujió como si se hubiera resquebrajado.

Desde la ventana la observé coger las cajas y llevarlas una a una hasta el maletero del coche. Pude haberla ayudado, pero no quería tener más conversación con ella. Todo había acabado por fin, la espera había

sido dura, pero ahora ya sabía a qué atenerme.

Tenía que llamar a mi agente, necesitaba coger unas vacaciones.

Creo que las tengo bien merecidas.

Y puesto que mi nuevo manuscrito al parecer iba a ser un auténtico

best seller, decidí hacer un alto en el camino. Lo primero era

desaparecer, cambiar el escenario de mi vida. Se me ocurrieron

diferentes lugares en los que perderme. La Toscana me había

gustado muchísimo, pero no terminaba de convencerme.

Demasiados recuerdos...

Se me antojaban paisajes

montañosos, con verdes campos y lagos azules en los que se reflejara el cielo al atardecer. Un lugar en el que pasar aquel invierno, que se preveía frío para mí.

Lo que me había pasado con Elena me había enfriado el corazón de tal manera, que hasta sentía que la sangre había ralentizado su circuito habitual, lo mismo que les ocurría a los animales que hibernaban.

Eso iba a hacer yo, hibernar.

Lo primero era buscar un lugar; inconscientemente sabía en dónde estaba ese refugio ansiado en el que perderme y estar solo. Un lugar en el que poder dejar la mente en

blanco y disfrutar de no hacer nada, aquello que los italianos habían llamado «il dolce far niente». No estoy seguro de ser capaz de estar sin hacer absolutamente nada, pero lo voy a intentar.

Recordé el Lago de Garda, en el que pasé varios veranos cuando era adolescente, con mi tío Juan y la estrafalaria de su mujer, Sacha, una pintora, medio bohemia medio hippy, que se dedicaba a vagar por los alrededores buscando algún rincón bucólico que le sirviera de inspiración para pintar.

De pronto, me apeteció volver a aquella época feliz en la que mi

única preocupación era correr por los prados con chavales de por allí, a los que nos sumábamos los que íbamos a veranear. Pasábamos el tiempo volando cometas o escondiéndonos de la vista de los adultos para tratar de besar a las niñas. Fueron aquellos, unos veranos muy instructivos, allí aprendí a hablar italiano y un poco de alemán, entre otras cosas.

Llamé a mi Agente, le dije que quería desaparecer por una larga temporada.

—No puedes irte ahora Adrián, tenemos que firmar el contrato la semana que viene. No quiero

adelantarte nada, pero vas a flipar cuando veas la cifra.

—No te preocupes, no me iré hasta después de firmar.

—A ver Adrián, céntrate, en cuanto el libro esté en las librerías empezaremos la promoción, y esta vez va a ser a lo grande. Firmas en grandes superficies y en las mejores librerías de cada ciudad. Me he comprometido con la editorial, y quieren que estés, que interactúes con las y los lectores, que muestres tu simpatía y don de gentes, y que estés bien guapo, quieren que el género femenino se enamore de ti y...

—Pero vamos a ver, que yo sólo soy el escritor, no soy un actor de moda ni un modelo de pasarela. Xulia, que tengo ya treinta y cinco tacos... ¿De qué van?

—Tranquilo, yo voy a estar contigo para todo lo que necesites. Y... no sé cómo decirte esto... Prefieren que vayas siempre sólo, o conmigo, quiero decir, que sería bueno que Elena no se dejara ver contigo. Quieren crear alrededor de ti una especie de aura de misterio, en fin, ya sabes...

—No, no sé, pero no te preocupes, Elena y yo lo hemos dejado, así que no habrá problema. ¿Y para cuándo

se supone que estará el libro a la venta?

Xulia tardó un momento en contestar, seguramente estaba procesando la información que acababa de recibir. A ella nunca le gustó Elena, estaba convencida de que no era la mujer que yo necesitaba. Desde el principio dijo que me haría sufrir, y desde luego había acertado. Carraspeó un poco y volví a escuchar su voz.

—Como te digo, firmamos la semana que viene, así que calculo que a finales de primavera.

—Bien, porque tengo pensado pasar Navidad con mi familia, pero

para fin de año quiero estar en Italia.

—Estupendo, quieren dejar todo zanjado antes de Nochevieja, saben que hay otra editorial esperando mi respuesta, y no quieren perderte.

— ¡Por dios! Lo último que publiqué tuvimos que esperar un montón de tiempo hasta que nos confirmaron su publicación y ahora se pelean por este manuscrito, pues no lo entiendo, en fin...

—Es fácil entenderlo Adrián. Hasta ahora, ibas vendiendo medianamente bien, pero precisamente tu último libro fue un éxito rotundo. Se dispararon las

ventas, las editoriales han visto el «Dato Nielsen» y en cuanto escribí en tu Facebook: «He puesto fin a una nueva novela que romperá moldes», no han dejado de llamar de diferentes editoriales. Es tu momento Adri, el tuyo y el mío por supuesto.

—Me alegro por ti. Y te agradezco que atiendas mis redes sociales, yo no puedo con eso. Sería tan aburrido y tan desagradable, que no tendría ningún «amigo».

—Que conste que esto solo te lo hago a ti, porque eres mi niño mimado y mi primer autor. Y porque estoy leyendo y corrigiendo

tus manuscritos desde que un buen día, cuando ambos estábamos en la facultad, descubrí aquel primer manuscrito tuyo que leí sin que tú lo supieras y me dejó impactada.

—Qué vergüenza me dio aquello. Siempre me gustó escribir, ya lo sabes, pero romper el hielo permitiendo que alguien leyera lo que escribía, me daba pánico.

—Bueno, lo hice sin tu permiso, aún recuerdo cuánto fingiste enfadarte.

—No estaba enfadado, estaba avergonzado.

—Lo sé, ahora lo sé... pero mira que bien nos vino a ambos. Tú te

reafirmaste en lo de ser escritor, y yo decidí que me convertiría en correctora y agente, además contaba contigo para empezar.

—Mucho no te fiabas que te preparaste la oposición de secundaria...

—Eso fue cosa de mi padre. Aún lo estoy oyendo: «Xulia, prepárate la oposición y después ya te dedicarás a promocionar a escritores de mala muerte, como ese Adrián amigo tuyo, y él que haga también algo de provecho, que no sé de qué vais a vivir».

—Pues ya puedes enseñarle ese contrato que vamos a firmar por mi

última novela, y de paso le recuerdas sus palabras.

—Se lo enseñaré, puedes estar seguro, pero él tenía su razón, han pasado quince años desde que terminamos la carrera, y hasta el año pasado, que pedí la excedencia, viví de mi trabajo como profesora y tú lo mismo, así que más bien se reafirmará en sus palabras, pero se alegrará muchísimo de que ambos lo hayamos conseguido.

—Salúdalo de mi parte.

—Lo haré, por supuesto. Y ahora volvamos a lo que nos interesa, que nos estamos yendo por los cerros

de Úbeda.

—Volviendo a lo de antes, vas a tener que seguir ocupándote de mis redes sociales, porque yo no pienso dedicarle ni un segundo a eso.

—Sí, sí, lo sé, pero a la promo de firmas no puedes negarte, me he comprometido.

—Que sí reina, tranquila, sabes que lo haré. Pero eso sí, tú conmigo siempre.

— ¿Sabes que eres muy acaparador? Tengo más autores que me necesitan.

—Pero yo soy el primero... lo has dicho tú. Además, somos amigos, y en este caso te necesito como

amiga.

— ¡Ay cómo es mi vida! Contigo tengo que ser la mejor amiga, con Carmen tengo que ser una madre, con Teresa psicoanalista... ¡Me volveré loca!

—No sé por qué me parece que estás en tu salsa...

Escuché a través del auricular una sonora carcajada, lo que me confirmó que efectivamente así era.

—Adrián, ¿sigues ahí?

—Pues claro, voy a irme, pero hasta que no firmemos no me iré—
Bromeé.

—Bueno, ¿y se puede saber adónde

vas a ir?

—Me voy a Malcesine.

— ¿Ese no era el pueblo en el que vivía tu tío Juan, el que estaba casado con una italiana loca?

—Sí, y no era loca, mujer, era un poco bohemia, un poco hippy, era una artista, y ya sabes que los artistas tenemos todos... «un punto».

— ¿Aún viven allí?

—Mi tío murió hace dos años de un infarto, pero ella sigue por allí, debe rondar los setenta años.

—Espero que tengas internet, y te compres de una puta vez un móvil de última generación, voy a

necesitar estar en contacto contigo. Tendremos las galeradas del manuscrito y quiero que te centres y lo hagas bien, y a poder ser sin protestar.

—Vamos a ver Xulia, lo que yo quiero es evadirme, rebajar este estrés que me está matando, romper con mi rutina y... olvidar a Elena.

—Son cuatro cosas a las que añadirás: «estar en contacto con Xulia» y «revisar muy atentamente las correcciones del manuscrito».

—Lo que tú digas, ¿cuándo nos vemos?

— ¿Tú ahora estás en Santiago no?

—Pues claro, estoy en mi casa. ¿Tú

a dónde me has llamado? Pero tengo pensado irme mañana o pasado a casa de mis padres, ya te lo dije, pasaré allí la Navidad.

—Vale, pues entonces haremos lo siguiente. Yo también iré al pueblo a pasar las fiestas, pero el veintiséis sin falta, nos volvemos a Santiago. Reservaré billetes de avión para Barcelona, firmamos allí. Después te dejaré libre, aunque como te dije, tengo que poder contactar contigo en cualquier momento. Y en cuanto te manden las galeradas te pones a ello sin quejarte.

—El plan es estupendo. Cuando me

digas qué día firmamos exactamente, sacaré yo mi billete, y si quieres, para celebrarlo, te invito a pasar fin de año en Venecia.

— ¡Anda ya! No te tires, que eso es en plenas vacaciones navideñas y puedo decirte que sí.

—Pues no lo dudes, pasaremos la Nochevieja en Venecia.

—Adrián... creo que voy a aceptar. Tengo que cerrar algunas ventas más y ya te comento. Nos vemos en el pueblo.

—Chao mi reina, allí nos veremos, creo que iré yo mismo a charlar con tu padre...

Escuché las carcajadas de Xulia al

otro lado de la línea con una sonrisa, la primera desde que Elena me había dejado. Pero Xulia siempre me hacía reír, había sido una buena influencia para mí.

— ¿Sabes que eres la mejor agente que he tenido?

—Claro que lo sé, como que no has tenido otra. ¡Serás tonto!

—Chao guapetona, nos vemos en unos días.

CAPÍTULO II

Xulia y yo nos conocíamos desde niños, fuimos juntos al colegio. Después vinieron los duros años de adolescencia en el instituto, hasta que por fin llegamos a la universidad.

Nos matriculamos ambos en filología. Ella porque le entusiasmaba la literatura, y yo porque, secretamente y desde siempre, quise ser escritor. Sabía que para ello debería leer y estudiar concienzudamente a los clásicos y así lo hice. Fui un lector

voraz, leí de todo, no solo a los clásicos. Y empecé a escribir...

Xulia creía que el manuscrito que me encontró era lo primero que había escrito, pero no era así. Había escrito más cosas, incluso poesía. Pero aquel manuscrito quise que lo encontrara. No sabía cómo decirle que escribía y necesitaba que alguien lo leyera y me diera una opinión. Pero por otra parte, me avergonzaba exponerme a las críticas, es muy duro que alguien pueda decir que lo que escribes es una porquería.

Así que me hice el tonto y dejé aquel montón de folios

encuadernados con un muelle de espiral encima de la mesa de mi estudio, justo el día que había quedado con ella para estudiar un examen. Al terminar de repasar me fui a la cocina a preparar un café con la esperanza de que lo encontrara, y lo hizo.

Estaba seguro de que lo haría, era muy curiosa. Siempre que venía a mi casa le gustaba fisgonear todas mis cosas. Volví desde la cocina para vigilarla a hurtadillas, ya lo había encontrado y estaba totalmente absorta en él.

Pensé que lo mejor era avisar de que iba ya con el café, y desde el

pasillo canté bien alto: «Ya voy Xulia, hazme sitio por ahí para poner la bandeja». Ella disimuló y nos tomamos el café charlando de tonterías, pero cuando se fue se llevó el manuscrito entre sus apuntes. Yo sonreí para mis adentros.

Ahora venía la peor parte, y había dos opciones, o no le gustaba nada y me lo devolvía de la misma forma que se lo había llevado, a hurtadillas, o a la mañana siguiente en cuanto nos viéramos en clase me lo tiraría a la cabeza acusándome de ser un mal amigo por no haberle dicho nada de aquella afición mía.

No ocurrió como yo había imaginado, me hizo sufrir un poco. Llegamos a clase y actuó como cualquier otro día. Me sentí un poco frustrado, y otro poco ofendido. ¿Cómo podía no gustarle? Yo estaba convencido de que era bastante bueno, pero claro, posiblemente no lo era. Cuando terminamos las clases, la invité a comer a un bar que había frente a la facultad en el que solíamos comer muchas veces, como otros muchos estudiantes, por lo barato que era. Nos pusimos en una mesa situada al lado de una ventana, me dio su mochila y se disculpó mientras iba

al baño.

Cuando volvió, se sentó frente a mí, cogió la mochila y sacó mi manuscrito, lo puso encima de la mesa e inclinándose hacia mí, que en ese momento creo que palidecí de vergüenza, de miedo y de no sé cuántas cosas más, me preguntó muy bajito:

— ¿Por qué tienes tanto miedo que has tenido que dejar que me llevara el manuscrito a hurtadillas en vez de dármelo tú directamente?

Titubeé al comprender que ella había adivinado mi maniobra para conseguir que lo leyera.

—No lo niegues, nos conocemos

demasiado tú y yo, Adrián.

Me pidió permiso para hacer las correcciones y para llevarlo a alguna editorial. Su entusiasmo era tal que me contagió. Pero hizo algo más, consiguió que una editorial publicara el libro, una editorial un poco cutre eso sí, en la que también nos engañaron bastante. Pero yo había conseguido dar mi primer paso como escritor, y ella el suyo como agente. De eso hacía quince años, estábamos los dos a punto de terminar la carrera.

Después vinieron los años de oposición, ella la sacó enseguida, yo al final lo dejé y me puse a dar

clase en un colegio privado, en el que me pagaban una porquería, pero podía seguir viviendo en Santiago, que era lo que siempre había querido. Xulia tuvo que moverse por diferentes pueblos de Galicia hasta que por fin consiguió una plaza en un instituto de Pontevedra. Pero para entonces, ya llevaba en su cartera a un montón de autores, algunos en lengua gallega, aunque yo siempre fui su prioridad. Como solía decirme: «Tú y yo tenemos que resarcirnos de aquel primer manuscrito que nos dio tan pocas alegrías y ningún beneficio».

Qué buena amiga había sido siempre Xulia. Me entendía a la perfección. Me conocía tanto que a veces me daba miedo.

Sabía cuál era mi estado de ánimo solo por mi forma de responderle al teléfono. La verdad es que tenía algo especial aquella mujer. Era una gran conocedora de la gente. Sabía enseguida de qué pie cojeaba la persona que tenía delante, era difícil engañarla.

Por eso lidiaba tan bien con todo aquel elenco de autores a los que representaba con gran acierto.

Alguna vez hasta me aconsejaba con respecto a mis relaciones.

Recuerdo cuando me lié con Aixa, una chica marroquí, aún la estoy oyendo: «¿Qué estás haciendo Adrián? ¿Vas a montar un harén o una ONG?». Yo me quedé mirándola extrañado sin saber qué contestarle, pero ella continuó increpándome: «No me mires así hombre, pero no ves que no te pega nada. Esta no es una mujer para ti. Si es que se ve a la legua, aunque entiendo que te haya dado un calentón, está muy buena sí, pero nene esto no es para ti. Te aburrirás de ella antes de que termines el manuscrito que tienes entre manos». El manuscrito al que se refería,

sabía perfectamente que estaba a punto de terminarlo. Pero aun así acertó, aquella chica pasó por mi vida sin pena ni gloria, como tantas otras. Después conocí a Elena y nos hicimos amigos, aunque a Xulia nunca le gustó demasiado. La respetaba porque era mi amiga, pero no era santo de su devoción. Cuando supo que estábamos saliendo me llamó, y sin paños calientes me soltó su opinión: «No sé cómo lo haces Adri, pero las eliges fatal, y lo peor es que esta te tiene enchochado». Me enfadé mucho aquella vez. Finalmente, ella comprendió que Elena era mi

pareja y al poco tiempo se disculpó. «Está claro que Elena no me cae bien, pero comprendo que tú la quieres y yo respeto todo lo tuyo, incluida ella, perdóname por el desafortunado comentario de aquel día, no se volverá a repetir. Sólo espero que no te haga sufrir demasiado y que no influya negativamente en tu trabajo».

Lo hizo, no influyó en la calidad de mi trabajo, pero sí en la cantidad, lo dejé todo de lado.

Me dediqué a amarla como un desquiciado, no podía pensar en otra cosa que no fuera Elena, o follar con ella. Y ella era una loca

de la vida, a la que no le interesaba para nada mi profesión, creo que jamás leyó ninguno de mis manuscritos. Tampoco sentía respeto por mi trabajo, me interrumpía constantemente. Se sentaba delante de mí, en la mesa de mi despacho o encima del teclado, no le importaba nada. Una de aquellas veces en las que venía a sentarse en mi mesa, no me dio tiempo a guardar lo que estaba haciendo y se borraron las treinta páginas que había escrito aquella tarde. Me cabreé tanto que hasta le grité, cosa que nunca había hecho. Pero ella puso sus morritos, y

mimosa se fue deslizando hasta quedar de rodillas en el suelo, a la vez que metía su mano dentro de mi pantalón, un chándal que solía ponerme para escribir.

Cogió mi pene, que al tacto de su boca se puso duro de inmediato, y a pesar de mi negativa, poco consistente todo hay que decirlo, me la chupó de tal manera que las treinta páginas borradas dejaron de importarme.

Así era Elena con todo. Me atrapó su hechizo y sigo atrapado en él. Es una encantadora de serpientes, lo hace además de forma inocente, y esa inocencia es con la que atrapa a

sus víctimas. Yo lo fui durante tres años, pero antes que yo hubo otros y después de mí los seguirá habiendo. A veces pienso que me convendría ir a una de esas curanderas, o brujas que hacen sanaciones y te quitan el mal de ojo. Quizás podrían romper este hechizo que me mantiene ligado a Elena, a pesar de que ha quedado ya patente que lo nuestro terminó.

Lo mejor que podía hacer era centrarme en mis cosas, y organizar mi vida. Si quería irme a Italia tenía que empezar a recoger la casa.

Aquella misma tarde saqué las

maletas. Una grande, en la que metí toda la ropa que quería llevar, y otra en la que guardé libros, el ordenador, la tableta, y una libreta sin empezar. Sé que la necesitaré, al fin y al cabo, escribir es mi tabla de salvación y, posiblemente, mientras esté allí lo haga.

Y como soy un poco maniático, cada vez que empiezo un nuevo manuscrito, empiezo también una libreta con el mismo título que el manuscrito. En ella voy apuntando el nombre de los personajes, y todos los datos que van surgiendo con respecto a sus vidas. Por eso, junto a mi indispensable

herramienta de trabajo, el pc, no podía faltar una libreta nueva.

Preparé también una bolsa más pequeña y un neceser con lo que iba a necesitar para aquellos días de navidad, y para el fin de semana en Venecia al que había invitado a mi amiga y agente Xulia.

Llamé a Antonia, la mujer que viene tres veces por semana a asearme la casa y le di las oportunas recomendaciones. Ella pasaría por el piso de todas formas, cada semana.

—No pensaré que voy a dejar morir las plantas, tan bonitas como las tengo.

—Desde luego, están preciosas, Antonia, usted venga cuando quiera y haga lo que le parezca.

—Pero, ¿se puede saber cuándo piensa volver?

—La verdad es que ni yo mismo lo sé, a finales de mayo tal vez, ya veré.

—Pues usted descanse, disfrute y vuelva con ganas. ¿Y su novia, va con usted?

—Si se refiere a Elena, ya no es mi novia, así que no, no irá.

—Perdone, no quería inmiscuirme.

—No pasa nada. Y puesto que se ha llevado ya todo lo suyo, no creo que aparezca por aquí. No obstante,

si necesitara algo, yo le mando aviso y si no le importa a usted, se acerca hasta aquí para que ella pueda entrar a coger lo que sea.

—No se preocupe, yo me ocupo.

—Voy a comprarme un móvil, en cuanto lo haga la llamo para que tenga mi número.

—Me alegro, creo que solo debe quedar usted sin móvil.

—Pues que conste que lo voy a comprar porque mi agente me lo ha exigido, que si no...

—No se arrepentirá, es necesario y sobre todo si va a viajar, que nunca sabe uno lo que puede pasar. De todas formas, dentro de una hora

más o menos, me paso por su casa.

—De acuerdo, hasta luego entonces.

Me quedé pensando delante del teléfono en la suerte que había tenido con Antonia, por lo menos esta no me dejaba tirado, siempre podía contar con ella.

Me puse el anorak y me fui en busca de una tienda de telefonía. Como nunca me habían interesado esos aparatos, no me había fijado en que nada más doblar la esquina de mi calle había una.

Estaba llena, era increíble, tuve que esperar casi una hora hasta que me atendieron. Cuando por fin me tocó

el turno, le expliqué a la dependienta lo que necesitaba. Ella empezó a preguntarme cómo lo quería: grande, pequeño, de qué color, cuántos megas, yo que sé...

—Verá. Yo no entiendo nada de esto, pero necesito uno con el que pueda ver y enviar correos. Un poco grande, sino no sé cómo voy a poder escribir ahí.

—Mire, este es el mejor, puede conectarse también a las distintas redes sociales, y aunque es grande, es muy plano y no pesa. Puede hacer fotos con bastante calidad, y si se descarga la aplicación Kindle, puede incluso leer.

—Desde luego si Graham Bell pudiera ver lo que dio de sí su invento, que en su momento consideraron totalmente inútil, fliparía... En fin, tendré que ponerme a estudiar las instrucciones.

La chica me miraba entre sorprendida y alucinada.

—Es más fácil de lo que parece. ¿Pero de verdad nunca ha tenido móvil? Es muy raro, porque es usted muy joven.

—Ya, pero nunca he querido, con el de casa me sobraba, pero ahora me lo exige mi jefa, en fin... no sé si me acostumbraré a llevarlo siempre

conmigo.

—Ya verá como sí, y en poco tiempo no podrá vivir sin él.

—Pues peor me lo pones...

Salí de la tienda con una pequeña bolsa en la que iba el móvil con todos sus accesorios, incluida una funda que la chica se empeñó en venderme, asegurándome que así el teléfono iba protegido, y si se caía, cosa que al parecer pasaba mucho, no se rompería tan fácilmente. Total, que me había dejado allí casi mil euros. Esto no se lo diré a nadie, porque me da la impresión de que me han timado.

Cuando vaya a casa de mis padres,

espero que esté mi sobrino y me ponga al día en el manejo del aparato este.

Se me ocurrió que debería hacer unas compras navideñas. Llevaba tres años sin ir a casa por Navidad, los que estuve con Elena, ¿cómo pude dejarme absorber hasta el punto de dejar de lado a mi familia?

Me metí cómo no, en el centro comercial más grande de la ciudad, estaba a tope. Lo de la crisis parecía más una palabra de moda, que un hecho en sí. Aquello era un ir y venir de personas, mujeres sobre todo, cargadas de bolsas. Las

tiendas estaban abarrotadas. Lo primero que vi, fue una tienda de móviles. Ahora que ya lo había comprado, en esta anunciaban magníficas ofertas. Pasé de largo, a lo hecho pecho.

Entré en una perfumería y compré un perfume para mi hermana. Ya me iba cuando una joven a mi lado probaba uno de los que la dependienta le estaba mostrando, al llegarme aquel olor recordé inmediatamente a Xulia, así era como olía ella siempre, sonreí y le pedí a la dependienta que me envolviera también uno de aquellos. La chica que se lo estaba

probando me miró entrecerrando los ojos y decididamente dijo que ella también lo quería. La dependienta me sonrió como dándome las gracias, y dirigiéndose a la chica comentó:

—No te equivocas, a los hombres les encanta este perfume, es muy sugerente y a la vez...

No la dejé terminar

—Y a la vez suave, y nada recargado.

Las dos me miraron asintiendo. Yo pagué y me fui.

Seguí mi periplo por las tiendas y entré en otra en la que vendían bolsos, cinturones y toda clase de

complementos. Allí compré un bolso para mi madre y una billetera para mi padre. Recordé a Antonia al ver un monedero-cartera bastante amplio, de esos en los que cabían papelorios, billetes, monedas, fotos y un montón de chorradas, un poco de todo, tal como ella llevaba en una descoyuntada y vieja cartera. Se la compré, «era la mujer de mi vida», bien lo merecía.

Me faltaban los regalos para mi hermano, mi cuñada y los niños, claro. A mi hermano le compré una bufanda y a Laura, su mujer, un fular de seda estampado en muchos colores, muy bonito la verdad. A

ella y a mi hermana, les regalaría además mi último libro, fueron desde el principio mis primeras lectoras, y desde entonces se leen todo lo que escribo, así que se lo tienen merecido. Ya solo me quedaban los chavales, y para no romperme más la cabeza, les compré una tableta a cada uno, así no habría peleas. Además, ya eran mayorcitos, Juan tenía catorce años y Antía doce. Seguro que les encantaba y después de tres años sin dejarme caer por allí... qué menos.

Cuando volví a casa, Antonia estaba poniéndose el abrigo para

irse.

—A ver, usted que entiende, ¿qué le parece el móvil que me he comprado?

La mujer levantó las cejas admirada.

—Oiga Adrián, para no querer el aparato, se ha comprado usted el mejor.

—Ya puede ya, con lo que me ha costado.

—Cuando sepa cómo funciona llámeme para que pueda guardar su número.

—Esta noche me voy a casa de mis padres, pasaré allí las fiestas, espero que mi sobrino me ponga al

día.

—Seguro, los «rapaces» entienden estos aparatos de maravilla. Bueno, pues ya me voy, espero que pase buenas fiestas y que disfrute mucho de sus largas vacaciones. ¡Ah! por cierto, dice mi hijo que cuándo sale su nueva novela.

Me eché a reír, Toñito, el hijo de Antonia era uno de mis mejores fans.

—Dile a tu hijo que saldrá casi seguro a primeros de junio, firmaré el contrato antes de fin de año, cuando vaya de camino a «mis vacaciones». ¡Espere un segundo!
Fui a mi habitación en donde había

dejado las bolsas y saqué uno de los paquetes en el que, menos mal, había puesto su nombre. Era una mujer estupenda y se merecía el regalo que le había comprado y más.

Lo cogió y, antes de abrirlo, se lanzó a mis brazos besándome en las mejillas.

—Gracias Adrián es usted un hombre estupendo. Elena no sabe aún que nunca encontrará a nadie como usted.

Mientras decía aquello abrió el regalo y al ver la cartera se quedó parada y sin saber qué decir.

—Venga mujer, no es para tanto, es

una simple cartera, no sabía qué comprarle, y como siempre lleva tanta cosa en esa suya medio destartalada, se me ocurrió que sería buena idea regalarle una.

—Sí, me encanta, y tiene razón que me hacía falta una, pero no era necesario que fuera de Versace.

— ¿Y ese quién es?

Antonia volvió a abrazarme y a darme las gracias a la vez que me besaba en la mejilla.

—Es usted único, se merece lo mejor y estoy segura que le llegará.

—Gracias Antonia, usted sí que es única, sin usted esta casa y hasta yo mismo sería un desastre. Que pase

buenas fiestas en compañía de los suyos.

Cuando se hubo ido, procedí a recoger mis maletas y demás bártulos, los metí en el ascensor y bajé hasta el garaje en el que estaba mi automóvil. Eran ya las seis de la tarde, y tenía una hora de camino hasta el pueblo.

Podría esperar al día siguiente, pero no quería estar ni un día más solo, revolcándome en mi dolorosa situación.

Llevaba el coche abarrotado, también es verdad que era un modelo bastante antiguo y pequeño. Como era de segunda mano cuando

lo compré, tuve que ponerle un adaptador para poder escuchar música del pen drive, porque eso sí, no puedo conducir sin escuchar música. Bueno, en realidad, ni conducir ni leer ni escribir, incluso lo de vegetar en el sofá, también lo hago con música.

El coche iba traqueteando, no podía pisarle porque daba la impresión de que se descoyuntaría. Tenía razón Xulia que me estaba abandonando demasiado, sin teléfono y con un coche del año catapún, hasta Elena que era una flipada, no paraba de decirme que tenía que cambiar de coche. Pues

ahora creo que había llegado el momento, tendría suerte si el coche me llevaba hasta mi destino.

«¡Ánimo cacharro! que ya estamos entrando en el pueblo, no te me pares ahora».

Pero se paró, claro que se paró, estaba visto. Menos mal que cuando lo hizo estaba justo al lado del concesionario que hay a la entrada del pueblo. El motor empezó a echar humo, paré y me bajé inmediatamente. Enseguida se acercaron dos hombres, con sendos extintores para apagar el coche antes de que hiciera explosión.

—Pero hombre de dios, ¿qué le ha

pasado?

—Si yo lo supiera sería mecánico....

—No sé adónde va, pero con este coche a ningún sitio ya, desde luego.

—Bueno, no ha ido tan mal, me ha traído hasta mi pueblo, si ustedes me dejan hacer una llamada, enseguida vendrá mi padre a buscarme.

— ¿Es usted de aquí?

—Sí, lo que pasa es que llevo muchos años fuera, y bastante tiempo sin venir, pero mis padres viven en el centro, mi padre es Fernando, trabaja en...

—Ya sé quién es tu padre, Fernando Enríquez, el director del banco, somos amigos, a veces salimos de vinos juntos. No hace falta que lo llames, yo te acerco hasta tu casa.

—Pues se lo agradezco.

—No me trates de usted, soy Paco — se presentó estrechándole la mano— el concesionario es mío, pásate por aquí antes de marchar, necesitas un coche nuevo.

Me dio la risa, pero el hombre tenía razón. Acercó su coche hasta ponerlo al lado de mi reliquia y abrió el maletero para meter todo mi equipaje.

—No me extraña que se te haya quemado, con lo viejo que es y el peso que traes, ¿desde dónde vienes?

—Desde Santiago, vivo allí.

—Claro, tú tienes que ser el hijo escritor de Fernando.

—Ese mismo, sí.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—No, me voy el veintiséis como muy tarde, lo que pasa es que me voy una temporada fuera del país, por eso tengo tanto equipaje. Pero en cuanto regrese, vendré aquí a comprar un nuevo coche.

—Bien, y si quieres me hago cargo de mandar el tuyo al desguace.

—Ah pues sí, te lo agradezco. Los papeles están en el coche y si necesitas algo habla con mi padre.

Llegamos al portal de la casa de mis padres y, mientras Paco iba bajando los bultos, yo llamé al telefonillo.

Fue mi hermana la que descolgó. Ella vive aún con ellos, trabaja en el mismo banco que mi padre. Estudió económicas, y al terminar hizo prácticas en aquella oficina bancaria. Después, gracias a las buenas relaciones que mi padre mantuvo siempre con sus superiores, y a que supo demostrar su gran valía, terminaron

contratándola definitivamente.

—Hola Marieta, ábreme soy yo, tu hermano preferido.

— ¿Adrián? Pero...

—Ves, ya sabía yo que era tu hermano preferido.

Oí las voces enloquecidas de mi hermana llamando a mi madre y diciéndole que yo estaba allí, no sólo abrieron, bajaron inmediatamente.

Mi madre me abrazó besándome y diciendo, medio llorosa, tonterías de madre.

Cuando vio a Paco, lo miró asombrada y enseguida miró hacia mí. Supe que tenía que contarle el

episodio que en poco tiempo fue la comidilla de todo el pueblo, incluida Xulia a la que se lo contaron nada más llegar, pues no eran cotillas ni nada.

—Bueno Mercedes, pues aquí te dejo al escritor, creo que tendré que venderle un coche nuevo.

—Gracias Paco— contestamos mi madre y yo a la vez.

Mi hermana miraba alucinada la cantidad de equipaje que tenía.

— ¿Pero es que te vas a quedar aquí para siempre?

—No mujer, me voy después de navidad, pero me voy fuera del país y no volveré hasta mayo por lo

menos.

—Espero que me hagas, antes de irte, un repaso de tu vida en estos tres años de ausencia—La miré frunciendo el ceño—.

—Ya hablaremos, ahora déjame abrazarte, hermanita pequeña, que por cierto te has puesto bien macizana, seguro que ya tienes un novio... ¡Quiero saberlo todo!

—También te contaré mi vida, tranquilo.

Los dos nos echamos a reír mientras nuestra madre nos miraba emocionada y esperando a que bajase el ascensor para meter todo aquel equipaje.

CAPÍTULO III

Pude darme cuenta de la magnífica familia que tenía. Ninguno de ellos me reprochó los tres años que había estado sin pasar por la casa paterna. Sé que estuvieron muy preocupados. Mi madre me llamaba cada semana sin falta, aunque la mayoría de las veces ni me ponía, lo cogía Elena y, con su inocencia, ahora se me antoja que fingida, le decía ante mis señas que no estaba, que acababa de salir o cualquier excusa que se le ocurría. ¡Qué cruel había sido! Sobre todo, con mi

madre. Ella sabía de sobra que era yo el que no quería hablar, el que ponía distancia.

Cuando llegué iban ya a cenar, enseguida mi madre sacó otro plato y lo colocó entre ella y mi hermana, mi lugar de siempre en la mesa.

Mi padre esperaba de pie en el comedor. En cuanto entré se acercó, me dio un abrazo y en un tono muy informal y sin darle importancia me dijo:

— Ya tenía ganas de verte Adrián.

— Yo también tenía ganas de veros a todos, en realidad tenía muchas ganas de volver a casa.

— Pues ya estás aquí, y mañana

vendrá tu hermano con su familia, creo que esta Navidad será muy buena —Sentenció mi padre.

Nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa, y cenamos entre comentarios, risas, y la mirada emocionada de mi madre, que tardó su tiempo en hacerse a la idea de que por fin su hijo pródigo había vuelto.

Les conté cosas de mis libros, aunque ellos todo eso lo sabían por Xulia, que ella sí se dejaba caer por el pueblo a menudo. Y cuando iba, no sólo visitaba a su familia, sino también a la mía, y por lo que descubrí en aquella primera

conversación con mis padres les llevaba regalos que supuestamente yo enviaba. Me disculpaba siempre, diciendo que estaba muy ocupado escribiendo, y sabe dios cuántas mentiras piadosas más les habría contado para aliviarles mi desarraigo.

En cuanto Xulia llegara al pueblo, tenía que ponerme en contacto con ella. Ya sabría la fecha exacta de la firma con la editorial. Pero además quería agradecerle los detalles que había tenido con mi familia.

Aquellos días en el pueblo fueron mágicos. Fue todo un placer entregar los regalos que había

comprado. Casi siempre, es muchísimo más gratificante dar que recibir. Pude comprobarlo cuando el día de navidad repartí todo lo que traía para ellos. Mi hermana y mi cuñada me besuquearon hasta la saciedad, al parecer el perfume que traje a Marieta era de una tal Carolina no sé qué y el pañuelo que regalé a Laura, la mujer de mi hermano, era de algún diseñador de esos que marcan tendencia. Mi madre se paseó delante de todos con su bolso al hombro para que viéramos lo bien que le quedaba. Todos alabaron mi buen gusto, menos mal que había acertado. Pero

lo mejor fue ver la cara de mis dos sobrinos, cuando desempaquetaron sus regalos y ante sus ojos resplandecieron ambas tabletas, las mejores del mercado.

—Espero que antes de poneros a jugar con las tabletas, me ayudéis con mi nuevo móvil.

Mis sobrinos me miraron un poco suspicaces. Fue Antía la que habló primero

— ¡Jopé tío! Pues tu móvil nuevo funcionará más o menos como el anterior.

—Es que anteriormente no tenía ninguno.

Ahora fue su hermano Pablo el que

contestó alucinado,

—No flipes tío, ¿cómo no ibas a tener móvil?

—Pues ya veis, también se puede vivir sin él.

Los dos chavales se reían sin poder creer que alguien, relativamente joven como yo, no tuviera teléfono, si hasta lo tenían sus padres, y sus abuelos...

Fue un día realmente especial. Después de comer, mi sobrino, tal y como le había pedido, se puso a manipular mi móvil y a explicarme todo lo que necesitaba saber. Me configuró el correo, y pretendía abrirme una cuenta en Twitter, otra

en Facebook e Instagram y en no sé cuántas historias más. Tuve que explicarles que ya tenía todo eso, pero que no podía entrar porque no tenía ni idea de las claves ni de nada, ya que la que gestionaba mis redes sociales era Xulia.

Abrió su flamante tableta y me buscó en su Facebook.

—Mira tío aquí estás, «Adrián Enríquez. Escritor». Pues hay entradas todos los días y tienes mogollón de seguidores.

— ¿A ver, déjame ver? ¡Buf, el trabajo que debe dar esto!

Mi hermana y mi cuñada se acercaron a mirar sin sorprenderse.

Al parecer ellas eran unas de mis «amigas» de Facebook y «seguidoras» en Twitter. Mi cuñada me preguntó extrañada:

— ¿Estás diciendo que no tienes nada que ver con esto, que todo lo gestiona Xulia? No sé cuánto le pagas, pero te aseguro que se lo está ganando a pulso.

—Ya veo, ya— Llamé a mi hermana que estaba ocupada con su móvil— ¡Marieta! ¿Puedes llamar a Xulia y decirle que se venga a tomar un café, por favor?

—Puedo, pero, ¿por qué no lo haces tú? Es tu agente.

—Pues porque aún está Pablo

configurándome el móvil.

—Vale, ya la llamo.

Xulia, que había llegado la tarde anterior para poder cenar en Nochebuena con su familia, no tardó en venir. En cuanto llegó, pude observar cuánto la apreciaban en mi casa. Mi madre la trataba como a una hija. Realmente me sorprendió aquella familiaridad.

El último en saludarla fui yo. Estaba guapa, bueno siempre había sido guapa y ahora con treinta y cuatro, estaba espléndida. Se lanzó a mis brazos y me dio un montón de besos en las mejillas.

— ¡Qué ganas tenía de verte,

«Adriático»!

Así era como me llamaba muchas veces en broma cuando estábamos en el instituto. Mis sobrinos en cuanto oyeron aquel apelativo se echaron a reír y empezaron a llamarme así, con mucha guasa.

—La has hecho buena, «Julieta», le dije yo utilizando también aquel mote que usaba con ella cariñosamente.

¡Qué curioso! Porque eran estos unos apelativos que usábamos de adolescentes y que, desde que nos fuimos a la universidad, y en todos aquellos años en los que nos unió la relación comercial autor-agente,

jamás los volvimos a utilizar. Hasta este momento...

Nos miramos y me agradó volver a encontrarme con aquella mirada gris, limpia y a la vez centelleante de Xulia.

— «Adriático», tenemos que hablar.

— ¿Tiene que ser hoy?

— Cuanto antes, dijiste que querías saber exactamente qué día firmábamos, y además, quiero que leas el contrato y veas «los números», vas a flipar...

La cogí de la mano y la llevé hasta la mesa del comedor, retiré hacia un lado el mantel que aún estaba

puesto y le acerqué una silla indicándole que se sentara. Me senté al lado de ella y empecé a leer el contrato que me puso delante, tuve que pestañear, no me podía creer aquello.

— ¡Te lo dije! Y ahora mira las ventas del anterior, se han disparado, y con la caña que le va a dar la editorial al nuevo manuscrito, no te extrañe. Llevas camino de ser el Ken Follet español. Y yo ya casi podré vivir de ti.

—Por cierto, he estado viendo lo que haces con mis redes sociales, te aseguro que estoy totalmente

sorprendido. No tengo palabras para agradecértelo.

—Es que no tienes que agradecerme nada, es parte de mi trabajo.

— ¿Acaso haces lo mismo con todos los autores que llevas? Permíteme que lo dude, me parece materialmente imposible.

—Ya te dije que eres mi primer autor, el primero que confió en mí, y además, somos como de la familia, pero ahora que te vas a tomar un tiempo de descanso, me gustaría que te pusieras tú con las redes. No te vendría mal aprender.

—Lo haré, pero tendrás que

enseñarme. Por cierto, ya me he comprado un móvil.

Llamé a mi sobrino para que me trajera el teléfono. Xulia, en cuanto lo vio, se quedó impactada.

— ¡Hombre, menos mal! Esto ya es otra cosa... Por fin podré contactar contigo cuando te necesite.

—Vale, pero no te emociones, a ver si te crees que vas a estar dándome por saco cada dos por tres.

—Justamente, es lo que tenía pensado. ¡Serás idiota!

—Bueno, a ver, según esto firmamos el veintiocho.

—Sí, saqué billete para el veintisiete, tenemos que estar en

Lavacolla a las dos del mediodía.

—Yo no tengo coche. ¿Habrás traído el tuyo?

—Pues claro, ¿y tú qué, en qué coño has venido?

Mi familia, que estaban todos en el salón, aunque cada uno a lo suyo. Mis padres viendo la tele, mi hermana y mi cuñada leyendo mi libro, y mi hermano dormitando en una rara postura que le pasaría factura con un buen dolor en las cervicales. De pronto se echaron a reír. Y fue Marieta la que tomó la palabra:

—Que te cuente sí, que te cuente lo de su coche.

Xulia nos miraba a Marieta y a mí, esperando una respuesta. Y Marieta insistía:

—Cuéntaselo anda. A ver si ese contrato que vas a firmar te da para un coche como es debido.

Xulia asentía con la cabeza, haciéndose una idea de lo que podría haberle pasado a mi coche.

—Para tu información, te diré que con lo que me van a pagar en este contrato, podría comprarme hasta una limusina, pero no pienso hacerlo. Porque cuando vuelva de Italia pienso venir a lo de Paco y comprar el coche aquí, uno normal.

—Ya, pero por lo menos que sea

nuevo.

—¡Joder, qué pesaditos!

Xulia reía con ganas y no pudo reprimir el comentario gracioso:

—«Adriático» no fastidies que se te ha averiado el cochecito, con lo que tú lo querías.

Marieta contestó con recochineo:

— ¿Averiado? Puede decirse que el coche ha muerto definitivamente, llegó hasta el concesionario de la entrada y justo ahí entró en combustión.

Ante el comentario de Marieta, se echaron todos a reír con ganas.

—Vale, vosotros reiros, pero el coche me trajo hasta el pueblo y me

dejó delante del lugar en el que tenía que cambiarlo, esto no os va a pasar con los vuestros, podéis estar seguros.

—Ya te digo hermanito, claro que lo estamos, porque jamás dejaríamos que llegaran a ese extremo. Y por cierto ¿Puedo ver ese contrato que vas a firmar?

—Eres muy curiosa me parece a mí.

—No es eso, pero estoy segura de que le dedicas a tus finanzas el mismo tiempo que al coche, al móvil o a las redes sociales, así que déjame gestionarte eso o terminarás arruinado y demandado

por hacienda.

Xulia me miró asintiendo con la cabeza.

—Tiene razón tu hermana, necesitas alguien que te gestione esto.

Marieta se acercó hasta la mesa, y miró por encima la cifra que Xulia le señalaba con un boli, del silbido que soltó miraron todos hacia nosotros expectantes.

—Madre mía, Adri, no me digas que no ibas a decirnos nada. Esto es demasiado para alguien a quien los números sólo le interesan para enumerar las páginas del libro que está escribiendo.

Xulia asintiendo dijo:

—Supongo que esperaba que me ocupara yo, como siempre. Pero a mí este tema también se me escapa un poco, no puedo dedicarme a todo, ya pensaba decirle que lo hablara con vosotros.

—Lo sabrías de todas formas Marieta, no creo que tengáis muchos clientes en vuestro banco que ingresen de pronto semejante suma. Os dejaré un poder firmado, para que me lo gestionéis papá y tú de la mejor manera posible. Y ahora necesito un ordenador, el mío está empaquetado y no pienso deshacer el maletón.

Marieta fue a por su portátil y lo

puso en la mesa, delante de mí y de Xulia, que seguíamos allí.

—Vamos a ver, firmamos el veintiocho por la mañana, tal vez haya que comer con la editora y todo eso... pero podemos salir de Barcelona esa misma noche. ¿Qué te parece?

—Por mí bien, busca un vuelo.

Mi madre curiosa y extrañada a la vez preguntó:

— ¿Se puede saber adónde vais?

—Vamos a pasar la nochevieja a Venecia, Xulia se quedará unos días, y cuando ella regrese, yo me iré a Malcesine, pienso quedarme por allí hasta la primavera, por lo

menos.

— ¡Qué envidia me dais! ¡Qué fin de año más romántico! Empezar el nuevo año en un sitio así tiene que traer buena suerte a la fuerza.

Xulia asentía feliz.

—Anímate y ven con nosotros, aún no hemos comprado los billetes.

—Pero estamos en ello, si alguno quiere venir que lo diga ahora.

—Otra vez será— dijo Marieta—.

A Venecia hay que ir con pareja, y yo no tengo.

— ¡Anda esta, ni nosotros!

—Pero vosotros ya soy una pareja...

—Sí, de amigos, compañeros de

trabajo y... ¿Vecinos?

—Eso también, vecinos.

Se hizo un silencio raro, pero yo estaba ocupado con la compra de billetes y casi ni me percaté.

—Ya está, Xulia. Salimos el veintiocho a las nueve de la noche del Prat y tenemos la llegada al Marco Polo a las diez y media. Ahora buscaré alojamiento. ¿Cuánto tiempo quieres estar?

—Una semana o a lo sumo diez días, más no puedo, y que conste que son las primeras vacaciones que pillo desde hace tres años.

—Pues haremos un tour por el Vèneto. Y si quieres vienes hasta

Malcesine y me ayudas a encontrar un apartamento.

— ¡Por dios, pensé que ya lo tenías buscado!

— Tampoco hay tanta prisa, y en el mes de enero no creo yo que haya un boom turístico allí.

— Sí, eso es cierto.

— Bueno, pues ya está, tenemos cuatro noches en un hotel de Venecia que te va a encantar y después lo que nos apetezca. ¿Te parece?

— Estupendo. Y ahora me gustaría que vinieses a saludar a mi padre. Cuando me dijo lo de su padre me guiñó el ojo.

—¿Quieres que lleve el contrato?

—No hace falta, ya se lo he enseñado yo.

Mi familia nos miraba extrañada, no entendían qué tenía que ver mi contrato con el padre de Xulia. Yo que a esas alturas estaba de muy buen humor lo expliqué, y todos se echaron a reír.

Mi padre por supuesto dio su sentencia:

—Lo mismo que pensó el padre de Xulia, lo pensé yo también, y me disgusté cuando decidiste dejar la oposición, En fin, me alegro que finalmente hayáis tenido éxito, porque esto es un éxito de ambos.

—Lo sé papá, tengo muy claro que sin Xulia nada de esto sería posible.

Xulia saltó al momento.

—Eso tampoco es así, tal vez hubieras tardado más, pero al final lo bueno siempre termina triunfando.

—«Julieta» no te quites importancia, que sin ti no lo hubiera conseguido. Yo no puedo escribir y dedicarme a promocionarme por las redes sociales. Nunca lo hubiera hecho, así que, a día de hoy, me conocerían en mi casa a la hora de comer y punto.

Xulia me miró, y de pronto pasó su

mano por mi cara con un cariño muy especial.

—Te lo tengo dicho muchas veces Adriático, pero parece que te gusta que te lo repita, Eres mi escritor fetiche. Porque fuiste el primero, y porque antes de todo esto, fuimos amigos desde la infancia y me gustaría seguir siéndolo, y además, quiero estar en tu vida literaria siempre.

Cogí su mano posada en mi rostro y me la acerqué a la boca para besársela.

—Tú sí que eres mi talismán. Gracias por todo Xulia, nunca te lo agradeceré bastante.

Mi familia aplaudió aquella declaración de intenciones de ambos. Nos miraban raro, o me lo pareció a mí.

Mis sobrinos aparecieron de no se sabe dónde en cuanto oyeron los aplausos, nos miraron a todos y preguntaron inocentes y muy sonrientes:

— ¿Sois novios?

Fue mi madre la que respondió enseguida:

— ¡Shss, callaos niños!

— ¿Pero son novios o no? — insistió Antía.

— Que no, pesados— apostilló Marieta.

— Pues no sé qué aplaudís, bah...
¡Vámonos Pablo!

Miré a Xulia guiñándole un ojo.

— ¡Venga, Xulia! vamos a ver a tus padres.

De pronto recordé que le había comprado un perfume.

—Espera, que esta noche Papá Noel ha dejado algo para ti.

Fui a mi habitación y cogí el último paquete que quedaba.

—Espero haber acertado.

Ella me miraba mientras lo abría, cuando vio el perfume se sorprendió.

—¿Cómo sabías que era este?

—Ya te lo contaré otro día.

—Gracias Adri, me encanta— dijo besándome en la mejilla.

Marieta no pudo reprimir la guasa.

—Ahora como es millonario...

¡Venga, largaos ya de una vez, que estáis muy pesaditos hoy!

Xulia se cogió de mi brazo y nos marchamos.

Hacía mucho frío, era muy probable que nevara. Xulia se pegaba a mi levantando el cuello de su abrigo.

— ¿Qué tiempo hará en Venecia?

—Frío, piensa que estamos a finales de diciembre.

No hablamos apenas. De pronto comprendí todo lo que Xulia había hecho por mí. Cubrí su mano

apoyada en mi brazo con la mía, como tratando de atesorar, no sé muy bien el qué. Pero sentí la necesidad de protegerla, era un sentimiento raro, algo que nunca había sentido por ninguna de las mujeres con las que había estado, claro que ninguna de aquellas mujeres había sido mi amiga. Xulia sí, y desde luego no era una mujer cualquiera.

Al llegar a su casa, nos miramos antes de entrar y al momento bajamos los ojos; ella me pareció que se ruborizaba, y yo sentí que tenía que poner un poco de distancia entre ambos.

La visita en casa de su familia fue igual de cordial que en la mía. Su padre me abrazó y me dedicó unas sinceras palabras que yo agradecí. Xulia estaba inusualmente callada. Algo había cambiado en el corto trayecto de su casa a la mía. No sé si sería para bien, o todo lo contrario, pero desde luego había algún matiz nuevo en nuestra relación.

CAPÍTULO IV

Fuimos a Santiago en el coche de Xulia, allí lo dejamos en el garaje de mi casa, pues ella tenía la suya en Pontevedra. Al aeropuerto nos dirigimos en taxi. Por supuesto ella no llevaba tanto equipaje como yo porque iba a estar solo una semana, a lo sumo diez días.

En Barcelona sólo dormiríamos una noche. Al día siguiente firmaríamos y a última hora de la tarde cogeríamos el vuelo a Venecia.

Todo fue tal como teníamos previsto. La editora se llamaba

Mabel, era una mujer de mediana edad, le calculé unos cincuenta y tantos, posiblemente estuviera más cerca de los sesenta, sin embargo, era muy jovial y habladora, aunque eso no le impedía ser enérgica y eficiente, de hecho, esto fue lo que más me gustó de ella.

Nos aseguró que sacarían el libro a principios de junio, y dejó muy claro que yo personalmente tendría que estar presente en todos los eventos que tuvieran que ver con la promoción, tales como presentaciones, ferias de libro nacionales e internacionales. Probablemente habría que

desplazarse a diferentes lugares de latino américa, y a los diferentes países en los que se publicaría el libro, una vez estuvieran hechas las traducciones. Me sentí eufórico, pues verdaderamente iban a por todas conmigo como autor, y por supuesto con mi libro.

También hablamos de las correcciones, puso especial énfasis en que no debía retrasarme en enviarle las galeradas de vuelta. Era muy importante respetar los tiempos por ambas partes, si no sería imposible publicar en junio.

Le comenté que estaría hasta mayo en Italia, pero siempre me tendría a

su disposición por correo electrónico, y desde luego por teléfono y WhatsApp. Esto la dejó satisfecha, era justamente lo que quería oír.

A Xulia le repitió: «— no dejes que se relaje». Ella sonrió asegurando.

— ¿Alguna vez te he fallado con otros autores? Pues te aseguro que con este tampoco va a pasar. Con este menos que con ningún otro.

La editora nos miró.

— ¿Sois pareja?

Fue Xulia la que contestó.

—No, somos amigos, pero de esos amigos de toda la vida...

Ella torció el gesto como diciendo,

«vosotros diréis que no, pero no es lo que parece».

Nos invitó a comer por cuenta de la editorial, que no reparaba en gastos conmigo. Lo pasamos muy bien con aquella mujer. Tenía anécdotas con escritores para dar y tomar, nos reímos un montón. Cuando nos despedimos de ella, eran ya las seis de la tarde, así que nos fuimos rápido hacia el Prat.

Al llegar a Venecia, la ciudad nos recibió lloviendo a mares.

—¡Ay dios! A ver si se va a inundar la ciudad ahora que por fin he venido yo.

Me hizo gracia su comentario. Ha

estado tan entregada al trabajo todos estos años, que no ha tenido tiempo apenas de viajar. Cuando no eran presentaciones, era reuniones con editores o autores. Otras veces ayudaba a los autores con las correcciones, o directamente corregía los manuscritos antes de mandarlos a alguna editorial. Es decir, que llevaba los últimos tres años sin tener vacaciones, lo único que se permitía al parecer, era ir al pueblo de vez en cuando. Solía decir que era el único sitio en el que podía relajarse, porque su madre no la dejaba hacer nada, solo pasear y descansar.

Así que estas iban a ser sus primeras vacaciones, su primer viaje de placer en mucho tiempo, y nada menos que a la mítica Venecia.

Todavía puedo recordar cuando de niños hacíamos listas de países que nos gustaría visitar por orden de preferencia. Italia, y por supuesto Venecia, eran siempre lo primero de su lista. He de decir que Italia era también lo primero de la mía.

Me satisface especialmente poder complacerla y ser su cicerone por Venecia.

Un Taxi nos llevó desde el aeropuerto hasta el aparcamiento

municipal de la Plaza de Piazzale. Allí subimos al tranchetto que nos metió de lleno en la ciudad.

Llevábamos cada uno una maleta y un neceser. Yo había dejado guardado el resto de mi equipaje en el aeropuerto.

Quiero que estas sean unas vacaciones a lo grande. Se lo debo a Xulia.

—¿Vamos en el vaporetto?

—Ya habrá tiempo, ahora cogeremos un taxi.

El Taxi, una lancha motora, nos llevó hasta la puerta del hotel, sin duda el mejor de Venecia. A unos pasos del Puente de los Suspiro y

del Palacio Ducal.

Tenía reservada una suite, que realmente parecía un apartamento. Constaba de dos habitaciones; Una, la principal, enorme, la otra un poco más pequeña. El baño era de auténtico lujo, disponía, además de la ducha, de una tremenda bañera con hidromasaje. No faltaba ni un solo detalle.

Por supuesto, le dejé la habitación grande para ella.

— ¡Adriático, esta vez te has tirado de lleno a la piscina, eh! Esto te habrá costado una fortuna.

— ¿Pero no acabamos de firmar «el contrato» de nuestra vida? Pues

para algo servirá ganar pasta gansa, digo yo... Y por cierto, fijate bien cuando te asomes a estos palaciegos y enormes ventanales, que el agua que hay ahí abajo pertenece al ¡¡Adriático!!

—Vale, lo tendré en cuenta Adri—
Recalcó el diminutivo de mi nombre sonriendo, y añadió—. Oye, ¿nos darán algo de cenar a estas horas?

—Pues claro mujer, puedes pedir lo que se te antoje.

—Es que como es tan tarde, no sé qué me da.

—Pues que no te de nada, ahora mismo pido algo rico, y un vino, ¿te

apetece? Total, ahora ya no vamos a salir, o sea que podemos hasta emborracharnos, creo que nos lo tenemos merecido.

—Pues pide algo mientras me voy a dar una ducha.

Pedí que nos sirvieran cena para dos en la habitación. También me apetecía ducharme, pero lo haría después. Me descalcé y me puse una camiseta negra de manga corta, hacía bastante calor en la habitación. Me senté en un butacón con orejeras que había al lado del gran ventanal. ¡Qué maravilla de ciudad!

Xulia salió del baño envuelta en un

mullido albornoz de los que proporcionaba el propio hotel.

—Me visto enseguida.

—Tranquila, no hay prisa, aún no han traído la cena.

—Entonces me secaré un poco el pelo.

Era realmente guapa. Alta, buen tipo, con aquellos ojos grises de mirada siempre inquisidora, pero inteligente. El pelo castaño con reflejos rojizos, largo hasta casi la cintura. ¿Tendría novio? Nunca habíamos hablado de eso; de mis relaciones sí, pero jamás de las de ella. Verdaderamente había sido un poco egoísta, o más bien

egocéntrico. Siempre que hablaba con ella, lo hacía sólo pensando en mis cosas; en mis novelas, en mis relaciones sentimentales, en mis problemas... ¿Cuándo dejé de interesarme por su vida? ¿Cuándo cambió nuestra relación de amigos, en la que nos apoyábamos uno en el otro, y nos contábamos nuestras cosas? ¿Cuándo pasó a ser algo unilateral? Tal vez desde que empecé a tener novias raras. Lo curioso es que ella siguiera siendo mi amiga, y que jamás me reprochase mi actitud.

En aquel mismo momento me prometí a mí mismo que aquello

cambiaría. Teníamos que retomar nuestra antigua y sana relación de amistad.

Me sacó de mis pensamientos la llamada en la puerta, se adelantó Xulia a abrir ya perfectamente arreglada.

Entró un camarero empujando una mesita en la que nos habían servido una cena fría junto con una botella de vino metida en una cubitera. Cuando el camarero se retiró, Xulia destapó los diferentes cuencos y platos acercando la nariz para olfatear la comida. La observé mientras lo hacía, disfrutando de su cara de placer ante el aroma de las

viandas.

— ¿Has pedido tú esto?

— He pedido, sí, pero nada en concreto. Simplemente que nos subieran algo para cenar y una botella de vino.

Xulia cogió el vino, leyó la etiqueta, y me miró con esa sonrisa amplia que siempre tiene dibujada en su cara, al menos para mí.

— ¿Sabes que este vino es de la Riviera del Garda? ¿No me digas que tampoco lo has pedido tú?

—Pues no, puedes creerme, he pedido algo para cenar y un buen vino para acompañar.

—Pues vamos a probarlo,

¿quieres?

—Por supuesto.

Sirvió el vino en sendas copas y acercó la mesita con ruedas hasta donde yo estaba. Luego acercó el otro sillón orejero y se sentó a mi lado. Me ofreció una copa, y con la otra en su mano, la acercó a la mía.

—Quiero, si me lo permites, hacer un brindis.

— ¡Por favor... hazlo! Pero antes déjame decirte que puedes hacer lo que quieras, lo que se te antoje, lo que desees, sólo dímelo y lo haré posible.

Me miró divertida y sonriente, su sonrisa alegraba el alma.

—Quiero brindar por esta amistad tan especial y tan productiva que nos une desde hace tantos años.

Levantamos nuestras copas para juntarlas en un «clin» de cristales al chocarse suavemente. Esperé a que ella acercase la copa a su boca. Aquel gesto me resultó más sensual de lo que me hubiera gustado, pues nunca la había mirado desde ese punto de vista. Cerré los ojos y bebí yo también, el vino era realmente exquisito.

—Y ahora, si te parece, podemos empezar a comer, la verdad es que tengo mucha hambre.

—No se hable más, empieza por lo

que prefieras.

—Creo que voy a empezar por el caviar, en este hotel tiene que ser de beluga, seguro.

No sabría explicar qué me estaba pasando, pero de pronto empecé a ver a Xulia con otros ojos. Empecé a fijarme en sus gestos de placer al probar el vino, o la forma en que degustaba el caviar al llevarlo a la boca con la cucharita, cerrando los ojos y tratando de exprimir todo el sabor.

Se había puesto una falda corta, que al cruzar las piernas dejaba ver prácticamente todo su muslo y, para ser sincero, se me estaba cerrando

la glotis al mismo tiempo que se me endurecía otra parte que pensé que ya no volvería a resurgir, o por lo menos no tan pronto, y menos causado por la visión de esta nueva Xulia. Aunque en realidad lo nuevo no era ella, sino mi forma de mirarla.

Hasta el momento, la había visto como amiga y agente, pero ahora además la estaba viendo como mujer. Y aquí tenía todas las de ganar. Claro que ella seguramente me estaría viendo a mí como siempre, su amigo y su autor preferido.

Tendría que centrarme en mi plan

inicial al traerla aquí. Y ese no era otro que agradecerle todo lo que llevaba haciendo por mí desde que decidió representarme. Y no sólo lo que había hecho por mí como autor, sino como amigo. Avisándome cuando creía que las parejas que elegía no eran las adecuadas, dándome espacio cuando veía que no atendería a razones, porque fueron muchas las llamadas de atención por su parte y poco el caso que le hice la mayoría de las veces.

En definitiva, había organizado aquel viaje para que ella disfrutara, descansara un poco de los locos

autores, como yo mismo, a los que representaba. Y sobre todo, para hacer realidad su sueño adolescente de visitar Venecia.

— ¿Qué te pasa Adri? Estás muy callado, ¿no te habrás arrepentido de traerme?

Le miré sorprendido por aquella pregunta.

— ¿Cómo puedes pensar eso? Estoy feliz de que me hayas acompañado. Pero vamos a hablar en serio.

— ¡Uuff! ¿Y eso...? No me irás a decir que ya no quieres escribir más.

—No se trata de eso.

—Pues entonces ya me dirás, sabes que puedes contarme lo que sea, cualquier cosa y lo solucionaremos.

— ¿Quieres escucharme? Tengo muy claro que puedo hablar contigo de lo que sea. Que puedo contarte todos mis problemas, que puedo pedirte todo lo que necesite tanto el escritor, como la persona que soy, y esto es algo que nunca podré agradecerte suficientemente. Precisamente pensé este viaje para que los dos pudiésemos retomar nuestra antigua relación, aquella bilateral, en la que no solo era yo el que pedía o necesitaba, también lo hacías tú.

— Qué estás diciendo, siempre ha sido así entre nosotros.

—No Xulia, sabes que no. No sé cuándo cambió, no sé cuándo dejé de ser tu amigo, y pasé a ser un tipo egocéntrico, centrado en mí, sin importarme lo que pudiera estar pasándote a ti.

— Oye Adrián, esto se está poniendo demasiado serio, y creo que no es necesario.

—Sí que lo es, para mí lo es. Necesito volver a conocerte, que me cuentes a qué tienes miedo a estas alturas de tu vida. Ni siquiera sé si tienes pareja mientras que tú, sin embargo, lo sabes todo de mí.

— Para tu tranquilidad te diré que no, no tengo pareja, de haberla tenido lo normal sería venir a Venecia en su compañía, y no en la de un loco escritor que no hace más que darme la tabarra.

—A eso me refiero, que he estado dándote la tabarra estos últimos años, y nunca has tenido una mala palabra conmigo. Has tenido paciencia, y sobre todo, me has perdonado el que te haya tenido olvidada como amiga. Pero si hasta has llevado regalos a mis padres de mi parte todo este tiempo que estuve con Elena. ¿Cómo podría agradecerte todo esto? Es

imposible. Me siento en deuda contigo. Quiero saber de ti, que me cuentes cómo es tu vida.

— Y ¿cuándo quieres que empiece? ¡Por dios, Adrián! Si es que llevo una vida de lo más normal, trabajo muchísimo eso sí, y no tengo pareja, creo que no tengo tiempo para ello.

— ¿No sales nunca con amigos, etc.?

— Pocas veces. Tengo demasiadas comidas y cenas de trabajo, así que la mayoría de las veces lo que quiero es estar sola en mi sofá, viendo la tele y punto.

— Pero algún novio habrás tenido.

Eres guapísima y muy lista, no me creo que los hombres no se hayan fijado en ti.

— ¿Tú lo has hecho, te has fijado en mi como tía buena para ligar?

— ¡Touché! Pero yo te miraba como amiga y luego como editora...

—Pues el resto de tíos con los que trato, me ven o como agente, o incluso como un medio para acercarse a un autor o a una editorial.

—Sé sincera, me cuesta creer que no haya habido alguien que te haya gustado, o del que te hayas enamorado, no sé...

—Vamos a ver Adrián, te aseguro que no he tenido ningún novio ni nada de eso. He estado demasiado ocupada trabajando. Pero si me preguntas si me he enamorado alguna vez, te diré que sí, aunque ha sido totalmente platónico, él nunca va a saberlo y punto, ahí se acaba la historia de mis amores. Como ves, es mucho más interesante la tuya, por eso hablamos de ti.

—Pues se acabó, primero porque se acabaron las mujeres para mí, quiero decir en cuanto al amor de pareja. Y segundo, porque voy a darte el coñazo cada vez que hablemos para que me cuentes de ti.

El ser egoísta que llevo dentro ha muerto definitivamente.

—Vamos a brindar por esto también. Te advierto que nos hemos ventilado la botella, más bien me la he ventilado yo, porque como tú no has dejado de hablar, yo me la he ido bebiendo mientras tanto, y creo que tengo media turca, menos mal que estamos en casa...

Dijo aquello mientras reía a carcajadas. Iba a ser verdad que estaba algo bebida, mejor, a ver si así le daba por hablar.

—Puesto que la botella de vino se ha acabado y la cena también, prepararé unas copas. ¿Qué

preferes ron o ginebra?

—Si hay Cola, prefiero ron.

—Pues que sean dos de ron, tú quédate quieta ahí.

—No tenía pensado moverme. ¿Sabes qué, Adrián? En este momento, soy la mujer más feliz del mundo.

—Te conformas con poco, pero me alegro de ser yo el causante de tu felicidad.

—No me conformo con poco. Si te paras a pensar, tengo motivos para ser muy feliz en este preciso momento.

— ¿Sí...? A ver, ilústrame...

—Estoy en Venecia, por primera

vez en mi vida, en el hotel más maravilloso de la ciudad, en el que solo el decorado te transporta a aquella época de la Venecia del carnaval y las máscaras... No tengo que trabajar, porque también por primera vez en bastante tiempo, he tomado vacaciones, y no sé si te has dado cuenta, pero tengo el móvil apagado desde que montamos en el avión en Barcelona. Y por si no fuera bastante, estoy con mi mejor amigo, no puedo desear nada más... Me encantaba escucharla. Me senté de nuevo a su lado y le di la copa.

—Adrián, ¿puedo preguntarte qué fue lo que te pasó con Elena? ¿Por

qué después de todo habéis cortado?

—Si es que no quiero hablar de mí. Sólo te diré que después de pedirme tiempo y espacio, volvió para decirme que necesitaba también aire, así que la mandé con viento fresco definitivamente. Me dolió, aunque he empezado a darme cuenta de que, en realidad, no estaba enamorado, más bien estaba enganchado de una forma enfermiza a ella. Cuando la vi marchar me sentí totalmente hundido, pero enseguida comprendí que no la necesitaba y que la relación que mantuvimos me perjudicó bastante,

no sólo como persona, sino también como escritor.

— ¡Ay, qué alivio! Pensé que nunca te darías cuenta del perjuicio que te estaba ocasionando.

— Ves, hasta eso tengo que agradecerte. Me conoces tanto que sabes siempre cuándo me equivoco. Y ahora quiero ser yo quien te de consejos con respecto a tu vida.

— ¡Déjate de tonterías! Qué podrías decirme, no ves que yo no soy tan enamoradiza como tú, que siempre andas de flor en flor.

— Tampoco tanto, solo he salido con Aixa y Elena— Xulia no sabía nada sobre el resto de mujeres que

habían pasado por mi cama, ni falta que hacía. Además, no habían sido tan relevantes como para merecer un capítulo en mi vida.

—Ya, pero has ido de mal en peor, reconócelo.

—Pues claro que lo reconozco. Te lo estoy diciendo.

Xulia me acercó su vaso vacío.

—Ponme otra copa, porfa, me encanta lo bien que lo preparas.

—Tus deseos, ya sabes...

—Pues no quieras saber todos mis deseos... no vaya a ser que te veas en la obligación de proporcionármelos.

—Tú pide por eso boquita, reina

mía, y todo se andará.

—Eres un encanto Adri, estar aquí contigo es más de lo que podría desear.

Me acerqué para llevarle la copa, me puse de rodillas delante de ella y la miré a los ojos.

—A mí también me hace muy feliz estar aquí contigo, eres como mi otra mitad.

La besé en la frente, aunque de buena gana le hubiera comido la boca. Tenía que desterrar aquella idea loca de mi cabeza. Solo me faltaba besarla e incomodarla para el resto de las vacaciones. Entonces sí que sería el final de nuestra

maravillosa amistad.

CAPÍTULO V

Hablamos hasta bien avanzada la noche, a la vez que nos tomamos alguna otra copa más. Eran las cuatro de la madrugada, cuando Xulia se quedó dormida en el sillón.

La cogí en brazos, y la llevé a la cama. Estaba un poco afectada por el alcohol, y emitía ese leve ronquido de cuando uno bebe más de la cuenta.

Decidí desnudarla, no podría dormir cómoda con la ropa puesta. La dejé en ropa interior y la tapé

con el edredón. Me gustó verla darse la vuelta y acurrucarse en medio de la inmensa cama.

De buena gana me hubiera metido con ella. Me entraron ganas de abrazarla y acariciarla hasta que el deseo que sentía por ella, y la pasión que atisbaba dentro de mí, se desbordara y nos consumiera a ambos.

Cerré los cortinones para que no la despertara la claridad del amanecer, y antes de irme le di un último vistazo. Necesitaba quedarme con la imagen de aquella bella mujer, que lo era y mucho, en mi retina. Aunque haberla visto

ataviada con aquel mínimo conjunto de lencería color granate que hacía resplandecer aún más su piel, fue realmente impactante para mí.

Las ganas, y el alcohol que había ingerido, no me dejaban dormir. Finalmente, mi mano tomó iniciativa propia, y con suaves movimientos se deslizó dentro del calzoncillo acariciando mi endurecido miembro hasta llevarme a un orgasmo que aplacó mi ansia, después de eso me fui adormeciendo poco a poco.

Me despertó una suave música, el Canon de Pachelbel, escuché con atención y pude oír un suave tarareo

a la par que la música. Me levanté despacio y miré desde la puerta entornada. Nada más verla, un fogonazo invadió todo mi cuerpo. Se había puesto de nuevo el albornoz, y tarareaba bailando con el desabrochado, como imitando los antiguos bailes de salón.

Estaba espléndida.

Creo que van a ser demasiados días reprimiendo todo esto que está surgiendo a borbotones dentro de mí.

Busqué ropa interior limpia en la maleta y me metí en el baño. De nuevo volví a sentir la necesidad de masturbarme, y sería bueno que lo

hiciera, de lo contrario estaría todo el día con aquella tensión sin poder pensar en otra cosa.

Abrí la ducha y, mientras esperé a que saliera agua caliente, me masturbé otra vez con la imagen de ella desnuda en la cama. En algún momento, mi mirada inconsciente se fijó en la imagen que reflejaba el espejo del baño. Era Xulia que me observaba sin darse cuenta de que yo la veía a ella. Se mordía el labio inferior, y mientras con una mano se pellizcaba los pezones, la otra se movía con ritmo dentro de sus bragas. Aquella imagen era lo más erótico que había visto en mi vida.

Seguramente verme a mí masturbándome, también lo era para ella. Frené un poco mi ritmo, quería darle tiempo, necesitaba ver como llegaba al éxtasis.

Me coloqué de forma que ella pudiera verme bien, me acaricié despacio, dejándole ver mi glande duro y terso, del que pronto empezaron a brotar las primeras gotas del líquido preseminal que con el pulgar fui extendiendo por toda la punta. Me excitaba ver cómo paseaba su lengua por los labios, tratando de saborear lo que veía. Este gesto me aceleró, y aquello empezó a coger un ritmo ya

imparable, abocado al tremendo y placentero orgasmo que me sobrevino al ver cómo ella trataba de mitigar los gemidos del suyo, ahogándolos con su antebrazo. El orgasmo que recorrió su cuerpo, le hizo perder un poco el equilibrio. Tuvo que apoyarse en la pared, y en cuanto pudo caminar, desapareció refugiándose supongo que en su habitación.

¿Qué nos estaba pasando? Por mi parte lo tenía cada vez más claro. Había dejado de ver a Xulia como mi mejor amiga, al mismo tiempo que había dejado de importarme que fuera mi agente, o que nuestra

relación pudiera enturbiarse si traspasábamos esa línea.

Por su parte, no lo sé. Tal vez lo que le había ocurrido era que llevaba demasiado tiempo sin sexo, y sin estar con un hombre y esto le había disparado la libido.

Mientras me duchaba, pensé en las opciones que tenía con respecto a Xulia. Ojalá pudiéramos hablar de ello sin que ella se sintiera ofendida, y sobre todo sin que peligrase la buena relación que manteníamos.

Salí de la ducha en calzoncillos dirigiéndome hacia mi habitación, me paré en la puerta de la suya, no

estaba cerrada del todo y pude verla sentada en la cama con la cabeza agachada, parecía preocupada y yo sabía por qué, pero no iba a decir nada.

Llamé con los nudillos.

—Xulia, ¿ya estás vestida?

—No, estaba esperando que salieses de la ducha para meterme yo.

—Pues ya he acabado. Por cierto, me ha gustado despertarme con la música de Pachelbel.

—Lo siento, no quería despertarte.

—No lo sientas, creo que he dormido demasiado y tenemos mucha ciudad que visitar.

— ¡Adrián...!

— ¿Sí...?

— Gracias por lo de ayer...

— No sé a qué te refieres.

— Sí que lo sabes, y perdona, seguro que hasta te dejé con la palabra en la boca.

— Bueno sí, eso sí, cuando me quise dar cuenta, estaba hablando solo. Tú ya estabas en los brazos de Morfeo. Tuve que llevarte a la cama y desnudarte, aunque esta fue la mejor parte — dije con una sonrisa burlona quitándole importancia.

— Vale, no volverá a ocurrir.

— ¿El qué no volverá a ocurrir?

—Pues eso, no voy a volver a beber tanto, que luego tienes que meterme en la cama...

—Por favor Xulia, sabes de sobra que no me importa. Y vamos a dejarnos ya de charlas y a vestirnos, que es tarde y hace un día estupendo. Hoy patearemos la ciudad, ponte calzado cómodo, quizás no volvamos hasta la noche.

Yo me puse un pantalón vaquero y una camiseta de algodón gris, con un dibujo tribal. Cogí también una cazadora de cuero granate pues, aunque el tiempo estaba bueno, era inestable y podía volver a llover, al fin estábamos en diciembre. Me

calcé unos mocasines. La idea era andar mucho, así que había que ir lo más cómodos posible.

La esperé de pie mirando por la ventana, y decidiendo por dónde empezar el recorrido. Aunque, ya que estábamos al lado del Puente de los Suspiros, empezaríamos por allí. Y tal vez mañana podríamos ir a la isla de Murano.

— ¡Ya estoy lista!

— Bien, pues andando.

La cogí de la mano y tiré de ella por el pasillo hasta el ascensor. Una vez dentro hube de soltarla, pues nuestras manos unidas me producían un escozor difícil de

definir.

Ella también sintió algo parecido al contacto con mi piel, estoy seguro. Cada vez estoy más convencido de que se hace necesario una conversación entre nosotros sobre este asunto.

Mientras duró el trayecto en el ascensor, ella miraba al suelo como tratando de encontrar allí las respuestas a lo que fuera que bullía en su cabeza.

Yo no podía dejar de mirarla, cada vez me gustaba más. Se había puesto un pantalón vaquero muy ceñido y desgastado, y una camisa blanca entallada que resaltaba su

tez dorada y su pelo rojizo. En la mano llevaba una cazadora acolchada tipo anorak y un bolso pequeño que se colgó de bandolera.

Me dio la sensación de que se ralentizaba el tiempo en el escaso minuto que tardó en bajar aquel antiguo ascensor. Pude apreciar de nuevo el aroma que desprendía, el mismo que la noche anterior cuando la desnudé para meterla en la cama. Tuve que pegarme a ella cuando entró más gente en aquel pequeño habitáculo. Aspiré el olor de su pelo con un placer inusitado. Le puse, como a lo tonto, una mano en

la cintura y pude sentir cómo se estremecía. Su aroma me tenía hipnotizado, teníamos que salir de allí pronto, o mi mano empezaría a vagar por su cuerpo sin que pudiera contenerme.

Por fin se abrieron las puertas y salimos al exterior. Respiramos ambos como si nos hubiera faltado el aire. Lo que fuera aquello que nos estaba invadiendo a los dos, empezaba a ser incontrolable.

Fue un día estupendo, caminamos por la ciudad con la placidez que da la tranquilidad de saber que pasear es lo único que uno tiene que hacer en todo el día. Por suerte,

Venecia no estaba inundada como otras veces, ni tampoco abarrotada de turismo como en otras épocas del año. Lucía, además, un sol espléndido que nos iluminaba la mirada. A ella más si cabe, pues el gris de sus ojos se tornó de un azul intenso, que trajo a mi memoria los atardeceres de verano en el pueblo, cuando aún éramos niños.

Hicimos una pausa para comer en un restaurante que estaba medio escondido en una estrecha callejuela. Llamó nuestra atención por lo pequeño que era. El comedor, se parecía al de cualquier casa familiar, pero con un encanto

especial que nos atrapó de inmediato. Después de la buena comida que degustamos, tomamos café y continuamos con nuestro recorrido por la ciudad. Nos hicimos muchísimas fotos. Cada rincón nos parecía digno de fotografiar, al fin empecé a encontrarle el punto a mi teléfono nuevo.

Caminamos tanto que, agotados, decidimos regresar en el Vaporetto, desde el que continuamos haciendo más fotos. Yo se las hacía a ella, y ella a mí, hasta que una pareja que iba a nuestro lado nos dijo en español y con acento gallego, que

nos pusiéramos juntos que ellos nos harían las fotos.

— ¿Sois gallegos eh?

— Sí, estamos de luna de miel, ¿vosotros también?

— Bueno, somos gallegos, pero sólo amigos, estamos de vacaciones

— Contestó Xulia un poco azorada.

— Perdona, ¿tú no eres Adrián Enríquez, el escritor? — Dijo la chica dirigiéndose a mí.

— Sí, lo soy.

— ¡Qué pena! Tengo tu libro en la habitación del hotel, me gustaría que me lo firmaras.

— Sin problema. Si queréis, podemos quedar mañana y te lo

firmino.

—No, por dios, no queremos molestaros.

—Bueno, es la primera vez que me piden que firme un libro, nada menos que en Venecia, y esto hay que celebrarlo. ¿Verdad Xulia? — Dije mirándola entusiasmado, a lo que ella enseguida contestó:

—Desde luego. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Lola y mi chico se llama Alán.

—Qué os parece si quedamos para mañana delante del Palacio Ducal a eso de las once, traes el libro y yo te lo firmo.

—Desde luego... ¡Qué ilusión de

verdad...!

Nos hicieron un montón de fotos, con diferentes palacios de fondo. También nosotros se las hicimos a ellos.

— ¡Uff! Creo que se me está acabando la batería.

—No me extraña Adrián, no has parado de hacer fotos.

—Bueno, le estoy cogiendo el tranquillo al móvil. Pero tienes razón, vamos a dejar unas pocas para mañana.

Nuestros nuevos amigos reían haciendo bromas conmigo y mi nuevo teléfono.

—Lola— dijo Alán—, si no me

equivoco, esta es nuestra parada.

Nos despedimos de ellos recordándole la cita del día siguiente.

— ¡Qué majos estos chicos! Y ¡qué casualidad que ella se haya traído mi libro y me haya encontrado aquí! No me digas que no es una pasada firmar un libro en Venecia.

—Pues espera a que publiques el nuevo, va a ser la bomba.

La siguiente parada era la nuestra, nos bajamos y caminamos los pocos metros que nos separaban del hotel.

— ¿Qué prefieres una cena fría en la habitación, como la de ayer, o

subimos, nos cambiamos y bajamos a cenar al comedor?

—Me gustaría bajar, pero no sé si tengo ropa adecuada para una cena en semejante restaurante.

—Seguro que sí, tampoco vamos al festival de cine.

— ¡Uy! Ya me gustaría...

—Pues eso está hecho, porque este año nos venimos tú y yo.

—Estás loco Adri, ¿lo sabes no?

—Sí, lo sé, cada vez más...

Llegamos a la habitación y Xulia empezó a sacar ropa de su maleta. De pronto en la inmensa cama se amontonaron diferentes pantalones, faldas y conjuntos varios.

—Ayúdame Adri. ¿Qué me pongo?
Se desnudó quedándose en ropa interior, sin importarle que yo estuviera delante, me di la vuelta para salir de la habitación, aquella visión era una tortura.

—No te vayas Adrián, necesito que me ayudes.

— ¡Joder Xulia, que estás desnuda!

—No te pases, es como si estuviera en bikini, y me has visto muchas veces así. Sin ir más lejos ayer.

—Ya...

Regresé al centro de la habitación y, sin mirarla, me puse a rebuscar entre lo que había encima de la cama. Cogí una falda larga, negra,

muy vaporosa y transparente, y un top plateado que sólo tenía una hombrera. Se lo puse delante.

—Creo que con esto estarás impresionante y resultarás muy sofisticada.

—No me interesa lo que pueda parecerle a los demás, quiero que te guste a ti, eres mi acompañante.

—A mí me encanta, por eso lo he elegido. Ahora el problema será estar a tu altura en elegancia. Voy a buscar algo.

Tuve claro que, entre la ropa que me había traído, no había nada con lo que pudiera estar a la altura de Xulia. Llamé a recepción para

alquilar un esmoquin, les dije la talla y me lo subieron en cinco minutos. Como Xulia estaba en la ducha ni se enteró, mejor, quería sorprenderla.

Me quedaba increíblemente perfecto, ni hecho a medida.

Ella estaba en la habitación ya vestida, maquillándose delante del espejo. Me puse detrás para que pudiera verme reflejado. En cuanto lo hizo, se quedó parada con el pincel del rímel en la mano a la altura de los ojos. Se dio la vuelta levantando las cejas sorprendida.

— ¡Ostras Adri! No sabía que habías venido tan preparado.

—La verdad es que no Xulia, no venía preparado. He llamado a recepción para alquilarlo. Después de ver lo que tú ibas a ponerte, necesitaba estar a la altura. Y... la ocasión bien lo merece.

—No sé a qué ocasión te refieres, la verdad.

—Pues, a esta; estoy en Venecia, disfrutando de unas merecidísimas vacaciones y en compañía de la mujer de mi vida. Porque Xulia, he de reconocer que han pasado varias mujeres por mi vida, pero tú eres la que estuvo desde el principio, la que está en este presente tan exitoso y la que estará siempre, estoy

seguro.

Xulia, visiblemente emocionada por mis palabras, se abrazó fuertemente a mí, besándome en la mejilla y susurrándome casi sin voz.

—Gracias Adri, gracias por todo esto. No sabes lo feliz que me haces.

Apreté mi abrazo entorno a ella aspirando su familiar aroma, y dejándome llevar por el momento. Sin pensarlo, la besé en el cuello acariciándola con el beso. Ella se dejó hacer excitada y seguramente notando mi dureza apretada contra su vientre.

Tenía que parar aquello o terminaría tirándola encima de la cama, arrancándole a mordiscos el traje y todo lo que se interpusiera entre nuestros cuerpos. Me apetecía desnudarla y pasear mi lengua por todo su cuerpo. Saborear cada poro de su piel y cada recóndito lugar...

Me aparté de ella a duras penas. Sin mirarla a los ojos di la vuelta y la dejé sola en la habitación, excitada, aturdida y tal vez consumiéndose de deseo tanto como yo.

No me gustó lo que hice, y es probable que a ella también le haya molestado, pero no podía mantener

ese abrazo por más tiempo, espero que pueda entenderlo.

Me metí en el baño tratando de disimular y recuperar la normalidad. Cuando por fin pude hacerlo, salí al saloncito de la suite y, apoyado en el quicio del ventanal, me dispuse a esperarla.

—Xulia, cuando estés lista bajamos.

—Sí, ahora voy.

Cuando salió de su habitación quedé realmente impresionado. Aquella mujer era una auténtica belleza. Estaba imponente con aquella falda transparente que yo mismo había elegido, y que dejaba

ver sus piernas en todo su esplendor. El top se ceñía a su cuerpo como un guante y exponía todo su escote, insinuando sus generosos pechos. Y a mí me entraron ganas de nuevo de saborearla. Sería todo un placer acariciar con la lengua aquel sinuoso camino entre sus pechos, o posar mi boca en su hombro recorriendo la línea de su clavícula. Debí quedarme demasiado embobado porque no la oí llamarme la primera vez.

— ¡Adri, estás tonto! ¿Qué te pasa?

— Perdon, no... no me pasa nada, ya voy.

Caminé hacia ella, la cogí de la mano y salimos de la habitación hacia el ascensor. Caminamos en silencio, yo mirando al frente y ella hacia abajo. Creo que estaba un poco avergonzada, aunque por nada en concreto, puesto que nada había pasado. Seguramente era más bien por todo lo que dejó de pasar y que, sin embargo, se quedó flotando en el ambiente.

Un camarero nos abrió la puerta del comedor y nos acompañó hasta una mesa puesta para dos. Había más gente cenando en aquel impresionante comedor, pero la gran mayoría eran mesas de dos

comensales. Al parecer la gente iba a Venecia de viaje romántico. Para cenar, nos dejamos aconsejar por el metre, incluso atendimos a sus indicaciones en cuanto al vino. La cena resultó exquisita y el lugar no podía ser más romántico. Hablamos poco, aunque nos miramos mucho, al menos yo. Se me hizo muy difícil quitarle el ojo de encima.

Al fondo del comedor había una especie de escenario en el que un grupo de músicos tocaba un repertorio muy variado, romántico y muy suave a pesar de ser instrumental. Se podía hablar y a la vez dejarse envolver por el

agradable sonido de la música.

Al terminar de cenar pedimos café y con él nos ofrecieron alguna bebida. Pedí para los dos, ron con cola para ella y un wiski con mucho hielo para mí.

Por fin nuestras miradas, que habían tratado de esquivarse durante la cena, se encontraron. Al hacerlo, ella cerró unos segundos los ojos y yo incliné un poco la cabeza sonriéndole cariñosamente, tratando de normalizar la situación.

Nos sorprendió una pareja, que de pronto salió a bailar. Eso parece que animó al resto de comensales porque enseguida se organizó allí

un curioso baile. Las mujeres iban muy elegantes, vestidas de largo, y los hombres con esmoquin. Por lo visto habíamos acertado, aunque he de decir, que de todas las mujeres de diferentes edades que allí estaban, ninguna era tan bella como Xulia.

Yo no era un gran bailarín, pero no se me daba mal. Me levanté y, cogiéndole la mano, tiré suavemente de ella.

— ¡Bailemos, Xulia! Hace tiempo que no lo hago, pero hoy me apetece.

Ella se levantó y caminamos hasta el centro del salón, allí la envolví

en mis brazos y empezamos a deslizarnos al ritmo suave de la música.

Continuamos bailando durante un buen rato, cada vez más juntos, hasta que sonó la canción de Sergio Dalma «Bailar pegados». Nos separamos un poco para mirarnos, pero esta vez fue ella la que se volvió a abrazar a mí apoyando su cabeza en mi hombro, dejándose llevar totalmente por la música y el ritmo acelerado de mi corazón, mientras yo le cantaba suavemente la canción al oído.

«Bailar de lejos no es bailar, es

como estar bailando solo.

Tú bailando en tu volcán y a dos metros de ti, bailando yo en el polo.

Probemos una sola vez, bailar pegados como a fuego, abrazados al compás, sin separar jamás tu cuerpo de mi cuerpo. Bailar pegados es bailar, igual que baila el mar con los delfines. Corazón con corazón, en un solo salón dos bailarines. Abrazadísimos los dos, acariciándonos, sintiéndonos la piel...».

CAPÍTULO VI

El baile nos dejó, tal como decía la canción, muy pegados. Terminó la música y seguimos abrazados en medio de aquel inmenso y romántico salón. Rodeados de parejas que habían dejado de bailar cuando acabó la canción, y esperaban que empezase otra que los volviera a enlazar.

Nosotros continuábamos abrazados cuando volvió a sonar la música. Sin apenas movernos, Xulia despegó la cabeza de mi hombro para mirarme tímidamente a los

ojos. No sé lo que vi en su mirada, pero mi boca se posó en la de ella despacio, en un beso lento y suave que fue creciendo hasta desembocar en algo mucho más intenso, sensual y desesperado, que escandalizó un poco a las personas que nos rodeaban. Mis manos se movían por su espalda, disimuladamente se deslizaban por su trasero apenas cubierto por la gasa de la falda. Nuestro abrazo era tan estrecho, que cada movimiento hacía palpar mi erección.

—Xulia, tenemos que irnos de aquí.

—Sí... vámonos.

Nos despegamos a duras penas. La

hice caminar delante de mí, para disimular el abultamiento en mis pantalones. Me costó llegar hasta el ascensor, viendo el culo de Xulia apenas tapado por el encaje de las bragas que la transparente falda dejaba ver. Pero en cuanto se cerró la puerta, la levanté hasta tener su boca frente a la mía. La sujeté por las nalgas, ella rodeó mi cadera con sus piernas y me enroscó los brazos al cuello. La apoyé contra la pared del ascensor y nos besamos de nuevo, aunque esta vez totalmente desinhibidos, sin importarnos nada las consecuencias de aquello que estaba empezando a suceder entre

los dos.

Le bajé el corpiño y al no llevar nada debajo, sus generosos pechos quedaron a mi disposición. Le mordí los pezones, más fuerte de lo que había pretendido, ella gritó de dolor. Me disculpé y, para aliviarla, se los lamí esparciendo en ellos mi caliente saliva. De pronto se abrieron las puertas del ascensor. Por suerte no había nadie esperando, claro que era casi la una de la madrugada. La llevé hasta nuestra suite enredada con piernas y brazos a mi cuerpo, medio desnuda, pues el corpiño se le había enrollado en la cintura y sus pechos

se balanceaban libres, con los pezones endurecidos como piedras rozando mi torso en su vaivén.

Al entrar en la habitación, la apoyé en el suelo sin dejar de besarla. Mientras me desnudaba, ella se deshacía de su ropa al mismo tiempo. Cuando quedó ante mí, tan solo con las medias sujetas con un ligero y aquella mínima braguita, cerré los ojos totalmente extasiado de placer.

—No te quites nada más — le dije. La hice sentar en el sillón con una pierna encima del reposabrazos, —Estás bellísima, Xulia. Me encantaría hacerte algunas fotos, así

podrías ver tú lo que yo veo.

—Puedes hacerlas, si luego me dejas que te las haga yo a ti.

Fui a por el móvil y le hice varias fotos en diferentes posturas. Y entre foto y foto la besaba, le mordía los pechos y metía los dedos en su interior apartando el delicado encaje de la braga. Se sorprendería bastante, cuando se viese a sí misma en aquel estado. Estaba tan excitada que se enfadaba si sacaba mis dedos de su sexo.

Le pedí que se levantara y me arrodillé delante de ella, con movimientos suaves le bajé las bragas hasta los pies, ella levantó

uno y después el otro para deshacerse de ellas. Miré su sexo desnudo y lo lamí introduciendo mi lengua entre aquellos jugosos labios. Abrió un poco las piernas para hacerme saber que quería más, mientras con sus manos sujetaba mi cabeza presionando sin dejarme abandonar aquel lugar.

Pero yo tenía otros planes. Si nuestra amistad se iba a ver resentida por lo que estábamos haciendo, que al menos fuera memorable.

La coloqué de nuevo en el sillón, pero esta vez de rodillas, con las piernas lo más abiertas posible, y

apoyando los brazos en el respaldo. Volví a arrodillarme, pero ahora el panorama me dejó sin aliento. Me lancé como un hambriento a comer aquel manjar exquisito que se me presentaba ante los ojos. Lo hice con ganas, introduje en ella dedos y lengua. Con las manos le separé las nalgas para acceder a todos sus huecos, ella gritaba de placer y comprendí que un potente orgasmo empezaba a recorrer su cuerpo. Me levanté y me introduje en ella con fuerza, me asustó el desgarrador grito de ella, y paré.

— ¿Qué pasa cariño?

— Nada, espera un momento. ¡Buf!

Me cogiste desprevenida.

—Perdona. Tranquila, iré despacio.

—No es eso, es que...

— ¿Qué pasa Xulia? Si no quieres lo dejamos.

— ¡Por favor, sí que quiero!
Pero...

Salí de su interior y volvió a quejarse. Entonces vi un poco de sangre en mi miembro y quedé atónito.

La giré, y la miré a los ojos, ella bajó la mirada avergonzada.

—Xulia, ¿eres virgen?

—Sí... bueno... ya no— dijo con una sonrisa tímida.

— ¡Dios, tendrías que habérmelo

dicho!

—Si te lo hubiera contado, te hubieras echado atrás.

—Pero Xulia cariño, yo pensé que tú me deseabas del mismo modo que yo a ti, pensé que eras una mujer experimentada, y ahora me siento fatal.

—Claro que te deseo, no sé si del mismo modo que tú a mí, pero el hecho es que sí, y no entiendo por qué te tienes que sentir mal. ¿Qué ha cambiado?

—Pues que la primera vez tendría que ser... más romántico, con alguien de quien estuvieras enamorada.

—Vaya tontería, mucho mejor contigo que somos amigos y nos conocemos bien.

—Vale, sí, pero de haberlo sabido, no te lo habría hecho en esa postura, ni hubiera sido tan brusco.

—Siento no haberte comunicado ese pequeño detalle, y ahora, por favor. ¿quieres terminar lo que has empezado? Voy al baño un momento, he sangrado un poco.

La cogí en brazos y la llevé yo mismo. No era momento para una ducha, me pareció mucho mejor, dadas las circunstancias, un baño relajante y sensual. Abrí el agua de la inmensa bañera y dejé que se

llenara mientras le quitaba el ligüero y las medias.

—Esto tienes que volver a ponértelo otro día, hoy eras el erotismo personificado.

—Me lo pongo mucho, siempre que llevo falda y medias, me pongo ligüero, no me gustan los pantis.

—No puedes decirme eso. No podré pensar en otra cosa cada vez que te vea con falda.

Se echó a reír de aquella forma tan suya, echando la cabeza hacia atrás, parecía ofrecer su garganta a las fauces de un taimado vampiro. Yo no pude reprimir el deseo de besarla y lo hice mordisqueándola

primero, para después recorrer su cuello con la lengua, lamiendo cada hueco, cada trozo de su piel...

Volvimos a excitarnos de nuevo.

—Ven— Le dije sin dejar de besarla y acariciar sus pechos.

Entré en la enorme bañera y le cogí la mano para ayudarla a ella. Me recosté en la porcelana cincelada con la anatómica forma de la espalda, mientras ella se sentó entre mis piernas y se apoyó en mi torso. Cogí una enorme esponja natural cortesía, como no, del Hotel, la empapé en gel y empecé a lavarla con suaves caricias. Xulia cogió mi mano y la guio hasta su sexo, que

frotamos suavemente entre los dos. De pronto se incorporó, se dio la vuelta y fue bajando hasta que su sexo tocó el mío. Lo cogió con su mano y se lo introdujo hasta el fondo, tal como le había hecho yo antes, de una sola estocada.

Emitió un gemido de placer y, conmigo dentro de su cálida y esponjosa cueva, apoyó su cabeza en el hueco de mi cuello.

—Esto es tan placentero que podría incluso alcanzar el éxtasis solo así, en tus brazos y contigo dentro de mí, sin más.

—Shsss... calla...

Estuvimos así unos minutos, hasta

que ella sintió la necesidad de moverse, y al hacerlo se desató todo nuestro deseo acumulado.

Ella se movía abajo y arriba, cabalgando cada vez más fuerte y más rápido. Yo le mordía los pezones, tirando de ellos hasta escuchar sus placenteros quejidos, que de pronto se convirtieron en gritos de placer desbordado, y entonces me dejé ir con ella. Fue sublime sentirla en todo su esplendor.

Quedó exhausta, reposando de nuevo encima de mí. Nuestros corazones iban a mil y podíamos sentirlos casi al unísono.

—Adri...

—Dime cariño.

—Me ha gustado muchísimo, con nadie hubiera sido mejor que contigo, te lo aseguro, no le des más vueltas, puedes quedarte tranquilo.

—Eres una mujer increíble, y siempre consigues sorprenderme, no sé cómo lo haces.

—Esto podremos repetirlo, ¿no? Quiero decir, que como tú no tienes pareja, ni yo tampoco, no hay problema en que nos acostemos juntos.

Le levanté la barbilla con la mano para poder mirarla a los ojos.

Tratando de averiguar no sé muy bien el qué.

—Te he vuelto a sorprender, ¿a que sí?

Sin despegar los labios, asentí y la besé en la nariz. Mi miembro estaba aún dentro de ella y volvió a palpitar.

—Lo he notado, Adri, va a volver a empezar...

Y sin darme tregua se lanzó a mi boca, metió la lengua y me acarició con ella el paladar, hasta atrapar la mía y chupármela para dejar después que yo se la chupara a ella. Fue un beso goloso, en el que se desató de nuevo, todo nuestro

deseo.

—Adri, siento como creces dentro de mí, me gusta esto...

—Y a mí me gustas tú, y todo lo que está ocurriendo entre nosotros, pero ahora nos levantaremos de aquí e iremos a la cama, el agua empieza a enfriarse y cogeremos frío.

—Sí, tienes razón.

Se levantó despacio, desenvainando mi miembro. Pude sentir como el frío exterior me encogía. Tomé una toalla, la envolví en ella, y yo hice lo mismo. Nos acostamos en mi cama, pues la de ella seguía con toda su ropa

amontonada encima.

Xulia se acostó y se tapó, tímida, con el edredón. Yo la destapé, necesitaba verla.

—Eres preciosa Xulia, verte desnuda es un auténtico afrodisíaco. Ella cogió mi pene con su mano y lo acarició despacio, luego se incorporó, acercó su boca y comenzó a lamirme jugueteando con su lengua caliente y rugosa sobre mi duro y terso glande. Yo la cogí del pelo sujetándola fuerte contra mí, para que continuase con aquello. Ella entendió y se lanzó sin miedo y sin ningún pudor a comerme, hambrienta. Fue algo

increíble. Pero necesitaba meterme dentro de ella, necesitaba hacérselo de una forma diferente a como lo había hecho otras veces con otras mujeres. Necesitaba hacerle saber que me importaba y que la quería, aunque no estuviéramos enamorados.

Me metí entre sus piernas, para separárselas con mis muslos. Nuestros sexos se encontraron calientes, húmedos y expectantes. Xulia se movía inquieta, empujaba su cadera invitándome a entrar. No la hice esperar, me adentré en su profundo y resbaloso interior. Ella exhaló un suspiro de necesidad

aliviada, que nos llevó al inicio del rítmico movimiento del placer. Lo hicimos despacio, acelerando a veces, y volviendo a ralentizar el ritmo otras. Queríamos hacerlo durar, exprimíamos cada momento y cada movimiento.

Hicimos el amor con todas las partes de nuestros cuerpos, y alcanzamos el éxtasis al unísono, sin dejar de comernos con la boca.

Cuando nuestros pulsos se calmaron, me retiré hacia un lado de la cama, sentí tener que abandonar su interior, pero no podía quedarme encima de ella. Ninguno de los dos dijimos nada, ni

nos movimos. Ambos quedamos exhaustos, cada uno a merced de sus pensamientos. Yo supe, sin ninguna duda, que aquella había sido la forma más dulcemente placentera en la que había hecho el amor. Sé que ella también lo disfrutó, y que el recuerdo de aquella noche sería para siempre, único e imborrable. Seguramente cuando encontrara al hombre de su vida y lo hiciese enamorada, sería muchísimo mejor. Pero lo de esta noche, quedaría en la mente de ambos como algo muy especial.

Nos quedamos dormidos hasta que yo noté que ella se acurrucaba

contra mi costado completamente fría. Me incorporé para buscar el edredón y la tapé. Eran las seis de la mañana, se me había quitado el sueño y tenía sed. Fui hasta el mueble bar y encontré un zumo de esos que tienen frutas variadas, no era lo que más me apetecía, pero al menos estaba fresco.

Me senté en un sillón y empezaron a acudir a mi memoria un montón de imágenes de Xulia en diferentes posturas, en aquel mismo sitio. Eso me excitó de nuevo, al parecer esta mujer iba a ser un sarampión difícil de curar. Cada vez que pensaba en ella, mi sexo se levantaba

haciéndole los honores. Esperé un rato tratando de relajarme, hasta que empezaron a cerrárseme los ojos, y antes de quedarme dormido en aquella salita, me fui a la cama. Xulia había entrado en calor y dormía plácidamente. Traté de apartarme un poco o mi cuerpo frío la despertaría, y poco a poco me fui quedando dormido.

Cuando amanecí, estaba solo en la cama. Me hubiera gustado abrazarme al cuerpo caliente de Xulia, pero ella ya se había levantado. La escuché moverse de un lado para otro, ¿qué estaría haciendo?

Igual que la mañana anterior, había puesto música. Esta vez sonaba «One and only».

Era una canción de Adele, puse atención pues me gustaba especialmente esta cantante. Descubrí que Xulia tenía la costumbre de cantar las canciones al mismo tiempo que el cd, o la radio... y me encantaba escucharla. Cantaba bien y se sabía la canción entera, lo cual no me sorprendió pues ella dominaba el inglés.

«Has estado en mi mente, me encariñé cada día.

Me perdí en el tiempo, sólo pensando en tu rostro.

Sólo dios sabe por qué me ha llevado tanto tiempo, dejar mis dudas aparte.

Tú eres lo único que quiero, no sé por qué estoy asustado.

He estado aquí antes, cada sentimiento, cada palabra, lo he imaginado todo.

Nunca sabrás si no intentas olvidar tu pasado y ser mía.

Te reto a que me dejes ser el único, te prometo que soy digno de que me estreches en tus brazos, así que vamos, dame la oportunidad de demostrarte que soy el que puede caminar esa milla hasta que comience el fin, si he permanecido

en tu pensamiento,
te quedas colgada de cada palabra
que digo, te pierdes en el tiempo
cuando escuchas pronunciar mi
nombre. ¿Sabré alguna vez qué se
siente al tenerte cerca, y que me
digas que cualquier camino que
elija me seguirás?

No sé por qué estoy asustado, he
estado aquí antes. Cada palabra,
cada sentimiento, lo he imaginado
todo. Nunca sabrás si no lo intentas,
simplemente ser mía, te reto a que
me dejes ser el único...».

Escuché cada palabra. Me hubiera
gustado cantársela identificándome
con la letra, pero no procedía. Yo

no estaba preparado para ese tipo de relación, y ella seguramente esperaba a su media naranja.

Tenía todo esto claro, sin embargo, me molestaba un poco la idea de que otro pudiera estar con ella de la forma en la que ambos habíamos estado.

A ver si ahora iba a ser como el perro del hortelano... Al terminar la canción salí de la habitación y me la encontré vestida y sentada delante de una taza de café y un croissant.

—Venga dormilón, he pedido el desayuno, vamos a tomárnoslo antes de que se enfríe.

— ¡Umm, qué rico! — Le robé el cuernecillo de su croissant y me lo metí en la boca. Ella sonrió.

— ¿Qué tal has dormido, Adri?

— Bien, aunque no mucho.

— No me extraña, ayer era muy tarde cuando nos quedamos dormidos.

— ¿Qué hora es?

— Las diez y media, tienes veinte minutos para ducharte y vestirte. Recuerda que hemos quedado con tus fans.

— Lo sé, pero hemos quedado aquí al lado, así que vamos bien de tiempo. Podríamos incluso...

— Olvídalo, eres un vicioso, ¿lo

sabes no?

—Seguramente... pero teniendo al lado a una mujer como tú, es normal.

—No me dores la píldora, «Adriático».

Volvía a ser la eficiente agente de antes de nuestra tórrida noche de sexo desatado. Mejor, así podría centrarme en otras cosas y olvidarme de ella ataviada con aquel sexi liguero, poniendo posturas en el sillón, o desnuda estirada en mi cama con las piernas ligeramente abiertas y los pezones apuntándome amenazantes.

Terminé de desayunar y me fui

directo a la ducha.

—Tómate otro café mientras termino.

—Sí, pero espabila que hemos quedado a las once y media y faltan veinte minutos.

—Me sobran diez...

Ni uno más, ni uno menos, diez minutos fue lo que me llevó ducharme y vestirme. No me afeité, en realidad lo hacía cada tres días y hoy no tocaba.

—Listo, nos vamos cuando quieras. Ella estaba guapísima, se había puesto un pantalón negro, seguramente elástico, porque no había forma humana de embutirse

en algo tan ajustado. Era como una segunda piel. Llevaba también una camisa de corte clásico, entallada, y en un tono azul cielo. Y por encima se puso un chaquetón negro con los delanteros desiguales. La melena medio rubia, medio pelirroja y ondulada, se movía a su libre albedrío. No llevaba maquillaje, apenas un ligero brillo en los labios, y algo de sombra verdosa en los ojos. No necesitaba más, era una mujer espectacular. No dejó de preguntarme, cómo es posible que no me hubiera fijado antes en ella. En qué estaría pensando...

Bajamos en el ascensor, esta vez más tranquilos. Xulia parecía haber tomado las riendas de la situación, y por lo visto, el llamémosle tonto que hubo entre los dos, había llegado a su fin. Bueno, de momento lo dejaría pasar, pero yo no estaba todavía dispuesto a terminarlo. Me había gustado demasiado, y se me había hecho poco. Y estaba seguro de que ella todavía querría más.

Nuestros nuevos amigos estaban, tal como habíamos quedado, en la entrada del Palacio Ducal. En cuanto nos vieron, nos saludaron con la mano y caminaron hacia

nosotros.

Nos saludamos efusivamente, y les propuse coger un vaporetto hasta Murano, así podrían comprar cosas del preciado cristal, para llevar de recuerdo y para hacer algún detalle. Aceptaron entusiasmados. Y yo sin poder evitar un ligero atisbo de vanidad, dije sonriendo:

— Lola, te firmaré el libro a la hora de comer en la isla de Murano.

A ella se le iluminó el rostro y contestó entusiasmada:

—Me parece fantástico y original, anda que no voy a presumir ni nada. De verdad os agradecemos

muchísimo este tiempo que nos estáis dedicando.

Xulia, con su fachada de superagente, intervino adelantándoseme.

—A Adrián le viene bien empezar a interactuar con sus lectores, en cuanto salga su próximo libro, tendrá que dedicar buena parte de su tiempo a la promoción, y a las relaciones sociales. Hasta ahora estuvo un poco enclaustrado, y seguirá con su solitaria vida hasta mayo, pero después se terminó la soledad y el encierro.

Ellos me miraban un poco escépticos al principio, pero luego,

viendo mi cara y el tonillo de Xulia, terminamos todos riéndonos, y bromeando.

—Ya veis lo que va a ser mi vida. Un ir y venir de un lado para otro, arrastrado por las dos mujeres de mi vida; la que tenéis delante, Xulia, mi agente, y Mabel, mi editora. Ambas me martirizarán sin duelo.

CAPÍTULO VII

Lo pasamos bien en Murano. Xulia y Lola se compraron bisutería fabricada con el preciado cristal, eso me hizo recordar a Elena y los pendientes que le regalé. Pero enseguida borré de mi mente el desagradable recuerdo de mi vida con aquella mujer. Eran ya pocas las veces que la recordaba, y cuando lo hacía no me producía dolor, sino más bien rechazo. Como cuando uno hace algo de lo que no se siente especialmente orgulloso, e inconscientemente lo apartas de tu

mente. Creo que empecé a comprender a Xulia cuando me insinuaba que me estaba equivocando, que aquella no era la mujer que yo necesitaba. Sí, estaba empezando a comprender muchas cosas.

Xulia compró también algo para nuestras respectivas madres. Con muy buen criterio decidió que, si nos liábamos a comprar regalos para todo el mundo, iríamos cargados como mulas, así que sólo para las madres.

—Además, aún nos quedan varios sitios por visitar y es posible que se nos antojen más cosas.

—Sí, de eso estoy completamente seguro.

—Lo dices como si me pasara el día de compras.

—No, reina mía, nada más lejos de mi pensamiento, ya veo que eres muy sensata para esto.

—Que sepas que lo soy para esto, y para todo...

—Vale, que sí mujer.

Tenía que reconocer que, efectivamente, no era la típica que se pasaba el tiempo de tienda en tienda. Pero me gustaba picarla un poco...

No regresamos hasta el atardecer. Agotados de caminar de un lado

para otro, nos sentamos rendidos en el vaporetto que nos llevó de vuelta. Despedimos a nuestros nuevos amigos al bajarnos delante del hotel. Ellos al día siguiente se irían a Milán, en donde estarían unos días más y desde allí cogerían el vuelo de vuelta, pero nosotros nos quedaríamos dos días más, la idea era pasar la nochevieja en Venecia y después ir hacia Verona, me había empeñado en llevarla a visitar la casa de Julieta.

Llegamos al hotel bastante cansados. Nos invadía además una rara sensación que nos mantenía inusualmente callados, sólo nos

decíamos lo imprescindible.

—Hoy, si no te importa, pedimos que nos suban algo para cenar a la habitación— dijo Xulia con la voz amortiguada.

—Sí tranquila, yo me encargo.

En el ascensor nos mantuvimos ligeramente apartados y cabizbajos.

Tuve la sensación de que Xulia no quería que se repitiera nada de lo que habíamos hecho la pasada noche, a pesar de que la idea de seguir teniendo sexo mientras ninguno de los dos tuviera pareja fue de ella.

A mí aquello me parecía una

locura, estábamos jugando con fuego. Podría estropearse nuestra relación de negocios, y sobre todo de amistad. Y la verdad, no quisiera que ocurriera eso. La necesito como agente, sí, pero la necesito mucho más como amiga.

Tenemos que conseguir recuperar el espíritu con el que iniciamos este viaje. Lo pensé para ella, para que disfrutase, para pasar unos días los dos juntos después de mucho tiempo. Y tendría que hacer todo lo que estuviera en mi mano para conseguirlo.

Al llegar a la habitación, Xulia se metió directamente en la ducha.

Escuché el ruido del agua y el chapoteo, y me entraron ganas de meterme allí con ella, pero no debía. Reprimí mis ganas, y traté de olvidar el tema haciendo otras cosas. Llamé a recepción para que nos subieran cena, pedí un vino como el de la noche pasada, a ella le había gustado bastante, y a mí también.

Mientras Xulia terminaba y nos subían la cena, fui a ponerme cómodo. Ya que no íbamos a salir de la habitación, me pareció apropiado ponerme un pantalón de pijama largo de color negro, y una camiseta blanca con un dibujo

tribal; tenía muchas de esas, las hacía Raúl, un amigo de ambos que al terminar bachiller dijo que no estudiaba más, que él lo que quería era trabajar y punto. Y trabajó mucho, hasta montarse su propia empresa. Serigrafía camisetas, mecheros, bolígrafos y todo lo que pueda uno imaginarse. Ganó mucha pasta haciendo este tipo de cosas para las campañas electorales de varios partidos. Un crack el tío. Ahora su mujer diseña el modelo, él los dibujos, y venden sus camisetas como rosquillas en todas las tiendas de moda.

Me sacó de mis pensamientos la

llamada en la puerta, a la vez que oí la voz de Xulia:

—Adrián, ¿no oyes? Están llamando.

—Sí, sí, ya voy, estaba despistado.

Nos dejaron la cena en una de aquellas mesitas con ruedas. La llevé hasta cerca del ventanal y coloqué los dos sillones junto a la mesa.

Xulia me miró de arriba abajo, y su mirada volvió a incendiarme por dentro.

—No puedes mirarme así, Xulia.

Ella bajó la vista y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Perdona, tú también me has

mirado.

—Claro, pero no así.

— ¿Así cómo? No sé qué quieres decir.

—Pues así, con deseo... ¿Con ganas, tal vez?

—Perdona, no me di cuenta— Bajó la cabeza un poco avergonzada.

—Xulia, creo que vamos a tener que hablar de esto que nos está pasando.

—Vale, empieza tú que te expresas mejor, para eso eres escritor.

— Bueno, yo te voy a decir lo que me parece y lo que siento. Tú corrígeme todo lo que creas conveniente. Pero es muy

importante que ambos seamos sinceros.

—Estoy de acuerdo. Podemos ir comiendo mientras ¿verdad? Es que tengo un hambre...

—Pues claro y tomando un vinito, seguro que se nos suelta la lengua.

—Mientras no se nos suelte otra cosa...

—Xulia... ¿En qué estás pensando? Bueno, por lo menos ha desaparecido esa especie de frialdad o no sé qué era....

—Tal vez cansancio...

—Sí, eso también, pero a lo que íbamos.

Le serví una copa de vino y otra

para mí. Y continué hablando.

—Verás, estoy muy sorprendido conmigo mismo, nunca había pensado en ti como en una mujer, entiéndeme, nos conocemos desde niños y para mí eras como otro amigo más, solo que una chica. No reparé nunca en lo guapísima que eres, y lo buena y deseable que estás, perdóname, pero así es... Menos aún se me habría ocurrido que tú repararas en mí como hombre. Siempre imaginé que me veías como el típico chapón y rarito, no se me ocurrió que pudiera gustarte físicamente.

—No me irás a decir ahora que no

eres consciente del efecto que causas en las mujeres.

—Pues no he reparado en eso, claro que no. Pero ya veo que tú sí.

—Déjame decirte algo, yo tampoco había pensado nunca en ti como hombre, hasta hace... Bueno, no importa el tiempo, de pronto un día te miré y me dije: «Este Adrián, lo bien que escribe y lo buenorro que está».

Tuve que echarme a reír ante aquella ocurrencia.

—No te rías, que es la verdad. Cuando me invitaste a Venecia, sólo pensar en compartir habitación contigo y pasear por la ciudad a tu

lado, se me revolucionaron las hormonas. Tuvo que ser eso. De eso a acostarme contigo, solo hizo falta que me miraras con deseo.

—Muy bien, hasta aquí todo claro. Sigamos: cuando decidimos tener sexo a pesar de tu «pequeña circunstancia», que repito tenías que haberme contado, todo siguió estando bien. Creo que ambos lo disfrutamos mucho, al menos yo sí. Quiero que sepas que para mí ha sido muy, muy especial. No sólo porque me gustas mucho, eres una mujer espectacular y muy sexi, sino porque además eres una persona a la que quiero muchísimo, así que

hasta aquí, todo perfecto. Pero precisamente por quererte tanto, no me gustaría nada que nuestra relación se deteriorase. Me autoconvencí de que eso no pasaría cuando después, acurrucada en mis brazos, me preguntaste si podíamos repetir puesto que ninguno de los dos tiene pareja. Sin embargo, esta mañana, y durante todo el día, he tenido la extraña sensación de que te habías arrepentido, y eso sí que me duele. Y no porque no volvamos a tener sexo, sino porque te sientas avergonzada de lo ocurrido. Eso sí que no me gustaría nada.

La miré expectante. Ella levantó su

copa de vino y la acercó a la mía.

—Hoy voy a volver a brindar por nosotros dos, que formamos un tándem increíble.

Chocamos nuestras copas y bebimos mirándonos a los ojos.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Eso es mi mayor deseo. Y si crees que para mantener nuestra amistad no debemos tener sexo, no lo tendremos.

—A ver Xulia, es que es muy raro ser amigos, tener sexo y mantenernos al margen de las complicaciones que eso nos va a traer.

—Cuando hablas de

complicaciones, ¿a qué te refieres?

—Piensa que nosotros ahora estamos muy bien, con nuestra relación de amigos, casi hermanos, que además se acuestan juntos...

—Bueno, es que lo dices de una forma que parece que estemos cometiendo incesto.

—Ya, pues casi. Pero imagina que mañana me encuentro a una conocida, o no, simplemente a una mujer que me guste, me atraiga sexualmente y me enrolle. ¿Cómo te sentirías?

—Si lo hicieras mañana mismo, no me gustaría. Pero una vez que cada uno volvamos a nuestras vidas,

podremos hacer lo que nos dé la gana sin reproches. Creo que deberíamos hacernos esta promesa.

—A ver si lo he entendido, quieres que sigamos teniendo sexo mientras duren estas pequeñas vacaciones y que después retomemos nuestras vidas como si nada. ¿Y qué ocurrirá cuando nos volvamos a ver?

—Mira Adrián, si no te gusta la idea, no pasa nada. Pero no me preguntes qué pasará en el futuro, porque no soy adivina. Puedo hacer si quieres una suposición a largo plazo.

—Sí, ¡hazla, quiero oírla!

—Tendremos que volvernos a ver dentro de cuatro meses, pues si seguimos sin pareja y nos apetece, nos acostamos... Que tú tienes pareja o, dios no lo quiera, has vuelto con Elena, pues nada, tan amigos.

—Tal vez seas tú la que tenga pareja cuando volvamos a vernos.

—Lo dudo, no tengo tiempo para eso, por qué crees que tenía sin resolver aún ese «problemilla».

Tuve que reírme ante la ocurrencia de Xulia. Desde luego, era un plan rocambolesco. O mucho me equivocaba o alguno de los dos saldría malparado, aun así, me

apetecía seguir con aquello. Xulia me gustaba mucho, y me hacía sentir de forma diferente a como me había sentido en otras relaciones. Era inteligente, y las conversaciones con ella resultaban siempre divertidas. Sabía apreciar y utilizar la ironía, nos entendíamos la mayoría de las veces con la mirada. Nos reíamos mucho juntos, era realmente estupenda, una amiga muy especial. Y fue fantástico descubrir que el sexo entre ambos era genial. Pero sé que las cosas no son así y aquello finalmente nos pasaría factura.

—Voy a aceptar tu trato. Así será

nuestra relación desde ahora; mientras dure nuestro viaje, y siempre que nos apetezca a ambos, tendremos sexo, incluso cuando volvamos a vernos, si es que los dos seguimos sin pareja. Seremos amigos con derecho a roce. ¿Te parece? Pero tenemos que conseguir no enfadarnos, ni discutir cuando alguno de los dos encuentre a alguien. Cuando eso ocurra, el otro tiene que saber apartarse sin recriminaciones ni malos rollos. ¿Crees que será posible?

—A mí me parece una idea estupenda. Todas las relaciones deberían basarse en la amistad, una

amistad profunda, y a partir de ahí, si funciona el sexo, ¿por qué no?

De pronto sentí una irrefrenable necesidad de abrazarla. Le cogí la mano, la hice levantar a la vez que lo hacía yo, y la abracé fuerte, hundí mi cabeza en su cuello y aspiré su aroma inconfundible, que ya se había grabado para siempre en mi subconsciente. Estuvimos un rato abrazados, hasta que nuestros rostros se encontraron y fue irremediable que nos besáramos. Lo hicimos despacio al principio, nuestras lenguas disfrutaban acariciándose y entrelazándose, hasta que el deseo alcanzó el punto

incandescente que nos arrebató la calma. Nos desnudamos uno al otro y lo hicimos allí mismo. Me senté en el sillón y ella lo hizo en mi regazo, a horcajadas, primero jugó tocándome y llevándome al límite, luego me hizo entrar en su caliente y húmeda cueva, y me cabalgó como una posesa. Curvó su espalda hacia atrás, ofreciéndome sus pechos henchidos y turgentes, cuyos pezones oscuros me apuntaban acusadores.

Me los metí en la boca, primero uno, mordiéndolo y chupándolo, hasta que con su movimiento supe que el otro requería mis atenciones,

y se las di.

Ella empezó a convulsionar y sus espasmódicos movimientos me llevaron, también a mí, al éxtasis.

Quedamos exhaustos, ella reposando en mi regazo. Cuando pude levantarme, la llevé en brazos hasta la cama y me metí allí con ella. Era un placer sentir su cuerpo desnudo pegado al mío, dormir a su lado aspirando su aroma, ahora el de ambos. Era el olor del sexo que nos envolvía.

—Adrián, ¿estás bien?

—Perfecto, ¿y tú?

—Genial. ¿Sabes una cosa? Cada vez me gusta más.

— ¿Qué es lo que te gusta cada vez más?

— Pues esto. ¿Qué va a ser? Hacer el amor contigo es todo un placer.

No pude reprimir una carcajada, Xulia decía aquello, como si tener una relación como la que estábamos teniendo fuera lo más normal del mundo. La abracé y ella se acurrucó muy pegada a mí.

Ahora sí estaba completamente seguro de que aquella historia nos traería problemas, es más, uno de los dos saldría muy dañado. Decidí continuar, a pesar de todo, porque tuve la certeza de que el lastimado sería yo. De pronto empecé a

imaginarla tonteando con otros hombres, incluso teniendo una relación estable, y se me retorció el estómago de dolor.

Aquello iba a tener muy mal final para mí. Pero prefería ser yo el que saliera perjudicado. Me sentiría fatal viéndola sufrir a ella por mi culpa.

Me desperté temprano, pero me dediqué durante un buen rato a observar a Xulia. Me gustaba verla dormir. Le di un suave beso en la sien y me levanté. Me puse un chándal y fui a caminar, necesitaba pensar. En realidad, no hacía otra cosa que darle vueltas a todo lo que

me estaba pasando con Xulia. Al volver, pedí que nos subieran el desayuno a la habitación. Xulia seguía dormida pero no quise despertarla, después de todo estábamos de vacaciones.

Me metí en la ducha, para hacer tiempo. El paseo no había terminado de liberarme de mis feos pensamientos, y dejé resbalar el agua por mi cuerpo apoyando las palmas de las manos en el alicatado, muy quieto y con los ojos cerrados, esperando tal vez que fuera el agua la que se los llevara. No fue así, porque no pasaron dos minutos y me sobresaltaron unos

brazos rodeándome y un cuerpo que se pegaba al mío. Abrí los ojos y la besé. Me ofreció su boca hambrienta y respondí con ansia, noté cómo mi miembro crecía entre su vientre y el mío. Xulia también lo notó y levantó una pierna con la que rodeó mi cadera y dejó su sexo abierto a merced de mis dedos, y de mi ya imponente erección.

—Date la vuelta y apóyate en la pared.

Ella atendió rápida mi petición, le coloqué las manos por encima de la cabeza, le levanté una pierna y me introduje en ella despacio, resbalando suave por su interior.

Era increíble aquella mujer, no necesitaba muchos preliminares.

—Me gustas mucho Xulia, y siempre estás preparada para mí.

—Porque tú lo estás para mí, y también me gustas mucho.

Continuamos moviéndonos en aquel vaivén, disfrutando de cada sensación, hasta que la necesidad nos hizo incrementar el ritmo.

Levanté bien su pierna con una mano, puse la otra en su cadera para anclarla a mí, sujetándola fuerte para lo que venía ahora.

—Agárrate bien Xulia, ahora va a ser intenso. Si te hago daño dímelo.

—No me haces daño, quiero que

sea duro, dale...

No dejaba de sorprenderme. Acababa de iniciarse en el sexo y no se arredraba, siempre quería más y parecía dispuesta a experimentar cosas nuevas. Tal vez podría intentar hacer algo diferente. Claro que, como se iría en pocos días, no iba a tener tiempo. Tendría que centrarme en el sexo vainilla con algún extra, no tenía tiempo para mucho más. Qué lástima, porque era la mujer ideal. Me gustaba el sexo con ella, y siempre estaba dispuesta y preparada.

Terminamos en el suelo de la ducha, ella a horcajadas sobre mí,

con su cabeza descansando en el hueco de mi hombro. Me besaba en el cuello con besos húmedos, y jugueteaba con la punta de su lengua.

La aparté para mirarla a los ojos.

— ¿Quieres más?

— Ummm...

— ¿Eso qué quiere decir?

— Si tú puedes...

— ¿Qué? ¿Si yo puedo...? No sabes lo que has dicho.

Le dio la risa tonta

— ¡Vamos, levántate! Aquí cogeremos frío.

La envolví en una gruesa toalla y le enrollé otra más pequeña en la

cabeza para secarle el pelo.

Cuando estuvimos secos la llevé a la cama y volvimos a hacerlo, duro e intenso como a ella le gustaba. Quedamos desmadejados en la cama recuperando el pulso y el aliento.

— ¿Crees que ya podremos desayunar y vestirnos? Tenemos cosas que hacer.

— ¿Qué cosas, Adriático? ¡Si estamos de vacaciones, por favor!

— Visitar un Palacio que te va a encantar y comprarnos unos trajes de época con máscara incluida para el baile de esta noche.

— ¿No me digas que iremos a un

baile de máscaras?

— ¿Sabes qué día es hoy?

—La verdad es que llevamos aquí tres días y parece mucho más tiempo, es increíble.

—Sí, esa sensación es muy frecuente cuando se está de vacaciones, aunque luego el efecto es el contrario, llega uno a casa y parece que todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Pero no me has contestado a lo que te he preguntado. ¿Qué día es hoy?

—Pues no sé... ¡Ah sí, claro, es nochevieja!

—Bueno, parece que el sexo aún no te ha fundido todas las neuronas.

—Oye tío, no será para tanto.

—¿Qué no? Pero si no piensas en otra cosa.

—Ya, pero como sabes, acabo de inaugurar esa faceta de mi vida y tengo la sensación que he desperdiciado mucho tiempo.

— ¡Dios mío, Julieta! ¿Qué voy a hacer contigo?

—Está claro, seguir instruyéndome, que lo haces muy bien.

—Gracias, me gusta ser tu instructor.

—Pues como buen instructor que eres, podrás responder a alguna curiosidad que tengo...

—A ver, soy todo oídos...

—He leído algo de una autora a la que represento, una novela erótica, en la que practican juegos muy interesantes, ¿tú alguna vez has...?

—Por dios Xulia, no me lo puedo creer. No me irás a decir que te gustan los látigos y la dominación, ¿es eso, quieres probar eso?

—No, eso no. Hablo de voyerismo, compartir con otras parejas, tríos... Me sorprendió la curiosidad de Xulia. Acababa de iniciarse en el terreno sexual y al parecer quería más. Desde luego no me esperaba esto, claro que no esperaba nada de lo que estaba pasando en este alucinante viaje. Tener sexo con

Xulia no se me había pasado por la mente ni en los mejores sueños. Que ella fuera virgen, menos todavía, pero que además quisiera, tal como me dijo ayer, que continuásemos teniendo sexo a pesar de tener claro que no estamos enamorados el uno del otro, ni tal cosa entra dentro de los planes de ninguno de los dos, ya fue sorprendente. Pero lo que acababa de sugerirme, me pareció increíble. No se me hubiera ocurrido por nada del mundo llevarla a ninguna fiesta de esas en las que muchas veces estuve con Elena.

— ¿Qué pasa, Adrián? Te has

quedado muy callado. Perdona si te he molestado. Sólo era curiosidad. Estábamos terminando de desayunar, y continué tomándome el café tratando de aclarar si aquello era simple curiosidad, o realmente estaba interesada en iniciarse en aquellas prácticas. Dejé mi taza en la mesa, le cogí la mano y la hice mirarme a los ojos.

—Sí, Xulia, sí.

—Pero sí qué...

—Sí a todo lo que me has preguntado. He ido a clubs en los que se practican todo tipo de juegos sexuales y sí, he probado de todo, incluso el BDSM, aunque esto no

me gustó y no lo he vuelto a practicar.

Ella bajó la vista un poco avergonzada.

—Perdona, no pretendía ser cotilla, es sólo que tal vez... quiero decir que...

—Que te gustaría probar...

—Pues sí. Desde que he leído cosas sobre eso, he tenido fantasías y sueños ...

— ¡Joder! Ahora me explico el boom de la literatura erótica.

—No puedes ni imaginarte lo que ha vendido esta escritora que yo represento. Y piensa que es su segundo libro.

—Pues nada Xulia, empezaremos tu... digamos instrucción, cuando quieras. Pero lo primero es celebrar por todo lo alto la nochevieja. Brindaremos por un dos mil dieciséis lleno de novedades...

— Me va a gustar celebrar el fin de año de forma diferente. Tenemos que ir a comprarnos los trajes. ¡Venga, espabila!

— Ahora te ha entrado la prisa. Vamos pues.

La cogí de la mano y tiré por ella hasta el ascensor. En recepción nos dijeron que podíamos alquilar los trajes y nos decidimos por esta

opción, más que nada porque cada traje de aquellos ocupaba una maleta entera y no disponíamos de tanto espacio. Nos indicaron la tienda en dónde podríamos alquilar y nos dirigimos allí.

Me encantó ver a Xulia probándose trajes. Por fin se decidió por uno que le quedaba realmente bien, de color blanco que resaltaba su satinada piel dorada. Constaba de un corpiño que se ceñía con un cordón que subía desde la cintura hasta el pecho, se podía apretar todo lo que la dama pudiera aguantar, lo que hacía el efecto de subir el pecho y exponerlo de tal

manera que casi asomaban los pezones. En cuando le colocaron los complementos, incluida la peluca, parecía realmente una dama veneciana del medievo. Yo no podía ser menos y también tuve que probarme el traje elegido, más que nada para ver que era de mi talla. No fue fácil probarme aquellos pantaloncitos que iban ceñidos hasta debajo de la rodilla, teniendo la visión de Xulia en mi mente ciñéndose el corpiño y exponiendo sus generosos pechos. Tanto los pantalones como la camisa eran también de color blanco. La camisa llevaba una chorrera desde el

cuello hasta la cintura y las mangas se abullonaban en el puño con una puntilla. Por supuesto, no faltaba la librea en negro con los adornos y la botonadura en dorado. Según Xulia estaba imponente. Pero si llego a saber que nos íbamos a pasar toda la mañana con esto, no sé si hubiera preferido alquilar un esmoquin y punto. Ella estaba en su salsa, claro.

Los pelucones eran impresionantes, en blanco también. Las máscaras decidimos comprarlas, en vez de alquilarlas, Xulia pensó que sería un bonito recuerdo. Después de mucho mirar, nos decantamos por

las de media cara con plumajes. Eran más cómodas, por lo menos se podía respirar, puesto que la nariz y la boca quedaban descubiertas.

Cuando finalizamos las compras, llevamos todo al hotel y salimos a comer unas pizzas.

CAPÍTULO VIII

Después de comer, fuimos a ver «Los itinerarios secretos del Palacio Ducal». Compré las entradas con guía en cuanto supe que haríamos el viaje. Fue muy interesante, a Xulia le entusiasmó ver las estancias en las que durante siglos se llevaron a cabo importantes actividades relacionadas con la administración del estado y el ejercicio de poder. Me encantaba verla curiosear, admirada e interesada, en toda la información que el guía nos

proporcionaba.

Regresamos al hotel un poco tarde y cansados, pero Xulia quiso tomarse un capuchino antes de subir a la habitación.

—Son las siete Adriático, no tuerzas el gesto, nos da tiempo de sobra para descansar antes de vestirnos y maquillarnos.

—Querrás decir disfrazarnos.

—Bueno, la idea fue tuya, dijiste que había una cena de gala en el restaurante del hotel y que las normas eran ir vestidos de venecianos. Ahora no te arrepentirás.

—Que no mujer, si estoy deseando

verte vestida con ese fantástico traje, y ese corpiño ajustado levantándote el pecho. Creo que quedó bastante claro, cuando me probé el pantaloncito ese de pitiminí súper ajustado que conforma mi traje.

—Pues a mí me encantó verte marcando paquete. ¡Uumm! Y al tipo de la tienda creo que también le gustó.

—Estás graciosa, va a ser interesante, creo...

Me encanta ver cómo se le iluminan los ojos y se le hace ese hoyuelo en la mejilla al sonreír. Cada vez me gusta más. El asunto se me iba

complicando por momentos.

Después de tomarnos el capuchino, subimos a la habitación, yo con la idea de echarme una siesta, y ella creo que también porque se le veía cara de cansada.

—Voy a colgar bien los trajes, que antes los dejamos en las bolsas y se arrugarán.

—Tú misma, pero yo te recomiendo una siestecita o esta noche no llegaremos a las uvas.

— ¿Pero aquí toman uvas?

—No, pero nosotros las tomaremos. Voy a pedir las en el restaurante y a las doce de la noche conectamos con la televisión

española a través del móvil y nos comemos las uvas. Por cierto, han dejado la carta con el menú de esta noche. ¿Quieres que te lo lea?

— ¡Por favor...!

—Lo primero serán entrantes variados repartidos por todo el salón que no te voy a leer, porque hay una larga lista. Y ya para empezar, como primer plato, degustaremos un carpaccio de dorada marinada con sabor a jengibre, limón con caviar de salmón y oblea de patata violeta. Después, como no, pondrán una pasta. Canelones con nero di sepia, rellenos de coliflor con langosta y

aceite de eneldo. ¿Estás escuchando Julieta?

—Sí, y suena todo de maravilla.

—Pues aún hay más, esto ya debe ser el plato fuerte, Tournedó de ternera con radicchio de Treviso y flan de alcachofas. No te voy a contar los postres porque me va a encantar ver la cara de placer que se te va a poner cuando los sirvan. Y atención, después de las doce de la noche, servirán las tradicionales lentejas con zampone de nochevieja.

— ¿Lentejas después de toda esa cena?

—Bueno esto es como las uvas que

nos tomamos nosotros, una tradición que hay que seguir. Y nosotros seguiremos las dos. Por rituales que no quede. Necesitamos que la suerte nos acompañe en este año que, tanto literaria, como personalmente, marcará un antes y un después en nuestras vidas.

Hice este comentario con toda la intención, ella guardó silencio. Me tumbé decidido a dormir un rato, aunque al parecer Xulia tenía otros planes.

— ¿Qué pasa, Adrián? Te has quedado callado de repente.

—Tenía intención de descansar, y lo estoy haciendo, otra cosa será

que pueda dormir.

— ¿Puedes venir un momento?

No tenía ganas en absoluto de levantarme, pero no quería parecer maleducado, ni descortés. Me levanté y arrastré los pies hasta el baño. Verla sumergida en aquella inmensa bañera me sacudió un calambre que me recorrió por dentro e hizo que mi miembro se despertase de inmediato. Tragué saliva antes de preguntarle:

— ¿Qué necesita mi querida Julieta?

—A ti, ¿por qué no te metes conmigo aquí? El agua caliente, estas sales y el gel que huele tan

bien, harán maravillas en nuestros cuerpos. Verás que bien estaremos esta noche, podremos bailar hasta el amanecer.

Sabía, que si me metía con ella en aquella bañera, haríamos de todo menos descansar, pero no me pude resistir.

Me desnudé despacio para que ella se recreara.

— ¿Te gusta lo que ves, querida Julieta?

—Claro, me encanta...

—Es mutuo Xulia, no puedo imaginar otra visión más perfecta que verte a ti desnuda. Anda, hazme un hueco.

Se inclinó hacia adelante y me hizo sitio detrás de ella. Me coloqué tal como ella insinuó, la rodeé con brazos y piernas y la besé en el cuello hundiendo mi cabeza en su pelo.

Ni en sueños pude imaginar que algún día alcanzaría este grado de felicidad, sin nada más que estar acunando en mi regazo a esta mujer maravillosa.

—Tenías razón cariño, esto es un auténtico placer del bueno.

—Y se puede mejorar —susurró.

—Oye, no te estarás haciendo adicta al sexo.

—Tampoco lo hemos hecho tanto.

Me hizo gracia su comentario, a ella también, porque nos hemos echado a reír los dos a la vez. Empecé a besarla en el cuello, a la vez que acariciaba sus pechos pellizcando levemente sus pezones. Ella se dejaba hacer ronroneando y totalmente entregada al placer. Sus pezones se erizaban con mis caricias, hasta ese momento suaves. Iba a ser una tarde de sexo lento y apacible, si pudiera aplicarse este adjetivo al sexo. Me apetecía disfrutar con calma de todas las sensaciones que Xulia era capaz de despertar en mí, y tenía la intención de que ella lo disfrutase de igual

manera. Lo hicimos, disfrutamos del ritmo lento del sexo, en el que pude saborear cada pedazo de su piel.

Salimos de la bañera y la envolví en una gruesa y mullida toalla, yo cogí una más pequeña y me la enrollé en la cadera. Tomé a Xulia en brazos y la llevé a la habitación. Allí terminé de secarla, frotándola suavemente con la toalla, ella se dejaba hacer mirándome de aquella forma suya expectante, inocente y satisfecha. La tumbé en la cama y me acosté a su lado, la coloqué envolviéndola con mis brazos y apretando su espalda contra mi

torso, ella cogió mi mano y se la colocó junto a su cara. Hundí mi cabeza en su nuca, me gustaba el olor a frambuesa de su pelo y de su piel y ambos nos dejamos llevar por la somnolencia poscoital.

Fue realmente exquisito y sensual lo que disfrutamos aquella última tarde del dos mil quince. Hicimos el amor con pasión, pero también con mimo. Disfruté amándola como no lo había hecho con ninguna de las mujeres de mi vida. Necesitaba hacerle sentir no solo placer, sino todo aquello tan nuevo y maravilloso que estaba surgiendo dentro de mí. Algo que ni había

planeado, ni deseaba que ocurriese, pero allí estaba, instalándoseme en la piel y en el alma. Y produciéndome miedo, mucho miedo; miedo a enfrentarme a lo desconocido, y lo peor de todo, miedo a la reacción de ella ante todo lo que, al menos yo, estaba empezando a sentir.

Eran las ocho y media de la tarde cuando abrí los ojos en la misma postura en la que nos habíamos quedado dormidos. Me levanté despacio, aunque debería despertarla pronto, teníamos una hora para arreglarnos antes de la cena.

Pero quería sorprenderla, y decidí hacer una llamada sin que ella se enterase. Tenía el teléfono de una agencia de contactos, en la que proporcionaban diferentes servicios. La descubrí en el viaje que había hecho con Elena, y no sé por qué, al preparar la maleta, metí entre otras cosas un plano de Venecia en el que había apuntado el número. Sería una sorpresa, y si no le gustaba la idea, lo dejábamos y punto.

Después me di una ducha rápida y, cuando terminé, ella estaba apoyada en la puerta, desnuda y observándome. Me miraba con

deseo y con placer, disfrutando de lo que veía.

Me acerqué a ella y la besé en la nariz.

— Eres una auténtica belleza, Xulia, cada vez me gustas más.

Ella me abrazó apoyando su cabeza bajo mi barbilla y me besó en el cuello.

—Tú a mí también me gustas, Adri. Nos quedamos un momento allí, los dos desnudos y abrazados, tuve que romper el abrazo porque mi miembro empezaba a tomar posiciones y teníamos el tiempo justo para arreglarnos.

Me vestí mientras ella terminaba de

ducharse. La observé apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados.

— ¿Ya te has vestido? Pues en cuanto me vista yo, te maquillo y te coloco la peluca, vas a estar espectacular, Adri. Pareces el Conde de Montecristo.

—No lo había pensado, pero ya que lo dices, podría ir sin peluca, el tal Conde no la llevaba.

—Tu espera y verás.

Me senté en el sillón que había en la habitación delante del tocador. Quería verla ponerse aquel traje. Ella me miró pícara y me dio el espectáculo que yo estaba

esperando.

Empezó colocándose un liguero blanco, luego las medias que sujetó con las trabillas del liguero. Me dieron ganas de follarla bien duro, pero me contuve. Continuó con el ritual de vestirse, ahora se colocó unas enaguas, luego la falda. Dejó para el final el corsé. Se lo colocó a modo de camisa, pero sin mangas, tipo chaleco. Tuve que ayudarla a atárselo.

—Tienes que apretar, Adriático. No viste «lo que el viento se llevó» cuando le ataban el corsé a Scarlett, y ella le decía: «aprieta más, mami».

—Creo que, por aquel entonces, la cintura de avispa marcaba tendencia,

—Tu aprieta y verás qué cinturita...

—Déjate de rollos y colócate bien esas tetas.

Cuando terminamos de vestirla, se sentó en el mismo sillón en el que yo había estado antes, y delante del espejo se colocó su peluca y empezó a maquillarse. Al terminar, se levantó y dio unas cuantas vueltas haciendo poses para que yo la viera bien.

— ¿Qué te parece?

— Perfecta, estás impresionante.

—Pues ahora siéntate que te voy a

poner la peluca y el maquillaje.

Me senté tal como me había pedido y la dejé hacer. Ella se colocó entre mis piernas y con una brocha empezó a espolvorearme la cara.

—Son polvos de arroz, las modas eran un poco diferentes, nosotros queremos parecer morenos y nos damos maquillajes bronceadores, y los antiguos se echaban polvos de arroz para que su piel pareciese blanquecina.

Tenerla pegada a mí, mostrándome aquel espléndido escote por el que asomaban los exuberantes pechos, fue demasiado. Comencé a levantarle aquellas enormes faldas

y me adentré en una caricia subiendo por sus muslos hasta acercarme al vértice, pero sin tocarlo. Ella seguía con lo suyo, pero emitió un ligero gemido y abrió un poco las piernas, invitándome a tocarla en el lugar exacto, justo el que yo evitaba.

—Julieta, no te has puesto bragas.

—Ya... se me habrá olvidado.

Sonrió al decirme aquello, me miró, y bajó la cara hasta posar sus labios en los míos y comenzar un beso sensual y húmedo. No apartó la boca de la mía y no dejó de morderme suavemente, hasta que yo la asalté y me bebí todo aquel beso.

—Vamos a estropear el maquillaje.

—Culpa tuya, ahora tendré que follarte, no querrás que baje así.

Ella miró hacia abajo y empezó a desabrocharme el pantalón, cogió mi sexo entre sus manos y lo acarició apretándolo. Yo seguía acariciándole los muslos, y ella se retorció con el fin de que mis dedos tocaran su centro. Le pellizqué por sorpresa el clítoris y ella gritó de placer. No pude aguantar más, la levanté y la senté a horcajadas sobre mí, ensartándole el pene de una vez.

—Va a ser rápido y duro cariño.
¿Sí?

La miré esperando su aprobación. Ella ya se movía arriba y abajo, dejándose caer para que pudiera entrar hasta lo más profundo. Me cabalgó sin freno, se adueñó de la situación y marcó el ritmo. Yo hice salir sus pechos del ajustado corpiño y le mordí los pezones hasta hacerla gritar. Sentí cómo empezaba a temblar y un tremendo orgasmo nos invadió a ambos.

Nos quedamos un rato en aquella posición recuperando el pulso y el aliento.

—Xulia, tenemos que bajar a cenar, aunque si no quieres nos quedamos aquí y seguimos, por mí no hay

problema.

—No pienso perderme ese menú que me leíste, ni las lentejas, ni el baile...

—Y las uvas, no lo olvides.

—Tengo que lavarme, tardo cinco minutos.

Se levantó liberando mi miembro que ya volvía a tomar posiciones, desabrochó la falda y la dejó caer junto con las enaguas, sacó primero un pie, después el otro y corrió hasta el baño. La seguí, pues quería lavarme un poco también.

Se lavó en el bidé. Todo aquello me resultaba tremendamente sensual. Ella sentada a horcajadas en el bidé

lavándose y yo limpiándome en el lavabo. Tenía que dejar de pensar, o no podría abrochar aquel estrecho pantalón.

En cuanto estuvo limpia y seca volvió corriendo hasta donde había dejado su falda, se metió en ella, se la subió y la colocó perfectamente. Volvió a «olvidar» las bragas.

Cogió la brocha de nuevo y terminó de embadurnarme. Me colocó la peluca y me hizo poner el antifaz. Retocó también su maquillaje, resaltando los labios de un rojo intenso, y se pintó un lunar encima del lado izquierdo de su boca. Luego se colocó el antifaz. Recogió

el bolsito y metió el móvil dentro.

—Con el mío será suficiente. ¿Te parece? — Me preguntó mostrando el teléfono.

—Sí, mejor.

La cogí de la mano y salimos de la habitación directos hacia el ascensor. Había otra pareja, también disfrazados, esperando.

Xulia se acercó a mi oído y me susurró:

—Estos irán al mismo sitio que nosotros.

—Pues claro mujer.

He de reconocer que cuando llegamos al restaurante, tanto Xulia como yo, quedamos impactados por

la decoración y el ambiente. De pronto estábamos totalmente imbuidos del ambiente de la mejor época de la ciudad de Venecia.

Nos preguntaron si queríamos compartir mesa con otras personas. Nos miramos y ambos asentimos a la vez, podría resultar interesante.

Nos colocaron en una mesa redonda muy amplia, en la que había otras cuatro personas.

Empezó a sonar la música. Un cuarteto de cuerdas y piano tocaba el Adagio de Navidad de Arcángelo Corelli.

La cena resultó exquisita, todos los comensales nos quitamos las

máscaras para cenar y nos presentamos. Una de las parejas me pareció que eran un poco más mayores que nosotros, quizás cuarenta y tantos, Claudia y Pietro Martinelli, y la otra era una de esas parejas en las que él rondaría ya los cincuenta y tantos y ella tal vez no alcanzaba los veinticinco. Él era francés, Gilbert, y ella italiana, Paola.

Las dos parejas resultaron bastante simpáticas y pronto nos relajamos todos y empezamos a conversar conociéndonos un poco.

Gilbert era un marchante de arte, al parecer bastante conocido en su

país y también en Italia, que se había encaprichado de aquella brillante y guapa estudiante de arte, obnubilada por el carisma del hombre maduro que arrollaba con su personalidad.

Claudia, la mujer de la otra pareja era cantante de ópera, y Pietro era su marido y su representante. Llevaban juntos más de quince años, precisamente estaban haciendo un alto para celebrar su aniversario, antes de retomar sus actuaciones. Quedamos

impresionados cuando nos dijo que actuaría dentro de dos días en la Arena de Verona, en donde

representaría «Norma» de Bellini. Pietro, un hombre carismático, tranquilo y divertido, nos invitó a asistir. La ópera no era algo que me entusiasmase, pero cuando vi la cara de Xulia acepté al momento. Además, Verona era nuestro próximo y último destino en este extraño viaje.

Gilbert y Paula no podían ir y se disculparon. Al parecer él salía de viaje a Hong Kong en dos días, y ella no podía faltar a sus clases en la Universidad, nos explicó que estaban haciendo un trabajo de restauración en una Iglesia de la ciudad de Padua.

A las doce de la noche pedí al
metre que nos trajera uvas y
conectamos el teléfono de Paula
con la televisión española para ver
la retransmisión de las doce
campanadas. Nuestros compañeros
de mesa quisieron acompañarnos en
nuestra tradición y se tomaron las
uvas con nosotros. Después
llamamos por teléfono a nuestras
respectivas familias, y les
enviamos fotos por WhatsApp del
impresionante salón en el que
estábamos cenando, nuestros
nuevos amigos nos hicieron fotos y
también se las enviamos. Marieta
estaba encantada y me hizo

prometerle que el próximo año la traería a ella. Acepté, aunque le recomendé que era mucho mejor venir con pareja. Fue un momento divertido, y me sentí bien hablando con mi familia, al igual que Xulia.

Cuando finalizaron nuestras conversaciones y nuestro momento WhatsApp, le quité el móvil de la mano y lo guardé en su bolsito.

—Julieta, ahora olvidaremos el teléfono y nos dedicaremos a bailar y a pasárnoslo bien.

—Sí, tiene razón. Apaga el móvil. Tomamos champán francés por cuenta de Gilbert, que se empeñó en ello. Nos colocamos las

máscaras y nos fuimos al medio del salón, en donde se estaba bailando una conga. Todos los asistentes se engancharon en aquella especie de tren, en donde de pronto nos mezclamos y nos perdimos de nuestras respectivas parejas. Las luces se apagaron durante unos segundos en los que la música continuó y la gente eufórica, pues las copas empezaban a surtir su efecto, continuó también bailando, riendo y disfrutando. Cuando se volvieron a encender las luces, traté de ver a Xulia pero era imposible. Los trajes eran similares y las enormes máscaras ocultaban

los rostros. La música cambió, ahora tocaban un vals y cada uno se puso a bailar con el que tenía más a mano. Así que de pronto me vi bailando con alguien que no era Xulia y sé que a ella le ocurrió lo mismo. La única forma de encontrarnos sería acercarnos a la mesa en la que habíamos cenado. Pero no quise hacerlo de momento. Esperé bailando y bebiendo hasta que por fin la vi sentarse en nuestra mesa, iba acompañada de alguien que llevaba un traje igual que el mío. El hombre la tenía cogida de la mano, se sentó a su lado y bebió de una de las copas que había

encima de la mesa, ella lo miraba con su sonrisa despampanante, totalmente convencida de que era yo. Seguramente estaba un poco bebida y eso ayudaba.

Era el momento para jugar a un juego nuevo. Me acerqué, me senté al otro lado y cogí su otra mano. Ella se sobresaltó, pero me acerqué a su oído, la besé y le susurré:

— ¡Vamos a jugar un poco Xulia! Este es un juego diferente, si no te apetece, lo dejamos.

Ella se apartó, supongo que asombrada, para mirarme y mirar al otro tipo, que no decía nada, sólo sonreía mientras se llevaba una

copa a los labios. Volvió a mirarme, me besó los labios y sonriendo contestó:

—Me apetece, pero me da un poco de miedo.

—Lo sé, tranquila, confía en mí, jamás te pondría en peligro, ni dejaría que te pasara nada. Y por supuesto no haremos nada que tu no apruebes.

Me levanté y me volví a sentar al lado del tipo. Nuestros compañeros de mesa en la cena, estaban bailando. Miré al hombre, que se hallaba ahora entre los dos e hice las presentaciones.

—Soy Adrián, ella es Xulia mi

mujer, pero podemos jugar los tres si te apetece.

Me miró y asintió, él ya sabía a qué venía, pero yo quería que para Xulia fuera algo espontáneo.

—Las normas las ponemos nosotros — continué—. Y cuando ella se sienta incómoda lo dejamos. ¿Estás de acuerdo?

Volvió a asentir.

Sonaba una música lenta, el tipo la sacó a bailar, no sin antes mirarme a mí para que le diera mi aprobación.

Hice un gesto con la mano para animarlo y la llevó hacia el centro de la pista. Yo observé desde mi

asiento cómo aquel hombre la envolvía en sus brazos y le besaba el cuello, ella se dejaba hacer, le estaba gustando. Empecé a excitarme cuando le besó el pecho y le metió la lengua entre la tela del corsé para encontrar el pezón. Me excitó aquello, sí, aunque también me sentí molesto, no me gustaba que otro tío la estuviera manoseando, pero la idea del juego había sido mía, de momento no me echaría atrás.

CAPÍTULO XIX

Al terminar la música, me acerqué a ellos, cogí a Xulia de la mano y la atraje hacia mí.

—Ahora bailarás conmigo— susurré a su oído, a la vez que le acariciaba aquella zona con mi lengua. ¿Estás excitada?

—Sí, mucho, pero sigo teniendo miedo.

—No lo tengas, voy a estar pendiente de ti todo el tiempo, y lo paramos cuando tú quieras.

—De acuerdo, sólo una cosa Adri, no quiero besar en la boca a ese

hombre.

Me aparté para verle la cara y me lancé a su boca como un desesperado. Nos besamos hasta que acabó la canción, fue el beso más largo de mi vida. Creo que nos hicimos el amor ambos con aquel beso.

—Julieta, mi amor, los besos serán sólo nuestros.

Ella sonreía excitada, nerviosa y agradecida a la vez. O al menos eso fue lo que yo vi en sus pupilas que brillaban detrás de la máscara.

Volvimos a nuestra mesa, llené tres copas de champán y le ofrecí una a nuestro invitado. Xulia cogió la

suya y yo levanté la mía para hacer un brindis.

— Por los comienzos diferentes, excitantes y enriquecedores.

Nuestro amigo levantó su copa y en un castellano entremezclado con italiano, sonrió y brindó:

— Per tutti gli inizi.

Xulia sonrió y se llevó la copa a los labios. Bebió despacio mientras los dos la mirábamos totalmente hechizados por el erotismo de aquella imagen. Xulia levantando el cuello y dejando bajar el dorado líquido, pudimos apreciar el movimiento de su garganta al tragar. Me acerqué a lamer su cuello y

sentí cómo se estremecía al acariciarla con mi lengua.

—Quiero un poco más, por favor—

Pidió alargando su copa hacia mí, luego miró hacia el otro hombre y le preguntó—. Ya que vamos a compartir cosas, me gustaría saber cómo te llamas o cómo quieres que te llamemos. Nuestro nombre ya los sabes.

—Il mio nome e Massimo, e sono molto felice di essere con voi.

Xulia chocó su copa con la de él, luego con la mía y esta vez fue ella la que expresó en voz alta su brindis.

—Por los nuevos, diferentes y

excitantes comienzos, por nuestro nuevo amigo Massimo —a continuación me miró, y continuó con su brindis— y por nuestro particular, enriquecedor, excitante, increíble, nuevo y... maravilloso comienzo.

Me quedé sin palabras tratando de procesar las suyas. Tomé un sorbo de mi copa y me acerqué a ella dejando caer en su boca el líquido espumoso que ella recogió, yo la ayudé lamiendo las gotas que se escapaban por las comisuras. Massimo resopló excitado. Y nos sugirió buscar otro sitio para lo que se estaba fraguando entre los tres.

Salimos de allí siguiéndolo y nos condujo hasta una especie de sala con mesa de billar y sillones de diferentes formas. Cerró la puerta y colocó un sillón inutilizando el pestillo.

—Che non entrerà nessuno.

A Xulia le pareció bien, y a mí también, no quería que nos pillaran allí y a ella terminase por parecerle vergonzoso lo que íbamos a hacer, y nuestra historia terminase como un mal recuerdo.

Empecé a besarla y a acariciarla. Aflojé su corsé desatando las cuerdas. En cuanto lo hice se abrió por la presión que ejercían sus

pechos al querer ser liberados, pero se lo dejé puesto.

Massimo se sentó en una chaise longue, observándonos. A mí lo que realmente me excitaba era hacerlo sabiendo que nos miraban, creo que a ella también. La acerqué hasta el sillón que estaba frente a Massimo y le pedí que se quitara la falda y las enaguas.

—Muéstrale a Massimo lo preciosa que eres y colócate de rodillas con los brazos y el pecho apoyados en el respaldo. Le dejaremos disfrutar por una vez de la visión más maravillosa del mundo. Ábrete bien, Xulia.

Massimo se sorprendió cuando la falda de Xulia cayó y pudo ver su hermoso cuerpo ataviado sólo con el corsé, el ligero y las medias. Ella se arrodilló en el sillón inclinándose para apoyarse siguiendo mis indicaciones. De esta manera quedaba totalmente expuesta, su sexo abierto y expectante ante nuestros ojos.

Massimo se levantó y me miró antes de tocarla, yo asentí dándole permiso. Me senté a ver cómo la acariciaba. Puso su mano suavemente en sus nalgas recorriéndolas despacio varias veces. Luego como si no tuviera

mayor importancia introdujo sus dedos dentro y los movió suavemente durante un momento en el que Xulia empezó a jadear y gemir excitada. Cuando ella empezó a moverse, empujando para que los dedos de Massimo entraran más, los retiró dejándola vacía e inquieta. Él volvió a mirarme, otra vez quería mi aprobación, se había arrodillado ante el sexo de Xulia con la intención de comérselo, volví a asentir. Le cogió las nalgas con sus manos, las separó y empezó a lamerla introduciéndole la lengua y chupando todos sus jugos, al mismo tiempo le acariciaba el

clítoris, hasta que ella empezó a temblar, Massimo paró y ella gritó desesperada.

— ¡No pares ahora joder!

Me acerqué a ellos con mi miembro totalmente duro y a punto. Massimo me lo agarró con su enorme mano y lo movió masturbándome y acercando la punta para que tocase el sexo de Xulia. Vi la intención de Massimo de chupármela antes de introducirla con sus propias manos dentro de Xulia. Esto era demasiado hasta para mí, pero estaba realmente excitado y bebido como para hacerlo, y quise que Xulia pudiera verlo bien, así que la

cogí por la cintura y la hice cambiar de postura. Ella se sentó y, mirándonos a ambos, cogió nuestros miembros en sus manos y nos lamió despacio y recreándose.

—Dame un poco más de champán
— Pidió abandonándonos y recostándose en el sillón.

Fui a por la copa, la llené con la botella que nos habíamos traído, bebí un sorbo, la hice recostarse y le di de beber de mi boca. Luego vertí champán en su sexo para que Massimo pudiera beber también. Ella jadeaba de nuevo a punto y él paró, entonces volvió a coger mi sexo en su mano y lo lamió ahora a

la vista de Xulia que, en cuanto vio a Massimo con mi pene dentro de su boca, se corrió de inmediato. Massimo chupó un poco más y a continuación me acercó hasta el sexo de Xulia ayudándome a introducirme en ella. La cogí por las caderas y me moví con dureza. A ella se le intensificó el orgasmo y volvieron las contracciones que iniciaron el mío hasta deshacerme totalmente dentro de ella.

Cuando miramos a Massimo, estaba alcanzando el orgasmo por su cuenta.

Me senté en el sillón sin dejar que Xulia se saliese de mí. Me gustaba

tenerla encima, y me gustaba sobre todo estar dentro de ella.

Massimo sirvió otra copa para cada uno y nos la bebimos de un trago. Xulia seguía recostada encima de mí. Yo la envolví con mi abrazo, y le susurré:

— ¿Qué tal Cariño? ¿Te ha gustado? ¿Hay algo que no te haya parecido bien?

Ella me miró, y su mirada me lo dijo todo. Estaba feliz, satisfecha, emocionada.

—Me ha gustado, sobre todo, que dentro de mí sólo hayas estado tú, y me ha parecido raro pero muy excitante ver tu pene en su boca, ha

sido... no sé. ¿Ya lo habías hecho antes?

—He hecho muchas cosas Xulia, pero nunca hasta hoy mi polla había estado en la boca de otro hombre.

— ¿Y te ha gustado?

—Lo que me ha gustado es el conjunto. Me excitó muchísimo verlo comiéndote, y cuando me acerqué para meterme en ti y él comenzó a lamirme y a acercarme a tu entrada, me resultó realmente excitante.

—Siento que estás creciendo de nuevo dentro de mí, voy a moverme un poco, necesito moverme— dijo y gimió de placer.

Se apoyó en las rodillas y empezó a moverse totalmente excitada. Massimo, al vernos abrazados cuchicheando y besuqueándonos, había empezado a tocarse de nuevo. Y es que cuando tenía a Xulia pegada a mí, como ahora, no podía dejar de mordisquearle los labios y jugar con lamiéndole su lengua que respondía siempre a mis juegos.

Se acercó a nosotros y se mantuvo a nuestro lado masturbándose, mientras Xulia me cabalgaba. Xulia, al verlo, alargó su mano y rodeó su miembro acariciándolo con ritmo.

Me aventuré a preguntarle a Xulia

si quería tenernos a los dos, ella me miró, supongo que abriendo mucho los ojos, porque en ningún momento nos habíamos quitado las máscara y no podía verle la cara.

—Necesito oír tu respuesta, recuerda que haremos solo lo que quieras.

—Me parece bien, pero que se ponga un condón y con cuidado por favor. Tengo un poco de miedo.

—Vamos a hacer una cosa, el entrará por delante y yo lo haré por detrás. No habrá problema, pararé en cuanto me lo pidas.

Massimo entendió perfectamente lo que pasaba, sacó un condón de su

bolsillo, se lo puso y se tumbó en la chaise longue.

—Vieni qui Giulia, tutto va bene, tranquila.

Xulia se ensartó en el miembro de Massimo resoplando, él la cogió de las caderas y movió arriba y abajo hasta que ella se acomodó a él.

—Ahora tienes que recostarte encima de Massimo para que yo pueda entrar por detrás.

Hizo lo que le dije, pero para que no le doliese y aquello resultara todo lo placentero que debía, tenía que llevarla a un estado de excitación mucho más intenso. Me acerqué a su boca masturbándome y

ella me lamió mientras Massimo la follaba, luego me aparté y se lo ofrecí a Massimo que chupó también excitadísimo. Esto subió la tensión sexual del momento a tope. Entonces me puse de nuevo detrás, pero antes de entrar en ella lamí su sexo ocupado y metí un dedo en su estrecho anillo estrellado, tenía que dilatarlo si quería que ella disfrutara sin dolor. Empecé a notar cómo la calentura de Xulia estaba a punto de explotar.

—Adrián, no voy a aguantar mucho más.

—Shsss, sí que vas a aguantar, no puedes correrte hasta que yo te

diga.

Introduje ahora dos dedos tratando de dilatar más su abertura. Ahora sí, ya se había ablandado y estaba relajada. Acerqué mi pene y poco a poco fui entrando.

— ¿Va todo bien cariño?

Ella estaba ya en otra dimensión, Massimo le pellizcaba los pezones y le lamía el cuello.

—Xulia, contéstame, ¿estás bien?

—Sí, muy bien, seguid por favor.

Sonreí ante sus palabras, no dejaba de sorprenderme esta mujer.

—Bien, prepárate pues, viene la traca final.

Le hice un gesto a Massimo para

que siguiese estimulándole los pezones y mordiéndole el cuello. Yo me ensarté por completo en ella y dio un alarido de placer y dolor al mismo tiempo.

—Shsss, tranquila, no me moveré hasta que tu cuerpo se acostumbre a tenernos a los dos. ¿Sigues bien?

— Sí— contestó de forma casi inaudible—. Me gusta esto Adrián, me gusta mucho.

—Lo sé, allá vamos cariño, a por la traca final— miré a Massimo y él asintió.

Comenzamos a movernos despacio, casi podía sentir el pene de Massimo a través de la pared que

separaba los dos canales de Xulia. Ella gritaba y, apoyando las manos en el sillón, levantaba la cabeza estirándose para dejarle los pezones en la boca a Massimo que se los mordía y tiraba de ellos produciéndole ese doloroso placer que sin remedio iba a desembocar en un espectacular orgasmo.

Sentí su calor febril y sus espasmos, y se desencadenó la grandiosa hecatombe de un orgasmo a tres bandas inigualable.

Massimo gruñó con fiereza, y Xulia y yo gritamos nuestros respectivos nombres hasta que nuestros cuerpos dejaron de temblar.

Me salí despacio de su cuerpo y la cogí en brazos, colocándola en mi regazo. Ella me miró, se acercó a mi boca, besándome dulcemente, y susurró:

—Gracias por esto Adrián. Ha sido fantástico.

Me abrazó fuerte y nos quedamos un rato totalmente relajados, recuperándonos de aquella intensidad. Massimo hizo lo mismo a nuestro lado. No sé cuánto tiempo estuvimos así, hasta que ella se incorporó un poco, me miró y se quejó de frío.

—Me voy a vestir, estoy cogiendo frío.

Massimo ya se había vestido y fumaba recostado en el sillón de enfrente observándonos. Me puse mi bóxer y el pantalón, y la ayudé a ella a terminar de vestirse, atándole el corsé y colocándole la ropa perfectamente.

Massimo se acercó a la puerta para retirar el sillón que había atrancado y, antes de abrirla, nos miró y preguntó:

— ¿Podemos salir ya? ¿Tutto bene?

—Sí— contestó Xulia—. Molto bene, grazie Massimo, ha sido genial.

—Grazie a voi, habéis sido unos amantes inmejorables. Sois una

pareja envidiable. Tenéis suerte haberos encontrado. Muchos pasan toda la vida buscando lo que vosotros tenéis, no permitáis que se estropee.

Yo no dije nada, no lo conocíamos de nada y no íbamos a explicarle el tipo de relación que nos unía. Pero me sorprendieron las palabras de Xulia que, mirándolo fijamente, se acercó un poco a él y le contestó: —Lo sé. No lo permitiremos.

¿Qué quería decir aquello? Esta era una pregunta que de momento se iba a quedar en el aire.

Cuando regresamos al salón, estaban sirviendo lentejas. Después

de aquella actividad sexual, se nos había vuelto a abrir el apetito. Volvimos a nuestra mesa, donde los comensales con los que habíamos compartido cena nos preguntaron sonrientes:

— ¿Qué tal lo habéis pasado? No os hemos visto.

—Lo hemos pasado bien, hemos conocido a una persona muy interesante.

Nos dimos la vuelta para señalar a Massimo y presentárselo a nuestros amigos, pero él ya no estaba allí. Por mucho que miré, no lo localicé, de nuevo todo eran venecianos con máscaras. Aunque muchos se las

habían quitado para comer, al igual que acabábamos de hacer nosotros. ¿Quién sería aquel tal Massimo? Lo bueno de aquello era que tampoco él nos había visto la cara a nosotros.

Miré a Xulia, le cogí la mano y se la besé.

—Ha sido fantástico Xulia. Un fin de año inolvidable. Pero eso era justo lo que quería, sobre todo para ti.

—Pues a mí me alegra que tú también lo hayas pasado bien. No quería parecerte aburrida ni nada de eso.

—¿Aburrida tú? Por favor, no digas

tonterías. Jamás hubiera soñado pasar una nochevieja como esta; divertida, sensual, y sobre todo sorprendente. Con una compañía como la tuya, capaz de entretenerme no solo con sexo, sino con tu conversación, siempre divertida e inteligente, eres un sueño Xulia.

—Gracias, tú también has resultado un hombre divertido, sensual, y buen compañero. Me has instruido y me has ayudado a abrir mi mente. Ya no volveré a ser la misma, aunque... seré mucho mejor...

—Cuando estés cansada nos vamos a dormir.

—Bailemos un poco más, apenas lo

hemos hecho hasta ahora.

— ¡Pues venga, a bailar se ha dicho!

Xulia se levantó y sacó a bailar a Pietro, que aceptó encantado. A mí no me quedó más remedio que hacer los honores a Claudia, aunque lo hice con mucho gusto, era una mujer de belleza serena, y aunque joven, dijo que tenía cuarenta y dos años, parecía que tuviera más. No por su apariencia física, pues estaba muy bien cuidada y tenía la piel de una jovencita, era otra cosa que emanaba de su interior lo que la hacía parecer mayor. Como después me explicó Xulia, eso le

ocurría a algunas personas porque poseían un alma antigua. Cosas de Xulia.

Eran las seis de la madrugada, algo insólito fuera de España, donde se vive la noche a lo loco. Quedaba ya poca gente en el salón. Claudia se levantó dirigiéndose al escenario en el que tocaba el cuarteto, les dijo algo, ellos asintieron y ella se colocó al lado del piano y entonó el aria de Puccini «Il mio bambino caro» dejándonos a todos totalmente extasiados.

Xulia cogió mi mano y apoyó su cabeza en mi hombro, suspirando, cuando la miré lloraba totalmente

emocionada.

Al terminar aplaudimos un gran rato agradeciéndole el detalle de cantar para la escasa veintena de personas que quedábamos en el salón.

Después se despidieron de nosotros insistiendo en que asistiéramos a su representación en Verona, y haciéndonos prometer que pasaríamos a saludarlos al camerino.

Xulia la abrazó, aún emocionada, y le aseguró que no nos lo perderíamos por nada.

Los miramos alejarse, y Xulia se acercó a mí, rodeándome la cintura con sus brazos.

Se apretaba a mí con los ojos cerrados y una dulce sonrisa en los labios. La besé en el pelo, y la mantuve así hasta que paró la música y los músicos empezaron a recoger.

Se escuchaban conversaciones de los escasos comensales que aún quedaban. Entonces Xulia se apartó un poco y, sin dejar de sonreír, me pidió que la acompañara a la habitación.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca. Son casi las siete de la mañana.

—Lo sé, y estoy agotada.

—Anda, vámonos.

Caminamos juntos, ella me sujetaba por la cintura y yo la atraje hacia mí pasándole mi brazo por los hombros.

Subimos en silencio, aunque en el ascensor íbamos solos. Al llegar a la habitación, nos deshicimos rápidamente de los trajes y nos metimos en el baño.

—Creo que los dos hemos pensado lo mismo— dijo ella.

—Una ducha caliente y rápida antes de dormir nos relajará.

Nos duchamos juntos y por las ganas volvería a hacérselo, pero me reprimí y salí de allí rápido. Me sequé, me puse un bóxer y me metí

en la cama. Ella se envolvió en el albornoz, y cuando estuvo seca, cogió una de mis camisetas, se la puso y se acurrucó a mi lado. La envolví con mis brazos, pero no pude evitar que sintiera mi miembro duro y dispuesto entre mi vientre y su culo. Echó la mano atrás y me lo acarició.

—No creo que puedas dormirte así.

—Chsss, sí podré.

Se giró de repente y me miró preocupada.

— ¿Te pasa algo, Adri?

—Claro que no. ¿Por qué iba a pasarme algo?

—Porque me estás evitando. ¿No quieres hacerlo?

Esta mujer me dejaba sin palabras. Me aparté un poco y señalé mi pene en pie de guerra.

— ¿Te parece que no quiero? Lo que ocurre es que pensé que ya habías tenido bastante por hoy y no quería molestarte.

—Adrián, esta noche ha sido, sin duda, la mejor de mi vida. Ha sido divertida, excitante, sensual, y... muy interesante. Me has ayudado a disfrutar al máximo, y nunca mejor dicho, abriendo mi mente a nuevas y estimulantes concepciones del sexo. Pero lo mejor de todo no ha

sido nada de esto.

— ¿Ah no? Pues ya me dirás...

Rodeó mi cintura con su pierna, cogió mi pene en su mano y se lo introdujo empujando para que entrara bien. Luego me cogió la cara entre las manos y me besó acariciándome con la lengua, invitándome a su juego.

—Lo mejor has sido tú desde el principio — dijo sin despegar su boca de la mía—, lo mejor ha sido sentirme tan querida y tan cuidada... lo mejor de todo esto que me está pasando, sin duda, eres tú.

Me puse encima de ella apoyando

mis codos a cada lado de su cabeza, ella rodeó mi cadera con sus piernas, abriéndose totalmente para mí, y comenzamos de nuevo el rítmico vaivén del sexo. Fue lento, suave, sin dejar de comernos con la boca al mismo tiempo. En aquel momento comprendí que mi vida no volvería a ser la misma sin ella. El orgasmo se disparó entre los dos, abatiéndonos sin piedad.

—Tú también has sido lo mejor de todo— le dije en cuanto pude hablar—. Y ahora, ¿crees que podremos dormir?

Ella sonrió, me besó y se dio la vuelta acurrucándose contra mi

torso. Cerré los ojos aspirando su olor y meciéndome en la somnolencia del amanecer. Adormilado ya, me pareció escucharla decir «Te quiero». Yo también la quería. En realidad, nos queríamos desde niños, eso siempre había sido así entre los dos.

CAPÍTULO X

Me desperté temprano a pesar de que cuando nos dormimos ya estaba amaneciendo. Me levanté con cuidado para no despertar a Xulia. Me detuve un momento para mirarla dormir. «¡Qué guapa es!», pensé, y sin darme cuenta salió de mi garganta una especie de gruñido. La tapé con el edredón y salí de allí sin hacer ruido. Me metí en la ducha, me vestí y fui a dar un paseo.

Necesitaba estar solo y pensar.

En Piazza San Marcos estaba

empezando a emerger agua, era curioso cómo se llenaba de agua la ciudad. Me quedé un rato observando aquel fenómeno, que en poco tiempo anegaría la inmensa plaza. Los funcionarios estaban empezando a colocar las pasarelas por las que habría que caminar en poco rato.

Me senté en una de las cafeterías a disfrutar de aquella tranquila mañana del primer día del dos mil dieciséis.

Pensé en lo que había sido mi vida hasta ahora y la verdad es que no podía quejarme. No había nadado en la abundancia, pero tampoco me

había faltado nada. Lo que venía ahora no entraba dentro de mis planes. Había imaginado cómo sería mi vida si alguna vez llegaba a ser un escritor de éxito, y ahora que lo había conseguido me sentía extraño.

Desde luego cambiaban las cosas. No habría hecho este viaje, y menos a este nivel; Cinco días en el mejor hotel de Venecia, otros dos o tres en Verona, y lo que a Xulia se le antojase. Sí, definitivamente las cosas eran diferentes teniendo pasta.

Podría comprar una casita en Malcesine, podría ir a esquiar, eso

sería fantástico. Se lo propondría a Xulia, porque de una cosa estaba convencido, «si no tienes con quien compartir el éxito, ¿de qué sirve?». Volví a pensar en ella. Habíamos hecho un trato, tendríamos sexo mientras ninguno de los dos tuviera pareja. Pero el tema se me estaba yendo de las manos.

Tengo que dejar de pensar en hacer cosas con ella, y también deberíamos dejar de acostarnos. Esto solo nos traerá problemas, al menos a mí. «Bueno, sólo serán dos o tres días más y Xulia se irá», pensé.

Y desde luego, nada de proponerle

viajes a la nieve, ni a ningún otro lado, esto se tenía que acabar. Me pareció que ya llevaba mucho tiempo paseando, estaba de nuevo en Piazza San Marcos, y ahora sí, ya totalmente inundada. Había por lo menos un palmo de agua. Hice unas fotos con el móvil. Al mirarlo me fijé que tenía el icono de los mensajes avisándome de que habían llegado varios WhatsApp. Como no tenía costumbre de estar siempre pendiente del teléfono, ni me había enterado. Los abrí, había seis mensajes y todos de Xulia.

«Adri, ¿dónde estás?».

« ¿No vas a mirar el móvil? ».

« Porfa Adri, contéstame ».

« Ya me he duchado y he ordenado esto un poco, estoy empezando a aburrirme ».

« Oye, ¿no te habrás largado y me habrás dejado abandonada en Venecia? ».

Tuve que reírme.

Iba a contestarle cuando el móvil volvió a silbar, indicando que acababa de entrar otro mensaje.

«He recogido los trajes y voy a ir a devolverlos, si no nos vemos, espérame en el Hotel».

Decidí contestarle, no quería que se preocupara ni que se sintiese sola.

«Estabas tan dormida que no quise

despertarte y he salido a pasear. Perdona que no te haya contestado antes, pero acabo de ver los mensajes. Espérame en recepción, estoy llegando al hotel y te acompaño a devolver los trajes».

Apuré el paso para no hacerla esperar más. Cuando entré en el hall la divisé a lo lejos tomándose un café en la barra de la cafetería. Había alguien con ella. Un tipo de unos cuarenta años, alto y moreno. A medida que me acercaba a ellos, podía ver las facciones del individuo. Parecía el típico italiano, guapo sin duda. Me sentí molesto al ver cómo ella le sonreía,

y cómo él se acercó a su mejilla como para darle un beso. ¿Quién coño era y qué estaba haciendo? Apuré el paso y, al llegar a su lado, me acerqué posesivo a Xulia, le puse mi brazo por encima del hombro, ella me miró sonriente y, sin mediar palabra, le estampé un beso en la boca de los que no dejaban duda.

—Te eché de menos cuando desperté— dijo ella—. Pero veo que ha sido mutuo, me alegro. Te voy a presentar a Marco.

Me giré para mirarlo y le ofrecí mi mano.

—Hola, yo soy Adrián.

—Encantado de conocerlos. Ya me ha dicho Xulia que es la primera vez que viene a Venecia. Espero que os haya gustado, que lo hayáis pasado bien y que el hotel haya sido de vuestro agrado.

Yo le miré raro, ¿a qué venía aquello? Él se dio cuenta de mi extrañeza y enseguida aclaró.

—No os lo había dicho, soy el director del hotel. Y me gustaría invitaros a comer.

Me sorprendió la invitación, pero miré a Xulia tratando de averiguar qué le parecía a ella.

—Bueno, por mí no hay problema — Dijo—, pero antes iremos a

devolver los trajes que alquilamos para la fiesta de anoche.

Marcó intervino rápido.

—No hace falta, si me das las bolsas, el hotel se encargará de devolverlos.

—Ah, pues perfecto. ¿Tú qué dices Adri, comemos con Marco?

—Si a ti te apetece, por mí no hay inconveniente.

Marco desplegó su encantadora sonrisa y, disculpándose un momento, se dirigió hacia el comedor para dar instrucciones, o eso al menos pensé yo.

Xulia estaba radiante y encantada de conocer al tal Marco.

— ¿Qué te pasa, Adriático? Estás muy huraño. ¿No has dormido bien? La volví a besar, ahora despacio y sin la furia de antes.

—He dormido bien, poco, pero bien. ¿Sabes que hoy tenemos que dejar el hotel? Ya tendríamos que haber recogido la habitación y tener nuestro equipaje en recepción.

— ¿Qué haremos, entonces? Son las dos del mediodía, si vamos a comer ahora se nos hará tarde.

—Tranquila, podemos alargar otro día la estancia, pero mañana sin falta tenemos que estar en Verona si queremos ir a la ópera.

—Podemos decírselo a Marco, es

el director del hotel y somos clientes vip, no creo que nos ponga problemas.

Cuando Marco volvió a nuestro lado, le explicamos lo que queríamos y nos facilitó todo sin poner impedimentos. Xulia se acercó a mí y me susurró:

—Ya te dije que éramos clientes vip, y a este tipo de clientes no se les ponen problemas, se les resuelven.

—Pues a mí lo que me parece es que al tal Marcos le gustas.

Ella me miró entrecerrando los ojos, y muy socarrona me soltó entre risas:

—No me digas que estás celoso, ya sabes que tú eres el único para mí, tonto.

Lo dijo como en broma, y me dio un beso en la mejilla.

La verdad es que estaba un poco molesto. Me fastidió ver la familiaridad y el acercamiento de Marco hacia Xulia. Pero aún me fastidió más que se me notara, porque no tenía ningún derecho ni a sentirme mal ni a reprocharle nada a ella. El trato que teníamos había quedado bien claro. Pero todo aquello se estaba volviendo en mi contra. Marco volvió a nuestro lado y nos anunció que ya podíamos

pasar al restaurante.

Nos llevó hasta una mesa cuadrada situada en una esquina, al lado de un gran ventanal. Xulia miró y sonrió al ver la edificación de enfrente.

—Marco, en Venecia solo hay palacios. ¿Tú también vives en uno?

—Querida Xulia, tengo una casa en Murano que os encantaría, aunque no se trata de un palacio, pero puede decirse que vivo prácticamente en el hotel.

Nos trajeron el vino, y él mismo lo sirvió, levantó su copa ante nosotros y brindó:

—Por los nuevos, diferentes y excitantes comienzos...

Xulia me miró asombrada, yo mismo también lo estaba. Nunca hubiera imaginado que el servicio que pedí a la agencia lo realizaría el director del hotel. Al mismo tiempo dirigimos nuestras interrogantes miradas hacia Marco. Él sonreía amistosamente a la vez que asentía. No podía cabrearme, puesto que habíamos sido nosotros los que habíamos aceptado el juego sin verle la cara al tipo. Soy consciente, además, de que la responsabilidad en todo aquello era mía. Aunque cuando pedí ese

servicio, expliqué claramente que, en ningún momento, ninguno de los tres nos quitaríamos la máscara. Este «Massimo-Marco» también tendría que explicar cosas. O quizás la explicación estaba en los papeles doblados que me dio en cuanto salimos de aquel reservado, y que yo di por supuesto que sería la factura con todos los datos que normalmente se requerían en cuanto a sanidad, etc. No lo había mirado, pero lo tenía en el bolsillo, porque nada más levantarme busqué en el pantalón del disfraz, lo cogí y me lo guardé, aunque no le di más importancia, ni tan siquiera los

miré.

Marco frunció el ceño ante mi confusa mirada, y creo que comprendió un poco lo que estaba pasando. Me hizo una casi imperceptible seña, animándome a hablar. Pero fue Xulia la que reaccionó antes.

— ¿Marco, entonces en realidad eres Massimo?

—No, yo soy Marco, Massimo es, por así decirlo, mi nombre de guerra.

—Y, ¿por qué nosotros?

Marco volvió a mirarme, ahora sí había llegado mi turno, tenía que dar una explicación a Xulia.

—Verás, quise sorprenderte con algo diferente. Tú querías disfrutar del sexo al máximo y pensé que algo así sería interesante y muy excitante. ¿Creo que lo fue no?

—Sí lo fue, pero entonces, tú ya sabías que iba a ocurrir, ya lo habías hablado con Marco.

—Sí y no. Lo sabía porque llamé a una agencia que ya conocía de otra ocasión. ¿Cómo crees que iba a dejar que algo tan íntimo pasara con un desconocido sin referencias? Sería una locura, una irresponsabilidad absoluta.

Metí la mano en el bolsillo y saqué los papeles que «Massimo» me

había entregado. Eran tres, uno se trataba de la factura, otro era una fotocopia de los resultados de una analítica completa con fecha de diciembre, y el último era una especie de certificado de penales, en el que se exponía que la persona que respondía al nombre de Massimo, era en realidad Marco Gandolfo y estaba totalmente dentro de la ley.

Se los mostré a Xulia, excepto la factura. Y después me dirigí a Marco.

—Ahora creo que deberías explicarnos. ¿Por qué tú?

Marco bajó la mirada, enlazó sus

manos y se dispuso a hablar.

—En realidad la agencia es mía y os voy a explicar de qué forma lo hacemos para que sea seguro para ambas partes. Cuando alguien llama solicitando nuestros servicios, pedimos toda clase de datos, como ya sabes. Con esos datos rápidamente sabemos de quién se trata. Sabemos, por ejemplo, que eres escritor y que tu pareja es tu agente, en fin, lo sabemos prácticamente todo.

Xulia escuchaba atenta y muy seria. No sabría decir si estaba enfadada o si sólo era curiosidad. Me aventuré a cogerle la mano y se la

besé. No la apartó, lo cual me produjo alivio, no estaba enfadada. Pero quería saber, y no se acobardó a la hora de preguntar, claro que conociéndola como yo la conocía di por descontado que así sería.

—Pero tu agencia manda a quien quiere basándose en las peticiones del cliente. Seguramente pedirán a la carta... rubio, ojos negros, alto, bajo, calvo, con pelo...

Marco sonrió asintiendo.

—Efectivamente Xulia, la gente pide a la carta, aunque he de reconocer, que en vuestro caso, Adrián sólo pidió un tipo con buena presencia y que no tuviera más de

cuarenta. Claro que como íbamos a ir todos con máscara...

—Ya, pero, ¿por qué tú?

—Porque cuando me dijeron en la Agencia que habían pedido desde mi hotel, un hombre para interactuar con una pareja en nochevieja. Me ocupé de saber de quién se trataba, y quise hacerlo yo, primero porque me gusta jugar a esto y por supuesto porque me gustasteis vosotros.

Xulia lo miraba curiosa y enseguida volvió a hablar.

—Para mí ha sido todo una sorpresa. Es la primera vez que hago algo así. Acepté porque confío plenamente en Adrián, eso por

descontado.

Volví a besarle la mano que no le había soltado, mientras ella continuó hablando.

—Y he de decir que no me ha defraudado. Acordó esto para sorprenderme y lo ha hecho, y me ha gustado. Y tú, Marco, también me has gustado. Me ha gustado tu comportamiento, no sólo conmigo, sino también con Adrián.

—Me alegro, porque me gustaría repetir con vosotros.

Xulia me miró expectante.

—La verdad es que nos íbamos esta tarde, y lo hemos dejado para mañana porque estamos muy

cansados y no hemos tenido ni tiempo de recoger. Pero si Xulia quiere volver... te llamaremos.

Xulia asintió a lo que yo estaba diciendo y ella misma terminó mi alocución.

—Sí, hoy nos quedamos, algo que también debemos agradecerte. Pero mañana nos iremos temprano, tenemos entradas en la Arena de Verona, para la representación de «Norma» de Bellini. Ayer cenamos con...

Marco no la dejó terminar.

—Sí, lo sé, ayer cenasteis con la gran Claudia Martinelli y os invitó a su representación. Me alegro, os

encantará, es la mejor y más famosa cantante de ópera que tenemos hoy en Italia. ¿Pero tenéis pensado volver?

Xulia me miró y yo respondí.

—Nada excepto el trabajo nos lo impide. Xulia regresa a España en dos o tres días y yo me voy a Malcesine, en el lago de Garda, en donde me quedaré hasta finales de mayo. Pero si Xulia quiere, y cuando su trabajo se lo permita, podemos volver.

Xulia mostró su sonrisa de embaucar, y antes de que pudiéramos Marco, o yo, arrepentirnos ya estaba ella

programando.

—En semana santa podría volver, ¿os parece bien?

Me acerqué a ella y la besé en el cuello.

—Sabes que sí, preciosa.

Marco sacó una tarjeta y nos la dio.

—Aunque si volvéis a mi hotel, enseguida os localizaré.

Xulia echó una carcajada.

—Es muy probable que volvamos a este hotel, nos han tratado muy bien, hasta el director nos dio un trato exclusivo... y como ahora, aquí el escritor ha firmado un contrato millonario, no habrá problema.

¿No, Adrián?

Sonreí y asentí a la vez que le indicaba al metre que nos trajese una botella de champán.

—Vamos a brindar esta vez por nuestro nuevo amigo Marco.

Los tres levantamos nuestras copas y Xulia dijo:

—Por nosotros, para que sigamos manteniendo nuestra amistad en la distancia.

En cuanto terminamos, Marco se levantó excusándose y se despidió.

—Se acabó mi tiempo libre, tengo que irme, cualquier cosa que necesitéis preguntad por mí, estaré en mi despacho hasta las siete,

después me iré a casa. Yo también necesito descansar, y mi pareja llegará hoy.

Estreché su mano, Xulia le dio un abrazo y él la besó en la mano con elegancia.

Nos sentamos y volví a rellenar nuestras copas. A Xulia se la veía feliz y eso me subió la moral, no sé por qué pensé que podría estar enfadada, por el contrario, parecía estar encantada.

— ¡Buuuff! Ha sido muy intenso todo esto.

— ¿Qué ha sido intenso, Xulia? Lo de anoche, lo de ahora...

— ¡Todo, Adriático, todo! Lo de

que hicimos con Marco me encantó, disfruté muchísimo, aunque al principio tenía una mezcla de miedo y vergüenza, pero poco a poco, gracias a ti, y también a Marco, que ha sido muy colaborador, cuidadoso y discreto, lo pasé genial.

—Me alegro muchísimo, no sabes el miedo que me entró cuando me di cuenta de que Marco era en realidad Massimo o viceversa, da igual.

—¿Por qué?

—Pues porque aún no te había contado que toda esta aventura había sido planificada por mí y no

algo que surgiera al azar.

—Ya, pero entiendo perfectamente que algo así no puede hacerse a lo loco. Sería muy arriesgado y poco responsable por nuestra parte.

—Sin embargo, no me dijiste nada de eso ayer cuando te propuse el juego.

—Lo pensé, pero me dije que, si tú lo aceptabas, sería porque no había problema. Y de todas formas te pedí dos cosas, ¿recuerdas?

—Por supuesto— dije e imitándola continué— «no quiero que este señor me bese en la boca» y «que se ponga condón, por favor». ¡Chica lista!

—Me parece que ya los dos cumplimos los treinta, ser descuidado en estos temas sería de imbéciles y ni tú ni yo lo somos.

Salimos del restaurante y nos fuimos a dar un paseo, quería enseñarle a Xulia la Piazza de San Marcos inundada.

—Es increíble. ¿Será verdad que Venecia desaparecerá bajo las aguas?

—Seguramente, sobre todo si nadie para el cambio climático, y no parece que los gobiernos estén por la labor. De todas formas, se están haciendo estudios para elaborar un plan que sea capaz de dar una

solución a esta increíble ciudad.

—Me parece complicado esto de parar el mar, es como ponerle puertas al campo.

—Lo es, pero la verdad es que hay un proyecto muy ambicioso que parece que se va a llevar a cabo. Ya se verá.

—Bueno, yo estoy contenta de haber venido, pensé que nunca podría hacerlo.

—Y al parecer vas a volver en semana santa, espero que no abandones las carreras de tus autores, por darte a la vida lujuriosa...

—Creo que he trabajado demasiado

estos años, y ahora me apetece y puedo gracias a ti, y a otra autora, que habéis petado el mercado editorial, y por fin empiezo a poder vivir holgadamente de esto.

—Me alegro por ti.

Regresábamos ya al hotel cuando se me ocurrió que tal vez a Xulia le apetecía un romántico paseo en góndola.

— ¿Me lo estás diciendo de verdad? Me cuesta creer que quieras dar un paseo en góndola, el otro día decías que eso eran tonterías para sacarles el dinero a los turistas, sobre todo a los japoneses, que están paseándose en

ellas constantemente.

—Bueno, y en realidad es así, pero podemos hacer una excepción, darnos un paseíto, y que el gondolero entone el «Oh sole mío».

— ¡Dios...! Algo así podría producirme un orgasmo espontáneo.

— ¡Por favor, Xulia! No puedo creer que seas la misma mujer que llegó hace cinco días conmigo a esta ciudad. ¿Qué ha pasado, en qué te has convertido?

—Me has abierto los ojos a un mundo mágico, y ya no podré actuar como si no tuviera conocimiento de ello. Pero estoy encantada, fascinada y agradecida. ¿Qué te

parece?

—Pues que te mereces ese paseo en góndola. ¡Vamos!

CAPÍTULO XI

El paseo resultó más romántico de lo que yo hubiera deseado. Dos gondoleros remando y, aunque parezca mentira, y sea un tópico, cantando el “Oh sole mío”. Xulia se acurrucó a mi lado. A la vista de cualquiera, éramos una perfecta y romántica pareja. Me gustaría poder leer la mente de Xulia. ¿Qué pensaba ella de todo aquello? ¿De verdad creía que iba a resultar tan sencillo como lo habíamos planeado desde un principio? Ella pudo pecar de ingenua, pero yo

no me podía permitir eso. No podía enamorarme de ella. ¿En qué estaba pensando? Sólo tenía ganas de que pasaran cuanto antes aquellos tres días que nos faltaban para terminar nuestro viaje.

Xulia se dio cuenta enseguida de que me pasaba algo. Apenas hablamos nada durante el paseo en góndola. Ella apoyó su cabeza en mi pecho, yo le pasé mi brazo por los hombros y la mantuve apretada a mí. Todo dentro de mí era una contradicción. Por una parte, me encontraba bien con ella a mi lado, me gustaba que buscara mi cuerpo para acomodarse en él, pero, por

otra parte, me sentía mal conmigo mismo, por permitir ese acercamiento tan íntimo.

Al terminar nuestro romántico paseo, le cogí la mano para ayudarla a desembarcar, y con ella así cogida nos adentramos en el hall del hotel. Subimos a la habitación manteniendo aquel silencio tenso que acarreábamos desde por la tarde.

Tiré de su mano, y la atraje hacia mí envolviéndola en mis brazos. La besé en la frente y la mantuve así, sin decirle nada.

— ¿Qué pasa, Adriático? ¿No te sentirás culpable o quizás obligado

a hacerme o decirme cosas como si estuviéramos enamorados? Quiero que te sientas tranquilo y bien. No voy a reclamar tu atención como si fuésemos novios. Ya lo hablamos y lo tengo claro. Aunque no te niego que me encanta todo lo que hemos hecho, que me gusta mucho que me cojas de la mano cuando vamos de paseo, o que me beses el pelo cariñosamente y me mimes. ¿A quién le amarga un dulce?

—Lo sé. Perdona que haya estado hoy un poco abstraído, pero es que casi no he dormido y estoy realmente cansado.

—Sí, yo también lo estoy, aunque

he dormido más horas que tú, la noche fue muy intensa.

— ¿Te has sentido mal en algún momento, o con algo de lo que hemos hecho?

—Ya te he dicho que no, ha sido muy excitante. Cuando dije que me gustaría repetirlo, lo decía de verdad. Estoy decidida a visitarte en semana santa, y si puedes y quieres, volvemos a Venecia...

—Te lo has pasado bien en estas improvisadas vacaciones, ¿eh, Julieta!

—Sí, han sido muchas vivencias nuevas para mí, y todas geniales, pero la nochevieja de dos mil

quince se quedará para siempre grabada en mi memoria. Y no solo por lo que estás pensando...

—No sabes lo que estoy pensando... pero explícate.

—Quiero decir que no solo por la intensa, excitante y novedosa noche de sexo que me ofreciste. Fue todo, la cena ambientada en la Venecia más rutilante, todo el mundo con trajes de época, la música mientras cenábamos transportándonos a épocas pasadas. La cena misma fue fantástica, las personas que conocimos... y como colofón por supuesto la experiencia del sexo compartido. ¡Gracias Adri! Sin ti

esto no me habría pasado nunca.

Estábamos en la habitación, sentados en las butacas al lado del ventanal, como ya era habitual desde que nos instalamos en aquel hotel. Le cogí la mano y la miré a los ojos antes de contestarle.

—También yo quiero agradecerte a ti, primero el que hayas aceptado acompañarme, sería muy aburrido este viaje estando solo. Pero, además, has conseguido que yo también tenga un recuerdo magnífico e imborrable de esta ciudad. Al que tenía le faltaba luz, la luz que tú desprendes.

—Me encanta eso que has dicho.

Solo un escritor diría algo así.

La besé en la mano que le tenía cogida. Y sin soltársela pregunté:

— ¿Te parece que bajemos a cenar?

— Sí, vamos, y después podemos tomarnos un cafecito y acostarnos temprano.

— Cuando tienes razón hay que dártela. Mi cuerpo empieza a acusar el cansancio.

La noche transcurrió sin más sorpresas. Dormimos juntos, ya no tenía sentido dormir separados. Pero por raro que pueda parecer, solo dormimos, eso sí, refugiados uno en los brazos del otro.

Estaba tan cansado que fue meterme

en la cama y cerrárame los ojos abrazado a Xulia. Creo que ni me cambié de postura en toda la noche, y me parece que a Xulia le ocurrió lo mismo. Al día siguiente, nos levantamos tarde, aunque ella lo hizo antes que yo, que cuando desperté eran casi las diez de la mañana.

Otra vez, me desperté con música, esta vez sonaba “When you really love someone” de Alicia Keys. Y de nuevo pude escuchar a Xulia tarareándola. Me levanté con sigilo, me gustaba observarla sin que ella lo supiera.

Ya estaba vestida y tenía

prácticamente todo recogido, incluidas mis cosas.

Me acerqué por detrás y la abracé por sorpresa hundiéndome en su cuello. Ella se dio la vuelta y, con aquella esplendida sonrisa que tenía siempre para mí, frotó su nariz con la mía y se apartó para decirme:

—Dijiste que teníamos que madrugar, pero el que se ha dormido hoy has sido tú.

—Estaba muy cansado, pero he dormido fenomenal, toda la noche de un tirón.

—A mí me ha pasado igual. ¿Qué prefieres, desayunar aquí, o lo

hacemos abajo, en la cafetería?

—Me da igual, pero acabaremos antes si bajamos, aunque tampoco es que tengamos mucha prisa. Verona no está muy lejos y he pensado en alquilar un coche.

—Como quieras, por mí bien.

Me dijo en tono desenfadado. Es lo mejor de Xulia, su buen ánimo. Siempre tiene una sonrisa y no se amilana ante nada, seguramente esa es la clave de su éxito en su profesión.

Me doy cuenta que ya están preparadas las maletas, la de ella ya cerrada y lista, y la mía casi.

—Veo que has recogido también lo

mío.

—Sí, pero sólo un poco, tienes que coger la ropa que te pondrás hoy y guardar lo que quede por ahí. Es mejor que lo mires tú, yo siempre me olvido de algo.

Cuando estuvimos en recepción, pedí que nos llamaran a un taxi mientras nos tomábamos un café con leche y una tostada. Preguntamos por Marco, Xulia insistió en que nos despidiéramos, pero estaba en una reunión en otra parte de la ciudad. Le dejamos una nota, más que nada de agradecimiento, en la que añadí mi número de teléfono. Llamé también

al aeropuerto para que me enviaran el grueso del equipaje al hotel de Verona, y finalmente gestioné desde recepción el alquiler de un coche. Recogeríamos las llaves en Piazzale Roma, que es donde nos dejarían la lancha taxi.

Recorrimos el gran canal, despidiéndonos en silencio de aquella maravillosa y romántica ciudad, en la que pasamos seis días inolvidables.

Al llegar a Piazzale Roma, nos dirigimos a la agencia en la que debían entregarnos las llaves de nuestro coche. Pedí uno de alta gama, estaba empezando a

acostumbrarme a tener dinero.

Por fin, y con un mapa de carreteras en las manos de mi flamante copiloto, Xulia como no, emprendimos viaje a Verona.

—Tienes que coger la A57 hasta Padova, ahí sales por la E 70 hasta que encuentres una salida a la A 4 que nos meterá en Verona.

—Estupendo Xulia, en el papel seguro que es todo muy fácil. Ahora a ver si lo hacemos bien.

No había demasiado tráfico, seguramente porque era sábado. El viaje fue rápido, alrededor de cien kilómetros separan Venecia de Verona y por autopista se recorren

enseguida.

Según Xulia sería más complicado encontrar el hotel en Verona. Pero tengo la suerte de orientarme muy bien. Por lo visto tengo muy desarrollada la inteligencia espacial, y los planos y las ciudades no entrañan ningún misterio para mí. A Xulia le divertía observarme mientras localizaba el punto al que queríamos llegar.

Por supuesto, también este, era uno de los mejores hoteles de Verona. Y cómo no, se trataba de un palacio, el «Palazzo Victoria». Estaba situado muy cerca de la Arena, en

donde esta misma noche acudiríamos a la representación de Norma, con la grandísima Claudia Martinelli.

Nos instalamos en una suite espléndida. Nada más entrar en la grandiosa habitación, Xulia se dejó caer en uno de los Chester que había dispuestos a modo de sala de estar, previa a la habitación.

— ¿Qué te parece si nos damos un paseo por la ciudad vieja? De paso podría comprarme un vestido para ir esta noche a la ópera, también tú deberías comprarte un buen traje italiano, seguro que no tienes ninguno.

—Claro que no, nunca me dio por comprarme trajes, sabes que soy un tipo sencillo, me gusta vestir cómodo, por eso toda mi ropa es de sport.

—Pues ha llegado el momento, y no te vas a comprar un traje corriente.

— ¿Ah no, y qué habías pensado?

— Algo verdaderamente elegante, ya que no nos da tiempo de que te lo hagan a medida, por lo menos que sea un buen traje de diseño italiano.

—Quieres decir de esos que cuestan pasta gansa.

—Sí, justamente de esos, y también unos zapatos.

—Me compraré lo que digas, si tú me dejas que te regale unos zapatos a ti, pero no cualquiera, sino unos Manolo Blahnik.

—Pero, ¿tú no eras el tipo ese que no sabe de modas ni de diseñadores ni nada de eso?

—De zapatos sexis para señoras sí sé, porque me encantan.

—Seguro, como tú no te los tienes que poner y estar encima de ellos todo el día... claro que te gustan.

— ¡Tranquila! Si no los quieres no pasa nada...

—Por supuesto que los quiero, ahora no te eches atrás.

—No pienso hacerlo. Vamos a

planificar el tiempo. Son las doce de la mañana, si salimos ahora nos dará tiempo de comprar antes de comer, luego podemos comer por ahí y descansar un rato. Por la tarde visitaremos la casa de Romeo y, como no, la de Julieta. No nos dará tiempo de mucho más, luego tendremos que arreglarnos para ir a la ópera, y mientras nos arreglamos y te maquillas, pedimos que nos suban una pizza. ¿Te parece bien?

—Por mí estupendo.

—A la ópera iremos andando, la Arena está aquí al lado.

—De acuerdo, pongámonos en marcha entonces.

En el vestíbulo del hotel nos encontramos con Pietro, el marido de Claudia, por lo visto se alojaban en el mismo hotel que nosotros. Nos dijo que ella estaba ensayando, pero que le gustaría invitarnos a comer con ellos. Aceptamos y quedamos a las dos en el hotel.

Nuestra primera visita en Verona iba a ser bien poco turística, nos metimos por las calles de las tiendas. Por mi parte, creo que era la primera vez que iba de compras con una mujer. He de decir que me encantó. Claro que entramos en las tiendas más selectas, esas en las que los probadores son estancias

muy amplias, en donde te sientas en un sofá bien cómodo, mientras las empleadas traen vestidos según el gusto de la clienta y se los dejan allí para que se los pruebe. Por supuesto, esto tiene su punto erótico, puesto que las mujeres suelen ir, como en este caso Xulia, acompañadas de su pareja, de manera que el acompañante, o sea yo, puede disfrutar de las vistas mientras su chica se desnuda, etc. Ver a Xulia desnuda, probándose aquellos trajes, y sobre todo aquella lencería, despertó todos mis sentidos.

—Ven aquí.

Xulia se acercó a mí completamente desnuda a excepción de los altísimos zapatos de tacón que también se estaba probando y se colocó a horcajadas encima de mí.

— ¿Y si entra la dependienta?

— ¿Para qué te crees que tienen esto montado así? No, preciosa, no va a entrar nadie a no ser que tú las llames. Han traído todo lo que puedas necesitar y más de lo que has pedido, para que te relajes y disfrutes bien probándotelo todo, y para que me hagas disfrutar a mí, que por experiencia saben que seré el que vaya a pagar.

Sí, definitivamente el dinero facilita muchísimo la vida.

Después de un polvo rápido e intenso en el sillón del probador, Xulia terminó de probarse todo lo que le habían dejado las dependientas hasta decidir cuál se llevaría. Pidió después un traje, una camisa, una corbata y unos zapatos para mí.

Estábamos realmente impresionantes. Xulia saltaba de alegría.

Cuando terminamos nuestras compras, pagué y pedí que nos lo llevaran al hotel. Salimos de allí cogidos de la mano y ambos con

cara de felicidad, aunque probablemente por cosas diferentes...

Eran las dos en punto cuando regresamos al Palazzo Victoria, nuestro hotel. En recepción nos dijeron que los señores Martinelli nos esperaban en el restaurante. Xulia me miró preocupada.

—Ya no podemos subir a cambiarnos. ¿Crees que vamos bien así?

—Pues claro mujer, piensa que es una comida informal con unos amigos que acabamos de encontrar. Claudia viene de ensayar, no creo que se haya ido a vestir para comer.

Entramos en el restaurante y el metre nos acompañó hasta la mesa en la que nos esperaban nuestros anfitriones.

Los saludamos efusivamente y Xulia se tranquilizó en cuanto vio a Claudia vestida con un sencillo pantalón negro y una camiseta entallada con un dibujo abstracto en la parte de delante.

A mí me gustó reencontrarme con Pietro y Claudia, y a Xulia sin dudarlo. Nos unía algo especial desde que nos conocimos en Venecia. Tuve esa sensación agradable e íntima, en la que pude reconocer que con esas personas

todo fluiría con naturalidad, y que aquella amistad que recién empezaba, sería para siempre, aunque no fuéramos a vernos mucho.

Xulia congenió perfectamente con Claudia. Hablaron de todo un poco. Se las veía felices y desenfadadas. Pietro me contó cómo era lo de ser representante de su propia mujer que, como todo, tenía sus cosas buenas y también sus inconvenientes.

Eran felices por poder compartir tanto tiempo juntos, pero eso también los desgastaba. Aun así, conseguían capear el temporal y se

les veía felices. Xulia en aquella complicidad con Claudia le preguntó si no echaba de menos tener hijos, y enmudecimos con su respuesta.

—Tengo una hija de veinte tres años que está estudiando en Estados Unidos.

Nos quedamos callados sin saber qué decir, pues era muy joven para tener una hija tan mayor. Ella sonrió al ver nuestra cara de asombro.

—La tuve muy joven.

Xulia intervino enseguida disculpándose.

—Perdona que nos hayamos sorprendido, es solo que nos ha

extrañado la edad de tu hija, eres tan joven... pero no tienes que explicar nada, ni mucho menos.

—No pasa nada, no es algo que haya escondido nunca. No hablo de ella y nunca la menciono porque no quiero que la prensa la persiga, ella no es la famosa ni quiere serlo. Cuando la tuve, apenas acababa de cumplir dieciocho años. El padre de Paola y yo estábamos terminando el bachiller, así que continuamos con nuestros estudios, y mis padres se ocuparon de la niña, junto con los padres de él. Cuando terminamos de estudiar, habíamos madurado y nos dimos

cuenta de que ya no estábamos enamorados. Seguimos ocupándonos de la niña, tanto él como yo, pero cada uno continuamos nuestra vida por caminos diferentes.

Xulia escuchaba y asentía atenta a la historia de la soprano.

—Te felicito Claudia, no todo el mundo afronta una situación como la tuya de forma tan madura, y por ambas partes.

—Bueno, el mérito es de mis padres y de los padres de Marco. No sé si lo conocisteis, es el director del hotel en el que nos alojamos en Venecia.

— ¿Marco Gandolfo?

Claudia sonrió.

— Veo que lo habéis conocido. Es un gran tipo. Somos del mismo pueblo, estudiamos juntos y fue mi primer amor, lo mismo que yo lo fui para él.

— ¡Qué historia tan bonita por favor!

— Lo que pasa es que tendemos a recordar lo bueno, y en general recuerdo todo lo que nos ocurrió con cariño, pero también reconozco que fue duro, y que gracias a nuestros respectivos padres salimos adelante. Y ahora vemos a Paola, que es una chica estupenda, lista y

cariñosa, la verdad es que es un orgullo para nosotros. Se lleva muy bien con Pietro, hacen buenas migas cuando está en casa.

Xulia se quedó con las ganas de preguntarle más cosas de Marco, pero era muy discreta y sabía que no debía. No hizo falta porque Claudia continuó hablando y lo contó.

—También ha respetado siempre la vida de su padre. Marco tuvo varias parejas, pero con ninguna llegó a consolidar una relación. La que más le está durando es Marcela, y eso es porque tienen una relación abierta, según me ha

contado.

Pietro asentía a todo lo que Claudia decía. En un momento le cogió la mano se la besó e intervino en la conversación.

— ¿Y vosotros qué? ¿Cuánto tiempo lleváis como pareja?

Xulia me miró, yo le cogí la mano y me dispuse a contar una historia sobre nosotros.

—Lo nuestro es una historia antigua. Nos conocemos desde niños, crecimos juntos, hasta estudiamos la misma carrera, pero no empezamos a salir juntos hasta hace una semana, de hecho, fue en este viaje cuando nos enrollamos.

Hasta ahora nuestra relación había sido estrictamente profesional. Como sabéis, soy escritor y ella es mi agente.

—O sea, que estáis como de luna de miel— Intervino Claudia.

—Sí, podría decirse que sí.

Ni Xulia ni yo estábamos preparados para hablar de nuestra relación. Cualquiera que nos observase podría pensar que somos una romántica pareja en su luna de miel, y nada más lejos de la realidad. Ninguno de los dos quería engañar a estos nuevos amigos, que se habían mostrado totalmente abiertos y sinceros con nosotros.

Así que, lo que dije, era verdad, aunque solo parte de ella, pero de momento era lo que podíamos contar.

Hablamos de todo, por supuesto, de música. Así descubrimos que Pietro además de ser su representante era un gran compositor y pianista, que había hecho muchísimas canciones para diferentes artistas del panorama nacional italiano. Hablamos como no de literatura. Les mostré con el teléfono las portadas de mis libros. Les conté que el último saldría en junio y justo entonces comenzaría la gira promocional.

Se mostraron entusiasmados, y nos aseguraron que irían a alguna presentación. Xulia les dijo que les enviaría información del calendario de Adrián en cuanto estuviese confeccionado. Claudia fue la primera en mirar el reloj.

—Chicos, yo tengo que dejaros, he de descansar un rato. Cuando lleguéis a la Arena, entrad por donde entran los vips, si os ponen pega que llamen a Pietro.

El hombre asintió y añadió:

—No os preocupéis, ya estaré yo pendiente, os reservaré el mejor sitio.

—Os lo agradecemos muchísimo,

pero no hace falta que os molestéis más. Ya habéis hecho bastante.

—Y por descontado seguiremos en contacto— añadió Pietro.

Nos abrazamos y nos despedimos allí de ellos, ya que por la noche ella se debía a su público y a sus fans.

Xulia parecía cansada y me sugirió con cara de lástima:

—Adrián, ¿qué te parece si también nosotros subimos a descansar y dejamos lo de hacer turismo para mañana?

—Lo que tú quieras preciosa, no estamos obligados a nada, podemos hacer lo que queramos.

—Yo necesito descansar, y después tenemos que arreglarnos para ir a la ópera.

— Pues a descansar se ha dicho.

CAPÍTULO XII

Al llegar a la habitación, Xulia se acostó en la cama, yo me tumbé en uno de los sofás y puse la tele, necesitaba distraer mi atención. Si me tumbaba a su lado, no la dejaría descansar.

—Baja el volumen de la tele porfa, quiero dormir un poco.

Hice lo que me pedía y ya no la volví a oír. La verdad es que también yo me quedé dormido hasta que me pareció escuchar que llamaban a la puerta. Me levanté despacio para abrir. Uno de los

botones nos traía los paquetes que habían llegado para nosotros. Eran nuestras compras de la mañana. Le pedí que dejara todo encima del sofá, y después de darle algo de propina, cerré con cuidado.

Saqué el vestido de Xulia y mi traje de las bolsas y los colgué para que no se arrugasen. Eran casi las seis, dejaría dormir a Xulia hasta las ocho, y eso porque era una mujer sencilla que se arreglaba enseguida. Pensé en volver a tumbarme un rato, pero no quería quedarme dormido, si lo hacía probablemente llegaríamos tarde a la ópera.

Finalmente opté por bajar a dar un

paseo y tomarme un café.

Casi podía asegurarse que el café es de las mejores cosas de Italia, Xulia añadiría que la pasta y los helados, sobre todo los helados.

Esta vez disfruté de mi paseo sin darle vueltas a los negativos remordimientos que me asediaban. Dejé volar mi imaginación hasta los Alpes, adonde pensaba ir a esquiar de vez en cuando, durante mi estancia en el Lago di Garda. Qué ganas tenía de estar solo y olvidarme de todo, lo necesitaba.

A las siete y media estaba entrando por la puerta de nuestra suite y pude comprobar que Xulia seguía

durmiendo. Me senté en la cama a su lado, le acaricié la cara con el dorso de mi mano, le retiré un mechón de pelo que le caía desordenado y se lo coloqué detrás de la oreja. La besé en la frente, pero no pude evitar que mi boca bajara hacia la suya y comencé un beso lento mordisqueando aquellos labios suaves, mullidos, aún blandos pues seguía dormida. Ella abrió la boca para recibirme y respondió sin abrir los ojos.

—Lo que daría por despertar así cada día...— Murmuró.

Sonreí, y sin apartar mi boca de la suya respondí:

—Eres una bellísima durmiente, y si te tuviera cerca puedes estar segura que te despertaría de este modo todos los días. Estás preciosa Xulia, así medio dormida, a medio vestir y despeinada. Te miro y no puedo pensar en otra cosa más que en seguir besándote y ... Pero, ¿sabes qué hora es?

—Ay dios, que no nos da tiempo y no nos han traído la ropa, por favor, Adrián, vas a tener que ir tú a buscarla, o llamar para que la traigan inmediatamente.

Yo no podía dejar de reír y ella me miró enfadada.

— ¡Sí hombre, puedes reírte! Pero

a este paso no llegaremos a tiempo. ¡Ay dios! Adrián, deja de reírte, no tiene gracia.

—Relájate, preciosa, los trajes ya están aquí.

Se levantó incrédula y corrió hacia el armario, resopló aliviada al comprobar que allí estaban, cuidadosamente colgados, tal como le había dicho. Me miró enarcando las cejas, como preguntando cuándo los habían traído.

Yo le contesté a pesar de que ella no llegó a pronunciar la pregunta.

—Los trajeron esta tarde, mientras dormías. Los he colgado para que estuvieran presentables. Dúchate y

empieza a prepararte.

—Lo que me lleva más tiempo es el pelo, pero hoy lo dejaré mojado, le echaré un poco de cera y lo llevaré recogido en un moño alto. Verás qué bien me queda, además es rápido y no me da trabajo.

— ¿Por qué no dejas que me duche yo antes? Terminó enseguida y te dejó el baño todo para ti. También podríamos ducharnos juntos, pero me parece que no es muy conveniente dada la hora...

—No, nada de juntos que luego nos liamos. Dúchate tú, y rapidito.

—Vale, vale, ya te meteré caña yo a ti.

En cinco minutos estuve listo, me recorté un poco la barba, sin afeitarme. Me gustaba llevarla con ese aspecto de dos o tres días, pero bien perfilada.

El pelo lo «despeiné» con un poco de espuma, aunque lo tenía corto en la nuca, la parte de delante lo llevaba ligeramente largo. Me había acostumbrado a verme así, casi siempre despeinado, alborotado y moldeado con espuma o algún producto de esos.

Me vestí en la habitación, y me senté a esperar a Xulia en uno de los sillones del saloncito de la suite. Estaba un poco nervioso, no

sabía cómo reaccionaría ella cuando le diese lo que le había comprado. Era un cordón de oro blanco trenzado, con varios brillantes engarzados y unos pendientes a juego.

Me levanté inquieto cuando estuvo ante mí.

— Ya he terminado. A ver qué te parece.

Cuando la vi, me quedé sin palabras, totalmente deslumbrado por la belleza de aquella mujer. ¿Pero cómo era posible que hubiese necesitado tantos años para darme cuenta de lo guapísima que era?

— ¿No estoy bien, no te gusta? —

Me preguntó preocupada ante mi silencio.

— Estás espectacular Xulia, vi el vestido cuando te lo probaste, pero ahora peinada de ese modo estás increíble.

—Bueno, tú tampoco estás mal. Creo que nunca te había visto vestido así, he de decirte que ese traje te sienta genial. También te has recortado la barba y, aunque sigues llevando el pelo alborotado, te da un aspecto despeinado muy atractivo. Me cogeré a ti y no te soltaré en toda la noche, o las mujeres no dejarán de asediarte.

—Eso espero, que no se te ocurra

soltarme, no quiero tener que estar constantemente marcando mi territorio. Ven aquí preciosa.

La cogí de la mano, la acerqué a mí y la besé en la frente. Muy despacio le di la vuelta y la dejé delante de mí de modo que los dos nos reflejamos en el gran espejo de la entrada.

—Tenemos que hacernos unas fotos.

— ¡Espera!

La mantuve delante de mí, expectante, entonces saqué la gargantilla de mi bolsillo y se la coloqué. Ella abrió los ojos levantando las cejas asombrada.

— ¡Oh Adri, es preciosa!

—No tanto como tú. Toma — le di los pendientes— pónelos tú.

Ella se sacó los que llevaba puestos y se puso los que le ofrecí.

— ¡Dios mío Adrián, esto es una maravilla! ¿Cuándo lo has comprado?

—Esta tarde mientras dormías. Fui a dar un paseo, y al pasar delante de una joyería lo vi expuesto en uno de esos cuellos de terciopelo que tienen en los escaparates e inmediatamente pensé en ti.

— Te habrá costado una fortuna, tienes que devolverlo.

—Vamos a ver, ¿el contrato que me

hiciste firmar era una broma?

— ¿Qué dices, hombre? ¿Cómo iba a ser una broma?

—Pues entonces tranquila, podré pagarlo.

— ¡Qué tonto eres!

—Lo sé, no hace falta que me lo digas, pero no por las razones que tú piensas.

— ¿Ah no, y por cuales entonces?

— ¿Pero qué clase de conversación es esta? Venga, vámonos o llegaremos tarde. ¿Podrás andar con esos zapatos y ese vestido tan... ceñido?

—Sí, creo que sí. Además, el vestido, si te fijas, desde la rodilla

se abre en abanico y me permite moverme perfectamente.

—Pareces una sirena, azul cobalto. Venga vámonos.

La cogí de la mano y caminamos hasta el ascensor. Cuando atravesamos el hall del hotel desde el ascensor hasta la puerta, todas las miradas de la gente que allí había, se posaron en nosotros. Yo me sentí un poco avergonzado, no estaba acostumbrado a ser el centro de atención. Xulia este tipo de cosas las llevaba mejor que yo. Desfiló cogida de mi mano, con la cabeza alta y su espectacular sonrisa en los labios.

Al llegar a la calle me miró y me dijo:

—Relájate Adrián, y vete acostumbrándote a ser el centro.

— Creo que nunca me acostumbraré a esto.

Continuamos caminando, pues unos metros más adelante estaba la Arena de Verona. Qué magnífico lugar. Tanto Xulia como yo, asistíamos por primera vez a la ópera y nada menos que en un entorno privilegiado como lo era aquel anfiteatro romano.

Pietro nos esperaba y nos acompañó hasta el lugar que nos tenían reservado. Justo a nuestro

lado se sentaron, nada menos que Anthony Hopkins y su esposa. Al parecer era un gran músico antes de dedicarse al cine, incluso compuso alguna obra musical. Xulia estaba emocionada, sobre todo cuando Pietro nos presentó al actor y a su mujer, y él como hombre galante que es, la miró con esa sonrisa enigmática que tiene y le besó la mano inclinándose ligeramente ante ella. Por un momento me pareció ver la mirada de Hannibal admirando la belleza de Xulia.

Yo, por supuesto, saludé del mismo modo a su esposa, una mujer madura y bellísima. Por fin bajaron

las luces y se iluminó el escenario. El espectáculo que vimos fue realmente grandioso. Me sobrecogió profundamente la voz y la actuación de Claudia Martinelli. Xulia se emocionó hasta las lágrimas, pero puedo jurar que no era para menos.

Cuando al terminar se oscureció el escenario, el anfiteatro se quedó en el más absoluto silencio, un silencio que aturdía, hasta que de pronto y a la vez comenzaron a sonar los aplausos que se prolongaron más de cinco minutos. Impresionaba ver aquel anfiteatro en pie y aplaudiendo al unísono con

gritos de «¡bravo!» que apenas se escuchaban, tal era el atronador rugido de los aplausos.

Nosotros seguíamos emocionados y asombrados después de aquel mágico espectáculo. Por fin empezó a moverse la gente, para salir, y cuando íbamos ya a despedirnos del actor y su mujer, apareció Pietro, y nos invitó a un pequeño ágape que habían preparado para agasajar a las autoridades y personas importantes que habían acudido al estreno, dicho ágape se celebraría en el hotel en el que estábamos alojados. No me extrañó, pues probablemente era el

mejor de la ciudad.

Por supuesto aceptamos, y nos sentimos muy honrados cuando nos pidió que acompañásemos al actor y a su mujer, también ellos se alojaban allí. Me sorprendió lo bien que se manejaba Xulia en inglés. Hablaba de forma fluida, como si fuese su idioma habitual. Yo también lo hablaba, pero desde luego no como ella.

Me gustó ver cómo se desenvolvía, y lo buena conversadora que era, Hopkins y su mujer estaban encantados con ella. Pero es que Xulia tenía «don de gentes». Se manejaba bien en cualquier

circunstancia, yo siempre necesité más tiempo para adaptarme. Por eso era tan buena agente, era lo suyo, encandilaba a la gente con su conversación y, una vez encandilada, vendía «humo».

Desde luego era genial.

En la recepción, estaban el alcalde de la ciudad y algún que otro político. Xulia me presentó a un par de escritores italianos que ella conocía, también pudimos ver a algún actor francés, y desde luego mucha gente de la cultura italiana.

Fue una velada verdaderamente interesante. Claudia Martinelli apareció casi al final, pues ella se

debía a su público, al que atendió como era su costumbre, al terminar el espectáculo en su camerino. Era muy querida y muchos admiradores pasaban por allí en cada una de sus actuaciones para felicitarla y agasajarla con flores.

Cuando llegó al hotel, Pietro la recibió con un beso y una Magnolia. A pesar de lo agotada que estaba, saludó a todos con una sonrisa y, después de un brindis con champán, se disculpó y se retiró. Pietro continuó atendiendo a todo el mundo hasta que poco a poco los allí reunidos se fueron retirando, incluidos nosotros, que nos

despedimos de Hopkins y su guapa esposa, no sin que antes nos hicieran prometerles que iríamos a su casa de Escocia a pasar unos días con ellos.

Estábamos ya en la habitación, Xulia deshaciéndose de sus zapatos y yo de los míos, eran cómodos pero nuevos y no estaba acostumbrado. Mientras nos desnudábamos, Xulia me comentaba las incidencias.

—Adriático, le has prometido a Anthony Hopkins que iríamos a visitarlo a Escocia. ¡Estás loco!

— ¿Por qué, no te apetece? Imagínate un viajecito a las

Highlands.

— Pues ahora que lo dices, no estaría mal, no.

Me gustaba aquella especie de intimidad en la que estábamos, desnudándonos y hablando de lo alucinante que había resultado la noche.

— ¿Sabes qué, Adri?

— Dime preciosa. ¿Qué...?

— Me lo he pasado genial estos días contigo, han sido los mejores días de mi vida, te lo digo en serio. Me ha gustado todo lo que hemos hecho.

— ¿Te ha gustado todo... todo?

— Absolutamente, puedes estar

seguro. Es más, lo que dije de visitarte en Semana Santa, lo voy a cumplir.

Me acerqué a ella, que ya se había puesto una camiseta para dormir, y la abracé.

—A mí también me ha gustado todo «Julieta». Lo he pasado genial. Estaba un poco deprimido desde que Elena se largó, pero he descubierto que lo que sentía por ella era algo enfermizo. Ella nunca me quiso lo suficiente, o al menos no me quiso como a mí me hubiera gustado. Estar contigo ha sido esclarecedor además de relajante, divertido y muy, muy sensual.

Ella levantó la cara, me miró y me besó en la boca.

—Ya sabes que mañana tengo que irme, mi avión sale de Milán a las cinco de la tarde.

— ¿Recuerdas de qué aeropuerto? Déjame ver el billete.

Buscó en su bolso y miró.

—Malpensa. ¿Me llevarás tú?

— Pues claro, te llevaré y me quedaré en algún hotel hasta el día siguiente. No quiero viajar de noche hasta Malcesine.

—Te voy a echar de menos, Adriático, prométeme que me tendrás al corriente de tus andanzas.

—Te aseguro que me compré este

superteléfono solo para tenerte contenta, supongo que esto ya lo sabías.

—Ya, pues espero que sea cierto y que lo uses.

Me tumbe en la cama y di dos palmadas en ella para invitarla a que se acostase a mi lado.

—Deberíamos despedirnos. ¿No crees?

No contestó, se me puso encima a horcajadas y jadeando me mordisqueó el cuello.

Metí mis manos dentro de su camiseta cogiéndola de las caderas y me di cuenta que no llevaba nada debajo.

—Esta costumbre tuya de andar sin bragas espero que solo haya sido durante estas vacaciones.

Se echó a reír y se quitó la camiseta.

—Me gusta estar desnuda contigo, pero también me gusta que tú lo estés.

Decía aquello mientras se deshacía de mi boxer y yo me quitaba la camiseta. Me encantaba tenerla desnuda encima de mí. Acariciarla y lamer cada centímetro de su piel. Ella respondía, totalmente desinhibida, después de la intensa semana de sexo que tuvimos.

Aquella noche, no sé si porque era

la última, pero sin duda fue la mejor. Hubo de todo, sexo desatado, caliente y desenfrenado, pero también momentos muy especiales y llenos de ternura. Quise decirle que la quería, pero me contuve, ella tampoco pronunció esas palabras y yo no quería agobiarla. Además, ambos necesitábamos volver a la rutina de nuestras vidas y ya veríamos en qué quedaba todo.

Hicimos el amor varias veces, incluso despertamos de madrugada y lo volvimos a hacer. Con ella me pasaba algo realmente extraño. Solo con rozar su cuerpo desnudo,

aun dormido, mi miembro se erguía para recibirla. Ella tampoco se cortaba, medio dormida, se pegaba a mí, me cogía el pene y se lo metía dentro, lamiéndome el cuello y ofreciéndome su boca exquisita.

Sin duda la iba a echar de menos.

Nos despertamos por la mañana abrazados. Los dos mirándonos. Ella con su cabeza en mi cuello, uno de sus brazos alrededor de mi torso, y una pierna entre las mías y yo con uno de mis brazos debajo de su cuello y el otro abrazándola y apretándola hacia mí. Unas horas más en aquella postura y nos habríamos fundido en uno.

Le soplé ligeramente en la cara y parpadeó abriendo los ojos despacio.

—Tenemos que levantarnos, Xulia.

—¿Ya? ¡Jo... tengo un sueño!

—Claro, es que hemos tenido una noche demasiado entretenida.

—Lo que hemos tenido esta noche, ha sido fantástico, todo. Me lo he pasado genial, y además me siento plena totalmente.

—Todo eso es mutuo, ya lo sabes.

Me besó suavemente y se levantó dirigiéndose a la ducha.

— ¡Vamos Adri, que esta será nuestra última ducha!

No lo pensé ni un segundo, me metí

debajo de aquella lluvia caliente y rematamos la faena.

A las doce de la mañana estábamos saliendo de Verona en el supercoche que había alquilado, dirigiéndonos a Malpensa, uno de los aeropuertos de Milán.

—Relájate y descansa Xulia, tenemos doscientos kilómetros hasta el aeropuerto, nos llevará unas dos horas, más o menos.

— Bueno voy a leerte la cartilla, como decía mi padre cuando hacía algo mal.

— ¿Y qué he hecho mal yo, si se puede saber?

—Nada, lo has hecho todo genial.

Pero quiero recordarte algunas cosas. A ver, no creo que Mabel, nuestra flamante editora, tarde mucho en empezar a enviarte las galeradas. Por lo que sé, es muy puntillosa, no te desesperes y si tienes que despotricar, hazlo conmigo. ¿De acuerdo?

—Que sí mujer, no te preocupes.

—Sí me preocupo, mi trabajo es preocuparme, y como sé lo huraño que te pones cuando trabajas, por eso te lo digo. Quiero saber de ti todos los días, o por correo electrónico, o por WhatsApp, incluso podrías llamarme de vez en cuando.

—Tú también puedes llamarme a mí.

—Sí, pero yo no quiero interrumpir tu trabajo, por eso prefiero que me llames tú.

— ¿Y yo sí puedo interrumpir el tuyo?

—Ay, no seas pesado, tú llámame.

La miré un segundo, era increíble, estaba poniéndome las normas y a la vez tecleaba en su smartphome.

— ¿Con quién estás hablando?

—Con nadie, estoy moviendo tus redes. El Facebook, el Twitter, colgando fotos en el Instagram, no sabes la de seguidores que tienes, y les encanta que pongas fotos de lo

que haces y les cuentas lo bien que te lo pasas.

—En serio. ¿No estarás contando mi vida ahí?

—Bueno, un poco sí. Pero no te preocupes, generalizo mucho. Cuento un poco para crear expectativas sobre ti y mantener a la gente enganchada a tus cosas. Deberías meterte un poco en las redes, fliparías, y seguro que encontrarías material para una novela.

—Lo que me sobra a mí es material para novelas. Y lo que no podría es dedicarme a eso, primero no me gusta, y además, ¿cuándo

escribiría? ¡Que no, Xulia!

— ¿Falta mucho?

— Estamos llegando a Milán, pero no entraremos en la ciudad, hasta el aeropuerto aún queda una tirada y hay demasiado tráfico. Comeremos en algún pueblo antes de llegar a Malpensa. ¿Te parece?

— Lo que tú digas Adriático, tú eres el que conduce y el que se orienta...

CAPÍTULO XIII

No pensé que despedir a Xulia me produjera esta sensación de vacío que tengo en el estómago desde que le dije adiós en la terminal. El avión salió con retraso, lo cual ambos agradecemos.

—No me importa, nos tomamos otro cafecito y nos besamos otro poco, incluso podríamos...

—Xulia, ¡eres terrible!

—¿Por qué? Tienen unos baños estupendos en los aeropuertos... Seguro que no seríamos los primeros.

—Pues no, no lo seríamos, y no me provoques porque te encierro en uno de esos baños y ni vuelo ni nada...

Ella me miraba y sonreía pícaro.

—Vale, era broma, pero ven que nos vamos a hacer un selfie para colgar en Instagram.

—A ti eso de las redes te gusta.

—Tienes suerte de que me guste, si no, no sé cómo te lo montarías. Déjame tú móvil, que te voy a explicar cómo va esto.

—No quiero que me lo expliques, no me voy a dedicar a eso, ya lo sabes.

—Que sí, que ya lo sé, pero quiero

enseñarte tu perfil, las cosas que comento y las fotos que pongo, piensa que estoy suplantando tu personalidad. Tal vez haya cosas que no te guste que ponga, solo tienes que decírmelo, pero si no lo sabes...

Abrió mi perfil de Twitter en el que tenía ya cincuenta mil seguidores, en Facebook tenía un perfil en el que había llegado al tope de amigos y había abierto otro de «autor» y una página «Club de lectura de Adrián Enríquez». Todo eso lo había hecho ella, era increíble.

—Me gustaría que hicieras un blog, en el que cada semana escribieses

un relato breve, o alguna anécdota.
Eso no te llevaría mucho tiempo.

—Y eso no puedes hacerlo tú.

—Pues no querido, yo no soy escritora, y aunque lo fuera escribiría con mi estilo personal, que desde luego no es el tuyo.

—Bueno, lo pensaré mientras esté a las orillas del Garda, seguro que eso me inspira muchas curiosidades que puedo contar, o sino ¿qué te parece si escribo recuerdos de mi adolescencia en el Lago?

—Sería genial Adri, tienes que hacerlo, prométemelo.

—De acuerdo, te lo prometo.
¡Escucha! Ahora sí, están llamando

para tu vuelo.

Corrimos hasta la puerta de embarque y allí la besé por última vez.

—Xulia, cuando llegues a Barcelona, me llamas y lo mismo cuando llegues a Santiago.

—Que sí hombre, y tú no olvides todo lo que tienes que hacer, me lo prometiste.

Asentí con la cabeza mientras levanté la mano para decirle adiós cuando desapareció tras las cortinillas de plástico que daban acceso al pasillo que conducía hasta el avión.

Cogí una habitación en un hotel al

lado del aeropuerto. Compré varias revistas y un libro de aventuras de uno de los escritores que Xulia me había presentado en la fiesta de Claudia, me apetecía repasar el italiano, y qué mejor que leyendo. Y como eran ya las ocho de la tarde, entré en un restaurante y pedí una lasaña que me encantó, a pesar de ser comida de aeropuerto. Luego me tomé un expreso y me fui para la habitación,

Ahora la sensación de vacío fue total. Empecé a recordar todos y cada uno de los momentos que pasé con Xulia. Cada mirada, cada sonrisa... ¡No! No podía ser que

me hubiera enamorado de ella. Después del infierno que pasé con Elena, definitivamente soy gilipollas.

Claro que esto era diferente. ¡Seré idiota, pues claro que es diferente! Como que no puedo enamorarme de ella. Primero, porque es mi agente, y además mi amiga, no cualquier amiga, sino la primera, nos hicimos amigos desde críos. Y esto podría estropearlo todo. Espero que toda esta confusión que siento se me pase en estos cuatro meses que voy a estar en el lago.

A las nueve y media de la noche, sonó mi teléfono, era ella.

— ¡Hola guapa! ¿Qué tal el viaje?

—Bien, pero tendré que estar en el Prat casi hora y media, hasta que salga el avión de Santiago. Así que me he metido en la cafetería, y voy a comer alguna porquería de estas de aeropuerto.

—Bueno, yo he comido una lasaña también de aeropuerto. Y por cierto, me he comprado un libro del escritor que me presentaste en la recepción de Claudia.

— ¿Te lo vas a leer en italiano?

—Claro mujer, así de paso me pongo al día con el idioma.

— ¿Sabes qué?

— ¿Qué, Julieta?

—Creo que voy a echar de menos «il dolce far niente».

— ¡Ah, querida! Yo también.

—Bueno tú puedes dedicarte a ello durante los próximos cuatro meses.

—No creo, con la de tarea que me has puesto.

—Bueno Adri, te dejo, voy a cenar algo y luego a ver si las líneas aéreas me llevan a Galicia. Cuando llegue a Santiago no voy a llamarte, seguramente estarás dormido, te mandaré un WhatsApp. ¿Te parece?

—Como quieras, pero es probable que siga despierto, creo que contaré los aviones que despegan y aterrizan en vez de contar ovejitas.

Es lo malo de dormir al lado de los aeropuertos.

—Ya, bueno, tú llámame cuando hayas llegado a Malcesine, y por favor conduce con cuidado.

—Me gusta que te preocupes por mí.

—A ver, eres mi gallina de los huevos de oro.

— No pensé que fueras tan materialista Xulia.

— ¡Cállate ya y ponte a dormir! Que yo me voy a cenar. Un biquiño, mi escritor preferido.

— Chao superagente literaria.

La iba a echar de menos muchísimo. Es alegre y charlatana,

por eso resulta tan entretenida, pero además es inteligente, divertida y guapísima. Me gustaría saber qué piensa ella de mí. Ya sabe que no soy muy sociable, ni muy hablador, y ha descubierto que disfruto con ciertas perversiones, claro que a ella no le disgustaron. Tenía que dejar de pensar en Xulia.

Cogí el mapa de carreteras que me había llevado a la habitación y estudié la ruta que seguiría al día siguiente hasta Malcesine. Cuando lo tuve claro, me acosté y me puse a leer un rato. No estaba mal aquel libro, y descubrí que no tenía tan olvidado el italiano como pensaba.

Cerré los ojos con el libro apoyado en el pecho, y recordé a Enzo y a Carlo, aquellos chicos con los que pasé varios veranos de mi adolescencia. De pronto empezaron a surgir imágenes de aquellos días. Recordé cuando cogimos la pequeña embarcación del padre de Enzo y llevamos a unas amigas a dar una vuelta por el lago, tratando de impresionarlas.

¿Cómo se llamaban las chicas? Ah sí, ya recuerdo, Bettina y Clara, pero la que a mí me gustaba era Marcela. Sería cuestión de preguntar, tal vez continuaban por allí.

Me sobresaltó el rugido de un avión que despegaba, abrí los ojos y me di cuenta de que había dormido toda la noche de un tirón. Miré el reloj, eran las seis y media de la mañana y estaba amaneciendo. No estaba mal desde las diez de la noche en que había terminado la conversación con Xulia y me había puesto a leer. Lo único que recordaba era el lago y un paseo por él con los amigos de allí. Ni siquiera había oído caer el libro, ni desde luego ningún avión, hasta el momento en que me desperté. Y ahora que recordaba, tampoco había oído el WhatsApp que se

suponía que Xulia me había enviado.

Cogí el teléfono y lo miré, allí estaba.

«Hola Adriático, espero que estés durmiendo plácidamente. Porque entre unas cosas y otras son las tres de la madrugada. Un taxi acaba de dejarme en la puerta de mi casa. Voy a dormir y no pienso levantarme hasta que mi cuerpo crea necesario despertar y para eso voy a desconectar el móvil. Biquiños escritor».

Esta mujer siempre me hacía sonreír. Decidí contestar su mensaje, aunque sabía que no lo

vería hasta que «su cuerpo decidiera despertarse».

«Hola reina, he de decirte que he dormido como un bebé, estoy asombrado de que haya podido hacerlo dado la incontable cantidad de aviones que suben y bajan en este aeropuerto. En este momento son las siete de la mañana, me daré una ducha y emprenderé mi camino. Ya tengo ganas de llegar e instalarme. Te iré contando... Si quieres, cuando te despiertes me llamas. Un beso mi querida Julieta».

Le di a enviar y me fui a la ducha. Recogí mi bolsa de viaje, el resto

del equipaje lo tenía metido en el coche, guardado en el vigilado parking del aeropuerto, y bajé a desayunar a la cafetería del hotel.

Tenían puesta la televisión, en la que varios tertulianos hablaban de los casos de corrupción que cada día aparecían entre la clase política española, y especulaban sobre cómo se resolvería por fin la situación con respecto a los resultados de los comicios que se acababan de realizar en diciembre, dado que ningún partido había obtenido la mayoría y se preveía difícil la elección de un presidente. Creo que estamos empezando a ser

el hazmerreír del mundo, con corruptos campando a sus anchas impunemente, mientras la población está pasando momentos difíciles. Terminé mi desayuno y me dirigí al parking.

El día estaba soleado, el viaje resultaría agradable, aunque un poco largo. Casi doscientos cincuenta kilómetros hasta Malcesine. Si no hubiera mucho tráfico, en dos horas y media podría estar allí, pero lo malo de la A4 es que era una autopista muy saturada, y con mucho camión, debido a que se trata de la zona más industrializada de Italia.

Bueno, ya me había mentalizado que estaba de vacaciones y que no tenía prisa por llegar.

Tendría que ir a ver a la tía Sacha, y seguramente querría que me quedara en su casa, esto era lo que menos me gustaba. No necesitaba a ninguna mujer, tipo madre, insistiéndome en que comiera o interrogándome sobre mis idas y venidas. Pero al menos el primer día no me libraría de ella seguro.

Vi un área de servicio y paré a tomar un café. Miré el móvil y vi que tenía un WhatsApp.

«Hola Adri, me alegro de que hayas dormido bien, espero que vayas

conduciendo con precaución. Como ya estoy despierta, puedes llamarme cuando quieras, yo no lo haré, porque estarás conduciendo y no quiero que intentes cogerlo. Chao guapo».

Pedí un café y la llamé, contestó al segundo tono con esa forma suya tan alegre.

— ¡Hola, Adriático! ¿Dónde estás?

— ¡Hola, preciosa! Pues estoy a medio camino, me apetecía tomar un café, y he parado un momento.

— Bien, pero ve con cuidado.

— Y tú también.

— Yo no voy a ir a ningún sitio, sin embargo, tú andas por esas

autopistas italianas con tanto tráfico y tan peligrosas.

—Gracias, me gusta que te preocupes por mí.

—Sabes que me preocupo siempre. ¡Eres mi escritor preferido, tonto!

—Ya, bueno, voy a seguir si no llegaré tardísimo.

— ¿Irás a ver a tu tía?

—Tengo que ir, se enfadaría si no lo hago, y la verdad es que tengo ganas de verla. Desde que murió mi tío no nos hemos vuelto a ver, y ella siempre fue muy cariñosa conmigo.

—Posiblemente fuiste lo más parecido a un hijo que tuvo.

—Tuvieron uno al poco tiempo de

casarse, pero murió al nacer, al parecer por un problema del RH o algo así, no sé los detalles.

—Adri, me gusta charlar contigo, pero tengo que dejarte, no sabes la de correos y mensajes que tengo acumulados, y fíjate que solo estuve diez días de vacaciones, y en navidad, que se supone que todo el mundo se relaja.

— Te dejo entonces, y yo me largo que ya tengo ganas de instalarme.

—Cuando llegues mándame un WhatsApp. Me gusta saber que estás bien.

—Lo haré, no te preocupes.

Dijo que le gustaba charlar

conmigo, también a mí me gustaba escucharla. De nuevo se me hizo ese vacío en el estómago. Por un momento me dieron ganas de volver al aeropuerto y coger el primer vuelo que hubiera a Santiago.

Será mejor que me centre en mi futuro más próximo. Tengo que relajarme, disfrutar de este pequeño lapsus en mi trabajo y del paisaje, e incluso esquiar. También debería dedicarle algo de tiempo a la tía Sacha, siempre me trató con muchísimo cariño, y me enseñó todo lo que sé de pintura. No pinté la Toscana para Elena, no encontré inspiración, pero seguramente la

encontraría para pintar los bellos paisajes del Lago de Garda y el Monte Baldo.

Busqué una emisora en el dial de la radio del coche. Me gustaba escuchar la radio, además me iría bien para familiarizarme con el idioma.

Pensé que se me haría largo, pero a las dos del mediodía ya estaba en Malcesine. Paré a comer en un restaurante y después me fui en busca de la tía Sacha. Sabía la dirección y, aunque había pasado tiempo y muchas cosas habían cambiado, localicé la casa enseguida.

Era una casa preciosa y no porque fuera grande, ni mucho menos ostentosa, pero tenía algo especial. Formaba parte del casco antiguo del pueblo. Era de piedra, tenía dos alturas y las ventanas de madera, o por lo menos de ese color. Una enredadera trepaba por sus paredes, y el pequeño jardincillo de la entrada era una amalgama de flores y yerbas silvestres que parecían nacer de forma caótica, pero creo que en realidad era Sacha la que se encargaba de que así fuera.

Como siempre la cancilla, de forja, estaba abierta, Sacha decía que a

ningún amigo de lo ajeno que fuera listo, se le ocurriría entrar en casa de una artista. ¿Qué podría llevarse?

Subí los tres peldaños hasta el porche y llamé a la puerta, seguía sin timbre.

Tardaba en contestar y se me ocurrió mover el pomo, también abierta. Tendría que hablar seriamente con esta mujer. La llamé desde la entrada varias veces, ya me iba cuando apareció en el balconcillo de la escalera interior.

— ¿Eres tú, Carlo?

—No, tía Sacha, soy yo, Adrián.
¿Tan cambiado estoy?

— Ciao caro, es que desde aquí y con la claridad, no distinguía tu cara. Pero pasa. Qué sorpresa, ¿qué haces tú aquí?

Subí y la abracé dándole varias vueltas, estaba tan delgadita que parecía una pluma. Ella cogió mi cara entre sus manos y no dejaba de besarme. La dejé de nuevo en el suelo y me llevó cogido de la mano, hasta una salita pequeña que tenía en la parte de arriba. Abajo tenía la cocina, un salón con chimenea, y un baño.

—Tía, sigues igual ¡eh! Guapísima como siempre, y con las puertas abiertas.

—Es que estoy esperando a Carlo, ¿lo recuerdas?

— ¿Te refieres a Carlo, el chico con el que jugaba en aquellos veranos que pasé aquí?

—Ese mismo, quedó en venir hoy por aquí, es constructor y quiero hacer unas reformas.

Me sorprendía que, a aquellas alturas de su vida, se pusiera a hacer reformas.

— ¿Y qué se supone que vas a reformar?

—Ven, te lo explicaré, a ver a ti qué te parece.

Se cogió de mi brazo para bajar a la vez que me apremiaba a

preguntas.

—Te quedarás unos días, supongo, lo que me voy a presumir paseando cogida del brazo de un «bello ragazzo». ¡Ay, pero qué guapo estás, mio caro!

—Tu sí que estás guapa, tía Sacha. Llegamos abajo y se puso en medio del salón, bastante grande por cierto, y comenzó a explicarme lo que quería hacer.

—Verás caro, este salón es enorme, incluso el baño es bastante grande. Lo que quiero es quitarle un poco al baño y otro poco al salón y hacer aquí abajo una habitación. No tendría que subir tantas escaleras,

que ya me cansan mucho.

— ¿Dónde pintarías? El estudio también está arriba.

—Pues he pensado que podría alargar hacia el jardín de atrás la pequeña despensa que hay debajo de las escaleras.

—Veo que lo tienes todo pensado.

—Es que estoy ya mayor para andar en este sube y baja. Y si necesito a alguien para cuidarme, podría vivir en la parte de arriba sin tener que verme a cada momento.

Nos interrumpió el sonido de unos nudillos tocando en la puerta a la vez que la voz de un hombre la llamaba.

—Ese tiene que ser Carlo— me dijo y en voz más alta añadió—. Pasa, está abierto.

El hombre entró rezongando.

—Sacha, no sé cómo voy a decirte que tienes que cerrar con llave.

Cuando me vio se quedó sorprendido.

—Perdona, no sabía que tuvieras visita.

—Es una visita inesperada, pero muy querida. ¿No reconoces a Adrián?

—Hombre, Adrián. ¡Cuántos años, y cuánto me alegro de verte!

Nos abrazamos, he de reconocer desde luego, que por mi parte con

gran cariño.

—Yo también me alegro, Carlo.

—Oye, tengo que hablar con tu tía sobre lo que quiere hacer aquí, pero tú y yo podríamos ponernos al día esta noche. ¿Por qué no te vienes a cenar a mi casa? A Clara le encantará verte.

—¿Te has casado con Clara?

—Sí, y tenemos un niño de cinco años y sospecho que hay otro en camino.

Mi tía sonreía mirándonos y escuchando, pero enseguida metió baza.

—Ves, solo este sobrino mío no encuentra a una ragazza para... ¿O

ya la tienes?

—No tía, no la tengo.

—Lo ves— dijo mirando a Carlo—. Si te quedaras una temporadita por aquí, seguro que alguna bella italiana se encargaba de ti.

—Van a tener suerte entonces las italianas, porque me quedaré hasta primeros de junio.

Mi tía se puso tan contenta que se abrazó a mí y empezó a besarme enloquecida.

—No sabes la alegría tan grande que será para mí tenerte aquí.

—No quería molestarte tía, tenía pensado quedarme en tu casa unos días mientras encuentro una casita

para comprar.

—Si quieres comprar una casa es que tienes pensado vivir aquí.

—Bueno, no exactamente, pero sí quiero pasar grandes temporadas, sabes que me encanta esto.

—Qué alegría dios mío. No te vas a comprar ninguna casa, porque esta casa es tuya. Hace años, antes de que falleciese tu tío, mi carissimo Juan, decidimos que como no teníamos hijos, esta casa y todo lo que tenemos fuera para ti, y así está en el testamento. Si no te gusta, cuando yo me muera la vendes.

Me emocionaron sus palabras. Y la casa desde luego me encantaba, y

cuando hiciese la reforma que iba a hacer quedaría perfecta.

—Y ahora que tenemos aquí a Carlo, le explico lo que quiero hacer aquí abajo, y podemos reformar algo en la parte de arriba, opinad vosotros dos que sois jóvenes y Carlo entiende de esto.

Carlo me dio dos palmadas en la espalda.

—Subamos a ver la parte de arriba. Había tres habitaciones y un baño. El pasillo iba a lo ancho de la casa y hacía de balcón hacia la parte de abajo, es decir, desde arriba se podía ver el salón y la puerta de la calle, etc. Y tanto las habitaciones

como el baño tenían sus ventanas hacia el jardín de detrás de la casa y desde ellas se podía ver el lago. Desde luego era una casa preciosa. Carlo miró y tocó paredes y ventanas, estudió el baño e incluso se fijó en la trampilla que había en el techo al fondo del pasillo.

—Sacha, ¿se puede subir arriba?

—Sí claro, si tiras del asa baja la escalera. Pero arriba no hay más que trastos.

Carlo subió hasta la mitad de la escalera y echó una ojeada desde allí.

—Menudo espacio hay aquí, si fuera mío haría una sala de juegos

para mis niños. Pero vamos, se puede hacer lo que se quiera. Porque tiene altura y las troneras permiten asomarse y disfrutar del paisaje.

Mi tía que escuchaba emocionada, intervino rápidamente:

—Haz un presupuesto de todo, incluye el abuhardillado también.

—De acuerdo, en estas habitaciones de aquí, lo único sería pintar ya que las ventanas te las he cambiado hace dos años, creo recordar. Y el baño si queréis podría sanearse y modernizarlo un poco.

Yo me quedé algo pensativo.

Aquello iba a costar pasta y como no tenía ni idea de las finanzas de mi tía, pensé que podría correr con ese gasto. Total, la casa iba a ser para mí.

—De acuerdo Carlo, haz el presupuesto de todo lo que hablamos, yo me haré cargo de todo, puesto que la casa va a ser para mí.

La tía soltó una tremenda carcajada.

—Ni se te ocurra, no voy a dejarte en herencia una casa en la que tengas que gastar dinero, es mi casa de momento, y los arreglos los pago yo, ya tenía pensado hacerlo sin que tú vinieras.

—Sí tía, pero ibas a reformar la parte de abajo, no toda la casa.

—Lo que hay que hacer arriba supone muy poco.

Carlo intervino.

—Eso es verdad, la parte de arriba será poca cosa.

—Y ¿cuánto se supone que tardarás en hacerlo?

—Por ser para vosotros, dejaré lo que estoy haciendo y me pongo con esto ya. Si pudierais dejar la casa mientras dura la reforma sería más cómodo para todos.

Ahora sí que no le di opción a mi tía.

—Nos alquilaremos un apartamento

durante, ¿cuánto tiempo Carlo?

—A finales de enero estará terminado.

—De acuerdo entonces. ¿Cuándo empezarás?

—En cuanto estéis fuera de la casa.

—Mañana busco un apartamento y te dejamos la casa libre —

Dirigiéndome a mi tía—. Lo siento, esto va a ser un poco incómodo, pero creo que merecerá la pena.

—Yo sabiendo que estarás tú conmigo y te harás cargo de todo, me siento feliz.

Miré a Carlo y sonreí.

— A ver esa cena. ¿A qué hora quedamos?

— ¿A las ocho te parece bien?

— Perfecto.

— Pues a esa hora paso a buscarte,
y ahora me voy que tengo que ver
otra obra.

CAPÍTULO XIV

Durante el mes que duró la reforma de la casa de tía Sacha, me dediqué a visitar y reconocer los lugares de mi adolescencia, y a tratar de encontrar a aquellos amigos de antaño, aunque eso fue más fácil de lo que había pensado gracias a Carlo.

Después de aquella primera cena en su casa con Clara, su mujer, hubo más. En alguna ocasión salimos con Enzo, que vivía en Verona, pero venía casi cada fin de semana. Bettina y Marcela venían menos,

sus respectivos trabajos no les dejaban mucho tiempo.

Bettina era azafata de vuelo y se pasaba la vida viajando, y Marcela había estudiado periodismo y, según me contó Carlo, se dedicaba al mundo de la televisión, con bastante éxito por lo visto.

Me apetecía verlos a todos, pero sobre todo a Marcela. La recordaba alta, bien proporcionada, una morenaza de ojos grandes y verdes. La última vez que nos vimos teníamos diecisiete años, y en quince años todos cambiamos, pero seguramente ahora sería una belleza de mujer.

Una de aquellas noches en las que cenaba en casa de Carlo, pusieron la tele para ver un programa de debate político, moderado por una guapa periodista.

Clara nos llamó, subiendo el volumen.

—Ya empieza, venid— y dirigiéndose a mí —. Fíjate en la moderadora, es Marcela Cósimo.

Me acerqué para verla bien, y pude reconocerla, pero estoy seguro que, de no habérmelo dicho Clara, jamás la hubiera reconocido.

— ¿Qué te parece, Adrián? Está impresionante la Marcela — dijo Carlo soltando una fuerte carcajada

—. A ti esta te gustaba mucho, que el último verano que pasaste aquí, no os separabais.

—Bueno, cosa de adolescentes, pero sí me gustaría verla, tanto a ella como a Bettina.

Clara nos sirvió una copa de vino y se sentó con nosotros.

—A Bettina será difícil, desde que está en vuelos internacionales, no tiene tiempo de venir, pero igual coincidís en algún vuelo. Marcela, sin embargo, viene mucho a ver a sus padres. Vive entre Milán, Verona y Venecia, que es en donde vive su chico.

— ¿Se ha casado?

—Casarse, no se ha casado— dijo Clara— pero lleva ya unos años compartiendo su vida con un tipo de Venecia, o por lo menos allí trabaja. La verdad es que no lo conozco, no sé si ha venido con ella alguna vez, pero desde luego no hemos coincidido.

—Oye Clara, ¿crees que sería posible llamarla por teléfono para quedar con ella o simplemente para saludarla?

—Por supuesto, aunque ahora ella está en su momento de fama, sigue siendo igual de sencilla, fiel a sus amigos de siempre y a su familia, así que, por lo que yo sé, estaría

encantada de verte.

—Pues algún día la llamaré y a ver si podemos quedar.

Carlo asentía con la cabeza, pero de pronto se le ocurrió una idea que no dudó en exponer.

— ¿Porque no organizamos una cena en la que nos juntemos todos? Con nuestras respectivas parejas. Sería fantástico.

Clara aplaudió la idea de su marido y añadió:

—Y a Bettina si la avisamos con bastante tiempo, seguro que podría organizarse para venir.

Carlo decidido, levantó su copa y brindó.

—Por el reencuentro con las viejas amistades.

Clara y yo nos levantamos también y repetimos las palabras de Carlo.

Después de dar un sorbito a nuestras respectivas copas, ella añadió:

—Yo me encargo de contactar. ¿Para cuándo sería buen momento?

— ¿Semana Santa no? —Pregunté yo— Aunque a mí me da igual, como ya os dije, estaré aquí hasta primeros de junio.

Clara decidida afirmó.

—Bueno, dejadlo de mi cuenta. Yo lo arreglo.

La última semana de enero la casa

de tía Sacha estaba terminada, tal y como nos había prometido Carlo. Contratamos a una empresa de limpieza y el último fin de semana de enero nos instalamos.

Fui con Sacha a elegir muebles para la nueva habitación. Y de paso, para el estudio que Carlo había hecho en el abuhardillado, con escaleras de verdad incluidas, esto fue una sorpresa que tía Sacha y él tramaron para sorprenderme.

—Adrián, eres un escritor de fama, y necesitas un despacho cómodo e inspirador en el que nadie te moleste, y ahí arriba puedes estar seguro de que no tendrás

interrupciones.

La casa ya era bonita antes, pero ahora con la reforma, había quedado además cómoda y funcional.

Ayudé a Sacha a colocar su nuevo estudio de pintura, que finalmente resultó bastante amplio y luminoso.

— ¿Estás contenta Sacha? ¿Ha quedado a tu gusto?

—El estudio ha quedado perfecto. Pero lo que más me alegra es poder compartir contigo esta casa y mi tiempo.

—Gracias tía, yo también me alegro de haber tomado la decisión de venir. Creo que pasaré muchas

temporadas aquí, será mi refugio.

—Lo sé.

—Por cierto tía, he visto la factura de la reforma. Déjame ayudarte a pagarla, o por lo menos los muebles.

— De ninguna manera, tú no te preocupes por nada, tengo bastante dinero, y será mejor que me lo gaste antes de irme al otro barrio, que dicen que allí no admiten ni dinero en metálico, ni tarjetas...

Tuve que echarme a reír ante semejante salida.

—Ya sé que tienes, pero puede hacerte falta si algún día tienes necesidad de contratar a alguien

para que te cuide, o lo que sea...

—Tranquilo, te aseguro que tengo bastante. Tu tío y yo, al no tener hijos, no tuvimos quien nos ayudara a gastar lo que ganábamos. Además, siempre fuimos de costumbres sencillas. Y a tu tío como se aburría, le dio por invertir en una pequeña empresa junto con unos amigos. Se trata de una pequeña estación de invierno que hay en Ortigaretta.

—Madre mía Sacha, pero eso tiene que estar generando muchísimo dinero.

—Pues ya te lo estoy diciendo, que tengo que gastarlo antes de irme.

— ¿Quién te lleva esos negocios?

—Pues verás, lo llevaban entre los tres socios, pero tu tío ha fallecido y los otros dos son ya mayores, así que lo gestionan Lolita y Franco, hijos de los dos socios respectivamente. Este invierno nos han hecho una oferta fantástica, yo ya les he dicho que por mí no hay problema, pero los hijos de mis socios han hecho de la estación su modo de vida, no quieren vender y a mí también me parece bien.

—Eres un cielo Sacha, ¿lo sabes no?

— ¿Y qué ganaría con ser mala?

—Tienes razón, nada.

—Mañana tienes que venir conmigo al banco, quiero explicarte lo que tengo, voy a ponerte en todas mis cuentas. Tu tío y yo decidimos que todo lo nuestro sería para ti.

—Sacha yo... no sé qué decir... me parece demasiado.

—Pues no digas nada, esto va a ser así y punto.

De pronto me di cuenta del cambio que se había operado en mi vida, no solo en cuanto al tema económico, sino a todo en general.

Mis libros se vendían como rosquillas gracias al golpe de suerte del pasado año con «Empezando de cero», por no

hablar del millonario contrato que acababa de firmar con la nueva editorial. Y ahora esto. De pronto iba a ser copropietario de una estación de invierno en el Monte Baldo, nada menos que en los Alpes.

Apenas había hablado con Xulia. Solo algún WhatsApp de vez en cuando, en el que apenas le comentaba sobre mi tía y las obras de su casa.

¡Cuánto me gustaría que viniese! Dijo que lo haría en Semana Santa, a ver si era verdad...

Tengo que llamarla y contarle todas estas novedades. Esta noche lo

haré.

Me pasé la tarde organizando el estudio. Los de la mueblería me habían traído una enorme mesa de despacho, con un sillón ergonómico y supercómodo, que colocaron tal como les indiqué al lado de una de las troneras, así podía ver el lago y las montañas sin moverme del sillón de trabajo.

Junto a la otra ventana, un sofá enorme y dos sillones con una mesita baja. Y ocupando toda la pared detrás de los sillones una biblioteca hecha a medida, y un plasma de cuarenta pulgadas. Mi tía no se había cortado un pelo. Por

supuesto, para decorar, mandó colgar varios de sus cuadros, para mi gusto los más bonitos.

Coloqué mi ordenador, mis libretas con los apuntes de la nueva historia que estaba escribiendo, y como ya habían venido los de la telefonía a instalarme el wifi, me senté un rato a leer el correo y de paso a ver qué contaba Xulia en mis redes.

Le prometí que abriría una página, lo que ella no sabía es que hacía tiempo que la tenía. Escribía relatos cortos, y curiosidades que se me ocurrían, pero nadie sabía que era la página del escritor Adrián Enríquez, tendría que

sacarla a la luz, a Xulia iba a encantarle.

Escribí algo sobre mi vida en este último mes. Sobre las amistades antiguas y reencontradas, sobre la felicidad de la sencillez en el vivir. No había más que ver a mi tía para darse cuenta de ello. Hice una foto de mi nuevo lugar de trabajo y colgué una entrada en mi blog, luego le envié el enlace a Xulia.

No pasó un cuarto de hora cuando me entró un WhatsApp.

«Hola Adri, cielo, perdona que te haya tenido tan abandonado, pero he estado ocupadísima. Veo que ya te has instalado a cuerpo de rey, y

he visto también tu blog, eres un cabronazo, o sea que ya lo tenías desde hace un año y no me dijiste nada, lo tuyo es muy fuerte tío. Bueno, cuéntame, que me da a mí que has estado más ocupado de lo que pensabas».

Era increíble la ilusión que me hacía recibir sus mensajes. Me apetecía llamarla, pero igual no era buen momento.

«¿Es buen momento para llamarte?».

No pasaron ni treinta segundos, y empezó a sonar mi móvil. Era ella.

—Hola preciosa, ¡qué ganas tenía de escucharte! Este mes sólo nos

hemos comunicado por el WhatsApp este de los ...

—¡Jo, ya ha pasado un mes! Pero si te digo la verdad, he estado liadísima. He tenido varias presentaciones de libros de tres autoras en concreto. He tenido que ir dos veces a Madrid a firmar con otros autores, y además, leer varios manuscritos, adecentar otros, y resolver dudas, incluso consolar a alguna... o sea que no he parado. He movido tus redes lo justito. Pero mañana ya voy a darle salida a tu página, que por cierto me encanta.

—Xulia, ¿puedo hablar ya o aún te ha quedado algo por ahí?

—Ay perdona cari, pero es que tenía ganas de hablar contigo.

—Y yo contigo, tengo muchas novedades. Pero me gustaría que vinieses para contártelo todo, y que pudieras verlo y disfrutarlo conmigo.

—Ya te dije que iría en semana santa.

— ¿Y alguna escapada de fin de semana?

—No sé, Adri, tengo que ir a Barcelona en febrero, si puedo cojo un vuelo y voy un par de días.

—Hazlo por favor, tengo ganas de verte, y... de todo.

—Yo también tengo ganas de todo

contigo. ¡No te vayas a coger ahora una novia italiana eh! Que tú eres muy dado al romance y enseguida te enamoras y no siempre de la más recomendable.

—Xulia, ¿me has escuchado? He dicho que tengo ganas de verte a ti, de charlar contigo, de contarte mi vida a ti. ¿Qué parte no has entendido?

—Chsss, no te enfades hombre, ya sabes por qué lo pregunto, nuestro acuerdo es que podremos seguir teniendo sexo mientras ninguno de los dos tenga pareja...

Me cabreó un poco aquello, pero tenía que admitir que,

efectivamente, ese era el trato.

—Sí, lo sé, recuerdo muy bien ese trato. ¿Vas a venir o no?

—Ya te dije que intentaré hacer un hueco en febrero, y desde luego en semana santa voy seguro.

—¿Has esquiado alguna vez?

—Sí, aunque pocas veces, ya sabes de mi escasez de tiempo, pero me encanta.

—Pues subiremos a esquiar. Xulia, te va a encantar la casa de Sacha. Y no sabes lo mejor. Me la ha dejado a mí, soy su heredero legal.

—¡Dios... Adri, este es tu año!

—Pues aún no lo sabes todo.

—¿Pero hay más?

En ese momento apareció Sacha y, al ver que hablaba por teléfono, se dio la vuelta para irse. La cogí del brazo y la hice sentar en uno de los sillones, yo me senté en el otro y contesté a Xulia.

— ¿Qué si hay más? Imagínate que es propietaria de una estación de esquí que también voy a heredar, y sabe dios el dinero que tiene en el banco, creo que me la voy a cargar. Sacha escuchaba y riendo se levantó y me arrancó el teléfono de la mano.

— ¿Tú quién eres?

— Soy Xulia, amiga y agente literaria de Adrián.

—Hola guapa, ¿os conocéis hace mucho?

—Desde pequeños, somos del mismo pueblo, estudiamos juntos, vaya que nos conocemos de toda la vida.

— ¿Te gusta mi sobrino? Lo que me digas no pienso decírselo a él. Pero si te gusta, échale el guante o alguna italiana lo hará. Es muy guapo y listo, pero claro, tú eso ya lo sabes.

—Sacha, me gusta Adrián, mucho, pero no se lo digas que se hará un creído. Y espero que ninguna italiana le eche el guante.

—Vale, pues ven por aquí a darte un garbeo, eso que te ha dicho de

que es un rico heredero es cierto.

¡Ciao bambina!

— ¡Ciao, Sacha!

Me devolvió el teléfono y, haciendo muecas con la boca, me dijo: «me gusta esta chica».

—Xulia, ¿sigues ahí?

—Dios mío, Adri, esa mujer es increíble.

—Lo es, y generosa, y divertida, y ya verás sus pinturas, te harás marchante de arte también.

—Ahora sí que me han entrado ganas de ir.

—Pues vente, te pondré un despachito al lado del mío para que puedas trabajar desde aquí.

—Vale, ahora te dejo que tengo ya un montón de llamadas perdidas. Biquiños, Adri.

— ¿Biquiños? Un beso con lengua es lo que yo necesito.

—Buff, has abierto la caja de pandora, ahora no podré dormir imaginando ese beso.

—Esta noche cuando estés en la cama mándame un WhatsApp.

—Vale, ahora te dejo.

Me quedé pensando en lo que le había dicho con Sacha allí delante.

Ella me miraba sonriendo.

—Es una amiga muy especial esta Xulia, para darle besos con lengua y eso...

—Sí, lo es, pero aún lo estamos descubriendo y no quiero apresurar la cosa.

—La cosa ya tiene prisa, por lo que veo. Me alegro por ti. Te deseo un amor apasionado como el que yo tuve con tu tío.

—Algún día tendrás que contarme esa historia vuestra, soy escritor y seguro que es una historia inspiradora.

—Algún día... O quizás te la cuente poco a poco como Sherezade a su príncipe, para que no te vayas de mi lado.

La abracé y di vueltas con ella recorriendo todo el estudio.

—No sabes lo feliz que me haces pasando este tiempo conmigo. Nunca te lo agradeceré bastante, Adrián.

—Es que no tienes que agradecermelo, además, soy yo el afortunado.

—Bueno, vamos a cenar, que he preparado una lasaña que te vas a chupar los dedos.

—Eso seguro.

Bajamos hasta la cocina, Sacha ya había puesto la mesa. Con un gesto me indicó que me sentara.

—Tú ahí, que a mí me gusta sentarme mirando hacia la puerta. Me sirvió una porción de la lasaña

más rica que comí en mi vida.

—Adri, recuerda que mañana iremos al banco para arreglar todo el papeleo necesario. También podríamos ir a conocer a Lolita y a Franco, los gerentes de la estación de invierno.

—Lo que tú quieras, Sacha. He venido aquí, a descansar, a relajarme, y a hacerme cargo de una tía, artista y medio hippy, a la que quiero con locura.

— ¡Ay caro mio, aunque io ti amo molto!

Cuando terminamos de cenar, preparé un café para mí y una tisana para ella.

—Tú siéntate en tu sillón y pon la tele que yo preparo la tisana y el café.

Llevé todo para la sala en la que estaba la chimenea encendida y me senté un ratito con ella a ver la tele.

Volvió a coincidir el programa de Marcela.

—Sabes, tía, que la periodista que presenta este programa es de aquí, y que formaba parte del grupo de amigos que conocí de niño.

—Espera un momento, esta es la chica que trajiste una tarde a casa, con la que te pillé morreando.

Me eché a reír con ganas, no se le

escapaba una.

—Pues sí, la misma. Pero ella ya tiene novio, eso me ha dicho Clara, la mujer de Carlo.

—Y además tú ya tienes a Xulia, ¿no?

—Tener, lo que se dice tener... pero sí, me gusta bastante.

—La cara que pusiste cuando le dijiste que necesitabas un beso con lengua, no es la de me gusta bastante.

— ¿A no...? ¿Y qué cara es, si se puede saber?

—Pues ya que lo preguntas, es esa cara que se os pone a los tíos cuando tenéis unas ganas tremendas

de follar.

— ¡Sacha... por dios!

— Preguntaste tú.

Siguió mirando la tele como si nada y poniéndole pegas a Marcela.

—Sacha, no le saques más defectos a la pobre Marcela, que la chica no lo merece, por favor, es guapísima, y por lo que se ve una gran profesional.

—Sí, es verdad, y además tiene novio, no se te olvide.

—O sea que Xulia ya te ha cautivado. Pues que sepas que es el efecto que causa en todas las personas.

—Por algo será.

Cada día me asombraba más esta mujer, a la que enseguida comprendí que tenerla cerca y quererla era todo un honor.

Después de un rato de tertulia, me pareció que se le cerraban los ojos y la anime a irse a la cama.

—Sacha, vámonos a la cama o nos quedaremos dormidos en el sofá, y tengo ganas de estrenar la cama. ¿Tú no?

—Sí, será mejor ir a dormir, mañana será otro día. Y tú no olvides llamar a Xulia.

— ¡Sacha... Ya te vale!

—Quedaste en que la llamarías, seguramente estará esperando tu

llamada.

Se fue hacia su habitación diciendo todo aquello sin el menor pudor, yo la miré negando con la cabeza, era una pedazo de mujer mi tía, había que reconocerlo.

—Hasta mañana, reina del cotilleo — le dije en broma.

—Lo que tú quieras, pero llámala...

La habitación que había elegido para mí era la más grande. Puse una enorme cama con cabecero de forja en negro y unas mesitas a cada lado en madera de wengué, de la misma madera elegí una enorme cómoda, y encargué las puertas del armario

empotrado.

Sacha me había ayudado con la decoración, y eligió los colores del edredón y los cojines. Como decía ella, una habitación masculina no debe estar reñida con el buen gusto y la comodidad. Tuve que darle la razón, porque había quedado realmente cómoda y acogedora, seguro que a Xulia iba a gustarle.

Me metí en la cama y le mandé un WhatsApp.

«¿Es buen momento para llamarte o es ya muy tarde para ti y prefieres descansar?».

«Estoy esperando tu llamada, pensé que lo habías olvidado».

Inmediatamente la llamé.

—Hola, preciosa.

—Hola, italiano ¿Cómo va tu vida?

Cuéntame, que ahora sí tengo tiempo, nadie me llama a partir de las diez de la noche y estoy solo para ti.

—Me alegra oír eso. ¿Estás en la cama?

—Sí, tumbada y superrelajada por fin.

—Bien, supongo que en pijama.

—Claro.

—Pues quítatelo.

—Vale, tú también.

—Yo estoy desnudo y muy tenso, absolutamente tenso, no he dejado

de pensar en ti desde que hablamos.

—Yo también he pensado en ti.

—Si ya estás desnuda, cierra los ojos y acaríciate, imagina que son mis manos las que se pasean por tu piel, las que pellizcan tus pezones... Imagina que recorro tu cuerpo con mi lengua, mientras introduzco mis dedos dentro de ti y los muevo acompasadamente, puedo moverlos al ritmo que tú quieras.

La sentí gemir y no pude evitar empuñar mi miembro y moverlo al mismo tiempo.

—Adri, me estoy masturbando,

pero no sé si podré terminar...

—Sí podrás, cariño, yo te llevaré hasta el final. Acaríciate el clítoris, primero suavemente y vete incrementando la velocidad y la dureza de la presión a medida que lo necesites, introduce los dedos de la otra mano dentro y muévelos. Piensa que soy yo el que está dentro, moviéndome acompasadamente, cada vez más rápido, cada vez más fuerte. No pares y no dejes de mirarme, ¿me ves?

—Sí, te veo, me gusta cuando me abres las piernas y te sumerges dentro de mí. Me gusta cuando me

lames e introduces tu lengua haciéndome el amor con ella. Ahora mismo mis dedos son tu lengua y puedo sentir tu boca comiendo mis labios... ¡oh dios, Adri! creo que me voy a correr.

—Hazlo cariño, yo también lo haré, pero necesito oírte.

Ella no se cortó y dejó escapar sus gemidos bien alto, mientras yo me corría después de muchos días sin haberlo hecho.

Terminamos y se hizo un silencio de respiraciones entrecortadas. Fui yo el primero en hablar.

— ¿Qué tal, Xulia? ¿Estás bien?

— Sí, bueno, ahora lo que me

gustaría es volver a hacerlo, pero de verdad.

—Ven, yo también lo necesito.

—Vale, haré lo que pueda...

—Xulia, mañana vuelvo a llamarte, ¿te parece bien?

—Sí, ya te dije que a partir de las diez cierro el chiringuito, y no contesto a nadie más hasta el día siguiente.

—Genial, es una buena hora para hablar y para lo que sea...

— «Para lo que sea...» mucho mejor.

—Vale, lo he entendido, a mí también me parece mucho mejor.

Colgamos a duras penas, creo que ninguno de los dos quería desconectarse del otro. Xulia estaba despertando en mí algo nuevo, muy diferente de lo que había sentido con otras mujeres, sobre todo muy diferente de lo que había sentido con Elena. Ahora estaba entendiendo poco a poco que aquello había sido algo obsesivo y enfermizo por mi parte.

CAPÍTULO XV

Como le había prometido a Sacha, al día siguiente fuimos al banco. Me sorprendió que en cuanto entramos, el director salió a saludarla. Muy ceremonioso le besó la mano, pero ella enseguida cortó con aquel ritual.

—Rinaldo, déjate de tonterías— y señalándome a mí, continuó—, este es mi sobrino Adrián. Quiero que lo pongas como segundo titular en todas mis cuentas. Y que le expliques absolutamente todo lo que deba saber sobre mis acciones

y negocios.

—Encantado de conocerlo, Don Adrián.

—No me trate de usted por favor, Adrián será suficiente, gracias.

—De acuerdo, pasad a mi despacho.

Sabía, porque ella misma me lo había dicho, que tenía lo suficiente como para vivir una vejez desahogada, pero en cuanto el tal Rinaldo empezó a enseñarme papeles y a mostrarme dividendos, no daba crédito a todo lo que estaba viendo. Esa estación de esquí sería pequeña, pero durante la temporada alta, generaba

muchísimos ingresos. No era de extrañar que los hijos de sus socios, la tal Lolita y el otro, que no recordaba el nombre, no quisieran vender. Después de firmar todo lo necesario para incluirme en la titularidad de las cuentas de Sacha, y hacer los pagos de la reforma, los muebles, etc., nos despedimos de Rinaldo y salimos de allí, por mi parte, he de decir que totalmente impresionado.

—Ahora iremos a tomar un cafecito a uno de mis lugares preferidos. Y después si te parece nos acercamos a las oficinas que tiene nuestra estación de esquí en Malcesine.

Allí te presentaré a Lolita y a Franco, que como ya te expliqué son hijos y herederos de nuestros anteriores socios, y los que dirigen ahora el negocio.

Entramos en el lugar que ella había elegido para tomar algo, y ya más relajados empecé a hablar sin saber aún muy bien qué decir.

—Sacha, ¿eres consciente de la cantidad de dinero que tienes?

—No mucho, la verdad. Y no me preocupa, ya me conoces, yo con tener para vivir mi sencilla vida me es suficiente. Ahora estoy contenta, porque sé que todo lo que tengo servirá para hacerte la vida más

fácil a ti y a los tuyos.

— ¿Sabes qué?

Me miró enarcando las cejas, como animándome a continuar.

— ¿Qué quieres que sepa?

—Uno de estos días subiré a esquiar, no puede ser que sea copropietario de una estación de esquí, y que no haya ido nunca a esquiar allí.

—Eso me parece bien, yo he esquiado mucho, siempre me ha gustado, pero hace ya unos años que he dejado de hacerlo. Me dan miedo las caídas, tengo un poco de osteoporosis y no es conveniente andar rompiendo huesos. El médico

me recomendó ejercicio seguro, o sea, caminar...

—A mí me gusta mucho esquiar, pero vivo en Santiago y tengo las estaciones de esquí lejos. Sin embargo, aquí sería un pecado pasar el invierno y no subir a la montaña.

—Pues tú mismo, lo único que quiero es que estés cómodo y muy feliz, para que tengas siempre ganas de volver. Y ahora, ¿qué te parece si nos acercamos hasta las oficinas de la estación?

—Haremos lo que quieras, estoy a tu disposición mientras la editorial no me mande las galeradas.

—Bien, pues vamos allá, Lolita y Franco te caerán bien.

—No esperarán que yo me implique en la gestión del negocio, porque me temo que aparte de ser negado para los números, nunca me dediqué a algo así y no sabría por dónde empezar.

—No, al contrario, querrán que les vendas tu parte, no me lo han dicho, pero cuando sepan que eres mi heredero, lo intentarán.

—Sobre eso, haré lo que tú quieras.

—Te diré lo que pienso. Es un negocio que ha crecido mucho y que, como has visto, factura muchísimo dinero cada año. Así

que, ¿por qué deshacerte de él?

Era lista, y tenía razón. No me desharía de un negocio tan suculento, pero ya habría tiempo de pensar en eso. Lo mejor sería hablarlo con Marieta, mi hermana era una crack con los números.

Las oficinas de la estación estaban situadas en un edificio antiguo, aunque muy bien restaurado. El local en sí, era bastante grande. Constaba de una amplia sala de espera muy luminosa, con cómodas butacas tapizadas en piel de color blanco, una mesa baja de cristal con un jarrón de flores frescas. En un lateral, un mostrador blanco

detrás del cual se encontraba una mujer de unos cincuenta años muy bien vestida, y peinada con el pelo recogido en un moño bajo. En cuanto entramos, enseguida nos sonrió, y saludó efusivamente a mi tía.

—Buenos días Sacha, te dejas ver muy poco. ¿Qué tal va todo?

—Bien, y por aquí qué tal. Por cierto, ¿tu marido está mejor?

—Sí, ahora sí, pero lo ha pasado mal el pobre con la pierna y el brazo escayolados. Aun así, no te creas que se le han quitado las ganas de esquiar.

—Me alegro que vaya mejor, y de

verte tan guapa como siempre.

¿Está Lolita o Franco?

—Habéis tenido suerte, están los dos, pasad.

Se adelantó a nosotros para guiarnos hasta el despacho de sus jefes. Tocó con los nudillos y abrió la puerta haciéndonos pasar.

—Buenos días, os traigo una visita.

La mujer, una joven morena, alta y con buena figura sonrió y se dirigió hacia Sacha para darle un abrazo.

— ¡Carissima Sacha, qué alegría verte!

El joven, bastante alto también, más o menos de mi estatura, de cuerpo atlético, seguramente pasaba tiempo

esquiando, eso se apreciaba por lo moreno de su cara y de sus manos. El sol de la montaña deja huellas. Se acercó enseguida y abrazó a Sacha con el mismo cariño que su socia.

—Me alegro muchísimo de veros, queridos, no queremos interrumpiros que sé que tenéis mucho trabajo, pero quiero presentaros a mi sobrino Adrián, no sé si os había dicho ya que es mi heredero. Así que, a partir de ahora, todo lo que tenga que ver con negocios lo hablaréis con él. Yo ya no quiero más rompederos de cabeza.

La chica se acercó a mí y me estrechó la mano afectuosamente.

—Soy Lolita — y mirando hacia el hombre— este es Franco, mi primo y socio, ahora también lo serás tú.

Franco extendió su mano y apretó la mía cordial. Yo los saludé afectuosamente y les dirigí unas tranquilizadoras palabras.

—Estoy encantado de conoceros, pero no creáis que quiero inmiscuirme en la forma de llevar los negocios ni nada parecido. Soy escritor y es a lo que me dedico. Puedo echaros una mano, si fuera necesario, pero no es algo a lo que quiera dedicarme.

Franco más impetuoso que Lolita se aventuró con la pregunta que flotaba en el ambiente.

—Tal vez estés interesado en vender tu parte.

—No he pensado nada, acabo de enterarme de todo esto y aún no he tenido tiempo de hacerme a la idea. Pero si fuera ese el caso, tened por seguro que todo lo hablaría con vosotros. Tía Sacha dice que habéis hecho crecer este negocio de forma impresionante, que sois muy buenos en lo que hacéis, y para mí es suficiente. Voy a estar por aquí hasta primeros de junio, tendremos tiempo de conocernos.

Noté en la expresión de ella, y en cómo se relajaron los hombros de él, que mis palabras los habían tranquilizado.

Tía Sacha también lo notó. Y enseguida tomó cartas en el asunto.

—He pensado que quizás podríamos comer los cuatro juntos para que os conozcáis mejor y habléis de negocios, o de lo que queráis.

Yo asentí con la cabeza y Lolita más avezada añadió:

—Me parece estupendo. ¿Cuándo os parece que quedemos?

—Eso es mejor que lo digáis vosotros, yo estoy jubilada y tengo

todo el tiempo del mundo, y mi sobrino, digamos que de momento está de vacaciones.

—Sí— añadí— aunque no por mucho tiempo.

Lolita entrecerró los ojos unos segundos, seguramente buscando el día perfecto.

— ¿Qué tal el viernes? Los fines de semana alguno de nosotros dos tiene que subir a la montaña y ya no podríamos estar los cuatro juntos, y el resto de la semana siempre andamos liados, pero el viernes sería perfecto, y mucho más si es una cena en vez de una comida.

—Por nosotros no hay problema. Y

para el viernes ya estaremos totalmente instalados en casa.

Franco y Lolita se miraron extrañados y a continuación nos miraron a nosotros, que sin darles tiempo a preguntar contestamos a la vez Sacha y yo:

—Es que he... Sigue tú, Adrián— dijo Sacha.

—Pues nada que mi tía quería hacer unas reformas en la casa, y hemos estado de obras todo el mes, menos mal que el constructor es amigo y nos lo ha hecho en tiempo récord. Lolita sonreía mirando primero a Sacha y luego a mí.

—Bueno, cuando tengáis todo

terminado iremos a ver cómo ha quedado. Y a cenar podemos ir a cualquier restaurante.

Sacha interrumpió enérgica.

—De ninguna manera, lo haremos en casa, servirá también de inauguración. Así que el viernes os esperamos a los dos en casa para cenar.

—Por lo menos nos dejarás llevar el postre.

Franco que había estado observando callado, sentado en el borde de la mesa, se incorporó, le pasó un brazo por encima de los hombros a Sacha y sonrió adulator añadiendo:

—Lolita llevará el postre y yo el vino, para brindar por el nuevo socio y los futuros negocios.

—Está bien— contestó Sacha—, os esperamos entonces a las ocho y media. ¿Os parece bien?

—Perfecto— contestaron.

Nos despedimos amablemente de Franco y Lolita y salimos a la calle levantando los cuellos de los abrigos, pues había vuelto a enfriar.

—Sacha, ¿qué te parece si vamos a la compra?

—Me parece bien, pero tú ya estarás cansado de andar con una vieja de un lado para otro.

— ¿Qué dices? Si estás increíble,

seguro que muchos me envidian. Ya habrás oído decir que no hay nada para un joven, como abandonarse en los brazos de una mujer madura.

—No creo que ese dicho haga referencia a una mujer de setenta años...

Tuve que echarme a reír, ella tenía siempre aquella forma sincera y desinhibida de contestar.

—Bueno, el asunto es el siguiente, tenemos que ir a la compra, y como buenos compañeros de piso iremos los dos.

—Muy bien, pues aquí como ves está todo cerca, así que si no te importa caminaremos hasta el súper

y luego ya nos llevarán la compra a casa— dijo ella.

—Me parece estupendo. ¡Vamos allá!

Fue una mañana intensa. Sacha estaba contenta, sobre todo porque había resuelto el tema del banco, y se sentía aliviada de lo que para ella era ya una pesada carga, el negocio de la estación de invierno. Además, hicimos una buena compra en el supermercado, porque desde que habíamos vuelto a casa después de la reforma, teníamos pendiente llenar la despensa.

Con todo, se nos había hecho tarde y quiso invitarme a comer en un

restaurante.

—Así vas conociendo sitios románticos e interesantes para que cuando venga esa agente tuya la invites a cenar, seguro que le encantará.

—Estás hecha una celestina de cuidado.

—Adrián, caro mío, cuando hombres y mujeres sobrepasan ampliamente los treinta y tantos, ya no se enamoran con aquella locura de la tierna juventud, y tiene que haber alguien que les recuerde lo bonito que es el amor y vivir en pareja, y que si no se espabilan se quedarán como decía tu tío «para

vestir santos», supongo que es un dicho español.

—Sí, lo es, pero no creo que yo sea tan viejo como para quedarme para vestir santos, además ese dicho era aplicable solo a mujeres, que lo sepas.

—Eso es por el machismo de la sociedad, lo inculcaban desde la infancia tanto las familias como los gobiernos, auspiciados sobre todo desde la iglesia. Porque ya me dirás tú, qué problema tiene una mujer para vivir y desenvolverse sola en la vida, mírame a mí, desde que murió tu tío he estado sola y no he tenido ningún problema, sin

embargo, si hubiese sido al revés, él hubiese necesitado a una persona que lo ayudase.

—Pero yo creo que eso les ocurre a los hombres de tu tiempo, ahora cualquier tío es capaz de desenvolverse perfectamente.

—Si tú lo dices...

—Ahora la que estás siendo un poco machista eres tú, Sacha.

—No soy yo, es la sociedad que está montada así. Los jóvenes estáis tan ocupados con vuestros trabajos y vuestra estresada vida, que nos os dais cuenta de cómo nos manejan. Para cuando se empieza a tener tiempo de reflexionar sobre las

cosas de la vida, ya es un poco tarde. En fin, ya llegamos, a ver qué te parece este restaurante.

Y así, sin más, cortó con aquella conversación un tanto polémica.

El restaurante me pareció pequeño y familiar, pero la comida que nos sirvieron fue realmente espectacular. Tenía razón Sacha, cuando Xulia viniese, la traería a comer a este sitio, además le encanta la comida italiana.

El resto de la semana se me pasó en un abrir y cerrar de ojos, entre ayudar un poco a mi tía a organizarse en el piso de abajo y estructurar mi trabajo.

Todas las noches charlaba un ratito con Xulia y cada vez me resultaba más difícil despedir aquellas conversaciones. Me gustaba escucharla, me contaba los éxitos de otros autores, los sitios en los que había estado, y dejaba para el final aquellas palabras dedicadas única y exclusivamente para mí: «Qué ganas tengo de verte Adriático», no eran las palabras en sí, era cómo lo decía y el tono que utilizaba. Me hacía sentir las mismas ganas o más de verla a ella. Aquellas palabras y su voz se me metían dentro y perturbaban mi sueño.

El viernes me levanté bastante temprano. Estaba empezado a trabajar en una nueva historia, y hacerlo mirando el amanecer desde la ventana de aquel magnífico estudio, era un auténtico lujo. Bajé despacio a desayunar, sin un café no soy capaz de escribir ni una letra. Al entrar en la cocina me sorprendió encontrarme a Sacha tan temprano.

—Yo madrugo mucho caro, debe ser cosa de artistas.

Me dio la risa.

—Querida tía, no sé si será de artistas madrugar, pero a mí me resulta más fácil centrarme a estas

horas, sobre todo porque apenas hay ruidos.

—A mí lo que me atraen son los colores del amanecer, pero necesito que un cafecito me ponga las pilas.

—Sacha, nos parecemos mucho tú y yo a pesar de que no nos une ningún lazo de sangre.

—Eso es verdad, pero nos unen las musas, y te advierto que tienen la costumbre de visitar esta casa, así que estate pendiente, escúchalas, te contarán historias increíbles y maravillosas que harán de ti un gran escritor.

—Tendré que hacer de Malcesine y de esta casa mi residencia habitual.

Ella se acercó a mí y me besó en la mejilla.

—Para mí sería un placer, ya lo sabes.

Desayunamos juntos un sabroso capuccino que Sacha preparó, mientras yo hacía zumo de naranja para ambos y unas tostadas. Charlamos sobre lo que pondríamos de cena para nuestros invitados de esa noche, pero me advirtió que me olvidara del tema, que ella se ocuparía. Después, cada uno nos retiramos a nuestros respectivos estudios, y hasta las once de la mañana, que como cada día venía Robertina, la mujer de la

limpieza, no se escuchó ni un murmullo.

Robertina entraba saludando en alto y lo primero que hacía era tomarse un café. A continuación, se ponía a la faena sin que nadie le dijera lo que tenía que hacer, trabajaba como si de su casa se tratase. Me recordó a Antonia, la mujer que trabajaba en mi casa de Santiago.

Más tarde la escuché hablar con Sacha, parecían más amigas que otra cosa. Enseguida se encerraron en la cocina, seguramente para no molestarme con sus charlas. Robertina venía cada día y estaba hora y media o dos, según lo que

tuviera que hacer o el tiempo que se pasaran las dos charlando.

Aquel día se quedó más de lo normal. Cuando bajé era ya la una y media y allí seguía.

— ¿Qué pasa hoy Robertina, te quedas a comer?

Sacha se adelantó afirmando.

—Sí, hoy se queda con nosotros, me ha estado ayudando a hacer la pasta para esta noche.

Observé las planchas de pasta estiradas en un mantel encima de la mesa, en donde las iban colocando a medida que salían de una maquinilla manual en la que metían la masa y le daban a un rodillo que

las sacaba finas como el papel de fumar.

—Voy a preparar lasaña.

— ¿Y cómo habéis hecho la masa verde?

Las dos mujeres se echaron a reír y fue Robertina la que me contestó.

—Le hemos echado tinta verde.

Claramente me estaban tomando el pelo, aunque Sacha enseguida me lo aclaró.

—Hemos hecho la pasta con espinacas. Ya verás que buena va a estar.

—No lo dudo, desde luego.

Me explicó que pondría unos entrantes, que seguramente también

me gustarían.

—Todo eso me parece genial. ¿Pero se puede saber qué comeremos ahora? Ya sé, hoy os invito yo a comer por ahí.

Las dos se miraron, y Sacha con un poco de ironía me recordó mis palabras del día anterior.

—Ya sé que te quieres abandonar en los brazos de una mujer madura, pero ¿dos...?

Nos echamos los tres a reír, cuando de pronto nos sorprendió el sonido del timbre de la puerta.

—Ya voy yo— dijo Robertina.

Sacha y yo seguimos en la cocina.

—Acércate— me dijo abriendo la

puerta del horno en el que se estaba terminando de asar un pollo, del que inmediatamente me llegó un aroma exquisito.

Robertina volvió a la cocina con cara de circunstancias.

— ¿Qué pasa? ¿Quién era?

— Es una joven que pregunta por Adrián y no habla italiano.

Me quedé un poco extrañado puesto que no esperaba a nadie. Cuando reaccioné, ya Sacha había tomado el mando de la situación.

— ¿Y dónde está?

— En la puerta, esperando.

— ¡Ay mujer, hazla pasar, por dios!
Las dos se dirigieron hacia la

puerta y yo tras ellas sin imaginar quién podía ser. La sorpresa me dejó sin palabras y casi paralizado. Allí estaba Xulia, con la cabeza ladeada, una sonrisa de oreja a oreja, los brazos cruzados y una maleta a su lado, esperando a que alguien la hiciera pasar.

De pronto me invadió una alegría y unas ganas enorme de comérmela a besos allí mismo, sin importarme que estuvieran delante Sacha y Robertina, pero me contuve y tal vez mi pregunta sonara un poco fría sin pretenderlo.

— ¿Qué haces tú aquí?

Ella frunció el ceño un poco

decepcionada por mi reacción. Sacha, a la que no se le escaba un detalle, tomó las riendas de la situación.

— ¿Qué clase de pregunta es esa? Qué va a hacer aquí hombre de dios, pues venir a verte. ¿Verdad, guapa?

Ella sólo asintió mientras yo me dirigí hacia ella, le cogí la maleta con una mano y a ella con la otra haciéndola pasar. No podía besarla o la devoraría allí mismo, así que casi ni la miré, pero al coger su mano un escalofrío recorrió mi cuerpo hasta casi dejarme sin respiración. Sacha se dio cuenta de

lo mucho que me afectaba la visita de la chica y volvió a tomar las riendas.

—Adrián, lo primero es que nos la presentes.

—Sí, desde luego, perdonad, es que me ha sorprendido muchísimo, no te esperaba.

Y dirigiéndome a mi tía y a Robertina, hice las oportunas presentaciones.

—Ella es Xulia, mi agente... bueno, y mi mejor amiga.

Y por fin mirándola a ella y acercándola hasta tenerla pegada a mí, continué:

—Xulia, esta es mi tía Sacha de la

que tanto te he hablado.

Xulia se soltó de mí y saludó a Sacha dándole un beso en cada mejilla e hizo lo mismo con la otra mujer.

—Robertina es una amiga de Sacha, es como de la familia— añadí.

Sacha cogió a Xulia de la mano y tiró de ella llevándola hacia la cocina.

—Espero que te guste el pollo asado, es la comida que tenemos hoy, de haber sabido que venías hubiéramos hecho algo diferente de bienvenida.

—Disculpádmeme por no haber avisado, pero quería dar una

sorpresa a Adrián, aunque ahora no sé si...

No la dejé continuar.

—Ha sido la mejor sorpresa de mi vida.

Sacha asintió.

—Desde luego nunca le había visto tan afectado. Casi puedo asegurar que tu visita es un regalo para este hombre, creo que ya te conozco de tanto como me ha hablado de ti.

—Pues es mutuo Sacha porque, a decir verdad, a mí también me ha hablado mucho de ti, creo que me lo ha contado casi todo.

Sacha sonrió y se dirigió a Robertina.

—Seremos cuatro a comer,
pongamos la mesa en el comedor.

CAPÍTULO XVI

Durante la comida, la conversación fue fluida en todo momento, a pesar de que Xulia hablaba poco italiano y Robertina nada de español. Sin embargo, Sacha se encargaba de aclararlo todo haciendo las traducciones oportunas. Xulia y Sacha congeniaron desde el principio, la verdad es que no lo dudé en ningún momento. Las dos eran charlatanas y de buen carácter.

He de reconocer, que desde el momento en el que la vi en la puerta

con su maleta, estuve poco comunicativo, pero es que me sobrepasó la sorpresa de su visita. Eran tantas las ganas que tenía de verla, y de estar con ella, que me quedé un poco conmocionado. Tuve que reprimir las ganas de besarla, y hasta de desnudarla y comérmela entera a besos en medio del comedor. Pero se imponía la educación y el respeto hacia las demás personas que allí estaban. Después de comer, Robertina se ofreció a hacer café. Yo ya sólo quería llevármela de allí y encerrarla en mi habitación para dar rienda suelta a todo lo que se

me había ido pasando por la mente mientras comíamos. Necesitaba liberar la tensión que había acumulado, pero Xulia dijo que tenía muchas ganas de probar el café italiano.

La miré entrecerrando los ojos.

—Xulia, has probado el café italiano un montón de veces...

—Sí, pero no uno casero, seguro que no tiene nada que ver.

Dijo aquello con una sonrisa que a cualquiera podría parecerle inocente, pero yo sabía que no lo era tanto; con aquel café, sólo trataba de demorar lo que iba a suceder entre los dos en cuanto

estuviésemos solos.

Sacha me sorprendía cada día, era una mujer muy intuitiva y daba la impresión de que leía en nuestras mentes, o tal vez en nuestra manera de comportarnos. Pero en cuanto Robertina sirvió el café, Sacha nos sugirió tomarlo arriba.

— ¿Por qué no llevas la maleta de Xulia a la habitación? Y que Roberta os sirva el café en tu estudio, así podéis charlar tranquilamente de vuestras cosas.

Me levanté inmediatamente, cogí a Xulia de la mano, y con la otra la maleta y tiré de ambas hasta la escalera.

—Vamos— dije con la voz un poco ronca.

—Bueno, si a vosotras no os importa —Dijo Xulia mirando hacia Sacha— me gustaría descansar un poco.

Sacha asintió, restándole importancia.

—Pues claro mujer, quiero que te sientas cómoda, como si estuvieras en tu casa. A ver si ese sobrino mío se recupera de una vez de la sorpresa que le has dado y te enseña la casa.

Miré a Sacha con el ceño fruncido, no hacía falta que evidenciara con palabras lo que ya de por sí era

notorio.

Entramos en mi habitación a dejar la maleta.

—Dormirás conmigo, supongo.

—No sé si he venido a dormir contigo...

La miré enarcando las cejas como sorprendido.

— ¿Ah no? ¿Has venido entonces a hacer turismo?

Los dos sonreímos y por fin llegó el momento en el que, sin más preámbulos, la envolví en mis brazos y comencé a besarla.

— ¡Dios, Xulia! Ya no podía aguantar más.

Ella enrolló los brazos en mi cuello

respondiendo a todos y cada uno de mis deseos. Enredó sus dedos en mi pelo del mismo modo que yo lo hacía en el de ella. Perdimos la noción del tiempo mientras nos comíamos la boca con ansia.

—No sé si voy a poder esperar, Xulia.

—Deja que me quite esta ropa, de andar tirada por los aeropuertos y me duche, lo necesito.

Le puse la maleta encima del descalzador que había a los pies de la cama.

—Supongo que querrás colocar tus cosas.

Abrí el enorme armario y lo dejé a

su disposición.

—Como ves, toda esa parte está vacía, puedes disponer de ella como quieras.

Xulia colocó todo en un abrir y cerrar de ojos, también es cierto que no era mucho el equipaje.

Me senté en la cama mientras la observaba.

— ¿Hasta cuándo te quedarás?

Me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—El miércoles tengo que estar en Barcelona con tu editora. O sea que, si te portas bien conmigo, y eres un buen anfitrión, me quedaré hasta el miércoles, y si no también

porque tengo billete de vuelta para el miércoles a las catorce treinta.

Cuando hubo vaciado la maleta, la subí a la parte de arriba del armario. Después cogí toallas y se las llevé al baño.

— Adri, ¡qué suerte has tenido! Esta casa es preciosa, y muy cómoda— Y acercándose a la ventana añadió — ¡Madre mía, las vistas son espectaculares!

—Ya te lo había dicho, no sé de qué te sorprendes.

—Bueno, una cosa es cuando te cuentan algo, y otra es verlo con tus propios ojos. Y te aseguro que esto sobrepasa todo lo que me has

contado.

—Pues no has visto nada. espera a ver el despacho que he montado en la buhardilla. Si no tuvieras esa reunión en Barcelona, podrías quedarte y trabajar desde aquí, porque además tenemos ADSL con fibra óptica y va como un tiro, o sea que no hay ningún problema de comunicación.

Escuché el agua de la ducha y no lo pensé. Me desnudé y me metí con ella bajo el agua. La cogí desprevenida, abrazándola desde atrás y besándola en el cuello, más que besos eran mordiscos y lametadas. Me apetecía devorarla

entera y no me reprimí. Ella apoyó las manos en el alicatado de la pared, abandonándose por completo a mis caricias y a mi boca.

Me arrodillé tras ella, mordisqueé sus nalgas y las separé para darme acceso a su interior. Lamí su apretado anillo trasero e introduje mi dedo mientras seguí avanzando con mi lengua hasta entrar de lleno en ella, saboreando el manjar exquisito que tanto había echado de menos. Enseguida empezaron sus contracciones de placer y supe que un potente orgasmo la haría sucumbir. Me levanté, e introduje

mi miembro de una estocada haciéndola explotar, mientras me movía impetuoso en su ardiente cueva, hasta diluirme en ella, fundidos en un solo ente. Nunca me había sentido tan unido a otra persona como me sentí en ese momento con Xulia.

Cuando nos hubimos recuperado, se dio la vuelta y me besó. Fue un beso largo, lento y con la urgencia apaciguada.

—Salgamos de aquí, o nos enfriaremos.

La envolví en una toalla y le di otra para que se secara el pelo. Cogí otra para mí en el armario, y

cuando nos hubimos secado nos vestimos rápido, como si temiéramos ser descubiertos en alguna travesura.

—Ven, quiero enseñarte mi despacho.

La cogí de la mano y tiré de ella hasta la buhardilla. Cuando vi su cara de asombro, comprendí que estaba entusiasmada de verdad.

—Me parece que te gusta bastante.

— ¡Me encanta, Adri! Es mucho mejor de lo que me esperaba. Y tienes unas vistas increíbles.

—Sí, la verdad es que me encanta trabajar aquí. Y ya sabes, si te animas a quedarte, ponemos otra

mesa al lado de la mía sin problemas.

—La oferta es tentadora, pero no sé... ¿Crees que podríamos trabajar los dos juntos?

Me miró con aquella sonrisa tan de ella, abierta, pícara y dulce.

—Siempre y cuando no me sonrías así, no habría problema.

—Me lo pensaré. De todas formas, sería para después de Semana Santa. Tengo que organizarlo muy bien.

Me gustó su respuesta abierta y casi positiva.

—Me apetece trabajar con compañía.

—Será ahora, porque, que yo sepa, ni siquiera Elena estaba contigo cuando trabajabas. Más bien dejabas de trabajar cuando ella te interrumpía. Menos mal que por las mañanas ella trabajaba en el balneario, si no estaría el manuscrito aún sin terminar.

—No exageres mujer, no era para tanto.

— ¿Qué no? ¡Era peor! Estabas totalmente cegado por ella, la tenías endiosada.

— ¿Podemos dejar de hablar de eso?

Me miró seria.

—Sí claro, no sabía que te

molestaba.

—No es lo que estás pensando. Es cierto que cuando me dejó estuve a punto de volverme loco, pero se me pasó enseguida, hasta yo mismo me sentía raro. Pero comprendí que aquello nunca fue amor.

— Es lo que yo pensaba, estabas... enchochado, por decirlo vulgarmente.

—Te voy a dar la razón, pero sin que sirva de precedente. Y por favor, vamos a dejar ese tema.

Xulia se acercó a mí y se colgó de mi cuello estampándome un beso en la mejilla para luego meter la cabeza en el hueco de mi cuello. Ya

había descubierto que sus besos en mi cuello eran un afrodisíaco.

— Tenía pensado estrenar el sillón de mi despacho esta noche, y ese tremendo sofá que hizo traer Sacha, pero si sigues así te encerraré en esta buhardilla hasta el miércoles.

—De eso nada, quiero conocer este lugar, además le he oído decir a Sacha que esta noche hay invitados y espero que me los presentes.

—Es cierto, vendrán Lolita y Franco, mis socios en el negocio de la Estación de Invierno. Por cierto, mañana subiremos, hay un teleférico desde Malcesine hasta la cima del Monte Baldo. ¿Te

apetece?

— Claro. ¿A qué te crees que he venido?

— A verme a mí. ¿Era eso no?

— ¡Ja, a verte a ti! Eres un creído, Adriático. He venido a hacer un poco de turismo.

— ¿Turismo sexual quieres decir?

— Eso también.

Los dos nos echamos a reír y volvimos a enredarnos en un beso.

Eran las cinco de la tarde y nuestros invitados vendrían sobre las ocho y media, no quería dejar a Sacha sola con todo el follón.

— ¿Quieres que demos un paseo? Te gustará el pueblo, aunque me

gustaría echarle una mano a Sacha con la cena.

—Sí, creo que deberíamos ayudarla.

—Tú no, también eres una invitada.

—Perdona, yo vivo en la casa, no es lo mismo.

Bajábamos discutiendo en broma a quién se podía considerar invitado y a quién no, y cuál era la diferencia.

Sacha nos escuchó y enseguida entendió por dónde iban los tiros.

—Los dos sois invitados, Adrián es de larga duración, tú de estancia breve y los que vienen a cenar, pues eso, de venir a cenar.

Nos quedamos mirándola sin saber qué contestar, a veces su lógica rompía moldes.

Como no decíamos nada, continuó.

—Y como invitados que sois, no os quiero ver por la cocina, molestándonos mientras trabajamos, podéis ir a dar una vuelta por ahí, eso sí, no lleguéis tarde.

—Tía, por favor, déjanos ayudarte.

— ¿Qué ha cambiado para que ahora incluyas a Xulia en lo de ayudar?

— Pues que al parecer los dos somos invitados.

—Bien, pues todo claro, ahora

largaos que yo con Robertina tengo suficiente ayuda.

—De acuerdo, vamos a dar un paseo entonces.

Sacha se acercó a mí para darme un beso en la mejilla y aprovechó para decirme al oído:

—No la dejes escapar, esta chica es oro, y además te quiere.

Le contesté en el mismo tono bajo, con la esperanza de que no se notase que cuchicheábamos:

— ¿Te has convertido en una vieja casamentera?

Luego se acercó a Xulia y también la besó, y estoy seguro de que también le dijo algo a ella. Esta

mujer no tenía remedio.

Cogí a Xulia de la mano y tiré de ella hacia la puerta.

Nos abrigamos bien, pues hacía mucho frío. Estábamos al pie del Monte Baldo y este se encontraba totalmente nevado, y así se pasaba prácticamente todo el año, por algo se habían instalado las estaciones de invierno allí arriba.

Salimos fuera, ya había anochecido y el frío aire de la noche impactó en nuestros rostros. La acerqué hacia mí pasándole un brazo por el hombro, y ella se agarró a mi cintura apretándose fuerte.

— ¡Ostras, Adri! Aquí hace frío de

verdad.

—Viene hecho, pero ya te lo avisé.

Paseamos hasta la orilla del lago.

— ¡Qué bonito es de noche con las luces reflejadas en el agua! De día tiene que ser un auténtico espectáculo.

—Lo es. Fíjate que he viajado mucho, y he visto paisajes espectaculares. Pero este me atrajo desde la primera vez que vine siendo aún adolescente.

—También has estado en la Toscana, dicen que es impresionante.

—Sí, pero cada lugar tiene su encanto. ¿Recuerdas cuando fuimos

con aquel amigo de la Uni, Fernando, a la fiesta de la vendimia en el valle de Valdeorras? Te aseguro que fue uno de los paisajes más increíbles que vi.

—Sí, me acuerdo, es verdad. Tenía aquellos colores rojizos, ocres y amarillos de los viñedos ya vendimiados, entremezclado con diferentes tonos de verde, y el inmenso lago que allí forma el río Sil. He vuelto por allí alguna vez más después de aquella.

— ¿Y eso?

— Represento a una escritora de allí y me ha invitado varias veces a su casa.

Noté que le daba un escalofrío.

—Vamos a entrar en un bar, nos tomaremos un vino y entraremos en calor.

Pasamos un buen rato charlando de paisajes y haciendo planes ficticios sobre viajes imaginarios.

Después de un par de Chiantis, por fin habíamos entrado en calor, al menos por dentro. Hablábamos en voz baja, mirándonos a los ojos, sonriéndonos. Ella a veces inclinaba un poco la cabeza hacia un lado y yo le retiraba un mechón rebelde de pelo que, de vez en cuando, le tapaba la mejilla y se lo colocaba cariñosamente detrás de

la oreja.

Cualquiera que nos hubiese observado, pensaría que éramos una pareja de enamorados, aunque no nos besamos en ningún momento, y no por falta de ganas, al menos yo.

Cada vez que me miraba sonriendo, o se mordía una esquina del labio con timidez, me resultaba casi imposible contenerme. Hubo momentos en los que todo mi cuerpo reaccionaba, y hasta mi pene latía y se envalentonaba de tal forma que me resultaba difícil disimularlo.

— Adri, son las siete y media,

deberíamos irnos. Y si Sacha sigue en sus trece de no dejarnos hacer nada, nos tomamos otro vinito en tu estudio. ¿Te parece?

No contesté, me levanté inmediatamente, pagué y nos largamos de allí rápido. Me urgía lo de tomarme un vino con Xulia en mi estudio...

Al llegar, tal y como imaginamos, Sacha y Robertina estaban totalmente enfrascadas en la preparación de la cena.

—Habéis vuelto pronto.

Xulia, muy cumplidora ella, contestó alegremente:

—Hemos venido a echar una mano.

— ¿Tengo que volver a explicároslo?

Se dirigió hacia nosotros y con su sonrisa más cínica cogió un par de copas en el mueble del salón, y una botella de vino y me la dio.

—Id arriba y tomaos una copa de vino y no molestéis.

—De acuerdo, tú mandas. ¡Vamos, Xulia!

Sacha nos miró con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—Bueno, parece que lo habéis entendido.

—Que sí, tía, tranquila.

Subimos a la buhardilla y coloqué las copas en la mesita baja que

había delante del sillón. Abrí la botella y serví el vino, Xulia se había cambiado de ropa.

—Necesitaba quitarme las botas, y de paso el pantalón y el jersey grueso, que están muy bien para salir, pero para estar aquí, con esta calefacción, sobran.

Se había puesto un vestidito corto de lana fina, y unos mocasines. Se sentó a mi lado en el sofá, mientras yo recordaba lo que me había dicho en Venecia sobre los pantis, nunca los llevaba, le gustaban más las medias con ligero. La imagen que se formó en mi cabeza fue demasiado y debí de resoplar más

fuerte de lo que había pretendido.

— ¿Qué te pasa, Adriático?

No contesté, tiré de ella y la coloqué a horcajadas encima de mis piernas.

—No puedo más Xulia, necesito follarte ya.

Ella, tal como yo había imaginado, llevaba ligero sujetando las medias, pero iba sin bragas.

— ¡Dios Xulia, me vas a volver loco!

La tumbé en el sofá y me sumergí en aquel vértice caliente y húmedo que empezaba ya a palpitar.

— ¿Te vas a correr ya? No me lo puedo creer.

Ella solo era capaz de jadear y gemir, hasta que con un sonoro grito sucumbió totalmente al placer en mi boca. Antes de que terminaran sus espasmos, me introduje en ella, colocándola de nuevo a horcajadas sobre mí, de esta forma mi pene entraba hasta el fondo. Ella comenzó a cabalgarme, se dejaba caer fuerte sobre mí, atrapando todo mi miembro. Arqueaba totalmente la espalda para ofrecerme sus pezones, que se apreciaban duros. Metí las manos por debajo y tiré de ellos para acercarlos a mi boca y mordérselos a través de la tela del vestido.

Ella aceleró su ritmo y yo el mío. Estábamos a punto, y el orgasmo que se avecinaba era potente.

Esta vez ahogamos los gritos en la boca del otro, con un beso en el que nos comimos a mordiscos y nuestras lenguas lamían y extendían la saliva por todas partes.

Quedamos largo rato en aquella postura, y yo dentro de ella.

—Cariño, si sigo dentro de ti, empezaré de nuevo y creo tenemos que arreglarnos para una cena.

Ella ronroneó, haciéndose la remolona, empezó a moverse ligeramente, y a besarme en el cuello hasta que mi pene volvió a

cobrar vida.

—Adriático, por favor, que va a llegar esa gente a cenar y nos pillaran haciéndolo.

Se levantó escabulléndose de mi mano con la que intenté agarrarla

—Que conste que tú no quieres, y que me voy a quedar con las ganas.

Bebí la copa de un trago, mientras ella salía del estudio, sonriendo y comentando en alto.

—Me voy a duchar rapidito y a cambiarme, espabila que ya son las ocho.

No me podía creer, lo que acababa de hacerme. Tendría que ducharme en agua fría.

CAPÍTULO XVII

Ella se había duchado y vestido en tiempo récord, en cuanto acabó, yo hice lo propio tratando de que mi empecinado miembro retrocediese después del calentón sin desahogo al que me había sometido Xulia, justo en el último momento. Mientras se vestía, me dijo que tenía que mirar algo en el ordenador...

—Adri, ¿puedo ver mi correo desde tu despacho?

—Claro mujer, no tienes ni que preguntarme, y puedes usar mi pc.

—No hace falta, he traído mi portátil.

—Entonces mira en el primer cajón de mi mesa, encontrarás una libreta pequeña, de color negro que se cierra con una goma, ábrela y mira en la última página, ahí tengo apuntada la clave para poder acceder a la red.

— ¿Estás seguro de que quieres que fisgue en tus cosas?

Solté una tremenda carcajada cuando me dijo aquello.

—No sé por qué te ríes.

— ¡No lo sabes, eh! ¿Quieres que te recuerde cómo fue que encontraste mi primer manuscrito?

—Perdona, pero lo dejaste a la vista precisamente para que yo lo encontrara.

—A la vista no, pero ya contaba yo con tu gusto por el fisgoneo, y no me equivoqué.

— ¿Hay algo interesante en ese cajón, en lo que pueda fisgonear esta vez...?

—No me preocupa, ya sabes que solo te lo permito a ti.

—Ya, bueno, pues dúchate rápido que es tardísimo, mientras yo miro mis cosas.

Lolita y Franco llegaron puntuales. A las ocho y media sonaba el timbre de la puerta, Sacha abrió, y

enseguida pude escuchar desde la habitación la alegre y cantarina voz de la italiana.

Terminé de vestirme y me asomé al pasillo-balcón, desde allí los saludé y, cuando hice ademán de bajar, ya Lolita estaba subiendo.

—Espera, enséñame la reforma de la parte de arriba.

Me cogió por sorpresa aquella forma suya tan familiar de tratarme, teniendo en cuenta que apenas nos conocíamos. Pero me sorprendió más cuando me plantó un beso en la mejilla y se cogió de mi brazo como si tuviéramos algún tipo de intimidad.

Supongo que se me quedó cara de tonto, pero ella no se dio por aludida. Comenzamos a caminar hacia la escalera que subía a mi estudio, me giré y pude ver con alivio que teníamos a Franco detrás nuestro.

Cuando llegamos arriba, Xulia estaba cerrando su portátil y levantándose del cómodo sillón de mi despacho.

Lolita seguía colgada de mi brazo y sin intención de separarse de mí. Me pareció apreciar en el gesto de Xulia un ligero malestar.

— ¿Chi è lei, caro?

Miré hacia Xulia, pero ella ya

había dibujado su mejor sonrisa. Aun así, o muy equivocado estaba yo, o detrás de aquella sonrisa había algo más.

Se acercó a nosotros, pero antes de que yo pudiera hacer las presentaciones, Franco se adelantó y saludó a Xulia besándole la mano galantemente, a la vez que en un dulce y cantarín italiano se presentaba a sí mismo.

— ¡Ciao bellissima Ragazza! Sono Franco, ¿e voi?

Me sorprendió Xulia contestándole también en italiano.

—Io sono Xulia.

—Xulia, sei la spagnola piu bella

que so.

Xulia aceptó el piropo con una expresión deliberadamente inocente, no me gustó aquello, pero estaba claro que no podía decir nada, sobre todo teniendo a Lolita pegada a mí como una lapa.

Me centré, e hice las presentaciones.

—Xulia, como ya sabes, él es Franco, uno de los socios de Sacha y ella — dije señalando a la italiana enganchada a mi brazo, acaparándome totalmente— Lolita, la otra socia.

Xulia se acercó a ella y la saludó educadamente con un beso en cada

mejilla. Continué con la presentación explicándoles quién era Xulia.

—Bueno, como ya os ha dicho ella, es Xulia, mi agente literaria y mi amiga, que ha venido a visitarme y se quedará unos días.

Franco por fin le quitó los ojos de encima y paseó su mirada por toda la buhardilla.

—Me gusta esta reforma que habéis hecho. Este era el lugar más desaprovechado de toda la casa y os ha quedado genial.

—Sí — añadió Lolita—, me encanta, aquí podrás trabajar muy cómodo y fíjate qué hermosas

vistas.

Escuchamos a Sacha que desde abajo nos llamaba, y me acerqué hasta la escalera deshaciéndome por fin del agarre de la italiana.

—¡Ya bajamos! — dije iniciando el descenso.

Xulia se demoró comentando con Franco, con el que parecía haber hecho buenas migas. Él no dejaba de echarle piropos, y ella de sonreírle a él, tonteando.

Lolita volvió a colocarse a mi lado y tiró por mí para ver las habitaciones. Les expliqué que en esa parte apenas se habían hecho reformas, únicamente se había

dividido el cuarto de baño, haciendo dos aseos, uno para la habitación principal, y otro que compartían las otras dos habitaciones.

Cuando finalizamos el «tour» bajamos al salón en donde nos esperaba Sacha. Lolita aprovechó para volver a engancharse de mi brazo.

— ¡Uf, bajar escaleras con estos tacones puede ser peligroso! — comentó.

Sacha se dio cuenta enseguida de la situación. Pudo ver las intenciones de Lolita para conmigo, las de Franco hacia Xulia, y mi malestar

por ambas.

—Adrián, he puesto en la nevera las botellas de vino que ha traído Franco, abre una. Tenemos que brindar por esta reunión estupenda de la que espero que no solo os conozcáis, sino que además surja una buena amistad entre vosotros.

Al cogerla, me sorprendió el vino que Franco había elegido, era un «Riviera del Garda», el mismo que habíamos bebido Xulia y yo nuestra primera noche en Venecia. Sonreí al recordar aquella noche. Me acerqué a la mesa y serví en primer lugar a Sacha, luego a Lolita y a Xulia y finalmente a Franco. Antes de

servirme a mí mismo, Xulia comentó después de olfatear su copa:

—Me resulta conocido.

Le mostré la etiqueta y comenté tratando de que sonara con normalidad.

— ¿Lo recuerdas? Es el vino que nos sirvieron en el hotel de Venecia.

— Un «Riviera del Garda» muy bueno, por cierto.

Franco sonrió y acercándose a ella comentó:

—Me alegro de haber acertado con el vino. Teniendo buen vino es difícil que una reunión fracase.

Sacha levantó su copa para hacer el primer brindis.

—Por vosotros, mis jóvenes amigos, para que consigáis todas las metas que os habéis propuesto, pero sobre todo para que seáis tan felices como yo lo he sido y lo sigo siendo, gracias en buena parte a vosotros.

Yo también quise hacer el mío y levanté mi copa.

—Por ti Sacha, que me has proporcionado una adolescencia diferente, exquisita y llena de color. Y vuelves a proporcionarme ahora un futuro espléndido. Una vida entera no sería suficiente para

agradecerte todo esto.

Franco tomó la palabra y miró hacia Sacha que estaba visiblemente emocionada.

—Bueno, pues mi deseo es que la sociedad que fundaron nuestros padres junto con Juan, tu marido, siga siendo igual o más fructífera ahora que tu sobrino forma parte de ella.

Lolita intervino rápida.

—Y que de esta cena surjan nuevas y buenas amistades...

Xulia pudo ver perfectamente cómo la italiana me guiñaba el ojo, yo hice como si no hubiera visto nada. Aquella situación me estaba

generando un malestar que terminaría notándose en la cara.

Sacha volvió a tomar la palabra.

—Chicos, sentémonos a cenar— se dirigió hacia la mesa del salón en la que estaba ya todo preparado—. Permitidme que encabece la mesa, para eso soy la mayor y la anfitriona. Lolita, tú y Franco sentaos a mi derecha, Xulia, tú a este otro lado junto con mi sobrino, no queremos que te sientas desplazada.

Sonreí por dentro, al comprender la maniobra de mi tía y se lo agradecí con la mirada.

La cena que nos había preparado

con la ayuda de Robertina fue exquisita. La rematamos con el postre que había traído Lolita, un tiramisú que Xulia degustó con placer.

— ¡Ay dios, Lolita! Esto está buenísimo ¿Lo has hecho tú?

—No, ha sido mi madre, pero yo también sé hacerlo. Te daré la receta. O podemos prepararlo un día juntas para que veas cómo se hace.

Xulia le agradeció el detalle.

—Pero tendrá que ser en otra ocasión, ya que esta vez me quedaré solo hasta el miércoles.

—Cuando quieras, por supuesto.

Xulia estuvo toda la cena encantadora, con su mejor sonrisa y atendiendo atentamente a las conversaciones que Franco iniciaba casi exclusivamente para mantener su atención.

Yo estaba cada vez más molesto, sobre todo desde que intenté tocarla por debajo de la mesa, y apartando mi mano disimuladamente, cerró las piernas a cal y canto.

Pero lo que terminó casi por hacerme perder la compostura, fue la descarada pregunta que me hizo Lolita y la posterior invitación de Franco a Xulia.

— Oye, Adrián, ¿Xulia y tú estáis

saliendo, o sólo es tu agente literaria?

Lo que me fastidió no fue la pregunta en sí, sino la respuesta que tuve que darle.

—Xulia y yo somos amigos desde la infancia, estudiamos juntos la carrera y desde entonces es además mi agente.

Franco aprovechó la ocasión para meter baza.

—Las amistades que se hacen desde la infancia son indestructibles, seguro que seréis amigos para siempre.

Aquella situación me estaba poniendo enfermo, pero ¿qué podía

hacer? La auténtica verdad es que éramos amigos, con derecho a roce, sí, pero nada más, porque así lo habíamos establecido antes. Recuerdo perfectamente las palabras de Xulia que yo acepté sin problema: «podemos seguir teniendo sexo mientras ninguno de los dos tenga pareja».

Franco debió de ver el camino libre y aprovechó la ocasión.

—Xulia, ¿te gusta esquiar?

—Pues sí, aunque como no he tenido muchas oportunidades de hacerlo, lo hago bastante mal, pero me encanta.

— ¿Qué te parece entonces si

subimos mañana?

—Bueno, ¿por qué no? Pero no demasiado temprano.

—A las diez y media paso a recogerte, subiremos en el teleférico. Ya verás, te va a encantar.

Yo no pude contenerme más.

—No hace falta que pases a recogerla, es mi invitada y ya había planeado enseñarle todo esto incluida, la estación de invierno, así que si quieres podemos encontrarnos allí.

Lolita, que por lo visto se había propuesto liarse conmigo, también se apuntó al tercio.

—Yo también iré, será interesante.

Sacha torció un poco la cabeza en un gesto que venía a decir algo así como «yo hice lo que pude, ahora es cosa tuya».

Tenía que hablar con Xulia. Debería contarle toda esta inquietud que tengo, pero me da miedo que mis sentimientos la ahuyenten.

Eran ya las doce de la noche y Sacha decidió que para ella ya había sido suficiente.

—Bueno jóvenes, yo me voy a dormir, pero vosotros podéis quedaros.

Franco se levantó para retirarle la

silla.

—Buenas noches Sacha, que descanses, yo también me iré, ¿Lolita, tú te vienes?

—Sí claro, recuerda que no he traído coche, he venido contigo, y si vamos a subir a la montaña, hay que descansar.

Xulia se levantó ocultando un bostezo.

—Perdonad, pero yo también necesito descansar, ha sido un día bastante largo para mí.

Nos despedimos de nuestros invitados y de Sacha.

Cuando por fin nos quedamos solos, Xulia subió delante sin

esperarme. Yo la seguí deseando llegar a la habitación para besarla y tocarla. Era tal mi necesidad de ella que el desasosiego me invadía por completo.

Cerré la puerta y le cogí de la mano tirando de ella, pero se deshizo de mi agarre.

Comprendí que estaba molesta, pero no entendí por qué. La que había estado tonteando con Franco había sido ella, y lo peor es que no había ningún motivo para que no lo hiciera.

Agaché la cabeza y fui hacia el baño, y antes de meterme en la ducha, le ofrecí otra habitación.

—Si prefieres dormir sola, te preparo otra habitación.

—No hace falta de momento. Acordamos que mientras ninguno de los dos tuviera una pareja, podríamos tener sexo. ¿Tú tienes pareja?

—Sabes que no, pero tal vez tú si quisieras tenerla, he visto cómo hablabas con Franco. Si te gusta y quieres estar con él, no hay problema, mañana te acompaño a coger el teleférico y yo me quedo.

— ¿No serás tú el que quiere liarse con la despampanante Lolita?

—Qué tontería. No me interesa Lolita para nada.

—Sin embargo, ella sí está interesada en ti.

—Ya sabes que para que ocurra lo que estás pensando, tienen que querer dos.

—Sí, ya.

—No, sí ya no, es así. Para que haya algo entre dos personas tienen que querer las dos. Tú, por ejemplo, ¿quieres algo con Franco? Porque él no ha dejado de tirarte los tejos durante toda la cena.

—Bueno, pero ya te has encargado tú de espantarlo.

Aquella conversación no nos estaba llevando a ninguna parte. Necesitaba zanjarla cuanto antes.

Abrí la ducha. Ella se apoyó en la puerta del baño mientras yo me encerré en la cabina y dejé correr el agua por mi cuerpo.

—Adrián, no tenemos por qué discutir. Te aseguro que, si no me apeteciese estar contigo o tener sexo contigo, no lo haría.

—Vale, lo sé, siento este mal rollo. No volverá a ocurrir.

Me dejé estar en la ducha un momento más, necesitaba que el agua se llevase el mal humor que me había generado toda aquella situación. No quería envenenar a Xulia con mis malos rollos.

Teníamos que hablar. Debería

decirle todo esto que estoy empezando a sentir por ella, aunque aún no lo sabía muy bien. Lo que sí sabía, era lo que sentía cuando ella no estaba, y desde luego lo que sentí cuando Franco intentó ligar con ella.

Pero lo habíamos dejado muy claro, sobre todo ella, que fue a la que se le ocurrió aquel despropósito que yo acepté alegremente «soy tu amiga y tu agente, eso por encima de todo. Con quién mejor podría tener sexo que con un amigo que sé que no me va a lastimar, con un amigo que me protege y me da seguridad». Aquella decisión había

sido una locura. Por eso ahora, si quería tenerla cerca, lo mejor sería seguir siendo su amigo, escucharla como siempre lo había hecho y apoyarla en lo que necesitase, como ella también lo hacía conmigo. Lo que no podía hacer, de ninguna manera, era abrumarla con mis sentimientos o mis anhelos con respecto a ella. Eso la apartaría poco a poco de mí, y al final lo nuestro se quedaría en una relación puramente comercial, ni siquiera perduraría la amistad.

Nunca debí aceptar aquel diabólico plan de ser «amigos con derecho a roce» como ella lo llamaba.

— ¿Estás bien, Adrián?

Había perdido la noción del tiempo bajo la ducha, cuando se asomó a la puerta del baño a preguntarme. Inmediatamente cerré el agua.

—Sí, estoy bien, ya salgo.

—Vale, había empezado a pensar que te habías diluido por el desagüe de la ducha— Bromeó.

—Perdona. Necesitaba despejarme y me dejé llevar por mis pensamientos.

— ¿Cuánto valen esos pensamientos?

—No podrías pagarlos, querida— Continuó bromeando.

Esto era una de las cosas que más

me gustaba de ella. Podíamos hablar, bromear y siempre sabía seguir la broma. Es una mujer muy inteligente, sabe siempre hasta dónde puede llegar. Y es capaz de entender hasta mis silencios.

Desde luego no era como ninguna de las mujeres con las que había estado anteriormente. Con lo enamorado que había estado de Elena, o eso había creído yo, porque la realidad era que me había encoñado con ella, Xulia enseguida se dio cuenta y me lo dijo muy sutilmente. Pero yo no lo había querido ver, hasta me enfadé cuando me dijo: «Espero que no

afecte a tu trabajo». Vaya si me afectó, el tiempo que estuve con Elena, fue el más improductivo para mí como escritor. Viajamos, follamos y... ¿Qué más? Nada, absolutamente nada. Me dejó el vacío más absoluto. La eché de menos, sí, incluso pensé que con ella se me habían acabado las ganas de estar con otra mujer. Pero no había contado con la posibilidad de encontrar a una con la que el solo hecho de pasear, o hablar horas y horas, fuera tanto o más reconfortante como tener sexo. Una mujer con la que además el sexo fuera fantástico y estuviera

dispuesta a jugar y a experimentar como lo hicimos en Venecia. Y lo que jamás hubiera imaginado, era que Xulia sería esa persona.

No podía perderla. Tenía que quitarme de encima el mal rollo, las malas caras y las malas contestaciones, Xulia no se merecía eso. Al contrario, se merecía todo lo mejor que pudiera ofrecerle.

Cuando terminé de ducharme, me vestí con un pantalón largo de algodón en color negro, a modo de pijama. Iba a ponerme una camiseta, pero me quedé embobado observándola apoyado en el quicio de la puerta con los brazos

cruzados. Se había puesto una especie de mini vestido de color granate, que se sujetaba en los hombros con una estrecha tira de encaje que bordeaba todo el escote.

La visión desde luego era evocadora. Me excitó verla allí de pie mirando por la ventana.

—Adrián— volvió a llamarme sin darse cuenta de que ya me tenía detrás de ella.

— ¿Qué? —susurré deslizándole los labios por el cuello hasta el hombro.

—No te había visto llegar, mira cómo nieva. ¡Qué bonito!

—Sí— dije mirando hacia fuera por encima de su cabeza y abrazándola desde atrás al mismo tiempo.

—Parece que la ducha se ha llevado tu malhumor, me alegro, me gustas más cuando sonríes.

—Por eso tú me gustas a mí, porque tienes siempre la sonrisa puesta. Espero que disculpes mi hosquedad. Fue un mal momento, pero no se va a volver a repetir.

—Mejor, porque tengo planes contigo, y si estás enojado, no los podré llevar a cabo.

Seguíamos los dos junto a la ventana, mirando hacia fuera. Xulia

se giró y rodeó mi cuello con sus brazos. Comenzó a besarme despacio, adentrándose en mi boca con su lengua buscando la mía.

Me dejé llevar aceptando su juego. Acaricié su cuerpo por encima del suave tejido que la cubría. Pude apreciar una finísima tira que deduje que se trataba del tanga. Aventuré una de mis manos por debajo para poder tocar su piel. Pero enseguida se apartó.

—Quiero que juguemos. ¿Te apetece?

—Sí, claro. ¿A qué quieres jugar?

—Lo primero es desnudarte, pero ya lo hago yo.

—Bueno, eso es fácil, porque sólo me he puesto el pantalón del pijama. Y tú, ¿no vas a desnudarte? Puedo hacerlo yo si me dejas.

—Te dejaré que me arranques con los dientes este tanga que he comprado pensando única y exclusivamente en ti. Pero será cuando yo quiera.

Levantó el camisón para mostrarme lo que ya había podido apreciar antes con el tacto. Era tal como yo había imaginado, una estrechísima tira elástica en el mismo tono granate que la camisola, con un diminuto triángulo de encaje transparente, que apenas tapaba su

depilado monte de venus.

—De acuerdo, lo he entendido, tú mandas.

Aquella noche sería ella la que iba a llevar la iniciativa, y yo no tenía inconveniente en dejarme llevar a donde ella quisiera.

CAPÍTULO XVIII

Después de un beso que no hizo más que incrementar el deseo de ambos, se apartó un poco, apoyó su dedo índice en mi pecho y lo fue deslizando a medida que se daba una vuelta a mi alrededor. Se quedó a mi espalda y muy suavemente me besó en el cuello susurrándome.

— Tienes que hacer lo que yo te diga, y no puedes moverte sin que te lo ordene. ¿Lo has entendido?

—Sí, dime qué quieres que haga.

—Sin prisa, tú solo déjate llevar. Ahora quiero verte desnudo y

totalmente empalmado para mí.

Ya lo estaba, pero escucharla dándome aquella orden me puso todavía más duro. Metió su dedo entre mi piel y la cinturilla del pantalón arrastrándolo hasta el suelo.

—Levanta los pies para que podamos deshacernos de él.

Lo hice, ella lo recogió y lo dejó encima de la descalzadora.

— ¡Umm...! Me gusta que tengas tu armamento preparado para librar esta batalla conmigo.

Se arrodilló delante de mí, cogió mi pene apretándolo fuertemente en su mano y se lo metió en la boca

succionándolo. Paseaba la lengua alrededor del glande, jugando con la punta e introduciéndola ligeramente en mi diminuta abertura. Le cogí la cabeza entre mis manos tirándole del pelo, pero enseguida se apartó dándome un manotazo.

—Te dije que no te movieras sin mi permiso. ¿Por qué lo has hecho? Eres muy desobediente. Ahora volveré a chupártela hasta que estés a punto de correrte, pero no lo harás, porque no te dejaré.

Estaba tan excitado que pensé que eyacularía en aquel mismo momento aun sin que ella me

tocase. Pero aguanté sin moverme, esperando sus órdenes.

—Ponte a cuatro patas en la cama, con las manos apoyadas en los barrotes del cabecero.

Me puse tal como ella me indicó, cada vez estaba más excitado. La sentí rebuscar en el armario.

—Te voy a tapar los ojos.

— ¿Por qué? Me gusta verte.

— ¡Chsss... no hables! No hace falta que me veas, imagínate.

Después de colocarme un pañuelo tapándome los ojos, continuó hablando. Su voz sonaba suave y profunda, resultaba todo tan erótico...

— Ahora ataré tus manos al cabecero. Quiero que estés totalmente a mi disposición, y no olvides hacer todo lo que te diga.

—No podré verte, tampoco tocarte... Por favor, Xulia...

— ¿Quieres disfrutar y pasártelo bien, no?

—Sí, claro...

—Bueno, pues hoy déjalo de mi cuenta. Si algo de lo que hagamos no te gusta puedes decirlo, pero solo si de verdad te molesta, y no creo que atarte suponga mucho problema.

Aquella mujer no dejaba nunca de sorprenderme, y yo estaba

descubriendo que me gustaba tanto ella como todas las sorpresas que encerraba.

—No sabes cómo me pone, verte ahí, a cuatro patas, atado y solo para mí. Separa más las piernas, quiero ver tu culo. Todo esto es nuevo y sorprendente, sabes muy bien, que fuiste el primer hombre que entró dentro de mí.

Mi pene empezaba a gotear de tan excitado como estaba, ella podía verlo, igual que veía mi culo abierto para ella.

Noté que se metía entre mis piernas, las abrí un poco más, para que pudiera acceder sin problemas.

—Muy bien cariño, te mereces un premio por adelantarte a mis deseos, pero no vuelvas a moverte sin que yo te lo diga.

Acto seguido se metió mi pene en la boca, lo lamió despacio, se entretuvo pasando la lengua por todo el glande y recogiendo las gotas de líquido cada vez más abundantes que salían de mi orificio.

Dejó de lamirme y no pude evitar un gemido de queja, pues estaba a punto cuando abandonó mi miembro y salió de debajo de mi cuerpo.

—Estás a punto de correrte lo sé, y vas a hacerlo como quizás nunca lo

habías hecho antes.

Acarició mis nalgas despacio con las dos manos, me recordé a mí mismo haciendo este tipo de caricias a otras mujeres, también a ella.

—¿Sabes? Yo también estoy excitadísima. Me encanta tocarte y verte desnudo a mi merced. Me gusta poder verte desde cualquier ángulo. Pero esta visión que tengo ahora mismo, me complace muchísimo. Verás, estoy cogiendo tus nalgas con mis manos, amasándolas, pellizcándolas... ¡Siéntelo! Cuando las separo, veo tu pequeño y apretado orificio y

desearía que estuviera aquí Marco y te introdujera su miembro ayudado por mí, después de que yo se lo hubiera lubricado bien con mi boca.

Mis jadeos eran ahora profundos y continuos, estaba tan excitado que ya no podía controlarme.

—Y qué vas a hacer Xulia, puesto que Marco no está.

—Chsss... ¡Siéntelo!

Por supuesto que lo sentí. Sentí cómo se metía en su boca cada uno de mis testículos, y después con su lengua caliente y húmeda, llegó hasta mi ano y lo acarició jugando con la punta en él, hasta que este se

ablandó. Entonces introdujo una especie de vibrador, lo hizo despacio y con cuidado, pero la sensación fue tal, y el grado de excitación tan grande que en cuanto lo hubo insertado del todo y las vibraciones recorrieron todo mi cuerpo, me corrí sin que llegara a tocarme el pene.

Me dejé caer en la cama, parecía como si los músculos se me hubieran desintegrado. Cuando me recobré un poco, ya ella me había desatado las manos y se había tumbado encima de mí acariciándome y besándome en la espalda y en el cuello.

— Me parece que te ha gustado.
¿Eh, Adri?

Me di la vuelta colocándola de lado, y la abracé con todas mis fuerzas.

—Xulia, esto ha sido increíble, jamás me habían hecho algo así.

—Pero tú has practicado sexo de muchas formas, incluso con varias personas a la vez, de hecho, yo también he participado contigo.

—Sí, pero esto ha sido muy intenso. Estar sin poder moverme, con los ojos tapados, y a merced de lo que tú quisieras hacerme.

— ...Y el juguetito que he traído, ¿te ha gustado?

Lo observé abandonado en una esquina de la cama. Era un plug anal vibrador.

—Me ha gustado, aunque me cogió por sorpresa. Ningún hombre estuvo nunca dentro de mí, ni siquiera un juguetito como ese tuyo.

—Me alegro de haber sido también yo la primera en entrar dentro de ti. Ya tenemos algo más que nos une.

—Vale, pero ahora tendrás que dejarme a mi jugar contigo.

—Lo estoy deseando, además... necesito correrme.

—Cariño, tus deseos son órdenes... La besé despacio, quería trasmitirle

con aquel beso todo mi agradecimiento por lo que me había hecho antes, pero también todo el deseo y las ganas que tenía de ella.

—Voy a devorarte, y también te ataré si me dejas, sin embargo, no te taparé los ojos, quiero que veas todo lo que tengo pensado hacerte.

Le coloqué los brazos por encima de la cabeza, junté sus muñecas y con el mismo pañuelo que ella me había atado a mí, ahora lo hice yo.

Sólo llevaba puesto aquel diminuto tanga.

—Esto de momento lo dejaremos— dije estirando la cinta elástica que rodeaba su cadera, para soltarla

enrojeciendo ligeramente aquella zona— tampoco es que tape demasiado.

Se quejó, pero su cara delataba que la excitación le había subido varios grados. Me gustaba en aquella posición. Las piernas flexionadas y abiertas. Los brazos por encima de la cabeza elevaban más aún sus turgentes pechos. Los sonrosados pezones se habían endurecido y se semejaban a dos apetitosas grosellas. Los toqué con la punta de mi lengua, primero uno, después el otro, ella empezó a gemir.

— ¿Qué te gustaría que te hiciera, mi querida Julieta?

—Todo, Adrián, absolutamente todo...

— ¡Ansiosa, eh! Relájate y disfruta, siente cada caricia. Me gusta ver cómo se te eriza la piel cuando paso mi lengua por tu garganta.

Continué acariciándola con mi lengua bajando desde el cuello hacia el sinuoso canal entre sus pechos. Rodeé cada uno, acercándome peligrosamente a las grosellas que los coronaban, pero no las toqué, ella arqueaba su espalda tratando de acercarse a mi boca.

Me coloqué entre sus piernas, totalmente desnudo y con mi pene

apuntando hacia su sexo, lo rocé ligeramente al volver a acercar mi boca a su cuello, ella se movía inquieta y con el deseo desatado.

— ¿Qué pasa, Julieta?

No decía nada, solo gemía y elevaba su cadera buscando el roce de nuestros sexos.

Continué acariciándola sin tocarla, solo mi boca y mi lengua paseaban por su piel. Volví a sus pechos, me enloquecían, eran grandes y turgentes, se los mordí suavemente, olvidando los pezones que solo rocé con mi barba como al descuido. Ella se arqueaba cada vez más, y su respiración era un

constante gemido.

—Voy a comerte estas cerezas que llevas tiempo ofreciéndome...

—¡Aghh... por favor... Hazlo ya!

La miré hasta que sus ojos se quedaron atrapados en los míos y su respiración jadeante pedía clemencia. Acerqué mi boca a sus pechos sin dejar de mirarla, ella volvió a arquearse elevándose para acortar la distancia entre sus pezones y mi boca. No la hice esperar más, atrapé uno de aquellos duros botones entre mis dientes y lo mantuve así mientras con la lengua lo acariciaba presionando, tuve que taparle la boca para mitigar su

grito, volví a hacer lo mismo con el otro pezón. Su piel ardía y con voz entrecortada suplicaba:

—Por favor... Adri...

—¿Qué quieres, Julieta?

—Quiero... necesito... correrme, ¡por favor!

— Voy a dejar que lo hagas, pero aún no hemos terminado.

—Sí, por favor...

Volví a morder sus pezones y a chupárselos empapándolos con mi caliente saliva, estaba al límite, podría correrse sin haberle siquiera tocado su sexo.

—Podrías correrte así, pero seguro que quieres que al menos te meta un

dedo.

—Sí...

No la hice esperar más, retiré hacia un lado la tira del tanga y mientras le lamía los pezones introduje dos dedos en su húmeda y expectante vagina. En cuanto lo hice comenzaron sus espasmos, esta vez amortigué sus gritos con mi boca, y mientras aún palpitaba su placer, introduje mi miembro en su resbalosa y caliente cueva. Entraba y salía, y ella elevaba su cadera para hacer más profunda la penetración.

Pude notar que estaba a punto de otro orgasmo.

—Vas a correrte de nuevo, Xulia, lo sé. Hazlo conmigo.

Amortiguamos nuestros gemidos comiéndonos la boca y rugiendo sin control hasta que nuestros cuerpos dejaron de temblar. Me hice a un lado para que no recayera todo mi peso sobre ella. Nos quedamos en silencio mientras nuestro pulso se recuperaba y ambos procesábamos todo lo que había ocurrido aquella noche.

Ella se quedó dormida enseguida, pero yo no pude. Mi mente daba vueltas a toda aquella intensidad.

Nunca hubiera imaginado que Xulia respondería de aquella manera, ni

que sería capaz de tomar la iniciativa tal como había hecho aquella noche.

Me levanté despacio para no despertarla. Me puse el pantalón del pijama y una camiseta y bajé a la cocina, necesitaba beber algo. Cogí un zumo en la nevera y llevé otro para Xulia, si se despertaba seguro que necesitaría beber, tanto gemido termina por reseca la garganta.

Cuando volví a la habitación, Xulia salía del baño, totalmente desnuda.

—He bajado a beber algo, te he traído un zumo por si te apetecía.

— Gracias. ¿Ahora también

adivinas mis deseos?

Me acerqué a ella sonriendo y, antes de dejarla beber, la besé.

—Vamos a la cama Julieta, vas a coger frío.

— Vale, pero tú estás muy vestido me parece a mí.

Me quité el pijama y mi pene se puso de nuevo en posición.

— ¿Prefieres así?

—Desde luego, me gusta estar en igualdad de condiciones.

La cogí en brazos y la metí en la cama, tumbándome con ella. Se acurrucó a mi lado pegando su espalda a mi torso, los dos notamos mi pene endurecido entre ambos.

—Estás duro otra vez, Adri.

Metí mi cabeza entre su pelo, buscando su cuello que mordisqueé suavemente.

—Claro que vuelvo a estar duro. ¿Cómo no estarlo teniéndote desnuda y pegada a mí, y sabiendo de todo lo que eres capaz...?

Ella levantó su pierna y la echó hacia atrás colocándola encima de la mía. Mi pene se acomodó entre sus nalgas separadas por la postura, llegando con la punta hasta su sexo abierto, caliente y expectante.

—Julieta, voy a metértela de nuevo.

—Hazlo despacio, me gusta sentirte dentro. ¿Crees que podríamos

dormirnos así?

—No lo sé, Xulia... ¿Tú que crees?

—Da igual, tú quédate dentro de mí, no te muevas, solo déjate estar ahí, bien adentro, como si fuéramos uno.

—Xulia, me desbordas con todo esto.

—También tú me desbordas, Adrián.

Me enterré en ella profundamente, tal como me había pedido y la abracé fuerte.

Ella ronroneó dejándose mimar.

— ¿Sabes qué? Me gusta cuando me llamas, Julieta.

— ¿Y tú, sabes qué? Siempre

fuiste mi Julieta.

Nos quedamos callados, los dos digiriendo todos aquellos sentimientos encontrados, que yo por mi parte, no sabía ya cómo manejar.

Poco a poco nos quedamos dormidos, yo dentro de ella y ella totalmente anclada a mí.

Fue una noche inquieta, en algún momento noté que se levantaba, abandonando así nuestra extraña unión, no dije nada, estaba demasiado dormido para reaccionar, aunque pude sentir la cisterna del baño, el grifo del agua, y al poco tiempo a ella de nuevo en

la cama buscándome.

Cogió mi pene flácido y lo acercó a su entrada que siempre estaba caliente y preparada para mí. Lo acariciaba apretándolo a su sexo mientras iba creciendo y adentrándose.

Medio me desperté y me coloqué bien entre sus piernas. Necesitaba dar rienda suelta a la calentura que me habían producido sus caricias.

—No he podido evitarlo Julieta, me has provocado demasiado.

Estaba caliente y tan mojada, que mi duro y grueso pene resbalaba en su interior con placidez. Fue rápido, pues ambos lo

necesitábamos así.

Volvimos a quedarnos dormidos. Yo totalmente estirado en la cama, ella de lado abrazada a mí. Con un brazo encima de mi torso, la mano apoyada en mi pecho y una de sus piernas flexionada y descansando en las mías. Mientras mi miembro flácido se apoyaba en su muslo. Puedo asegurar que fue la noche más increíble de mi vida. Nunca lo había hecho tantas veces en una noche, y desde luego Xulia tampoco, dado que yo era el único hombre de momento en su vida.

«¿De momento?». No quería ni pensar en lo que significaban

aquellas dos palabras, de pronto empecé a fantasear con ambos viviendo juntos en Malcesine y me invadió una especie de bienestar que enseguida me abandonó cuando volví a la realidad.

Eran las nueve de la mañana, si íbamos a subir a esquiar tendríamos que levantarnos. Me daba pena despertarla. Estaba preciosa, dormida y desnuda a medio tapar. Algún día le pediría a Sacha que la pintara así. Cogí el teléfono y le hice varias fotos. Esperé a que se cambiara de postura para hacerle más.

Me senté a su lado y traté de

despertarla. La besé en los ojos, bajé por la nariz hasta su boca. Tenía los labios blandos y mullidos, totalmente relajados y entreabiertos.

— ¡Qué bien sabes por las mañanas, Julieta!

Ella sonrió.

—Tú también.

—Hay que levantarse cariño, hemos quedado para ir a esquiar, aunque si no quieres lo dejamos.

—Sí que quiero, además nos esperan, estaría feo no ir.

— ¡Arriba entonces!

— ¿Ya te has duchado?

—Sí, y mientras lo haces tú, yo

prepararé el desayuno, así que venga...

La dejé en la habitación para que se arreglara. Tenía que salir de allí o continuaría la maratón de sexo que habíamos tenido aquella noche.

Ya había preparado la mesa de la cocina con el café, el zumo y las tostadas cuando entró Sacha.

—Cómo me gusta el olor del café recién hecho. ¿Y Xulia?

—Está terminando de arreglarse, ahora baja. Siéntate que te sirvo el desayuno.

—Eres un encanto, házselo saber a tu «amiga Xulia» para que termine de echarle el guante de una vez,

aunque después de lo que he escuchado esta noche, no debería haber dudas.

— ¿Nos has escuchado?

— Pero ha sido sin querer. Hacíais bastante ruido. Hubo un momento en el que llegasteis a preocuparme, pero enseguida comprendí que todo era producto del sexo caliente y desatado al que os entregasteis.

— Perdona, no queríamos molestarte, y por favor no se lo digas a Xulia, se avergonzaría muchísimo.

— No me habéis molestado, y descuida, no pensaba decirle nada. En aquel momento entró Xulia en la

cocina.

— ¡Ay qué bien huele a café...!

—Eso mismo dije yo.

Las miré a las dos sonriendo y me acerqué a Xulia para besarla. Ella me miró embobada y me devolvió el beso.

—Siéntate y desayuna. ¿Quieres tostadas o prefieres panetone?

— ¿Qué tal está el panetone?

Sacha dejó su café para contestar.

—Buenísimo, lo ha hecho Robertina, te gustará.

—Entonces no me hagas tostadas.

No podía dejar de mirarla, estaba guapísima. El pelo largo y ondulado le caía por los hombros, y

cuando algún mechón rebelde se le escapaba hacia la cara, lo retiraba metiéndoselo detrás de la oreja. Se había puesto un jersey rojo de lana y cuello alto y unas mayas negras. De momento iba descalza, y Sacha se lo recriminó negando con la cabeza.

—Tienes que calzarte Xulia, el suelo de la cocina es de terrazo y te enfriarás.

—Sí, he olvidado traer unas zapatillas.

—Yo te dejaré unas.

Se levantó y fue a buscarlas.

—Toma, pónelas, creo que te irán bien, y están sin estrenar.

—Gracias, Sacha.

—No me las des, no me gustaría que te enfermaras estando en mi casa. Por cierto, tengo trajes de esquí. Si te sirven puedes usarlos y quedártelos.

—Podría tomarlos prestados, pero ¿cómo me los voy a quedar? Son tuyos Sacha.

—Ya os expliqué que mi médico me ha recomendado ejercicio sin riesgo, así que he dejado de esquiar.

—Aun así...

—Bueno, los trajes están ahí, cuando vengas puedes usarlos. ¿Te parece mejor así?

—Está bien. ¿Dónde están esos trajes? Si son de mi talla me los quedo.

—¡Uf, menos mal nena! Eres muy difícil.

Xulia se echó a reír mientras, junto con Sacha, se dirigieron a su estudio.

Cuando salieron de allí, Xulia venía enfundada con un mono rojo abrochado por delante con una cremallera. Los laterales en azul dibujando la silueta del cuerpo y unas botas en blanco forradas de borrego. El traje le quedaba que ni pintado, Sacha y ella llevaban la misma talla.

—Estás espectacular, Julieta. Será difícil que te pierdas en la nieve.

—Esa es la idea— dijo Sacha.

—Yo me compraré el traje arriba, supongo que en donde alquilan los esquís y las botas, también se puede comprar.

—Por supuesto, arriba se puede comprar de todo, pero era una pena dejar apolillar este mono tan chulo que me compré el año pasado y no tuve oportunidad de estrenar, al igual que las botas de descanso.

—Pues si ya estamos listos nos vamos, Xulia.

—Por mí, cuando quieras— se acercó a Sacha, la besó en la

mejilla cariñosamente y le sonrió de aquella forma especial que a mí me enloquecía, y solo para ella dijo —. Gracias, eres una mujer muy especial, y estoy encantada de haber tenido la oportunidad de conocerte.

—Yo también lo estoy, preciosa— y mirándonos a los dos nos apremió —. ¡Hala, venga, marchad ya, que se os hace tarde!

CAPÍTULO XIX

Franco y Lolita nos esperaban, tal como habían dicho, en el lugar donde se cogía el teleférico. Lolita estaba impresionante con su traje de nieve azul eléctrico totalmente ceñido a su esbelto cuerpo, claro que Xulia no tenía nada que envidiarle. Franco no le quitó el ojo de encima. Estuvo pendiente de ella todo el día: «Xulia yo te ayudo», «Xulia mira esto», «Xulia esto otro...». Me pasé parte de la mañana malhumorado, pero no podía decir nada, además Lolita

estaba haciendo lo mismo conmigo. Parecía que se hubiesen confabulado para dejar el campo libre de obstáculos al otro.

Xulia tampoco estuvo muy contenta cuando Lolita me arrastró hacia una pista por la que solo bajaban los esquiadores más expertos. Yo no las tenía todas conmigo, pero no pude librarme. Franco se llevó a Xulia hacia otra pista más fácil y ya no pude verla durante más de dos horas.

El malestar se me pasó en cuanto empecé a deslizarme por la pista. Me puse un poco nervioso al iniciar la primera bajada, era demasiado

peligrosa, y yo fui demasiado osado, teniendo en cuenta que llevaba mucho tiempo sin esquiar. Pero la sensación que me produjo la tremenda bajada me dio un chute de adrenalina que me duró toda la tarde, e hizo que me olvidara de Xulia y de Franco, y hasta de la pesada de Lolita que no hacía más que llamar mi atención con chorradas. Disfruté muchísimo esquiendo y pensé que sería un ejercicio estupendo mientras durase la temporada de esquí. Seguramente subiría a menudo y solo, sin esta chica que me tenía ya un poco agobiado.

Cuando volvimos al refugio, Franco y Xulia se habían quitado los esquís y se habían puesto las botas de descanso. Xulia me miró entrecerrando los ojos y Franco comentó:

—Parece que os lo habéis pasado bien.

A mí no me gustó el comentario, y menos aún la intención que le dio. Le contesté de malas formas:

— ¿No habíamos venido a eso? ¿Tú no lo has pasado bien?

—Pues claro hombre, no te enfades. Me dio rabia que se hubiera notado mi cabreo, y Lolita terminó de rematarlo cuando empezó a relatar

las bajadas que habíamos hecho. Lo hizo con admiración hacia mí, cogiéndome del brazo y sonriéndome con coquetería. Obviamente estaba marcando terreno. Pero Xulia parecía no darse cuenta de nada y le seguía las bromas a Franco.

No sé por qué no arreglábamos nuestra situación de una vez. Aunque supongo, que todo se debía al miedo que los dos teníamos de que el otro se echase para atrás ante lo que estaba empezando a surgir entre ambos. De lo que estaba bien seguro, es de que lo que había entre Xulia y yo, tenía nuevas

connotaciones que no deberíamos pasar por alto.

A las cinco de la tarde bajamos de la estación, hacía ya muchísimo frío y empezaba a oscurecer.

—¿Que os parece si cenamos unas pizzas?— propuso Lolita.

Xulia enseguida se apuntó, claro que fue escuchar pizzas y abrírse nos el apetito de inmediato a los cuatro.

—Pero podremos cambiarnos antes, porque ir con esto a cenar es un engorro— Dijo Xulia.

Franco asintió e hizo su propuesta.

—Son las cinco, ¿qué os parece si nos vamos a casa, nos cambiamos y

quedamos a las seis y media en el restaurante?

—Me parece genial— dijo Xulia.

Yo mismo estuve de acuerdo con la iniciativa de Franco. La verdad, si no fuera porque suponían para mí una seria amenaza con respecto a Xulia, tanto Franco como Lolita, me parecían buena gente y divertidos.

Salimos del teleférico y nos dirigimos con rapidez cada uno a su casa. Xulia se acercó a mí y yo le cogí la mano.

— ¿Lo has pasado bien?

—Sí, y Franco ha sido un estupendo profesor, aunque hubiera preferido que fueras tú el que esquiara

conmigo. No es ningún reproche, quiero que quede claro, solo que me ha dado pena no poder estar contigo, otra vez será.

La acerqué a mí y la besé en el pelo —Sí, otra vez será... —Me paré y la miré cogiéndole la cara entre mis manos—. La próxima vez que vengas subiremos solos los dos.

Ella asintió con una gran sonrisa y continuamos hasta casa a paso ligero.

Nos duchamos y nos cambiamos de ropa en tiempo récord, mientras contestábamos al interrogatorio de Sacha.

— ¿Habéis esquiado mucho?

Seguro que mañana tendréis agujetas. ¿Os preparo algo para cenar?

—No, gracias— contestó Xulia que ya estaba vestida y bajaba las escaleras, mientras yo terminaba de vestirme—. Quedamos en un restaurante para cenar unas pizzas con Lolita y Franco.

— ¡Ajá, estupendo! ¿Lo habéis pasado bien?

—Muy bien, hacía tanto tiempo que no esquiaba que al principio me costó un poco, pero Franco estuvo conmigo en todo momento en las pistas más sencillas y he podido disfrutar mucho.

—Me alegro, me gusta que te lleves un buen recuerdo de tu estancia aquí, de ese modo siempre querrás volver.

—Lo haré Sacha, no lo dudes.

— ¿Qué harás? — pregunté, pues acababa de entrar en la cocina y pillé la conversación a medias.

—Volver. Me gusta mucho Malcesine y me habéis tratado muy bien, siempre tendré un buen recuerdo de aquí, de manera que siempre querré volver.

— ¡Vaya, pues eso me gusta!

—Y a mí también— recalcó Sacha, y cambió de tema—. ¿A qué hora decís que habéis quedado?

—A las seis me parece, ¿no, Xulia?

—Pues no sé, yo juraría que a las seis y media, pero podemos ir yendo.

Nos abrigamos bien, con abrigos, bufandas, incluso gorros, y salimos a la fría noche de Malcesine. Xulia se cogió de mi mano y me miró como pidiendo aprobación para aquel sencillo gesto de cogerse la mano. Yo sonreí y se la apreté, quedando así patente mi conformidad. Tiré de ella y la pegué a mí.

Cuando entramos al restaurante, nuestros amigos aún no habían llegado. Los esperamos tomando un

Chianti. Xulia cogió su copa, la levantó y la chocó con la mía.

—Un brindis, Adriático.

— ¿Y por qué brindaremos esta vez?

—Por los dos, por ti y por mí, para que lo que nos ha ocurrido en Malcesine continúe.

Chocamos las copas y bebimos, luego ella dejó la suya en la barra, cogió la mía e hizo lo mismo, y ya con las manos libres me abrazó rodeando mi cuello y enroscando sus dedos en mi pelo. Yo también la abracé, hundiendo mi cara en su cuello, me gustaba olerla, la apreté fuerte contra mí y los dos pudimos

comprobar que mi miembro se había despertado de nuevo. Xulia susurró en mi oído.

—Hoy me has tenido muy abandonada, cuando lleguemos a casa te castigaré por ello.

—Has sido tú, que no tenías ojos más que para Franco.

—Solo estaba siendo amable para con sus atenciones, claro que también tú le dedicaste el tiempo a la espectacular Lolita.

— ¿Estás celosa?

— ¿Por qué había de estarlo? No somos novios, ni pareja... cada uno tenemos libertad para hacer lo que nos plazca, esto fue lo que

acordamos si mal no recuerdo.

—Esto fue lo que tú propusiste: «mientras el otro no tenga pareja, podemos seguir acostándonos y teniendo sexo».

—Y tu aceptaste, era lo que querías... ¿O no?

—No sé si era lo que quería, ni sé qué clase de problemas nos traerá esto, pero de momento así están las cosas entre nosotros, por eso pensé que tal vez te apetecía estar con Franco.

— ¿Sabes qué? Lo que me apetezca o no, es cosa mía, no quiero que te anticipes, ni que pienses por mí. Cuando me apetezca estar con otro

te lo diré.

—De acuerdo, seguimos entonces con nuestro diabólico trato.

—No sé por qué dices diabólico, aunque ahora que lo pienso, cometemos muchas diabluras tú y yo.

Los dos nos echamos a reír, lo que hizo que todas las personas que se encontraban en el local nos mirasen con escepticismo y, tal vez, con un poco de envidia ante lo que parecíamos; una pareja de enamorados abrazados, que se comían con los ojos y eran capaces de reírse abiertamente.

Después de aquellas risas nos

miramos y los dos nos entregamos a un beso lento, suave, y sensual, en el que nos mordimos y jugamos con nuestras lenguas, acariciándonos y haciéndonos el amor con ellas.

Yo estaba tan duro que tendría que ir al aseo a liberarme o no podría sentarme en la mesa del restaurante.

—Tengo que ir al lavabo, Xulia.

—Vete y espérame.

No podía creer lo que me acababa de decir. Estaba entrando en la zona de aseos cuando oí a Xulia hablar con Franco y Lolita que acababan de llegar.

—Esperad un momentito, voy al

aseo.

— ¿Y Adrián?

— También ha ido, es que nos hemos tomado ya un par de vinos...

Franco asintió y comentó en alto para que ella pudiese escuchar.

— Iremos pasando pues al comedor.

¿Pedimos pizza para todos o queréis otra cosa?

— Hemos venido a cenar pizza, a mí me encanta y a Adri también.

Esperé en el aseo impaciente a que Xulia llegara. Cuando lo hizo, nos metimos en un compartimento del baño de hombres. Nada más cerrar, Xulia se subió encima de mí, enroscando las piernas en la cadera

y con los brazos me rodeó el cuello. Metió su cabeza en el hueco de mi hombro y comenzó a lamirme y a besarme sin tregua.

— ¿Qué pasa Julieta, estás muy caliente?

— Todo el día viéndote de lejos con «la Lolita» toqueteándote, y yo teniendo que soportar los envites de Franco, que no se rinde. Ya no podía más, necesitaba un poco de ti...

— ¿Qué quieres primero? Porque después de todo un día con Lolita, yo también tengo muchas ganas de tenerte de mil formas diferentes.

— Pues va a tener que ser algo

rapidito, porque nuestros amigos nos esperan ya en el comedor.

Metí las manos por debajo del vestido de lana que se había puesto y pude comprobar que, como me había dicho en Venecia, llevaba las gruesas medias de lana sujetas con un ligero. Ella se soltó de mi cuello para desabrocharme el pantalón y liberar mi pene totalmente duro y goteando.

La dejé en el suelo.

—Date la vuelta y apóyate en la cisterna.

Lo hizo, yo me agaché para bajarle las bragas.

—Levanta una pierna para que pueda quitártelas.

Hizo lo mismo con la otra, se las quité y me las guardé en el bolsillo. Separé sus nalgas abriéndola para verla bien y no pude contenerme, acerqué mi boca a aquel vértice púrpura, húmedo y caliente y pasé mi lengua en una caricia densa, introduciéndola en aquellos lugares que se abrían a mi paso latiendo intensamente.

—Te vas a correr, lo noto.

Me levanté e introduje mi pene de una sola estocada, quiso gritar, pero le tapé la boca, pues oí abrirse la puerta del baño. Algún tipo había

entrado y no me apetecía nada que nos oyesen.

— ¡Chsss, no hagas ruido! — le dije en voz muy baja al oído —. Ha entrado alguien, no te muevas.

Me costó quedarme quieto dentro de ella, tan caliente. Sobre todo, cuando empezó a palpar y supe que se estaba corriendo sin que yo me moviese, aquello me enloqueció y la mordí en el cuello para evitar que ningún sonido saliera de mi boca, me corrí con sus espasmos apretándome y exprimiendo toda mi lava caliente. Nos quedamos un momento así, recuperándonos de la intensidad del momento.

Me salí a duras penas de su interior, ella se dio la vuelta y se sentó en la taza. Sacó del bolso que había dejado en el suelo, toallitas húmedas y me limpió, aquello volvió a ponérmela dura.

—Lo siento— Dijo ella, hay que asearse un poco.

—Déjame que te limpie yo a ti.

—No sé si es buena idea, llevamos más de cinco minutos en el baño. Se van a mosquear.

—Que esperen un poco, ya vamos ahora.

Le quité las toallitas de la mano y cogí unas cuantas, la limpié con delicadeza, aunque aproveché para

acariciarla y dejarla de nuevo caliente y con ganas.

—Ahora saldré yo primero, creo que no hay nadie.

Una vez fuera del baño, ella se dirigió al baño de señoras.

—No me has devuelto las bragas— me dijo antes de entrar.

—Te las devolveré en casa, y siéntate a mi lado en la mesa.

Ella sonrió pícaro, el juego no había hecho más que comenzar.

Cuando llegué al comedor, Lolita y Franco estaban cómodamente sentados degustando un vino que les servía el camarero. Franco hizo que me sirvieran a mí también.

—He preguntado qué vino estabais bebiendo y he pedido el mismo.

—Me gusta mucho este Chianti y a Xulia también— dije—. ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace un momento, justo entramos cuando Xulia iba al lavabo. ¡Ah, mírala, ahí viene!

Me quedé embobado viéndola venir desde el otro extremo del salón, con aquel vestido de punto, que se ceñía a su bien formado cuerpo. Le sentaba bien el rojo, las medias eran negras y gruesas, y hacían dibujos de encaje.

Lo mejor de todo era la información privilegiada que yo

tenía, las llevaba sujetas con un ligero y además sus bragas estaban en mi bolsillo.

Se sentó entre Franco y yo. Él amablemente le retiró la silla. Me molestaba la insistencia de Franco, pero ella no parecía darle importancia.

Lolita se desvivía conmigo, tendré que hablar seriamente con ella. Tiene que quedarle claro que el único interés que nos une es comercial, ya que tenemos negocios a medias. Incluso podríamos ser buenos amigos, pero nada más, desde luego, nada de lo que ella pretende. En cuanto Xulia se

marche iré a hablar con ella. No me gustaría que se generase mal ambiente entre nosotros. Por el contrario, quisiera llevarme bien con ella, bueno, con los dos. Para que los negocios funcionen bien, tenemos que formar un consorcio bien avenido, y yo estaba dispuesto a ello.

La cena discurrió con normalidad, aunque no con toda la que yo quisiera. Lolita continuó en sus trece toda la noche, y Franco tres cuartos de lo mismo. Yo acariciaba el muslo de Xulia de vez en cuando, intentando aproximarme al vértice, ella se abrió un poco para

facilitármelo, pero los otros dos estaban tan pendientes de nosotros que era imposible. Finalmente, Xulia, con buen criterio dijo que estaba cansada, y nos marchamos.

Franco insistió en llevar a Xulia al aeropuerto, pero ella declinó amablemente diciendo que se iba el lunes y que no quería interrumpir el trabajo de nadie.

Yo la miré entrecerrando los ojos, pero no dije nada.

Cuando por fin salimos al exterior, hacía un frío tremendo y empezaba a nevar.

—He traído coche— Dijo Lolita— os llevo.

Se adelantó Xulia.

—No hace falta, si la casa de Sacha está aquí al lado, y si os digo la verdad me apetece este aire frío en la cara. Me espabilará, creo que tomé demasiado vino.

Nos despedimos de ellos. Xulia les aseguró, sobre todo a Franco, que en cuanto volviese lo avisaría para planear actividades juntos. Y Lolita dijo que como yo me quedaba, ya me llamaría ella para salir.

Cuando por fin estuvimos solos, Xulia se cogió a mi cintura y yo le pasé un brazo por los hombros acercándola a mí.

— ¿Quieres que te diga una cosa?

—Dime lo que quieras. ¿Qué ronda por esa cabeza tuya?

—Mira Adri, ya sé que son tus socios, y son buena gente, y hasta si me pones, guapos. Pero, ¡qué cansinos! Ya estaba un poco agobiada con tantas atenciones.

—Así que guapos dices...

—Pues sí, no me digas que Lolita no es una italiana de «rompe y rasga» y Franco está bien bueno, la verdad.

—Y entonces, ¿se puede saber por qué no le das una oportunidad?

— Porque no es mi tipo, que esté bueno no quiere decir que me tenga que enrollar con él.

—Quieres decir que yo sí, soy tu tipo.

—Tú lo que eres es un creído, ¡no te digo! Y no te despistes, que Lolita va a por ti. Y me parece que es de las de armas tomar...

—¿Y a mí qué?

—Pues que, en cuanto me vaya, vas a estar solo ante el peligro.

—No tanto, no te presenté aún a Carlo y Clara, su mujer, son aquellos amigos con los que tan bien me lo pasé en mi adolescencia. Él es contratista, es el que hizo la reforma de la casa de Sacha, tienen un niño y van a tener otro.

—No me habías contado nada de

eso.

—Bueno te lo estoy contando ahora, tampoco hemos tenido mucho tiempo. Pero lo arreglaré para que podamos cenar con ellos antes de que te vayas, por cierto, ¿qué es eso que le has dicho a Franco de que te vas el lunes?

—Una pequeña mentira para deshacerme de él estos dos días.

—Ya, bien. Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Pues por dedicarme estos días en exclusiva.

Me miró con aquella sonrisa pícara. Con la que prometía ser muy mala.

—Recuerdas que te tengo un castigo preparado por haberme dejado sola en la nieve.

—No te dejé sola, tú te fuiste con Franco, es muy diferente.

— ¡Ja! Pero no vamos a discutir sobre eso. ¿Aceptarás el castigo sí o no?

—Siempre y cuando esté acorde a la infracción.

—Sobre eso no tengas dudas.

Cuando entrábamos en casa eran las once de la noche. Sacha aún estaba levantada.

—Hola chicos. ¿Qué tal las pizzas?

—Riquísimas— dijo Xulia—. Las más ricas que he comido nunca.

—La verdad es que en ese restaurante al que fuisteis es uno de los que mejor las preparan. Por cierto, Adrián, te ha llamado Carlo, dice que le llames, que os esperan a comer en su casa.

—Qué bien, tengo ganas de presentártelos— Le dije a Xulia— y ahora qué tal si nos acostamos, yo estoy cansadísimo. Ha sido un día muy intenso y de mucho ejercicio. Sacha nos miró entrecerrando los ojos y comentó:

—Esquiar es un ejercicio agotador...

—Sí— añadió Xulia— yo también estoy cansada. Hasta mañana

Sacha, que descanses.

—Hasta mañana... Yo también me voy a dormir.

Xulia se metió en el baño de la habitación y cerró la puerta. Me sorprendió que lo hiciera y pensé que tal vez se había enfadado por algo, pero no encontré ninguna razón.

Me puse un pantalón de pijama sin nada más y me tumbé en la cama esperando que Xulia saliese del baño y pudiéramos hablar. Mientras, llamé a Carlo disculpándome por la hora, quedamos para comer al día siguiente y le confirmé que llevaría

a una amiga. Colgué justo cuando Xulia salió del baño, y me quedé sin palabras.

Llevaba puesto un corsé de encaje negro forrado con una tela en color carne. Al fondo tenía unas tiras con las que sujetaba las medias. Se había puesto también un tanga del que solo se podía ver el pequeño triángulo, también de encaje, que medio ocultaba su sexo.

—Tienes que ayudarme a atar el corsé.

Me levanté como por inercia, ella se dio la vuelta y yo me volví loco al ver su esplendoroso culo totalmente desnudo, pues la tira del

tanga se escondía entre sus nalgas. Tiré de las correas del corsé hasta dejárselo tan ceñido como ella me pidió. Al darse la vuelta, pude ver por qué quería que se lo apretase tanto. Ahora sus pechos parecían exuberantes y sus pezones amenazaban con asomarse por encima.

— ¡Estás preciosa!

— ¿Te gusta?

— ¿Lo dudas? Me encanta. Ya me contarás el plan...

CAPÍTULO XX

Aquella fue una noche memorable. Xulia vestida para «matar» y yo babeando ante el espectáculo que me ofrecía.

Quise tocarla. Pero apenas me dejó pasarle la mano por el culo, y la lengua por el borde del escote tratando de tocarle la punta de los pezones.

—Te he dicho que te merecías un castigo y voy a dártelo— Me dijo.

—No sabía que eras tan mandona.

— Bueno, a las personas se las va conociendo poco a poco...

Quise besarla, pero se apartó dejándome con la miel en los labios y mi pene totalmente duro y rebosante.

—Quítate ese pantalón, me gusta verte desnudo.

Dejé caer el pantalón hasta el suelo y le di con el pie para apartarlo.

—Pero qué desordenado eres.

Se inclinó a recogerlo dejando las piernas estiradas y separadas para que pudiera ver bien su sexo atravesado por la tira del tanga. Se me escapó un suspiro y no pude evitar tocarla allí con la punta de los dedos. Ella se dejó hacer y yo me decidí a introducirle un dedo,

estaba totalmente mojada. Me acerqué para continuar, pero se apartó dejándome con las ganas.

Me miró con los ojos vidriosos, estaba tan excitada como yo. Quise provocarla más y me chupé el dedo que le había introducido.

— ¡Ummm, eso que has hecho me ha puesto muy caliente!

—Acércate y vuelvo a repetirlo.

Volvió a sorprenderme acercándose y poniéndose de nuevo con su culo en pompa hacia mí. Iba a poner mis manos en sus nalgas, pero me lo impidió.

—Solo méteme un dedo.

Le metí dos y lo hice con fuerza,

para llegar bien adentro, emitió un gemido, pero volvió a apartarse.

—Has metido dos dedos, chúpalos.

Lo hice cerrando los ojos y disfrutando de aquel sabor de ella, al que ya estaba totalmente enganchado.

—Túmbate en la cama y agárrate a los barrotes.

—¿Vas a volver a atarme?

—Sí, voy a atarte de nuevo, pero esta vez dejaré que veas todo lo que va a suceder.

Hice lo que me pidió. Ella se acercó con unas esposas de piel con las que sujetó mis muñecas a los barrotes.

—Has traído muchas cositas por lo que veo.

—Quería sorprenderte y no era fácil.

—Pues lo has conseguido. Me sorprendes cada día.

— ¡Chsss, no hables...!

Para sujetarme a los barrotes, apoyó un pie encima de la almohada, al lado de mi cabeza. Se colocó de tal forma que su sexo quedó a la altura de mi boca. Su olor me enloqueció y no pude evitar lamerla, ella se dejó hacer apretando su sexo contra mi boca. Mordí aquellos labios bien depilados, cogí entre los dientes su

clítoris y lo presioné con la lengua dándole pequeños golpecitos. La tenía pillada, no podía alejarse pues su endurecido botoncito estaba entre mis dientes. Resoplaba y gemía desesperada. No la solté hasta que se corrió. Cuando empezó a palpar, le introduje la lengua y recibí todo su orgasmo en mi boca.

—Déjame metértela cariño, lo necesito.

—Has sido muy malo, esto no tenía que pasar...

— ¿Qué no tenía que pasar? Déjame entrar, Julieta.

Ella cogió mi pene entre sus manos, lo lamió y se lo introdujo

cabalgándome hasta que ella misma volvió a correrse. Yo estaba a punto, pero se salió y me dejó allí con todas las ganas.

—Esperaremos hasta que se te pase un poco la calentura.

Me sentí totalmente frustrado y me enfadé.

— ¿Por qué me has hecho esto?
¡Desátame, se acabó el juego!

—No eres tú el que decide cuando se acaba. Y por supuesto, todavía no ha acabado.

No contesté nada, miré hacia la ventana enfurecido.

Ella se colocó delante de mí, para obligarme a mirarla.

—No te enfades Adri, es un juego. Déjame jugar contigo, te aseguro que los dos lo pasaremos bien.

El enfado y la frustración se me fueron pasando a medida que me fui enfriando. Ella se agachó y me ofreció su boca.

Me besó hasta que respondí a su beso.

De nuevo estaba a tope y ella volvió a darme órdenes.

—Flexiona las piernas y ábrelas bien.

La vi echarse en las manos gel de un bote, y coger un plug anal que guardaba en una bolsita, con las manos empapadas en aquel

lubricante empezó a masajearme, separándome las nalgas.

—Ábrete bien, ¿o prefieres darte la vuelta?

—No, quiero ver...

Me enseñó el plug que además era vibrador.

—Te lo voy a meter, tienes que relajarte, este es un poco diferente del de ayer, tiene por un lado un estimulador prostático que te va a proporcionar un orgasmo espectacular.

— ¡Dios, Xulia! ¿De dónde has sacado todo esto?

—Eso ya te lo contaré, tú ahora disfruta.

Me relajé y me dejé llevar por las caricias de Xulia. Supo muy bien cuándo debía introducirme el plug, y cuando lo hizo enloquecí de placer. Mi pene estaba totalmente levantado y yo me retorcí y levantaba la cadera tratando de meterlo en algún lado. Entonces ella se me colocó encima a horcajadas, retiró la tira de su tanga y con los dedos abrió su sexo para mí y se empaló sentándose encima. Escuché un grito que no sé cuál de los dos lo emitió, pero aquello se volvió totalmente salvaje, yo empujaba subiendo la cadera con todas mis fuerzas y ella se dejaba

caer con todo su peso de manera que mi pene llegaba hasta lo más profundo. Gritamos los dos cuando el orgasmo nos hizo añicos licuándonos por dentro. Me quitó el plug y se derrumbó encima de mí desmadejada y casi inconsciente.

De pronto empecé a preocuparme, ella no se movía y yo no podía hacer nada ya que seguía atado.

— ¿Xulia, estás bien? Contéstame cariño. Xulia, por favor, dime algo.

— ¡Ummm ... cállate, hablas mucho!

— ¡Desátame, por favor!

— Espera, aún no puedo moverme.

— No voy a dejar que me ates más,

que te quede claro.

Ella levantó su cabeza, que tenía apoyada sobre mi torso, y con cara de inocencia me preguntó:

— ¿Qué pasa, no te ha gustado?

— Me ha gustado mucho cariño, pero me has asustado, si te pasara algo, no podría ayudarte estando atado.

— ¿Se puede saber qué podría pasarme?

— Yo que sé, cualquier cosa...

En cuanto pudo incorporarse, cogió unas pequeñas llavecitas de encima de la mesilla, abrió las esposas y me liberó. Ya libre, la envolví en un abrazo y sembré pequeños besos

por su cara y su cuello.

—Ahora vas a contarme cómo se te ha ocurrido todo este montaje y dónde has comprado estos artilugios.

—Aún tengo más cosas...

—Madre mía Julieta, estás hecha una perversa. A ver, cuéntame...

—Sabes que he tenido que volver a Barcelona. Tuve que asistir a un evento de una de mis autoras, y no se les ocurrió nada mejor que hacerlo en una tienda erótica. «Erotic Sensual» se llama, está en Badalona. La verdad, al principio estuve un poco escéptica con respecto al lugar del evento, pero al

final resultó increíble. Hubo muchísima gente, el libro se vendió como rosquillas y la chica de la tienda también vendió lo suyo. La verdad es que María Higuera ha sido una anfitriona genial, y por supuesto fue la que me asesoró con todo este asunto. Se ha convertido en una amiga muy especial. Tiene de todo lo que se te pueda ocurrir y hasta lo que ni siquiera imaginas.

—No le habrás explicado nuestra vida sexual a una desconocida.

—En realidad sí, le expliqué lo que hicimos en Venecia y también que iba a venir a verte y que no sabía si tendríamos amigos con los que

compartir, así que me recomendó algunos juguetitos para enriquecer nuestros juegos. También me compré allí el corsé, no me digas que no es monísimo.

— Es «monísimo», Julieta. ¿Sabes qué? Me recuerda al corpiño del traje de época con el que te disfrazaste en Venecia. Elevaba tus pechos del mismo modo que lo hace este corsé.

—Sabía que dirías eso. Fue lo que pensé cuando me lo probé.

—Y ahora qué te parece si dormimos un poco.

—Solo una pregunta Adri. Los amigos que voy a conocer mañana,

Carlo y Clara, ¿también «juegan»...?

—No lo sé, acabo de reencontrarlos y no tengo la suficiente confianza como para preguntárselo, pero no creo... me parece que son más clásicos, no sé... Y como veo que te gusta, cuando vengas en Semana Santa iremos a Venecia a ver a Marco — La vi sonreír y añadí —. No pensé que te gustarían tanto los juegos a tres bandas.

—En realidad me gusta todo lo que hacemos tú y yo...

Después de quitarse el corsé y de lavarnos un poco nos acostamos

desnudos. Esto se había convertido ya en algo normal. Los dos nos sentíamos muy a gusto en el cuerpo del otro.

Nos despertamos bastante tarde, y como no podía ser de otra forma, tuvimos buen sexo mañanero, más bien nos hicimos el amor suave y lento, recreándonos en cada caricia y besándonos con hambre.

Después de una relajante ducha nos vestimos y bajamos a desayunar. Ya había venido Robertina a hacer las faenas de la casa.

Sacha me llevó a su estudio, con la excusa de enseñarme lo último que estaba pintando, mientras Xulia

subió a ponerse las botas.

—A ver Adrián, ¿Xulia y tú sois pareja?

—Pues de momento no. Somos amigos, y ya sabes...

—Sí, ya sé, ella es tu agente. Pero no me cuadra. Dos que no son pareja, no duermen todos los días juntos y hacen el amor como locos toda la noche.

Me sentí avergonzado. La noche pasada había sido una auténtica locura, no habíamos reparado en que Sacha estaba en el piso de abajo escuchándolo todo, y no habíamos sido nada discretos.

—Siento que te hayamos

molestado, no volverá a ocurrir.

Se echó a reír.

— ¿Y cómo lo vais a conseguir, dormiréis en diferente habitación?

—Preguntó con retintín — Que conste que no os estoy recriminando nada, pero no entiendo vuestra reticencia a poner nombre a vuestra relación.

—Ya, bueno, no sé si importa demasiado etiquetar la relación, lo importante es sentirse bien y de momento los dos lo hacemos.

Sacha levantó las manos y torció la cabeza diciendo.

—Pues vosotros sabréis, y disculpa que me haya entrometido, cosas de

vieja...

La abracé y la besé en la frente.

—No, más bien cosas de madre, que es lo que tú eres aquí para mí.

Me devolvió el abrazo agradecida y creo que emocionada por mis palabras. Aunque tuve que reconocerme a mí mismo, que todo lo que me dijo, ya lo tenía yo más que pensado, pero no quería abrumar a Xulia con el tema. Era mejor que las cosas fueran discurriendo por su camino, y ya veríamos...

—Ya estoy lista— dijo Xulia acercándose a la puerta del estudio.

—Pues venga, vamos a dar un paseo por la orilla del lago mientras hacemos tiempo para ir a comer con Carlo y su mujer.

Paseamos en silencio disfrutando de la fría pero soleada mañana.

—Estás muy callada, Julieta. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Me gusta este silencio en tu compañía, disfrutando del sol que se refleja en el lago e ilumina aún más la mañana.

— ¡Uy, qué romántica estás esta mañana! Aunque la verdad es que, disfrutar de este paseo y este entorno, es algo impagable.

—Cuéntame algo de esos amigos que voy a conocer hoy.

— ¿De Clara y Carlo, dices?

—Sí, de ellos.

—Pues verás Carlo y Enzo, que es monitor de esquí, lo que pasa es que ayer cuando subimos a esquiar no estaba, son los mejores amigos que hice aquí por aquellos años. Luego estaban Clara, Bettina y Marcela, a las que nos dedicábamos a perseguir porque a Carlo le gustaba Clara y a mí Marcela.

—Y ¿Enzo y Bettina?

— Ellos no, eran simplemente amigos, bueno, amigos lo éramos

todos.

— Sí, pero lo de Carlo y Clara terminó en matrimonio.

—Supongo que eso son las cosas de la vida. También influyó el que se quedaran aquí los dos. Enzo también se quedó, pero Bettina es azafata de vuelo y vive en los aeropuertos, imagínate...

— ¿Y Marcela?

—Según me contó Carlo, es periodista y trabaja en la televisión italiana, al parecer tiene un programa de mucho éxito en Italia.

— ¿Y no os habéis vuelto a ver?

—No, es más, cuando vine ni se me ocurrió que pudiera encontrarlos,

pero por una de esas casualidades de la vida, Carlo es contratista, como sabes, y Sacha lo había contratado para la reforma de la casa...

— ¡Qué bien! Da mucha alegría encontrarse con gente que conociste de niño y que no has visto en años. ¿Y no hay posibilidad de que os reencontréis todos? Aunque solo sea para saludaros. No sé, tal vez podríais organizar un reencuentro... Me paré a mirarla, y debí poner una cara muy rara, porque me devolvió la mirada frunciendo el ceño, preguntándose qué era lo que había provocado aquella mirada.

— ¿He dicho algo raro? ¿A qué viene esa mirada?

—Nada, no has dicho nada raro, pero me han sorprendido tus dotes adivinatorias.

— ¡Qué...!

—Pues que eso mismo hemos pensado Carlo y yo, y Clara está tratando de organizar una comida aquí los seis amigos. Seguramente en Semana Santa, así que, si vienes para entonces, los conocerás a todos.

—Ah, pues genial, me encantará terminar de conocer esa parte de tu vida, y hablar con los amigos de entonces puede resultar bastante

esclarecedor.

—No sabía que te interesara tanto mi vida.

—Siempre me ha interesado, pero no ves que soy tu agente, tengo que saberlo todo de ti.

— No te pases. ¿Para qué necesitarías saber mi vida?

—Para consolarte cuando estés triste, y para solucionar una posible crisis de esas que dan a muchos escritores. De repente me llaman para comunicarme que dejan de ser escritores, que ya no tienen nada sobre lo que escribir...

— O sea, que además haces de psicóloga.

—Ya te lo he dicho, hago de madre para algunas, de amiga íntima para otras, de psicóloga para la mayoría... No sabes la de mierda que puedo llegar a escuchar.

—Ya... pero sigo pensando que en el fondo te gusta.

— ¡Anda, pues claro! Si no de qué...

—Tenemos que irnos ya, he quedado con ellos a la una y media. Piensa que aquí comen más temprano, están haciendo un esfuerzo por nosotros.

La comida en casa de Carlo y Clara resultó muy agradable, creo que Xulia les cayó bien, y a ella le

ocurrió lo mismo con ellos.

Hablamos de todo un poco, pero sobre todo de mí y del éxito enorme que estaba empezando a tener. Xulia se encargó de dejarles claro todo eso. También hablamos del pasado, de los veranos en Malcesine. Xulia quería saberlo todo, y no se cortaba en preguntar. Calo a veces me miraba, como queriendo saber si debía contarlo o no, sobre todo cuando salió lo de mi enamoramiento con Marcela.

—No te cortes Carlo, cuéntalo todo. No sabes lo curiosa que puede llegar a ser mi querida agente.

Clara puso la tele, comentando que Marcela saldría hoy en una tertulia que hacían los domingos por la tarde.

—Verás qué guapa es nuestra Marcela, y muy lista. Por cierto, he hablado con ella, y me ha dicho que cogerá vacaciones en semana santa y que ya pensaba venir a estar unos días con sus padres, aunque tal vez venga su novio.

Yo me alegré muchísimo al escuchar aquello.

—Entonces está hecho. Solo falta Bettina. La he llamado a la oficina de la compañía, es el teléfono de contacto que me ha dado. Me han

dicho que está en Singapur, pero que en cuanto regrese me llamará, tal vez pueda arreglarlo para coger un par de días de descanso.

—Va a ser genial reunirnos de nuevo, y cada uno con nuestras respectivas parejas —dijo Carlo y añadió enseguida—. Bueno, el que la tenga claro, pero en tu caso Xulia, aunque no seáis pareja, estás invitada puesto que eres la que más sabe sobre nuestro querido amigo y escritor Adrián Enríquez.

—La verdad es que tenía pensado coger unas pequeñas vacaciones esa semana y venirme a esquiar, que le he cogido gusto...

—Pues nada, contamos también contigo.

Estábamos tomando café, cuando empezó el programa de la tele en el que salía Marcela. Clara giró la tele para que pudiéramos verla desde la mesa del comedor.

—Mírala, es ella— dijo Carlo.

Xulia se acercó a la tele para verla bien.

— ¡Adri, es una belleza!

—Pues qué te creías, yo sólo me lío con bellezas...

Volvió a sentarse y se quedó un poco seria. A partir de ese momento su locuacidad se vino a menos. Carlo y su mujer creo que

no se dieron cuenta, pero yo que la conocía bien, supe que algo le había pasado. No obstante, la reunión con estos nuevos amigos resultó entrañable y divertida.

Yo quedé con ellos para cenar el sábado siguiente y Xulia se despidió, porque se iría el miércoles.

Volvíamos paseando, aunque ya empezaba a anochecer. La tertulia de después de comer había durado varias horas. Y allí anochecía antes que en España, seguramente algo más de una hora, y más en invierno, estábamos en febrero.

No le pregunté nada sobre aquel

cambio de actitud que se había producido en ella. Decidí no darme por aludido, como si no lo hubiera notado. Caminábamos en silencio y despacio observando las calles del pueblo a la luz de las farolas.

Interrumpió nuestro silencio el teléfono de Xulia.

La escuché hablar, al parecer con una de sus autoras.

—Vale, tranquilízate Teresa, no pasa nada, hablo yo con la editora, no te enfades y déjalo de mi cuenta.

Aún tuvo que insistir más en aquello de que se tranquilizara, tuvo que prometerle que llamaría inmediatamente a la editora...

Cuando colgó, resopló negando con la cabeza y marcando un número en su móvil.

— ¿Qué ha pasado, Xulia? —
Pregunté.

—Espera, ya te contaré.

De nuevo se puso a hablar, ahora me pareció que se trataba de la editora. Pude ver a Xulia en acción y me excitó ver su dominio del tema, cómo se manejaba, y lo bien que nadaba entre dos aguas, y eso que, al parecer, estas eran turbulentas.

—De acuerdo, intentaré cambiar mi vuelo, pero no será fácil.

Colgó y volvió a marcar otro

número, ahora hablaba en italiano, comprendí que lo hacía con el aeropuerto. Trataba de hacerles entender que tenía que adelantar su vuelo del miércoles por alguno que saliera el lunes por la mañana, y si no podía ser de mañana, a cualquier hora de la tarde o incluso de noche. Tenía alguna dificultad para entenderse con la operaria que la estaba atendiendo. Le quité el teléfono de la mano y el expliqué en mi buen italiano y con un tono algo enfadado, lo que ella llevaba un buen rato tratando de decirles. Me aseguré de conseguirle un billete, que finalmente le dieron para las

nueve de la mañana del lunes.

—Xulia, mientras haces la maleta me explicas qué ha pasado.

Me miró extrañada, cuando le dije que hiciera la maleta, pero enseguida le expliqué lo que haríamos.

—Nos vamos al aeropuerto, prefiero que durmamos allí, si no tendríamos que salir mañana a las cinco de la madrugada para llegar al vuelo.

—De acuerdo, siento este cambio de planes, no era mi intención interrumpir estos días, pero a veces ocurren cosas así.

— ¿Qué ha pasado, se puede saber?

—Pues una autora, que le ha dado mal rollo que la editora quisiera cambiar un capítulo de su libro, y el título. Y le ha dicho, ni corta ni perezosa, que se negaba a publicar con ellos, que de ninguna manera le dejaría tocar su manuscrito a ninguna editora que quisiera cambiar ni una palabra de su texto. La editora se ha sentido tan ofendida por las palabras de la autora que dice, que aunque fuera el único manuscrito sobre la faz de la tierra, no lo publicaría de ninguna manera. Así que ahora me toca a mí hablar con ellas individualmente y volverlas a poner en sintonía, a ver

si se puede.

Le ayudé a recogerlo todo, se despidió de Sacha con la promesa de volver, y salimos para el aeropuerto.

—Siento hacerte ir hasta Milán a estas horas y así de repente.

—Yo lo único que siento es que te vayas antes de tiempo. Además, ahora me tocaba a mí jugar contigo y con esos juguetitos tuyos...

Volvió a sonreír.

— ¡Por fin, esa sonrisa de nuevo! Ya pensé que la habías perdido para siempre.

—Qué tonto eres, ¿cómo se va a perder la sonrisa para siempre?

—No lo sé, solo me alegro que tú no lo hayas hecho.

Llegamos a Malpensa a las once de la noche, nos alojamos en el mismo hotel en el que lo había hecho yo la otra vez. Cenamos algo en una cafetería y nos fuimos a dormir.

Me desnudé totalmente, tal como venía siendo habitual entre los dos. Ella, aunque un poco reticente, también lo hizo. Por supuesto, saltaron chispas en cuanto nuestros cuerpos se rozaron, nos envolvimos en un lío de brazos y piernas enroscados en el otro y nos devoramos como nunca y como

siempre...

CAPÍTULO XXI

Nos levantamos pronto, Xulia tenía que embarcar y su vuelo salía a las nueve de la mañana. La despedida fue un poco seria para mi gusto. El malestar que se había generado el día anterior continuaba, no me hacía gracia que se fuese enfadada, pero por el momento tendríamos que dejarlo así.

La besé con cariño y me devolvió el beso de la misma forma.

Ya había pasado el escáner de control cuando la llamé y, enseñándole el móvil, dije con la

boca, pero sin voz, «Te llamaré». Ella me entendió porque asintió sonriendo.

Cuando llegué a Malcesine, estaba un poco abatido por cómo habían sucedido las cosas, sobre todo por aquella incomodidad que se produjo en casa de Carlo.

Me tomé un café con Sacha, contándole por qué se había tenido que ir tan precipitadamente y me subí al estudio. Tenía que revisar el correo, no lo miraba desde que había llegado a Italia y posiblemente estuviera colapsado. Además, la editora no tardaría en mandarme las correcciones, si no lo

había hecho ya.

Me entretuve un rato fisgoneando en las redes sociales. Como siempre, Xulia mantenía activas mis redes colgando cada día alguna historia y tratando de mantener la expectativa con respecto a la nueva novela que saldría a principios de verano.

Después de haber perdido un buen rato en tonterías, abrí el correo. Era increíble la cantidad de correos que podían llegar a entrar en un día. Tal como imaginé, aquello estaba saturado, tendría que hacer limpieza, pero con cuidado de no desechar lo importante. La mayoría, como siempre, era propaganda de

infinidad de cosas, y un montón de mensajes de Amazon, me puse a eliminarlos sin abrir, hasta que llegué a uno diferente. Me inquietó porque era de la editora, y aunque lo esperaba, me produjo una especie de nudo en el estómago. Es verdad que le había gustado el manuscrito, pero seguro que tenía muchas cosas que objetar, y yo tenía un poco de miedo de aquellas objeciones, no estaba muy seguro de ser capaz de asumirlas. Dejé de divagar y lo abrí:

«De: Mabel Castels. Editora

Para: Adrián Enríquez

Asunto: Primeras galeradas

Estimado Adrián:

Tal como te dije cuando firmamos el contrato en Barcelona, empezaremos si te parece con las correcciones. No quiero influir en nada que tenga que ver con la historia que cuentas, pero sí me gustaría proponerte algunos cambios en la estructura de la obra... bla, bla, bla...».

Releí la carta varias veces y se la reenvié a Xulia, necesito que ella me dé su opinión. No sé por qué me produce tanta inseguridad todo esto, si fuera la primera vez que publico se entendería, pero este ya era mi sexto libro en quince años, sin

contar aquel primer manuscrito de cuando aún éramos estudiantes.

Descargué el pdf en el escritorio y continué revisando la correspondencia. Me dio un vuelco el corazón cuando vi un correo de Elena. ¿Qué tripa se le habría roto? Si quería recoger algo en mi casa, solo tenía que llamar a Antonia y ella le abriría. Pensé en tirarlo a la papelera sin leerlo, pero me picó la curiosidad. Volví a mirar en la papelera y comprobé que había más correos de ella que tiré entremezclados con la publicidad y los spams. Los eliminé definitivamente sin abrirlos.

Miré hacia la ventana y respiré hondo pensando en si debería leer o no este último. Decidí hacerlo por pura curiosidad. ¿Qué podría querer para ponerse en contacto conmigo con tanta insistencia? Al abrirlo comprobé que era una carta en toda regla.

«De: Elena Gómez

Para: Adrián Enríquez

Asunto: Cosas pendientes

Querido Adri:

Llevo un tiempo tratando de ponerme en contacto contigo, pero es imposible. Ni siquiera lees mis correos. Pero seguiré insistiendo, no quiero renunciar a que al menos

me escuches una vez.

He llamado a Antonia y me dice que, si quiero coger algo en tu casa, que ella me abre, pero que no tiene ni idea de en dónde estás. Lo único que sabe es que no volverás hasta junio. No creo que te hayas ido sin dejar un teléfono de contacto, ya sé que no te gustan los móviles, pero de alguna forma contactarás con la editorial o con tu agente. Por favor, dame un número en el que pueda localizarte. Hay cosas de las que tenemos que hablar.

Te quiero.

Elena».

Releí el correo varias veces. ¿Qué

coño quería Elena ahora? A poco que me esfuerce, aún puedo sentir el tremendo vacío que dejó en mi vida cuando se fue.

«Te quiero, pero necesito espacio, tenemos que darnos un tiempo para reflexionar, necesito aire, me siento agobiada». Esas fueron sus palabras y, después de tomarse seis meses de tiempo con todo su espacio, volvió, y lo que me dijo me rompió el corazón.

«Te he querido muchísimo Adrián, pero después de este tiempo me he dado cuenta de que eres el mejor de los amigos. Sé que lo darías todo por mí y valoro eso, pero no puedo

quererte con ese otro amor apasionado que debe haber entre dos amantes».

Y ahora que por fin he podido recuperarme, ¿qué coño pretende? Desde luego no pienso decirle dónde estoy, ni cómo localizarme. Dudé un momento en contestarle, pero lo hice.

«De: Adrián Enríquez

Para: Elena Gómez

Asunto: Nada pendiente por mi parte.

Hola Elena:

En el asunto he resumido el contenido de todo cuanto tengo que decirte. Pero te lo voy a explicar

detenidamente, y espero que te quede muy claro pues es un tema que ya he superado y no tengo ningún interés en darle más vueltas, no tendría sentido.

Cundo me pediste tiempo y espacio se me puso un nudo en el estómago, que me duró hasta que al cabo de seis meses volviste para decirme que me querías mucho sí, pero como a un amigo, que necesitabas otro tipo de amor para seguir conmigo. Yo también, necesitaba otro tipo de amor; el que habíamos tenido hasta que, no sé por qué, decidiste que no era suficiente. Cuando te fuiste, definitivamente,

algo se rompió dentro de mí, pensé que no podría volver a amar, es más, ni siquiera podía escribir y eso sí que sería mi final, pues como bien sabes, soy escritor, vivo de esto. Pero como dice el refrán, “no hay mal que por bien no venga”. Me di cuenta que, todo ese tiempo contigo, me había alejado de mi familia. No te estoy culpando de ello, porque la culpa fue solo mía. Jamás debería haberme apartado de los que me quieren desde el principio, ellos no pretenden nada de mí, excepto mi cariño, y se lo negué durante los tres largos años que duró lo nuestro.

Ahora te voy a contar cómo son las cosas en el presente. He recuperado a mi familia, toda. Me quieren, me apoyan, es más, han sido tan generosos que me han recibido con los brazos abiertos, sin pedirme ninguna explicación. He recuperado también las ganas de escribir, no solo eso, sino que he firmado un contrato millonario por una novela que saldrá en junio. Pero esto ya lo sabrás, creo que en España se está hablando mucho en los medios del éxito del escritor gallego Adrián Enríquez.

Del amor... bueno de eso no quiero hablar contigo. Solo te diré que,

aunque lo que tuvimos estuvo bien, también en eso he madurado mucho, y aquello nuestro ya nunca podría ser suficiente para mí.

Como ves, nos separa un mundo; muchísimo “espacio” que era lo que tu querías.

Por favor, no me mandes correos, ni te pongas en contacto conmigo de ninguna manera. No tenemos nada más que hablar. Y como te dijo Antonia, si alguna cosa se te ha olvidado en mi casa, habla con ella, te acompañará y te abrirá la puerta.

Un saludo.

Adrián Enríquez».

Releí la carta pensando que tal vez

había sido muy duro con ella, pero pensándolo mejor, decidí enviársela. Más duro había sido recomponer mi vida después de que ella me dejara.

A Xulia no le diría nada de aquello, no merecía la pena incomodarla por algo que ya no existía.

El resto de la tarde lo dediqué a revisar el pdf que me había mandado la editora. Fui haciendo los cambios que me pedía. Aunque algunos me dieron bastante trabajo, pero fue más por mi reticencia a hacer el cambio, pues una vez hecho, aquellas partes cobraron más fuerza. Había revisado ya los

siete primeros capítulos, e hice un descanso. Le enviaría un correo a Xulia para comentarle lo de las correcciones.

«De: Adrián Enríquez
Para: Xulia Noya. Agente
Literaria.

Asunto: Galeradas

Hola Julieta: Mabel la editora ya me ha mandado las primeras galeradas. Te envió su correo y las correcciones hechas según sus indicaciones, si tienes un momentito míralas a ver qué te parece. Esta noche te llamo a partir de las diez.
Un beso (dónde tú quieras)
Adrián».

Cerré el portátil y bajé a prepararme un café. No vi a Sacha e imaginé que estaría en su estudio. Llamé suavemente en su puerta y abrí, allí estaba con su bata blanca adornada con manchones de mil colores. No podía ver lo que pintaba, y cuando quise acercarme para verlo, lo cubrió con una tela.

—Buenas tardes, querida tía. ¿No vas a dejarme ver lo que estás pintando?

—Lo siento, pero es una sorpresa, hasta que esté terminado no podrá verlo nadie.

—Vale, vale... pues nada. ¿Hace un cafecito, entonces? Lo acabo de

hacer.

— ¡Qué bien, lo estaba deseando!

La hice sentar en la salita y serví allí el café para los dos. Era una gran conversadora, pero también sabía escuchar. Le conté lo que me había pasado con Elena y que ese había sido el detonante que me hizo tomar la decisión de venirme a Malcesine. La estancia aquí debería ser sobre todo para recuperar mi decaído estado de ánimo y recuperar las ganas de escribir.

—Yo creo que te está sirviendo el estar aquí. Te veo animado, muy vital y, desde luego, porque me lo has contado tú, porque después de

cómo te he visto mirar a Xulia, y de lo que he podido escuchar en vuestras noches de sexo desenfrenado, jamás hubiera pensado que habías tenido una dolorosa ruptura.

— ¿Sexo desenfrenado?

—Eso es lo que parecía al escucharos.

—Ya, bueno, con Xulia surgió de forma inesperada. Como sabes, nos conocemos desde niños, es mi agente desde hace quince años y jamás pensé que tendríamos algo diferente a una gran amistad. Pero la invité a pasar unos días en Venecia. Teníamos que celebrar que

por fin empezábamos a triunfar, y no sé cómo, ni en qué momento empecé a mirarla de otro modo, y ella a mí... no lo sé.

—La verdad es que hacéis muy buena pareja.

—Ya, pero no lo somos. Ella misma puso los límites. Según sus propias palabras: ¿Con quién mejor se puede tener sexo, que con tu mejor amigo?

—Eso es un arma de doble filo.

—Ahora me doy cuenta, pero ya no podemos dar marcha atrás.

—No entiendo...

—Pues que hemos decidido seguir manteniendo ese «trato» por

llamarle de alguna manera, mientras ninguno de los dos tenga pareja.

—Me hacéis gracia los jóvenes de hoy. ¿Por qué no sois capaces de reconocer que os habéis enamorado y os dejáis de retorcer el asunto?

—Si quieres que te diga la verdad, al principio fue solo sexo por ambas partes, pero he de reconocer que, sobre todo este último fin de semana, mis sentimientos han cambiado.

—Doy fe de ello. Te molestaba sobremanera que Franco le tirase los tejos.

—Sí, lo reconozco. Pero no quiero hablarle todavía de todo esto que

estoy empezando a sentir. Tengo miedo que eso la asuste y quiera cortar lo que tenemos.

— Vaya dos, seguro que ella piensa lo mismo que tú.

—No lo sé, espero que cuando venga en Semana Santa podamos hablar del asunto.

— ¿Qué te parece si encargo un par de pizzas para cenar? ¿O vas a salir?

—Me parece estupendo. No, no voy a salir. Cuando quieras que cenemos me llamas. Estaré arriba, he empezado las correcciones y me gustaría tenerlo terminado lo más pronto posible.

Reanudé mi trabajo con el manuscrito hasta que finalicé los capítulos que me había mandado la editora. Después de darle una nueva lectura para ver que todo encajaba bien, se lo envié a Xulia. Al abrir el correo, volví a encontrarme con un nuevo mensaje de Elena. Lo dejé para el final. Primero descarté un montón de spam, descarté también todo tipo de publicidad, etc. Me alegré al ver que mi hermana Marieta se acordaba de mí. Ya le había explicado lo de mi herencia en Malcesine, y ella era la que se encargaba de gestionármelo todo,

junto con el dinero de la editorial. Eso era muchísimo, pero me lo pagarían en tres veces, una parte ya la había cobrado cuando firmé el contrato, otra en cuanto estuviese listo para la imprenta, y la última parte en cuanto el libro estuviese en las librerías.

«De: Marieta Enríquez

Para: Adrián Enríquez

Asunto: tus finanzas

Querido hermanito:

Te mando un documento en el que van detallados todos tus asuntos económicos, lo que no entiendas me lo preguntas. ¿Sabes que eres un partidazo de tío?

Si no fueras mi hermano iría directamente a por ti. Joven, guapo y ahora rico... Vamos, lo que yo te diga.... Ten cuidado porque las chorbas van a ir a por ti descaradamente.

No te dejes engatusar, que tú eres “mu tontorrón”.

Por cierto, ¿estarás ahí en mayo? Si es así iré a pasar unos días contigo.

Mamá dice que te cuides, y que no te olvides de comer. ¡Ah! y que llames por teléfono de vez en cuando. Papá está entusiasmado leyendo la novela que me regalaste en navidad. No me extraña, a mí me

encantó.

¿Qué tal Xulia? No ha vuelto por el pueblo, pero bueno, eso es normal.

Bueno Adri, que te quiero mucho.

Marieta».

Le contesté inmediatamente.

«De: Adrián Enríquez

Para: Marieta Enríquez

Asunto: Mis finanzas, mi familia.

Querida Hermanita: El documento que me mandas es como un misterio para mí que resolveremos los dos cuando vengas en mayo, estoy encantado de que lo hagas.

Tienes razón, he llamado muy poco a casa, pero prometo hacerlo más a

menudo.

Xulia estará liadísima, de reuniones para arriba y para abajo, sin parar.

Yo también te quiero guapetona.

Tu hermanito, Adrián».

Le di a enviar con una sonrisa en la boca, que se me borró en cuanto recordé el correo de Elena.

Me dispuse a abrirlo con la esperanza de que hubiese recapacitado sobre todo lo que le había dicho en mi anterior carta. Pero la sorpresa fue mayúscula.

«De: Elena Gómez

Para: Adrián Enríquez

Asunto:

Querido Adri:

Tu carta ha sido realmente dura. Es verdad que te pedí tiempo y espacio. Necesitaba poner distancia para tener bien claro que realmente eres el hombre de mi vida. Sé que te hice daño en su momento, pero ambos somos adultos y debemos superar esas pequeñeces. Sé también que eres una gran persona y que podrás perdonarme. Es más, estoy convencida de que nuestra historia, después de esta pequeña separación, habrá madurado al mismo tiempo que nosotros y formaremos una pareja envidiable. No quieres decirme en dónde estás, pero no me subestimes, te aseguro

que daré contigo. Que no te
sorprenda si aparezco por allí.
Tengo muchas ganas de verte.

Te quiero
Elena».

Estaba tan enfadado después de leer la carta de Elena, que no sabía si contestarle o personarme directamente en su casa.

Aquello se estaba volviendo un poco «acoso y derribo» por parte de ella, pero había llegado en un momento muy bueno para mí. Porque mentalmente estaba fuerte, y tenía claro lo que quería y desde luego, ni la quería a ella, ni

añoraba para nada los tres años pasados a su lado. Así que le contesté lo más claro y duro posible.

«De: Adrián Enríquez

Para: Elena Gómez

Hola de nuevo, y por última vez:

He comprendido que no quieres nada en especial de mí. Al parecer

lo quieres todo, es decir, me quieres a mí. Siento decirte que tu tiempo conmigo se ha acabado.

Fíjate que no estoy diciendo que “tal vez, quizás...”. No, estoy diciéndote claro y manifiesto que ¡no! Creo que no hay duda sobre esto. No, es no y punto. ¿Tendré que

repetírtelo más veces? Espero que no, sé que lo has entendido porque eres una mujer lista.

Hubo un tiempo en el que pensé que lo que teníamos era auténtico, y que duraría eternamente. Me equivoqué, no tenía nada de auténtico, al menos por tu parte. Te lo tomaste todo a la ligera; el amor y el tiempo que yo invertí en ti, mientras tú sólo jugabas y te lo pasabas bien.

No puedes volver ahora y decirme que me quieres, que debo entender que lo nuestro tiene futuro. ¿Cómo puedes tener semejante desfachatez? Ni me quieres ahora, ni me has querido nunca. Como te

dije, lo pasé mal en su momento, pero para sorpresa, sobre todo mía, aquella tristeza duró menos de lo que yo había pensado. Si realmente tú crees que sigues enamorada de mí, olvídate, te aseguro que será más fácil de lo que piensas. Y te lo digo por experiencia.

Sinceramente espero que no se te ocurra la deleznable idea de aparecer por aquí, no serías bien recibida, ni por aquí, ni por ningún lugar en el que yo esté. “Tú y yo” es algo que no existe.

Por favor no sigas enviándome correos, pues no los contestaré. Olvídate y dedica tu tiempo a algo

realmente provechoso para ti.

Adiós, Elena.

Adrián».

Le di a enviar con la esperanza de que no siguiera insistiendo. De ser así, tendría que solucionar el tema de otra forma, y lo peor es que tendría que verme con ella y no quería.

No es que tuviese miedo a un enfrentamiento directo con Elena, pero me causa fatiga solo pensar en tener que verla y hacerle entender, otra vez más, que aquella historia nuestra se ha acabado.

Sentí el pitido del pc avisando que

había entrado otro correo. Miré y se me alegró el alma al ver que era de quien era.

«De: Xulia Noya

Para: Adrián Enríquez

Asunto: Primeras galeradas, Ok!

Querido Adri: He estado revisando lo que me has mandado. Creo que Mabel tenía razón en los cambios que te propuso. Me ha gustado mucho cómo los has hecho. Creo que te has superado y el manuscrito ha ganado en fuerza y calidad. Si aún no lo has enviado a la editorial, hazlo. Les va a encantar.

Otra cosa, estoy gestionando lo de

Semana Santa, lo tengo difícil, pero haré un esfuerzo para ir al menos cuatro días. Estamos ya en la última semana de febrero, lo que me da margen porque marzo tiene casi cinco semanas, y la Semana Santa es a finales. Como ves, mi vida gira alrededor del calendario.

Ahora voy a comentarte algo que no sé cómo te vas a tomar. No quiero que te enfades, además, no ha sido culpa mía.

Ayer tuve que ir al banco, y casualmente me encontré allí a Elena. Sí, tu Elena. Yo me hice la despistada, pero ella no. Se acercó a mí, me plantó un beso en cada

mejilla como si fuésemos las mejores amigas del mundo, y comenzó a hablar conmigo como si ella y yo alguna vez hubiésemos mantenido alguna conversación, cuando tú sabes que solo la vi el día que me la presentaste, y otro día que nos encontramos por la calle en el que apenas me habló.

Quiere saber dónde estás, me pidió tu teléfono o alguna forma de contacto, pues al parecer tiene algo muy importante que decirte.

Por supuesto, no le di tu número. Le dije que no tenías teléfono, y que para darle tu dirección necesitaba tu consentimiento. Que estabas

ocupado y que no tenías tiempo de distracciones. Se enfadó bastante, y me echó la culpa de que tú y ella os hubieseis “distanciado”, esta fue la palabra que utilizó. En fin, espero que esto no trastorne la buena marcha de tus cosas y que no te afecte demasiado. Recuerdo lo mal que estuviste cuando me llamaste en diciembre para decirme que te ibas a tomar un tiempo, tanto en cuanto a la escritura como a ti mismo. Sin embargo, últimamente he podido comprobar que estabas bien. ¿O fingías? Espero que no. En fin, ya me dirás qué hago con respecto a lo de esta chica.

¿Dónde quieres tú el beso?... Pues
allí.

Xulia».

Le contesté inmediatamente. No
quería ni por asomo que volviese a
hablar con Elena.

«De: Adrián Enríquez

Para: Xulia Noya

Asunto: Elena

Querida Xulia:

Espero que Elena no vuelva a
contactar contigo. Si lo hiciera,
mantente en la misma línea. No
sabes dónde estoy, no tengo
teléfono y solo contactas conmigo

por correo electrónico.

No quiero tener nada que ver con
ella.

Me alegro de que te haya gustado
cómo quedaron las correcciones,
acabo de enviárselas a Mabel
después de tu visto bueno.

Esta noche te llamo y te cuento en
dónde quiero el beso.

Adrián».

Lo envié y di por terminada la
sesión. Para ser el primer día de
trabajo, después de casi dos meses
sin tocar el pc y hasta sin mirar el
correo, había tenido suficiente.

Miré el reloj, eran las ocho y

media, seguramente Sacha me esperaba para cenar, y al recordar las pizzas que dijo que encargaría, empezó a rugirme el estómago.

CAPÍTULO XXII

La rutina de trabajo se fue apoderando de mi tiempo. Las mañanas las pasaba con las correcciones. Después de comer daba un paseo con Sacha. Según ella, había que caminar por lo menos una hora, para mover las piernas y tomar el aire. Por las tardes me sumergía en el nuevo manuscrito que había comenzado, y que esperaba que fuera algo realmente impactante.

Al final de la tarde miraba el correo. Me fastidiaba bastante la

insistencia de Elena, que continuaba enviándome correos que, por supuesto, desechaba sin siquiera abrirlos.

Tres veces por semana llamaba por teléfono a Xulia. Hablábamos de muchas cosas y también tonteábamos bastante. Últimamente las conversaciones habían subido de tono y tuvimos lo que Xulia llamaba «sexo telefónico». Era un apaño que a mí solo me dejaba con ganas de más. Lo que más le interesaba saber era si había subido a esquiar y con quién, eso me gustaba. Si no tuviera interés en mí le daría lo mismo si iba a esquiar

con Lolita o no. Porque cuando me preguntaba si había ido a esquiar, lo que en realidad me estaba preguntando era si había ido con Lolita.

La verdad es que dentro de la rutina que me había impuesto, estaban incluidos los sábados en la montaña. Subía temprano, comía allí y bajaba por la tarde en el último viaje del teleférico, agotado. Esquiar era un buen ejercicio y además divertido.

A mediados de marzo, faltaban quince días para las esperadas y deseadas vacaciones, subí como cada sábado y, después de esquiar

toda la mañana, me fui a comer al restaurante, me encontré a Lolita que por supuesto se sentó conmigo.

—Cuánto tiempo sin verte, más de un mes.

—Sí, es verdad, perdona que haya sido tan poco considerado, pero desde que se fue Xulia, me he puesto a trabajar y los únicos días que hago un pequeño paréntesis son los sábados.

—Tenemos que organizar otra cena. Además, Franco y yo queremos hablarte de un proyecto nuevo, nos gustaría que lo apoyases.

—Sabes que conmigo no tenéis ningún problema. Yo no entiendo de

negocios, ni tengo tiempo. Todo lo que tiene que ver con mis finanzas lo lleva mi hermana. Y creo que vendrá el lunes. Os la presentaré y habláis con ella de todo, incluido ese nuevo proyecto que has mencionado.

—De acuerdo, ¿y ahora que te parece si hacemos un par de bajadas antes de irnos?

—Estupendo, vamos allá. A ver si esta vez consigues ganarme.

— ¿Quieres competir conmigo? ¡Vale, no se hable más! —dijo ella divertida.

Iniciamos la bajada con fuerza, y deseando ganarle al otro. Yo me

adelanté, había hecho muchas bajadas en aquellos días y conocía bien la pista. Pero en uno de los recovecos tuve que hacer un quiebro, pues se metió en medio lo que yo creí que sería un perro, pero que seguramente era un lobo. Eso me hizo desviarme de la pista y a la velocidad que iba no pude controlar la situación y me caí. Tuve suerte que paró mi caída un pino, o me habría ido por el impresionante barranco. Pero en el impacto con el árbol, me rompí la tibia y el peroné de la pierna izquierda, además de los múltiples cortes y arañazos que me hice en la

cara con las ramas del árbol.

Lolita, que me seguía, presenció el accidente y frenando se acercó hasta donde yo estaba.

—No bajes más, aquí hay un barranco tremendo— le grité.

—¿Puedes moverte?

—No, creo que me he roto una pierna.

—Vale, voy a pedir ayuda, tengo que dejarte.

—Tranquila, vete, yo no me voy a mover de aquí— dije haciendo un poco de broma, para tranquilizarla a ella. Lo que menos falta me hacía es que la chica se pusiera nerviosa y no fuera capaz de bajar a pedir

socorro.

La ayuda no tardó en llegar, aunque a mí me pareció muchísimo tiempo. El dolor de la pierna se fue amortiguando, supongo que con el frío. Aunque ese mismo frío estaba a punto de congelarme.

Me evacuaron en un helicóptero que me llevó al hospital de Verona. Por suerte para mí, las heridas de la cara no revestían importancia, y la fractura de la pierna había sido limpia, por lo que me pusieron un yeso y me dieron el alta al día siguiente.

Fue Lolita la que me acompañó aquella noche en el hospital y la

que me llevó de vuelta a Malcesine.

Cuando llegué, Sacha me recibió llorando y abrazándome.

— ¡Ay, qué susto me has dado, Adrián!

—Tranquila, no ha sido nada, un mes con el yeso y hala... Lo malo van a ser las escaleras.

—Por eso no te preocupes, entre Robertina y yo, hemos cambiado tus cosas para mi habitación, así no tendrás que subir y bajar. También te hemos puesto una mesa para que puedas trabajar.

Le di un abrazo y suspiré mientras la tenía entre mis brazos.

— ¡Qué haría yo sin ti!

—No seas tonto, eso no es nada. Y tú no vuelvas a darme otro susto como este, por dios.

Los dos miramos a Lolita, que seguía allí observándonos sorprendida. Sacha le sonrió.

—¿Te quedarás a cenar con nosotros?

Ella me miró y yo asentí.

—Por supuesto que se queda, ha sido mi salvadora.

Aquella noche llamé a Xulia. Normalmente la llamaba los sábados, pero como había pasado la noche en el hospital no lo hice, así que cuando cogió el teléfono

estaba un poco enfadada.

— ¿Por qué no me has llamado ayer?

—No he podido, me he pasado la noche en el hospital.

— ¿Qué ha pasado?

—Me he roto la pierna esquiando, pero ya estoy en casa, no ha sido grave.

—Por dios, pero ¿cómo ha sido, no eras un experto esquiador?

—Y lo soy, pero hasta a los más expertos les ocurren accidentes.

Le conté cómo había sido. Me fastidió tener que incluir en el relato a Lolita, tal vez le diera por pensar que todos los sábados

esquiábamos juntos, y no era así. Justamente ese fue el único sábado que nos vimos desde que ella se había ido, se lo hice saber, pero me dio la impresión de que no se lo creía mucho.

La tranquilicé con una de nuestras sesiones de sexo telefónico. Después me dio un montón de recomendaciones para que los huesos de la pierna soldaran bien, y terminó diciendo que me llamaría cada día. Después quiso hablar con Sacha, y la llamé a voces, no sabía si ya había subido para la habitación o si seguía en la sala viendo la tele. Vino enseguida.

—Perdona, Sacha, pero Xulia quiere hablar contigo.

Le pasé el teléfono y ella se fue hacia la cocina. Me acerqué mientras hasta el sofá y me senté a ver la tele, recordé que era el día del programa de Marcela. Busqué el canal y allí estaba. Era guapísima, en pantalla resultaba impresionante, y además lo hacía de lujo.

Me llevé un alegrón el día que clara llamó para decir que ya estaba todo acordado para la cena. Que Bettina había conseguido unos días de permiso que le debían, que Marcela vendría con su pareja, y

Enzo también vendría, aunque solo. Tenía curiosidad por tener a aquella impresionante mujer que salía por televisión delante de los ojos y poder hablar de tú a tú con ella.

Sacha volvió con el teléfono, me lo pasó y me despedí de Xulia.

—Hasta mañana, preciosa, y tranquila, puedo trabajar igual, por suerte escribo con las manos.

Mis días siguieron con la rutina de trabajo a la que estaba ya habituado, pero ahora con la incansable ayuda de Sacha, que me preparaba el desayuno y me acompañaba a pasear. Llevaba una silla de ruedas y de vez en cuando

caminaba un poco con las muletas, luego volvía a sentarme en la silla. Cada vez el trayecto que hacía con las muletas era más largo. Sin pretenderlo, los músculos de los brazos y el torso se me estaban desarrollando como si fuera al gimnasio. Al final me pondría «cachas» como decía Xulia. Qué ganas tenía de verla... a ver si de verdad venía a pasarse unas vacaciones. La estaba necesitando, y hablaría en serio con ella. Después de este tiempo sin verla, tenía muy claro que la quería en mi vida, no solo como la amiga que siempre fue y la imprescindible

agente que era. La quería además como mi pareja. Quería vivir con ella, tenerla siempre a mi lado. Verla sonreír era un regalo para mi alma. Ahora sí, ahora estaba seguro de que me había enamorado total y profundamente de ella.

Lolita continuaba visitándome cada tarde al finalizar su jornada laboral. Era una chica estupenda y por fin había comprendido que ni yo era su tipo, ni ella el mío, pero sin embargo nos hicimos grandes amigos, y nos reíamos mucho juntos.

La semana anterior a Semana Santa vino Marieta, mi hermana. Se la

presenté a Lolita y a Franco, que además se prestó para ir al aeropuerto a recogerla, ya que yo seguía con la escayola.

Cuando me vio se echó llorando a mis brazos.

— ¡Qué susto nos has dado, Adri!

— Tranquila mujer, si no ha sido nada.

Sacha y Robertina habían preparado una comida de bienvenida, a la que acudieron también mis socios y ya amigos, Franco y Lolita.

Marieta estaba encantada y pude observar que Franco le cayó bastante bien, muy bien en realidad.

Quise despejarle el camino y dejé caer que entre Xulia y yo había algo más que una relación de amistad. Marieta cogió mi mano y la apretó.

—Supe que ocurriría desde que os vi juntos el día de navidad. Saltaban chispas a vuestro alrededor.

—Pero qué dices loca, si entonces aún no había nada entre nosotros.

—Eso lo dirás tú, pero vuestros cuerpos y vuestras miradas decían otra cosa.

Lolita soltó una carcajada.

—Es verdad, aunque a pesar de eso, yo lo intenté con tu hermano, porque ellos en ningún momento

admitieron que estaban juntos.

—Porque en realidad no lo estábamos, y seguimos sin estarlo oficialmente.

Franco asentía con la cabeza.

—Ya me parecía a mí. En ningún momento Xulia aceptó nada conmigo, y mira que insistí.

—Y tanto que insististe. Hubo alguna ocasión en la que me sacaste de quicio.

—Venga hombre, si la única vez que pude estar a solas con ella fue aquella mañana que, mientras tú esquibas con Lolita en las pistas más complicadas, yo me quedé con ella en las de iniciados.

Marieta asistía a aquella conversación muy interesada y, de pronto, la muy descarada, interrogó a Franco.

—Entonces Franco, ¿sigues interesado en Xulia con la clara intención de quitársela a mi hermano, o estás disponible y puedo tirarte los tejos como decimos en España?

Franco se levantó, se acercó a mi hermana y se arrodilló a su lado.

—Querida Marieta, puedes tirarme todo lo que quieras. Desde que te vi en el aeropuerto mirando hacia todos lados, buscando el letrero en el que ponía tu nombre, me quedé

sin palabras.

Mi hermana se dejó adular y, con una sonrisa de oreja a oreja, se levantó, y cogió de la mano a Franco para que hiciese lo mismo. Se colgó de su cuello y lo besó en la mejilla.

—Gracias Franco, eres un tipo estupendo.

—No te engañes, Marieta, no solo soy un tipo estupendo. Soy el tipo que quiere liarse contigo en todos los sentidos.

Miró para mí y continuó.

—Lo siento Adrián, pero esta te la voy a quitar yo a ti.

Le devolvió el abrazo y el beso en

la mejilla, demasiado cerca de la comisura de la boca.

Sacha estaba feliz.

—Bueno, creo que mi casa se va a llenar de jóvenes, y amor... Me encanta.

Los días que Marieta estuvo, la veía por las mañanas, pues desayunábamos juntos. Luego la venía a buscar Franco y se iban a las oficinas de la estación, en donde mi hermana se puso al día con todo lo que tenía que ver con el negocio, y con el nuevo proyecto que querían poner en marcha.

Volvía después de cenar acompañada por Franco, por

supuesto, y me explicaba todo lo que hacían, el dinero que generaba aquel lucrativo negocio y cómo lo invertían. Me comentaba también todo lo referente a pago de impuestos, etc.

—Que sí, Marieta, lo que tú hagas bien hecho está, para eso te he nombrado mi representante en la empresa, es más, te pagaré un sueldo por tu trabajo.

—No hace falta hombre, sabes que lo hago encantada.

—Lo sé, pero es demasiado trabajo. Además, si algún día quisieras vivir en Italia... tendrías un trabajo.

—Estás loco... ¡Ah, por cierto! Mañana iré con Franco a Venecia, nos quedaremos allí a dormir.

—¿Lo ves? Al final querrás vivir en Italia y necesitarás un trabajo.

Aquello era ya un romance en toda regla. Seguramente iba a tener a Marieta por allí más veces de las que hubiera imaginado.

Lolita seguía viniendo de vez en cuando. Como siempre, salíamos a pasear, pero ya sin la silla de ruedas. Me manejaba perfectamente con las muletas.

El día que Franco y Marieta fueron a Venecia, invité a Lolita a comer a un restaurante. Quería agradecerle

las molestias que se había tomado conmigo. Además de venir a verme casi a diario, me llevaba al hospital cuando tenía consultas, o cuando tenía que hacerme radiografías. Había estado pendiente de mí desde que tuve el accidente. Se había comportado como la mejor de las amigas. Sin pretender nada, pues ya tenía claro que yo estaba interesado en Xulia.

— ¿Sabes qué, Adri?

— Dime.

— No pensé que tú y yo llegaríamos a ser tan buenos amigos. Me gustaste mucho en cuanto te conocí. Lo intenté todo para ligarte, pero no

fue posible, y enseguida entendí por qué. En cuanto apareció Xulia por aquí, lo vi claro.

—Pues la verdad es que ella y yo no estamos juntos, es decir, no somos novios, ni nada...

—No seréis novios, pero estoy segura de que os acostáis juntos.

—No voy a hablar de eso. De todas formas, aunque así fuera no querría decir nada.

—Ya, claro que no, yo me acuesto de vez en cuando con un amigo, y no somos ni seremos nunca novios, pero sin embargo vosotros sí lo seréis. O muy mal hacéis las cosas, o terminaréis juntos seguro.

—Desde luego, como pitonisa no tienes precio.

—Para adivinar lo vuestro no hay más que miraros cuando estáis juntos, os rodea un aura perfecta...

— ¿También lees el aura? Chica, ¿qué haces metida en negocios? Pudiendo estar en la televisión con un programa de esos de esoterismo. Lolita reía mientras yo levanté mi copa para brindar con ella.

—Espero que nuestra amistad sea siempre sincera y sana como ahora.

—Yo espero lo mismo.

Bebimos y continuamos contándonos cosas de nuestras respectivas vidas.

—Qué raro que no nos conociéramos cuando venías de chico a pasar los veranos en casa de Sacha y Juan.

—Bueno, hice amigos enseguida, y buenos amigos.

Le conté todo con respecto a ellos. Incluso le prometí que se los presentaría.

— ¡Ah, por cierto! ¿Sabes que ha venido una española a pasar una semana esquiando? Está en un hotel de aquí. Es una tipa bien guapa. Le he dicho que tenía un socio español y que además era un importante escritor, llamado Adrián Enríquez. Saltó de alegría y me comentó que

lo que estaba leyendo ahora era precisamente tu última novela. Lo sabía todo de ti, que ibas a publicar de nuevo en junio con una importantísima editorial, vamos todo. Me pidió que si te podía traer el libro para que se lo dedicaras, le he dicho que sí. ¿Me he pasado?

—Claro que no mujer. Pero haremos otra cosa. Antes de que se marche, la traes por aquí. La invito a un café y le dedico el libro.

—Qué bien, pues se va a quedar encantada.

Después de comer, volvimos paseando hasta mi casa. Allí me despedí de Lolita, que prometió

volver al día siguiente.

— ¿Sabes qué? Haremos una comida juntos antes de que Marieta se marche. Aunque no sé aún cuándo se irá. Espero que Franco pueda llevarla al aeropuerto.

— ¿Lo dudas?

Los dos no reímos con ganas.

—Pues claro que no.

Cuando entré en casa, Sacha tenía un café en la mano y me ofreció.

—Sí, tomaré otro y me pondré a trabajar hasta la hora de la cena.

—Sabes, siempre supe que Lolita y tú os llevaríais bien.

—Pues yo al principio lo dudé, se puso demasiado insistente con lo de

querer ligar conmigo y llegó a cansarme.

—Bueno, en cuanto entendió que estabas por Xulia, se hizo a un lado sin más.

—Pero tardó en comprender...

—Culpa vuestra, que ni siquiera vosotros mismos lo tenéis claro...

—Eso es verdad, pero en cuanto venga lo vamos a hablar.

—Eso espero, antes de que esa estupenda chica encuentre a otro que no le cueste tanto reconocer sus sentimientos.

—No me machaques, Sacha, ¡por favor! Ya lo tengo claro.

—Me alegro. Me gustará ver cómo

le pides que sea tu chica, o tu novia...

—O sea, que voy a tener que hacerlo con testigos.

—Pues claro hombre, qué menos...

Después de la agradable tertulia con Sacha, siempre lo era, volví a sumergirme en mi nueva novela. Esta vez tendría, además de intriga, mucho sexo. Esto fue una idea de la editora, que dijo que había surgido un boom de novela erótica, y que se consumía muchísimo este tipo de lectura. Me sugirió que tal vez funcionaría bien entremezclar el erotismo con la intriga.

Recogí el testigo y en ello estoy,

tengo ganas de que Xulia lea esto que estoy escribiendo. Su opinión es la más importante para mí.

Escribía cada tarde entre tres y cuatro horas. Cuando me cansaba, revisaba el correo y, una vez a la semana, escribía un relato para mi página: «Adrián Enríquez, escribiendo en la penumbra».

Colgué mi escrito de la semana. Lo había hecho especialmente para Xulia. «Siempre serás mi Julieta» lo titulé. Esperé inquieto hasta después de las diez, hora en la que hablábamos por teléfono. Su llamada se retrasó un buen rato y me puse bastante nervioso. Era esa

especie de ansiedad que me entraba cuando esperaba su opinión sobre algo que había escrito.

Mientras esperaba, revisé el correo, y como venía siendo habitual, a pesar de que le había dicho que no lo hiciera, tenía varios correos de Elena, que como siempre deseché sin leer. Como aquello continuase así, tendría que hablar con un abogado, aquel asunto se estaba convirtiendo en acoso. No era mi intención que pasara a mayores, pero Elena no se daba por vencida y continuaba en sus trece.

CAPÍTULO XXIII

Xulia había prometido venir, pero no me había dicho cuándo. Aunque aún llevo escayola, le hubiera pedido a Franco que me acompañase a buscarla. Pero cada vez que hablaba con ella me daba largas y no me decía qué día llegaría.

Lolita por fin había vuelto a hablar con la española que resultó ser una gran lectora de mis novelas, y la invitó a mi casa a tomar café tal como habíamos quedado. Lo preparé todo en el salón con la

ayuda de Sacha.

—Siento no poder conocer a esta lectora tuya, pero justo hoy tengo que acompañar a Robertina a una revisión médica. Le prometí que lo haría y ahora no la voy a dejar sola.

—Claro que no, tú vete tranquila, que entre Lolita y yo la atenderemos como se merece.

Me senté a leer en el sillón de espaldas a la puerta y con la pierna reposando encima de una silla. Cuando sentí la puerta, no me moví, solo me cercioré de que eran mis invitadas.

— ¿Eres tú, Lolita?

—Sí, soy yo. Te traigo una

sorpresa.

—Pasa anda, que no es una sorpresa, ya sé que vienes acompañada por una querida lectora.

Me levanté y me giré para saludarlas y casi me caigo derrumbado en el sofá. La supuesta fan, lectora o lo que fuese, no era otra que Elena. Que aprovechó mi desconcierto para abrazarse a mí y besarme en la boca. La aparté como pude.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Lolita no salía de su asombro.

—Pero ya os conocíais...

—Sí, Lolita, somos viejos conocidos. Y siento decirte que se ha aprovechado de ti para acercarse a mí— miré hacia Elena, que mantenía una enigmática sonrisa de satisfacción. —Y tú, ¿cómo has sabido dónde estaba?

Con una tranquilidad pasmosa, contestó a mis preguntas.

—Hola Adrián, querido. Ya sabes por qué estoy aquí. Te dije que teníamos que hablar.

—Y yo te dije que no teníamos nada de qué hablar.

—Tal vez tú no lo reconozcas, pero seguro que en el fondo quieres hablar conmigo, y sobre todo

escuchar lo que tengo que decirte.

—Qué equivocada estás, no tengo ningún interés en nada de lo que tengas que decirme. Y sigo sin saber cómo has sabido dónde estaba.

—Soy una mujer con recursos, pero eso ya lo sabes. No tuve más que mirar en el despacho de tu casa. Allí encontré un mapa en el que aparecía Malcesine rodeada con un círculo trazado con rotulador rojo. Eso, y recordar alguna conversación antigua entre tú y yo, en la que me contaste que habías pasado aquí varias temporadas... Ya sabes, blanco y en botella...

—Será la última vez que entres en mi casa, me encargaré de eso.

Se acercó a mí con la intención de hacerme un arrumaco, pero aparté su mano con más fuerza de lo necesario. Lolita estaba tan sorprendida que se quedó paralizada y sin habla. Solo observaba y nos escuchaba.

—No hace falta que te pongas agresivo.

—Agresividad la tuya invadiendo mi espacio y mi vida sin reparos.

—Te avisé de que vendría, no me dijiste nada y di por hecho que te apetecía volver a estar conmigo en Italia.

—No te contesté, porque como te expliqué en el único mensaje que te envié, no leí ninguno de tus correos posteriores, simplemente los metí en la papelera en cuanto me cercioraba de que eran tuyos.

—Me cuesta creer que no los hayas leído.

—Me da igual lo que creas o dejes de creer. Se acabó la conversación. Ya te puedes marchar por donde has venido. Aquí no pintas nada.

—Tendrás que escucharme al menos, ya que me he molestado en venir hasta aquí.

—Estás muy equivocada, no tengo que escuchar una mierda, esta es mi

casa, y te estoy echando. Además, para que no te quede ninguna duda, esta mujer que ves aquí, de la que te has aprovechado para acercarte a mí, es mi novia, y muy pronto nos casaremos.

Cogí a Lolita y le planté un beso en la boca. Me pareció escuchar la puerta y terminé aquel falso beso que conmocionó totalmente a Lolita. Me acerqué a su oído y le susurré una pequeña explicación.

—Ya te contaré todo esto. ¿Has escuchado la puerta? Creo que ya se ha ido.

Me di la vuelta para comprobarlo, pero Elena seguía allí.

—Pensé que te habías marchado ya.

—No, sigo aquí— ahora parecía enfurecida—, esto me lo vas a pagar. He hecho un viaje muy largo y muy caro para estar contigo y pedirte perdón. Y ni siquiera has querido escucharme.

—Es que no tenías que haber venido. Te dije muy claramente que no vinieras. Que no quería saber nada de ti, que no me buscaras. Haz el favor y olvida que existo. No sé cómo quieres que te lo diga. Además, me casaré muy pronto con mi novia.

Cogí a Lolita de la mano y se la besé, mirando fijamente a los ojos a

Elena.

—Sigues en mi casa y no entiendo por qué— levanté muchísimo la voz para terminar ya de una vez por todas con aquella pesadilla—. ¿Quieres largarte ya de aquí o tendré que llamar a la policía para que te echen, y ya de paso, también del país?

Se dio la vuelta y salió de la casa, no sin antes amenazar.

—Esto me lo vas a pagar.

— ¡He dicho que te largues ya!

Fui hacia la puerta, olvidando coger las muletas, tal era el cabreo que tenía, y cerré la puerta de un golpe.

Lolita cogió las muletas y me las acercó.

Volví al sillón y me dejé caer en él agotado y enfadado por la situación vivida.

Lolita seguía sin articular palabra.

—Tranquila, tú no has tenido la culpa, te lo explicaré.

Se sentó a mi lado, y poco a poco empezó a reaccionar.

— ¿Quieres un café? Yo me tomaré uno doble. Vaya situación más rara, pero esa chica no está bien de la cabeza.

—Yo que sé. Ponme ese café, también lo necesito.

Le conté a Lolita aquella parte de

mi vida que tan poco me gustaba recordar.

—Pues o mucho me equivoco, o esta tía te va a dar problemas. Ya oíste su amenaza.

—Lo que haré, será guardar todos los correos que me envía. Hasta ahora los he tirado a la papelera, pero viendo el percal, podrían serme útiles si tengo que ponerle una demanda por acoso.

—Madre mía, resultas bastante peligroso por lo que veo —dijo ella, ya más distendidos después de mi larga explicación.

—¿Peligroso yo? Que va... lo que pasa es que soy guapo... y rico... y

eso ...

—Creído es lo que eres.

—Qué va hombre, si lo de la pasta aún no he terminado de asimilarlo.

—Eso lo sé, después de haber visto a tu hermana en acción, manejando tus asuntos. Eres un poco desastre, pero claro, artista al fin...

Eran ya las siete de la tarde cuando llegó Sacha. Lolita dijo que tenía que irse.

—Tengo que pasar aún por la oficina. Mañana vendré para llevarte al hospital. A ver cuándo te quitan el yeso.

Sacha, que nos escuchaba mientras se deshacía de su abrigo, nos

contestó:

—No te hagas ilusiones Adrián, no te lo van a quitar hasta que pasen al menos cuatro semanas. Así que hasta después de las vacaciones nada. Por cierto, ¿sabéis que me he cruzado con una joven muy parecida a Xulia?

Lolita respondió:

—Bueno, muy parecida no era. Esta tenía el pelo y los ojos más claros.

—Tal vez, pero yo desde el taxi no pude observarlo.

—Pues no era Xulia, aún no ha llegado.

Lolita cogió su bolso y su abrigo.

—Y yo ya me voy, que se me ha

hecho tardísimo— acercándose a mí susurró—. Por mí puedes estar tranquilo. Esta tarde aquí, no ha pasado nada.

—Gracias— le dije, y la besé en la mejilla.

Después de aquella inesperada, incómoda y desagradable visita de Elena, me quedó un mal sabor de boca y un malestar generalizado. Estaba enfadado y creo que Sacha me lo notaba, pero no decía nada. Por otra parte, no pude volver a hablar con Xulia por teléfono. Unas veces estaba comunicando, otras fuera de cobertura, total que solo me contestaba a los WhatsApp,

pero de forma muy escueta.

Se acercaba el puente de semana santa y ella seguía sin aparecer, y dándome largas. El miércoles, víspera del comienzo del puente, le envié un WhatsApp después de haber intentado varias veces hablar con ella sin resultado.

«Hola Xulia, no sé qué pasa, he intentado hablar contigo por teléfono y es imposible. Supongo que finalmente has decidido no venir. Cuánto lo siento. Tengo ganas de verte y muchas cosas que contarte. También teníamos una cita con estos amigos de aquí. Han organizado la cena de la que

habíamos hablado para el próximo sábado. Siento muchísimo que no vengas, me habría gustado que los conocieras, es lo único de mi vida que desconoces y quería hacerte partícipe de eso también. Contéstame por favor, explícame qué ha pasado. ¿Por qué no has podido venir?

¡¡Un beso, preciosa!!».

Le di a enviar y esperé... Cené rápido y me fui a la cama con la excusa de que aquellos días madrugaba mucho para corregir y escribir, lo cual era cierto, y que estaba muy cansado. Esta vez Sacha decidió preguntar lo que

seguramente estaba deseando preguntarme desde hacía una semana.

—Por fin Xulia no vendrá, ¿verdad?

—Creo que no, debe haberle surgido algo importante.

—Ya... ¿Ha pasado algo? Es que desde la otra tarde en que Lolita y tú quedasteis aquí con una de tus fans, el ambiente se ha enrarecido. Espero que Lolita no sea la culpable.

—Tranquila Sacha, ella no tiene la culpa de nada, al contrario, se ha portado genial todo este tiempo. Pero sí ha pasado algo raro aquel

día.

Decidí contárselo, porque de nada servía ocultar un hecho que lo único que hizo fue cabrearme.

— ¡Qué raro lo de esa chica! ¿No será una obsesa? Una de esas personas que se obsesionan con algo y terminan perdiendo la razón y cometiendo alguna atrocidad.

— ¡Por dios, Sacha! No creo que sea para tanto. Pero desde luego fue muy desagradable. Cada vez que lo pienso, más me alegro de que ese día haya estado Lolita delante.

—Sí, tal vez en algún momento necesites un testigo.

—Sigues poniéndote en lo peor.

—Es que resulta muy extraña la actitud de esa chica, tiene toda la pinta de ser una obsesión.

—Mira, lo que me gustaría ahora es olvidar ese desagradable episodio, y que Xulia pudiera venir.

—Quizás quiera sorprenderte y llegue en el último momento.

—Pues eso no me sirve, necesitaba pasar unos días con ella.

—Ya sabes que las cosas no ocurren como queremos...

—Ya, bueno, me voy a la cama, que descanses Sacha.

Se acercó a mí, y me besó en la mejilla.

— ¡Ay, mi niño, qué ganas tengo de

ver de nuevo esa sonrisa tuya de hace unas semanas...!

Sonreí para ella, la envolví en un abrazo levantándola del suelo, y le devolví el beso.

— ¿Te dije ya que eres lo mejor que me ha pasado? — le dije al oído.

— ¡Anda que no eres zalamero ni nada!

Me metí en la habitación y miré ansioso el teléfono. Por fin se había dignado a responder a mi mensaje.

«Hola Adrián, siento lo de las llamadas, pero he estado realmente liada y casi sin tiempo para poder

devolvértelas. He contestado, eso sí, todos tus correos y tus WhatsApp. Lo de ir a Italia se me complicó bastante, sigo intentándolo y tal vez el sábado pueda estar ahí».

Le contesté inmediatamente:

«— ¡Dios, qué alegría me das! ¿A qué aeropuerto voy a buscarte?».

«— ¿Crees que no sé que aún tienes la pierna enyesada y que no puedes conducir? Si voy, llegaré por mi cuenta. Tu relájate, trabaja y disfruta lo que puedas».

«— No sé qué ha pasado, pero siento que hay un abismo entre nosotros. Espero que puedas

explicármelo. Yo ya no entiendo nada. Hay alguna persona a la que me he cansado de explicarle las cosas por activa y por pasiva y no hay manera. Otras, sin embargo, no explicáis nada, y dejáis que agotemos nuestras ilusiones y nuestras ganas... En fin, no entiendo nada».

Contestó inmediatamente:

«— Pues yo creo que está todo bastante claro, no obstante, en cuanto nos veamos charlaremos de lo humano y lo divino... y ahora me voy a dormir, que estoy agotada».

Le mandé un emoticono que da muchos besos y me despedí con un

«hasta pronto».

Al día siguiente tenía otra vez cita en el hospital y, como siempre, pasó a buscarme Lolita. Después de hacerme una radiografía y comprobar que los huesos habían soldado bien, el traumatólogo decidió quitarme la escayola y ponerme una férula de tipo ortopédico. Aquello me pareció una liberación. Sobre todo, porque al menos podría ducharme sin aquella bolsa de plástico que siempre dejaba entrar agua por algún lado. Realmente fue liberador, podía mover el pie arriba y abajo, pero no el tobillo, ni hacia los lados.

Aquello sujetaba la pierna sin las molestias y picores de la escayola. Me explicó que, para la semana siguiente, debería empezar ya la rehabilitación.

Después de las consabidas explicaciones y recomendaciones por parte del doctor, me fui de la consulta ilusionado pues ya quedaba menos para la total recuperación.

—Te veo muy animado.

—Es que no sabes qué liberación que me hayan quitado la escayola. Esta férula que me han puesto no pesa nada y permite el movimiento del pie al menos.

—Y cambiando de tema, ¿Xulia no va a venir?

—Pues no sé, como sabes, tengo una reunión con antiguos amigos el sábado, con cena incluida, a la que ella estaba invitada, no me ha dicho que no, pero tampoco ha confirmado nada. Y tú, ¿te gustaría acompañarme?

—No hace falta que me invites, yo no pertenezco a ese grupo de antiguos amigos.

—No importa, cada uno llevará a su pareja, o a algún amigo, y no me apetece ir solo. Me gustaría que me acompañases.

—Imagínate que finalmente aparece

Xulia... quizás no le guste. Seguro que piensa que tenemos algo tú y yo. No quiero que piense eso.

—Olvida a Xulia, de no haber venido ya, no creo que lo haga. Y me apetece presentarte a mis antiguos amigos. Tú eres la amiga más reciente, la que se ha ocupado de cuidarme todo este tiempo. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Adrián, lo que he hecho, no tiene importancia. Tú hubieras hecho lo mismo por mí. Si lo necesitase.

—Eso no lo dudes. Pero lo dicho, voy a llamar a Carlo para decirle que llevaré a una amiga.

—De acuerdo, iré. Tengo ganas de

salir una noche «de farra».

—Hasta yo, aunque lo de bailar va a ser que no...

—Lo pasarás bien igual, aun sin bailar.

Al llegar a mi casa, paró el coche y ya iba a bajarse para abrirme la puerta y ayudarme con las muletas. La cogí del brazo y tiré de ella obligándola a quedarse sentada en el vehículo.

— ¡Quieta! No hace falta, hoy me siento ligero, y solo necesito una muleta para caminar.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

—Lo tendré, y tú no olvides que tenemos una cita el sábado.

—Vendré yo a recogerte. ¿Hay que ponerse de tiros largos?

—Tú ponte guapa, que vas a flipar con la gente que habrá.

—¿Pero no has dicho que son antiguos amigos?

—Sí, claro, pero algunos son gente famosa...

—¡Mamma mía! Non so dobe sto ottenendo.

—Te van a gustar mis amigos, y lo pasaremos bien, ya verás...

La miré alejarse con el coche. Yo caminé despacio hacia la puerta de entrada.

—Hola Sacha, mírame, la escayola «é finita».

Salió de la cocina para verme y se sorprendió mucho.

— ¿No será demasiado pronto para quitarla?

—No creas, los huesos ya han unido, y ahora me han puesto esto para que la mantenga parcialmente inmovilizada, pero a la vez ayuda a que la curación sea más rápida. Y he pensado que ya puedo volver a mi habitación. Puedo subir y bajar escaleras con cuidado, y me vendrá bien para ir rehabilitando.

—Como quieras, haremos mañana el cambio, así nos ayudará Robertina.

—Está bien. ¿Ya está la comida?

—Sí, podemos comer cuando quieras.

—Vale, yo pongo la mesa.

Cada vez me gustaban más las charlas que manteníamos Sacha y yo. Era una mujer moderna, de pensamiento muy abierto. Se podía hablar de todo con ella. Nunca ponía trabas, ni malas caras ante cualquier idea que se le expusiese, aunque fuera una bien rocambolesca. Nos estábamos tomando un café cuando llegaron Marieta y Franco.

Entraron los dos riendo y cogidos de la mano. Sacha y yo los miramos sorprendidos. Marieta se soltó de

la mano de Franco sonrojada y nos saludó un poco azorada.

Sacha, con una sonrisa de oreja a oreja, y como si no hubiese pasado nada, empezó el interrogatorio.

— ¿Qué os contáis chicos? ¿Venecia sigue ahí o ya se la ha comido el mar?

Ellos se rieron y enseguida se sintieron totalmente distendidos.

—Ahí sigue, Sacha. Cuando quieras te llevo para que lo compruebes con tus propios ojos.

—No me hace falta, me fío. Y ya sabéis que es una ciudad a la que es mucho mejor ir acompañados por la persona amada... Vuestro tío Juan y

yo fuimos muchísimas veces. Nos encantaba ir. ¿Sabéis que nos enamoramos en Venecia?

—Sacha, esa historia tienes que contárnosla.

—Tal vez lo haga. Y vosotros, habéis comido supongo.

—Sí, pero yo me tomaré un cafecito si me invitáis — dijo Franco.

—Por supuesto. Marieta, ¿tú no quieres?

—No, voy a preparar mi maleta, mi avión sale mañana temprano y ha dicho Franco que podríamos ir hoy y visitar Milán, aunque sea por poco tiempo.

Franco nos miró, e hizo un gesto

encogiendo el hombro. Como diciendo «no lo pude evitar» y a continuación añadió:

—La verdad es que su avión sale a las nueve de la mañana, tendríamos que madrugar muchísimo. Y he pensado que podríamos ir a Milán, pasear un poquito por «La Galería», dormir allí y ya de mañana ella coge su vuelo y yo me vengo.

No pude menos que reconocer que era buena idea, yo había hecho lo mismo con Xulia, pero sin entrar en la ciudad.

— ¿Os vais ya entonces?

—Sí, si queremos entrar en Milán,

tenemos que irnos cuanto antes. He pasado por la oficina para avisar a Lolita y, de paso, he buscado un hotel para esta noche.

—Ya estoy lista— Dijo Marieta en cuanto bajó con sus cosas.

—Pues entonces nos vamos.

Marieta se acercó a mí, que me levanté para abrazarla.

—Cuida de mis dineros.

—Conmigo están bien seguros. Y tú, ¡haz el favor de tener cuidado en la nieve!

—Creo que este año la temporada de esquí se acabó para mí.

Abrazó a Sacha y le dio montones de besos.

—Tía Sacha, deberías venir a Galicia, mis padres están deseando verte. Y hace miles de años que no vas.

—Tal vez os haga una visita, pero tus padres también podrían venir. Creo que solo vinieron cuando Juan y yo nos casamos.

—Se lo diré, quizás consiga arrastrarlos hasta aquí, ahora que mi hermano parece haberse instalado...

—Dejad ya la charlita o nos eternizaremos aquí— intervino Franco.

Por fin salieron, y yo tras ellos para despedirlos. No pude reprimir mi

parte de «hermano mayor protector»:

— ¡Cuídamela!

—No lo dudes— contestó y arrancó su «Testarossa» negro, sacando la mano por la ventanilla para decir adiós.

Sacha y yo nos quedamos mirando cómo se alejaban.

— ¡Menudo cochecito se gasta el italiano!

—Siempre le han gustado los coches y la velocidad. Recuerdo a su madre siempre preocupada por el chico. Se iba a Ímola con otros aficionados como él a correr en el circuito. Por aquel entonces, me

alegré mucho de no tener hijos.

—Esto tendrías que habérmelo contado antes, no dejaría ir a mi hermana con ese individuo— dije esto en broma, aunque preocupado.

—Tranquilo, aquello de correr se le pasó en cuanto tuvo un accidente que a punto estuvo de acabar con su vida. Pero eso sí, los coches le siguen gustando mucho y no se pierde la Fórmula 1 por nada.

CAPÍTULO XXIV

Desde que se marchó Marieta, y hasta el sábado que era el día que habíamos quedado en reunirnos los antiguos amigos, me dediqué a terminar las correcciones que me enviaba Mabel, la editora, y a escribir. Tenía entre manos una historia muy potente, o eso al menos pensaba yo.

La verdad es que, para mí, escribir resulta liberador. A veces pienso en la gran suerte que tengo de poder dedicarme a lo que realmente me gusta.

Que el trabajo que uno hace para poder vivir, sea además su hobby, no tiene precio. Y escribir es mi auténtica pasión, así que, podría decir que soy feliz. Además, tengo la vida sencilla que me gusta, unos pocos amigos para compartir charlas, gastronomía y vinos. Pero...

Siempre tiene que haber algún «pero», y el mío es que echo de menos a Xulia.

La conozco y la quiero desde que éramos niños, y nunca había reparado en ella como mujer. Y ahora, es para mí la única. Es la mujer que quisiera tener siempre al

lado.

Ella me ayuda a centrarme, me hace reír, y me excita sexualmente como no lo había hecho ninguna otra, ni siquiera la loca de Elena.

Todos estos días, desde que ha dejado de cogerme el teléfono, me he estado preguntando qué había pasado. No está enfadada, pero me trata únicamente como a su representado. Con mucha corrección, pero sin familiaridad. Como si entre nosotros no hubiera habido nada. Me dio por pensar que tal vez había encontrado a alguien. Quizás ya tenía pareja y eso significaba que se había acabado

nuestra relación. Aquello de «podemos seguir teniendo sexo mientras alguno de los dos no tenga pareja». Cuando pensaba en esto, me daban ganas de abofetearme. ¿Cómo se me había ocurrido aceptar aquel rocambolesco trato? Otras veces entraba en un bucle de negatividad, y me revolcaba en el pesimismo y la lástima. Maldiciendo mi mala suerte, sobre todo con las mujeres. Luego me daba por pensar que todo era culpa de Elena, que me había echado mal de ojo o algo así. Aquellas últimas noches apenas dormí. Para cuando llegó la noche del sábado, en la que

teníamos el encuentro, tenía unas tremendas ojeras y un aspecto bastante deplorable.

Sacha estaba empezando a preocuparse, y hasta yo cuando me miraba al espejo me veía fatal.

La imbécil de Elena seguía mandándome correos, unas veces para decirme lo mucho que me quería y lo bien que yo estaría a su lado. Y otras para insultarme y amenazarme, porque no le contestaba. Ahora leo todo lo que me manda y lo guardo en una carpeta. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Y esto tiene muy mala pinta.

Bajé a la cocina a tomarme un paracetamol para aliviar el tremendo dolor de cabeza que tenía. Entre no dormir y estar todo el día delante de la pantalla del ordenador, llevaba varios días que me estallaba la cabeza. Aun así, aquello tenía su lado bueno, el manuscrito que tenía entre manos llevaba muy buen ritmo, y para cuando saliese al mercado el libro que estábamos corrigiendo, este nuevo manuscrito estaría terminado, así que podría dedicarme de lleno a las presentaciones y a la publicidad...

Aunque, como no cambiasen las

cosas, tanto mis ganas de vender, como de escribir, eran pocas.

Pensaba en todo esto mientras daba vueltas al paracetamol que había echado en un vaso de agua, y miraba por la ventana cómo empezaba a oscurecer.

Debería darme prisa, ducharme y afeitarme, pues Lolita no tardaría en venir a buscarme.

Me sacó de aquel estado de embotamiento Sacha, que como siempre estaba pendiente de todo. Incluso de mí.

—Quiero que te metas inmediatamente en la ducha y te afeites esa horrible barba.

—Estaba pensando hacerlo antes de que tú dijeras nada.

— ¡Pues hala, dale que van a ser las siete! Pronto vendrá Lolita. ¿No habéis quedado en que iríais en el coche de ella?

—Sí, ya voy...

Subí con desgana, pero tenía que hacer un esfuerzo, los demás no tenían la culpa de mis males y, desde luego, después de tantos años, se merecían lo mejor de mí.

Me recorté la barba, hasta dejarla en ese punto en el que parece que no te has afeitado en tres días. Me puse una camisa de color malva con el cuello y los puños blancos, y un

vaquero ligeramente desgastado. Elegí una americana gris marengo, que me pareció que combinaba bien. A ver qué decía Lolita. Se había erigido en mi asesora de imagen, y una tarde me llevó de compras a instancias de mi hermana, que dijo que ya estaba bien de ir vestido como un estudiante pobre.

Tuve que claudicar ante aquellas dos, y al día siguiente de haberse ido Marieta, fui de compras con Lolita. Recordé el día en el que fui con Xulia en Verona, y lo bien que nos lo pasamos en el probador... Me ajusté bien la férula y me calcé

unas convers, de color blanco. En realidad, no podía calzarme otra cosa que no fueran unas zapatillas, la dichosa férula me lo impedía.

Al salir de la habitación, escuché las voces de Lolita y Sacha charlando. Entré en la cocina en silencio y las dos se quedaron calladas en cuanto me vieron.

— ¿Qué pasa? ¿No me he conjuntado bien?

Lolita se acercó y se dio una vuelta alrededor mío.

— ¡Por dios! Estás... Estás estupendo. No me extraña que las tías se vuelvan medio locas contigo.

—Eso lo dirás tú, porque la que a mí me gusta, no parece muy interesada.

—Eso quiero verlo yo.

—Va a ser difícil, no creo que vuelva mucho por aquí.

Sacha, como siempre, quiso levantarme el ánimo.

—Bueno, hoy haz el favor de centrarte en tus amigos. Piensa que vas a encontrarte con Marcela y Bettina a las que, ¿hace cuántos años que no ves?

—No sé, he perdido la cuenta, pero tienes razón, hoy voy a aparcar todos mis problemas y a disfrutar de los amigos, los antiguos y —

Cogí a Lolita de la mano y se la besé— los nuevos.

Lolita me devolvió el beso en la mejilla, diciéndome divertida:

— ¡Qué pena que lo tuyo conmigo no haya funcionado! Con lo bueno que estás y lo famoso que vas a ser... Eres un escándalo de hombre.

— Anda, anda, déjate de tonterías y vámonos. ¿Sabes dónde está el restaurante?

—Sí, vamos.

Caminamos hacia la puerta cogidos de la mano y, antes de salir, giramos la cabeza para despedirnos de Sacha.

—Pasadlo bien. Y, Lolita, no dejes

que este chico se me venga abajo.

—No te preocupes, ese va a ser mi objetivo toda la noche.

El restaurante no estaba lejos, pero yo caminaba muy despacio.

Cuando entramos, Lolita me cogía del brazo. Vi a Carlo y a Clara, y los saludé afectuosamente.

—No sé si os conocéis, ella es mi socia, Lolita.

Carla y ella se besaron en la mejilla y Carlo extendió su mano para saludarla.

—Ya nos conocemos— dijo mirándome—, hice la reforma de las oficinas de la estación de invierno. Encantado de saludarte de

nuevo, Lola.

—Lo mismo digo.

Carlo miró por encima de mi hombro y sonriendo me dijo:

—Mira, ahí viene Enzo, ¿aún no lo habías visto?

—No, el día que subí a esquiar no estaba, y después... ya no pude volver.

A Lolita se le puso una sonrisa de oreja a oreja. Se dirigió a Enzo, lo saludó efusivamente y nos explicó que se conocían desde hacía un tiempo.

—Como sabéis, es monitor de esquí desde hace años. Fue el que me enseñó a esquiar, y somos

buenos amigos.

A mí me pareció que allí había algo más que una buena amistad, pero ya le preguntaría a Lolita.

Enseguida apareció una espectacular pelirroja. ¿Era Bettina? No lo podía creer. La flacucha con gafas y el pelo de zanahoria se había convertido en una imponente mujer. Fue saludándolos a todos hasta que llegó a mí.

—Cuánto me alegro de verte, Adrián. Todos tenemos que agradecerte esta reunión a ti.

—Yo también me alegro de verte, Betty. Estás guapísima.

—Tú también estás muy guapo, claro que ya apuntabas manera...

—Gracias, mira, te presento a Lola, mi socia.

— ¿Pero tú no eras escritor? Al menos eso me ha dicho Clara.

—Sí, soy escritor, pero además tengo parte en una estación de esquí que me han dejado en herencia mis tíos.

— ¿Se han muerto? ¡Vaya, lo siento!

—Se ha muerto mi tío, pero su mujer quiere que yo me haga cargo de todo eso...

— ¿Te quedarás por aquí entonces?

—Estaré un poco a caballo entre

Italia y Galicia... Quizás coincidamos en los aviones.

—Será un placer desde luego.

Carlo se acercó a mí por detrás y me susurró:

—Está entrando Marcela...

Me giré y quedé petrificado. Entró Marcela y, detrás de ella...

¿Marco y Xulia? ¿Qué coño estaba pasando? ¿Qué parte me había perdido?

Marcela saludó a todos en general, pero caminó directa hacia mí.

—Adrián, no sabes cuánto me alegro de verte. ¿Cuántos años hace desde la última vez?

La abracé y la besé en la mejilla sin

perder de vista a Marco y Xulia, que me sonreían con descaro.

—Demasiados años Marcela, aunque por ti no han pasado, y si lo han hecho ha sido para mejorarte.

—Ya me han contado que eres un gran escritor.

—Bueno, escritor sí, grande... quizás algún día.

— ¡Bah, no seas modesto!

—Es la verdad. Pero la que sí se ha hecho famosa eres tú, te felicito. Te he visto en acción, y eres la reina de las tertulias políticas. Tienes que saber muchas cosas que a los de a pie se nos escapan.

—Tú siempre tan suspicaz...

Se echó a reír y, cogiéndome del brazo, me llevó hacia donde estaba Marco y Xulia.

—Te presento a mi pareja, Marco, y, bueno, creo que a Xulia ya la conoces.

Xulia se acercó a mí y me abrazó besándome la comisura de la boca.

—Ya te dije que vendría.

—En realidad no me aseguraste nada, pensé que no podías o no querías venir.

Marco se adelantó y me ofreció su mano.

—Me alegro mucho de verte de nuevo, bueno, de veros a los dos.

—Yo también me alegro de verte,

Marco.

—Hay que ver lo que es la vida. Resulta que mi novia Marcela y tú sois viejos conocidos.

Marcela sonreía y, acercándose a mi oído, me dijo:

—Quizás este sea el momento para cumplir antiguos sueños.

¿Qué me estaba diciendo? No supe qué contestar.

Enseguida nos rodearon el resto de amigos y Lolita se puso a mi lado pidiéndome que le presentara a Marcela.

—Marcela, quiero presentarte a Lolita, ella es mi socia y una gran amiga.

Marco me miró sorprendido e inquirió:

— ¿Ahora la gente se casa con sus amigos? Me estoy quedando antiguo.

Yo le miré con el ceño fruncido sin comprender aquel estúpido comentario.

—Perdona un momento, Marco. ¿Qué clase de gilipollez es esa que acabas de decir?

—Bueno, Xulia me ha dicho que te vas a casar con Lolita.

— ¿¿¿Qué???

No podía creer lo que acababa de decir Marco.

Lolita, que estaba hablando con

Marcela, giró la cabeza y comentó:
— ¿Qué tontería es esa? Adrián y yo somos amigos, muy amigos eso sí, y socios, pero novios nunca lo hemos sido. Aunque he de reconocer que al principio lo intenté, pero Adrián me dejó claro que su corazón estaba en otro sitio. Yo estaba tan aturdido que no acertaba a comprender qué había pasado.

Carlo nos llamó y tuvimos que abandonar aquella extraña conversación.

— ¡Vamos chicos! Ya podemos ir pasando al comedor.

Bettina entró de primera junto a

Carlo y Clara. Lolita me guiñó un ojo y cogió a Enzo del brazo para entrar. Quedábamos Marcela, Marco, Xulia y yo.

Xulia se cogió del brazo de Marco y, sonriéndome con frialdad, entraron. Marcela cogió mi mano y entramos los últimos.

Yo seguía conmocionado y solo podía mirar a Xulia, ataviada con aquel precioso vestido rojo que marcaba todas sus curvas, y aquel tremendo escote en la espalda, que exponía su satinada piel, lo único que quería era recorrerla a besos... Mirándola recordé lo que me había dicho en Venecia: «Siempre que

llevo falda, me pongo liguero, no soporto los pantis». Aquello activó todo mi deseo, que llevaba apagado desde que dejó de cogerme el teléfono. Teníamos que hablar, pero cómo íbamos a hacerlo, y encima Marco no la dejaba un momento. Pero, ¿Marcela no era su pareja?

Al sentarnos a la mesa, no sé cómo lo hizo Marco, pero se quedó en medio de Xulia y Marcela. A mí no me quedó más opción que sentarme entre Marcela y Lolita.

Aquella situación no me iba a dejar disfrutar como me hubiera gustado de la velada. Con la ilusión que yo tenía por celebrar esta reunión...

Lolita se acercó a mi oído.

—Disfruta, son tus amigos, hace muchos años que no los ves. Ya hablarás con Xulia más tarde, pero que sepas que está coladita por ti.

—Tú no sabes nada, esto es bastante complicado.

—Sí, bueno, las cosas a veces resultan complicadas, pero todo se reduce a hablar claro, y creo que eso es lo que tenéis que hacer.

Marcela estaba conversando con Xulia en un tono demasiado bajo para mí. Ella estaba un poco seria, pero Marco le cogía la mano y se la besaba tranquilizándola. Aquel gesto me superó y me dirigí

demasiado bruscamente a Marcela:

— ¿Qué pasa contigo y con Marco?

¿Sois pareja de verdad o a qué coño jugáis?

Ella me miró entrecerrando los ojos.

—Tranquilízate, Adrián. Marco y yo somos pareja desde hace algunos años. Pero como tú ya sabes, nos gusta jugar.

— ¡No me jodas, Marcela! ¿Habéis estado... con Xulia?

—Es una chica encantadora, pero no. Cuando lo hacemos, nos gusta divertirnos, y Xulia no estaba para mucha diversión.

—No me lo puedo creer.

— ¿Qué es lo que no puedes creer?

—Esto que está haciendo Xulia.

¿Por qué no ha venido a verme?

Teníamos planes, entre ellos estaba el de ir a Venecia a ver a Marco y tal vez jugar de nuevo con él. Pero irse ella sin siquiera venir a verme... ¿Sabes tú si tiene otra pareja?

—No lo sé, y aunque lo supiera, es algo que has de hablar con ella. Pero te diré que ella vino a verte primero. Estuvo aquí, pero no sé qué le pasó. Apareció en Venecia en el hotel de Marco preguntando por él a las tantas de la noche y llorando.

—Te juro, Marcela, que aquí nunca estuvo. Sabe muy bien dónde es mi casa, si hubiera venido, yo o mi tía la habríamos visto. ¿Y qué es eso de que Lolita y yo nos vamos a casar? Xulia me conoce, sabe que eso no es posible. Es que no lo entiendo.

—No te agobies, ya tendréis ocasión de hablar. Ahora disfrutemos de esta velada estupenda. Organizada a instancia tuya, y de la que van a salir nuevas parejas.

— ¿Cómo dices?

—Fíjate en tu socia, Lolita se llama ¿no?

—Sí, Lolita...

—Se está comiendo con los ojos a Enzo, y no tardará en comérselo con el resto...

Por lo demás, la cena resultó un acontecimiento, entrañable y divertido, en el que pudimos volver a conocernos y recordar anécdotas del pasado.

A los postres, Carlo se levantó para hacer un brindis.

—Por las antiguas amistades, que han renovado hoy sus votos, y por las nuevas, para que todos sigamos unidos aun en la distancia.

Nos levantamos todos y entrechocamos nuestras copas. A

continuación, yo mismo, haciendo acopio de todas mis fuerzas, rematé el brindis con otro.

—Propongo que al menos una vez al año nos reunamos para cenar, lo cual no quita que podamos hacerlo más veces. Aunque somos conscientes de que nuestros trabajos nos lo impiden, por eso tal vez, hacer el esfuerzo una vez al año no sería demasiado. Y seguiríamos todos en contacto.

Bettina aplaudió encantada y el resto la seguimos.

—Yo soy la que más complicado lo tiene— dijo— por eso vengo tan pocas veces... pero os prometo que

si lo organizáis vendré. Lo mejor sería dejar la fecha marcada, y creo que Semana Santa, como ahora, sería estupendo.

Carlo tomó la palabra y, muy ceremonioso, añadió.

—Está bien, como Clara y yo somos los que vivimos aquí, nos encargaremos de organizarlo. Pero pensad que tenemos que ser flexibles, va a ser muy difícil que nos vaya a todos bien el mismo día. Por eso pensad siempre en dejar unos días de vuestras vacaciones para este encuentro. ¿Os parece bien?

Todos asintieron aplaudiendo.

—Un momento— Continuó Carlo —. Queda entonces fijado el sábado de Semana Santa como el día de nuestro encuentro anual. Podéis aprovechar para pasaros unos días esquiando. ¿De acuerdo entonces?

Todos asintieron. Y comenzó un barullo de conversaciones entre unos y otros. Carlo volvió a tomar la palabra:

— ¿Qué os parece si nos vamos a tomar unas copas y a bailar un poco?

Asintieron todos de buen grado. Y nos fuimos levantando para salir. Lolita se acercó a mí y me

comunicó su intención de ir en el coche de Enzo.

—¿No te importará ir en el coche de Marco?

—Tranquila, hay suficientes coches. Tú cómete a Enzo, y ten cuidado, podrías empacharte.

Marco escuchó nuestra conversación e intervino al instante.

—No te preocupes, Adrián se viene con nosotros— y mirándome a los ojos añadió—. ¿Verdad?

—Sí, ya voy.

Empezamos a salir del restaurante y nos dirigimos a los respectivos automóviles. Carlo, que había sido el organizador del cotarro, nos

explicó en dónde era.

—El que tenga dudas que me siga.

Nos montamos en los coches y nos dirigimos hacia el lugar en el que Carlo había preparado aquella pequeña fiesta con música y copas. Una fiesta en la que, a decir verdad, todos, incluso los que no teníamos el ánimo, ni el cuerpo, para mucho bailoteo, lo pasamos muy bien.

CAPÍTULO XXV

Monté en el asiento de atrás del coche de Marco, al lado de Xulia. No pude evitar el nerviosismo, y sé por experiencia que ese nerviosismo produce cierto desconcierto en los que están a mi alrededor. En este caso, era Xulia la afectada. No me miraba a la cara, lo hacía hacia abajo, o hacia la ventanilla. Cogí su mano en la mía para calmarla y se me erizó el vello del cuerpo. Ella tampoco fue inmune a mi gesto porque emitió un ligero gemido apreciado solo por

mí, que me había sentado lo más pegado a ella posible.

Marco encendió el reproductor de música y empezó a sonar Etta James cantando «At Last». Cerré los ojos, apreté la mano de Xulia en la mía y me dejé imbuir por la música, sintiendo cada una de sus palabras...

«At last, my love has come along,
my lonely days are over, and life is
like a song.

At last, the skies above are blue.

My heart was wrapped up in
clover...».

Me evadí totalmente, acariciando su mano, tratando de transmitirle en

aquella caricia la profundidad de mis sentimientos. Necesitaba que ella también sintiera todo aquello o terminaría por volverme loco. Cuando Marco detuvo el coche, se apagó la música y aquella especie de magia desapareció, pero Xulia se me acercó y, apoyando sus labios en mi cuello justo debajo de la oreja, repitió para mí las palabras de la canción.

— «Yo también encontré mi sueño y una emoción que nunca había conocido...».

Quise besarla, pero se bajó del coche, yo hice lo mismo, pues Marco y Marcela nos esperaban.

La volví a coger de la mano, y entré con ella en el local en el que ya sonaba la música de nuestra pequeña fiesta.

Nos sentamos en un rincón junto con Marcela y Marco. Carlo y Claudia bailaban en la pequeña pista abrazados y comiéndose la boca. Nos habían anunciado en la cena que ella volvía a estar embarazada. Me pareció increíble que después de casi diez años juntos siguieran tan enamorados como para estar comiéndose a besos en mitad de una pista de baile.

Enzo y Lolita se daban el lote en

otra oscura esquina del local.

Marcela sonriendo comentó:

— «the love is in the air».

—Sí, eso parece— contestó Xulia.

—Pues deberíamos dejarnos envolver por ese aire lleno de amor.

Marco la besó en la boca y ella se entregó al beso enzarzándose en su cuello.

—A mi chica, como veis, ya la envolvió el hechizo de amor que hay en el aire, me encanta— dijo y la besó de nuevo.

Yo seguía con la mano de Xulia en la mía. Quería besarla, no, quería comérmela a besos, pero

necesitábamos hablar.

Empezó a sonar «I say a litle prayer».

—Bailemos, Xulia.

Se levantó y caminamos hasta el centro de la pequeña pista de baile, allí seguían Carlo y Clara, que se abrazaban como si no hubiera mañana. Sentí un poco de envidia de aquella pareja, deseé tener algún día lo que ellos tenían a pesar del tiempo que llevaban juntos.

Julia enroscó los brazos en mi cuello y apoyó su cabeza en mi hombro. Su boca exhalaba el aire caliente de sus pulmones en mi garganta. Aquello era más de lo que

podía aguantar. La apreté contra mí y los dos sentimos mi erección en medio.

—Me gustaría que revisásemos las bases de nuestra relación— le dije.

Xulia separó su cara para mirarme a los ojos con el ceño fruncido. Y en ese mismo momento, lamenté haber sido tan realista. Aquello había sonado como si tuviéramos que revisar la declaración de la renta.

—Perdóname, no quería decir eso...

—Yo creo que sí.

— Tienes razón, pero no quería decirlo así, entiéndeme.

—Te entiendo. Continúa, dijiste que teníamos muchas cosas de las que hablar.

—No sé por dónde empezar, así que voy a hacerlo por lo más básico y espero que no te asustes y creas cada una de mis palabras, porque te aseguro que no puedo ser más sincero.

Ella volvió a mirarme, fijando sus ojos en los míos unos segundos.

—Estoy deseando escuchar todo lo que tienes que decirme — cogió mi cara entre sus manos, me besó en los labios y añadió —. Te creo, no estaría aquí si no fuese así.

La abracé de nuevo y ella volvió a

recostarse en mi hombro. La música nos envolvía y pude ver a más parejas bailando y besándose.

Le hablé muy cerca de su oído, susurrando cada palabra y depositando pequeños besos de vez en cuando.

—En todo este tiempo que no has estado, me he dado cuenta de lo mucho que te quiero. Que cada mañana, mi mayor deseo es verte. Que necesito escuchar tu voz y tu risa por la casa cada día, y dormirme abrazado a ti cada noche. Desde que decidiste no contestar mis llamadas y tratarme de modo impersonal, me sentí tan

desgraciado... Nunca me había sentido así. No sé qué pasó, y me gustaría saberlo para poder darte mi versión. Si se trata de algo que he hecho mal necesito saberlo, incluso aunque lo que tengas que decirme es que te has enamorado de otro.

Levantó un poco la cabeza de mi hombro y la besé en la comisura de los labios.

—Yo tampoco he sido muy sincera contigo, Adrián. Más bien he sido un poco cínica diciéndote que podíamos seguir teniendo sexo mientras alguno de los dos no tuviera pareja.

Se me vino el mundo encima después de sus palabras.

—Lo siento, olvida entonces lo que dije...

—Déjame terminar de hablar, yo no te he interrumpido a ti.

—De acuerdo, termina...

Los dos volvimos a apreciar cómo mi erección se vino abajo. Ella me hablaba pegada al cuello y sus palabras me cosquilleaban en la garganta, pero ya no me endurecían.

—Me enamoré de ti hace años, pero estabas entretenido con... «otras». Aunque entonces aquel enamoramiento era como de adolescente, un poco platónico.

Como cuando una chica se enamora de su profesor. A mí me pasó algo parecido; me enamoré de Adrián Enríquez, el fantástico escritor al que cada día admiro más.

Volví a apretarla con fuerza. Ahora estaba expectante, todavía no sabía si había decidido renunciar al amor de su vida. No dije nada, seguí escuchándola.

—Cuando me invitaste al viaje de Venecia, lo pensé mucho. Era muy arriesgado para mí, podía terminar enamorada perdida, solo que ahora ya no sería tan platónico, y me destrozaría. Y entonces ocurrió que te fijaste en mí como mujer. Era la

otra posibilidad que barajé antes de aceptar el viaje. Me gustó mucho todo lo que ocurrió entre los dos, y terminé definitivamente enamorada de ti, tal como había imaginado que pasaría.

—No me dijiste nada de esto, pero sin embargo me ofreciste un trato que ahora no aceptaría de ninguna manera.

—Tuve miedo de hablarte de mis sentimientos. ¿Te acuerdas cuando descubriste que era virgen? Después estabas como arrepentido, ya no querías seguir. Y yo solo quería que continuaras, con todo, hasta el final, o hasta donde nos

llevara el destino.

—Íbamos bien Julieta, yo quería hablarte cuando vinieras a pasar estas vacaciones, pero algo se torció... y eso es lo que me está matando.

—Cuando volví aquel fin de semana en el que me presentaste a tus socios, me puse un poco celosa de Lolita, aunque al final lo aclaramos y me marché convencida de que no te interesaba como mujer. Pero aun así ni tú, ni yo, fuimos todo lo sinceros que deberíamos. Hablamos solo de sexo. Y seguimos con el trato que yo había propuesto al principio. Tuve miedo de

mostrarte mis verdaderos sentimientos.

Qué tontos habíamos sido. Quedamos los dos atrapados por sus palabras.

— ¿Y dónde nos deja todo esto ahora? — Pregunté.

— Nos dejará donde queramos ambos.

Cambió la música y todos se lanzaron a bailar saltando y riendo. Volvimos a sentarnos y bebimos algo de las copas que nos había pedido Marco.

Volví a tomar la palabra.

— Te quiero, Xulia, te quiero muchísimo. Me gustaría que te

quedases a vivir conmigo. Tenemos tantas cosas que hacer juntos...

—Si me quieres, ¿por qué dijiste que Lolita era tu novia y que muy pronto os casaríais?

— ¿Cuándo dije yo eso?

—Piénsalo, a alguien se lo dijiste y sellaste tus palabras besándola, no me mientas por favor, si lo haces hemos acabado nuestra conversación.

Me quedé petrificado durante un momento, enseguida comprendí que tenía que haber sido Elena.

—Escucha, no te miento. Pero hay algo que no sabes y que tal vez hayas malinterpretado.

— ¡Explícate!

—Hace un tiempo que Elena empezó a mandarme correos. Leí el primero, en el que me decía que me quería, que se había equivocado dejándome y que necesitaba que hablásemos, que tenía que perdonarla... y un montón de basura que no voy a reproducir. Le contesté diciéndole que no teníamos nada que hablar, y que por mi parte estaba perdonada. Le exigí que no me enviara ningún correo más, porque no los leería. Puedo enseñártelo todo.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería incomodarte. El

problema fue que ella siguió enviándome mensajes que yo por supuesto no leía. Hasta que un buen día se presentó aquí.

Le conté cómo había engañado a Lolita haciéndose pasar por una lectora muy fan que quería que le firmase un libro. Y todo lo que había pasado aquella tarde.

—No pensé que iría a contártelo a ti.

—Es que no me lo contó ella, lo vi yo. Como siempre, en casa de tu tía, también ese día la puerta estaba abierta. Entré en silencio, porque quería darte una sorpresa, pero justo en ese momento estabas

diciendo que Lolita era tu novia y que os casaríais en poco tiempo. A continuación, la besaste. Salí de allí, igual que entré, sin hacer ruido. Me fui lo más deprisa que pude, y cogí un taxi que me llevó a Venecia. Fui todo el camino llorando y preguntándome cómo iba a poder sobrevivir sin ti.

— ¡Cuánto lo siento, Julieta! Y pensar que todo eso lo hice para quitarme de encima a Elena, que no sabes lo agobiante que puede llegar a ser.

—¿Cómo supo dónde estabas? Porque a mí me llamó un día, con no sé qué excusa, para preguntarme,

pero le dije que no lo sabía, que te habías ido y ni siquiera a mí me habías dicho adónde.

—Llamó a Antonia, la mujer de la limpieza que tengo en Santiago, con la excusa de recoger algo en mi casa y ella le abrió. Se dedicó a registrar mi despacho hasta que encontró un mapa en el que yo había rodeado Malcesine, ató cabos y aquí se presentó. En fin, un mal rollo que no quiero ni recordar.

—Por lo menos te la has quitado de encima.

— ¡Qué va! Continúa enviándome correos electrónicos, menos mal que no tiene mi número de teléfono.

—Hay que ponerlo en conocimiento de la policía, eso es acoso. ¿Y si le da por hacer alguna locura?

—No creo que sea para tanto...

—Eso no lo sabes. Hay gente muy perturbada que le da por acosar a personas famosas o muy conocidas.

—Los correos antiguos los he borrado, pero los de ahora, aunque no los leo, los guardo, por lo que pueda pasar.

—Tengo que ver todo eso, haré una entrada en Facebook comentando lo que te está haciendo. Seguro que ella lo ve, tal vez se corte un poco.

—Olvida eso ahora. ¿Qué hacemos con lo nuestro?

Se me sentó encima, como le gustaba a ella, a horcajadas y comenzó a besarme. Le agarré las piernas y fui deslizándome mi mano por debajo de su vestido hasta donde terminaban las medias. Estiré de la cinta del ligero y solté.

— ¡Ay! ¿Qué haces?

— Nada.

La besé y seguí ascendiendo hasta rozar el encaje de sus bragas. La acaricié por encima del húmedo tejido.

— Mi Julieta siempre lista para mí. Estaba tan caliente que en cuanto le introduje los dedos empezó a

convulsionar. La mantuve pegada a mí con un brazo mientras movía los dedos de la otra mano dentro de ella hasta que se corrió. Ahogué sus gemidos con un beso que duró lo mismo que su orgasmo.

Levanté la vista y encontré con la sonrisa de Marco y su gesto de aprobación.

—Si quieres nos vamos, Xulia.

—Sí, por favor, aquí estamos dando un espectáculo.

Nos levantamos, yo con un tremendo bulto en el pantalón que Xulia tapaba poniéndose siempre delante. Nos acercamos a Marco y a Marcela, que estaban en la barra

charlando con alguien.

—Marco, nosotros nos vamos, despídenos de los demás.

—No podéis, tengo que llevaros.

—No hace falta, caminaremos hasta casa, no está lejos.

— ¿Y cómo pensáis llevar la maleta de Xulia? Está en mi maletero.

—Siento interrumpiros, podemos esperar.

—No creo; ni podéis, ni queréis.

Le habló al oído a Marcela y salió delante de nosotros.

— ¡Vamos!

Cuando llegamos al coche, monté delante y Xulia lo hizo detrás. No

quería que Marco pareciese nuestro taxista.

—Chicos, hoy tenéis muchas cosas que solucionar. Marcela y yo nos iremos mañana para Venecia, el trabajo me espera. Pero si os parece, podéis venir a hacernos una visita, sería en nuestra casa, por supuesto.

Miré a Xulia, que sonreía divertida.

—No sé si mi chica querrá... ¿Qué dices, Julieta?

—Sabes que sí. ¿Seríamos cuatro esta vez?

Marco levantó las cejas sorprendido.

— ¿Te gustaría que hubiera más?

Podemos montar una orgía—
Sugirió Marcos.

—Tú decides Julieta, lo que prefieras— dije.

—No, de momento será suficiente, pero quizás en otra ocasión...

—Eres insaciable cariño.

—Me gusta probar cosas nuevas.

Nos despedimos de Marco, agradeciéndole todo lo que había hecho por ambos. Sobre todo, por Xulia.

—El lunes te llamo y te digo. Todavía no sé el plan de trabajo de Xulia.

—De acuerdo, hablamos...

Para Xulia y para mí fue una larga

noche en la que nos entregamos por completo. No solo nuestros cuerpos, que eso lo llevábamos haciendo un tiempo y se nos daba muy bien. Esta noche estábamos entregándonos también alma y corazón. Aclaramos nuestras dudas con respecto al otro. Y finalmente nos amamos como nunca lo habíamos hecho.

—Querida Julieta, después de esta noche, creo que ya estamos preparados para jugar con Marcos y Marcela, si te apetece claro.

—Sí, me apetece, pero no iremos hasta dentro de unos días. Tengo trabajo pendiente, y tenemos que

revisar todos esos correos que te ha estado mandando Elena. Es demasiado turbia esa historia.

—Lo que tú digas. Piensa que eres algo así como... ¿Mi jefa?

—No me hagas reír Adri, lo tuyo, precisamente, es no tener jefes. Eres un escritor free lance.

—Pero te obedezco siempre, no dirás que no.

—Bueno, menos cuando te digo que no te conviene una compañía determinada, ahí te obcecas, haces lo que te da la gana y después pasa lo que pasa...

La abracé y metí mi cabeza en su cuello, entre su pelo. Comencé a

besarla, primero haciéndole cosquillas, hasta que el juego se transformó en algo tórrido.

Cada vez me gustaba más morderle los pechos, eran exuberantes, tiernos y tersos. Con los pezones perfectamente dibujados en un color rosado que se intensificaba a medida que el placer los endurecía. Lamerlos era mi pasatiempo preferido. Xulia disfrutaba con lo que le hacía y me los ofrecía con lujuria.

— ¿Te gustan mis tetas, eh?

Le contesté muy serio, aunque con mi respuesta quería hacerla rabiar, me gustaba cuando se enfadaba

celosa.

—Sí, son de las mejores que he probado.

Se apartó para mirarme. Sabía que lo haría, con el ceño fruncido y aquellos morritos que ponía tan sexis cuando se enfurruñaba.

— ¿Y cuántas has probado? Si se puede saber.

—Unas cuantas, no te creas... tendría que pensarlo.

Se apartó definitivamente e interpuso la sábana entre los dos envolviéndose en ella.

—Estoy muy interesada en este asunto, cuenta, cuenta...

A veces, hacerme el gracioso con

Xulia, podía traer consecuencias negativas, tal y como iba a ocurrir ahora si no lo remediaba.

—Parece mentira que siempre entres al trapo. ¿Quieres saber la verdad?

—Estoy esperando...

—Te aseguro que ninguna de las mujeres con las que he estado tenían un pecho tan perfecto para mí como este tuyo. Es exuberante, con la dureza justa y ese tono rosado de los pezones que nada más verlos endurecer, me dan ganas de chupártelos hasta hacerte correr.

Según le iba diciendo aquello, me fue dejando quitarle la sábana.

Cuando la tuve totalmente destapada y desnuda ante mis ojos, no pude reprimirme. Me puse de rodillas entre sus piernas.

—Cada detalle de tu cuerpo es perfecto.

Se las separé bien y las coloqué sobre mis hombros.

—Voy a comerte Julieta, he pasado mucha hambre de este exquisito manjar que solo tú puedes ofrecerme.

Le acaricié las piernas, arañé ligeramente sus muslos por la parte más tierna, después recorrí el camino de mis uñas con la lengua. Me entretuve dejando un camino de

besos. Ella levantaba la cadera arqueando la espalda, para ofrecerme su sexo abierto y húmedo. No hice caso de su invitación y continué mordisqueándole los muslos, sus gemidos de ansiedad eran continuos.

— ¡Adri, por favor...!

— ¿Qué pasa, Julieta? Tranquila, no tenemos prisa, disfruta...

Soplé ligeramente allí, y aquello no hizo más que incrementar su necesidad. Lamí por fin su entrada ligeramente, me aparté y ella trató de sujetar mi cabeza contra su sexo, la dejé enredar sus dedos en mi

pelo. Me agarró con fuerza hasta hacerme daño. Le metí la lengua entrando y saliendo, haciéndole el amor con ella y recogiendo aquella esencia que tanto había echado de menos. Me aparté y volví a soplar. Ella trató de empujarme para mantener mi boca en su sexo, pero le sujeté las manos encima de su cabeza, abandonando definitivamente su vértice para besarla en la boca. La abrasé con mi beso, horadé con ella su boca buscando su lengua y nos entregamos lascivos a aquel juego. Rozaba su entrada con mi pene y ella empujaba queriéndolo atrapar.

Nos devoramos con hambre hasta que la necesidad se impuso y me adentré en ella con ímpetu. Resbalaba por su interior acariciándolo, hasta que la urgencia del placer se impuso, y le imprimimos ambos un ritmo trepidante que nos condujo al paraíso por enésima vez aquella noche.

Me recosté a su lado, ella se acurrucó a mi costado. La besé en la cabeza y acaricié su brazo con el dorso de mis dedos mientras nos recuperábamos.

—Te quiero, Adriático, mucho.

—Y yo a ti, mi queridísima Julieta.

¿Sabes que siempre fuiste mi Julieta...?

—Sí, creo que ya me lo habías dicho, pero ahora seré tu enamorada Julieta.

CAPÍTULO XXVI

Entre hablar y hacer el amor se nos fue la noche. Pero lo necesitábamos, fue como una cura en la que además de sanar nuestros doloridos corazones, determinamos lo que ambos queríamos y esperábamos del otro. Fue muy intenso, a ratos difícil, pero esclarecedor y beneficioso para los dos. Hablamos de Lolita, con la que ahora me llevaba estupendamente.

—Es una gran mujer, has de conocerla bien. En cuanto comprendió que estaba enamorado

de ti, dejó de asediarme y se disculpó convirtiéndose en una gran amiga. Es la que me ha estado ayudando desde que me rompí la pierna.

Pero por supuesto, el tema complicado era Elena. Hablamos de ella y de los problemas que me estaba causando. De lo peligrosa que podía llegar a ser una persona desequilibrada, porque esta lo estaba seguro.

No había leído los correos que me había mandado desde el día en que se había presentado en mi casa engañando a Lolita, aunque por precaución, los había guardado.

Xulia quería verlos todos para valorar el asunto. Y después de bajar a desayunar y charlar con Sacha, nos fuimos para mi estudio.

—Antes de nada, tengo que mirar mi correo y atender a mis autores, luego me pongo con lo tuyo.

—Voy a llamar mientras a la mueblería para que nos traigan otra mesa en la que puedas trabajar cómodamente mientras estamos aquí.

Ella ya no me escuchaba. Se había centrado en su trabajo y lo hacía como si no hubiera nadie más. Atendía llamadas pacientemente. A veces, mientras hablaba por

teléfono, contestaba emails. Después de llamar a varios autores, empezó con las editoriales. Habló con varias editoras, y consiguió colocar un par de novelas de dos autoras noveles en las que había puesto todo su empeño. Finalmente vendió algo, que le produjo una gran satisfacción por lo que pude ver en su cara.

Pasó tres horas y media trabajando a un ritmo trepidante, y yo que nunca la había visto en acción, no hice otra cosa que observarla y admirarla. Me fascinaban su mente ágil, su capacidad de trabajo, y los diferentes papeles que representaba

cuando hablaba con sus autores. Los conocía muy bien a todos y sabía de qué pie cojeaba cada uno...

Cuando por fin terminó, me miró sonriendo y satisfecha, como si no me hubiese visto en aquellas tres horas.

—Bueno, por hoy he acabado. Hasta he vendido humo. ¿Qué te parece?

—Estoy alucinado, no sabía cómo trabajabas y es fascinante verte. Ahora explícame qué es eso de vender humo.

—Te cuento, hay una editora que quiere publicar a una escritora que,

por lo visto sabe venderse muy bien en las redes sociales, y le he dicho que no había problema, que la tal escritora estaba terminando una novela y en cosa de mes y medio le enviábamos el manuscrito.

— Perfecto. ¿Cuál es el humo?

— Que no hay ninguna novela y que he tenido que llamar a la autora y ponerla a escribir porque en mes y medio tiene que tener un proyecto y unos cuantos capítulos.

— Y la autora, ¿qué ha dicho?

— Está encantada, pero ha empezado con las excusas de «no sé si llegaré a tiempo, y si no me sale nada, y si con las prisas me

sale una mierda...». Ahora me queda estar pendiente de ella hasta que termine de escribir.

— ¿Te había dicho que eres muy especial? Pues además eres genial.

Me acerqué a ella por detrás, apoyé las manos en la mesa, una a cada lado de ella, metí mi cabeza entre su pelo y la besé en el cuello, ella se volvió para mirarme ofreciéndome su boca.

—No me entretengas que todavía no he terminado. Acerca una silla y siéntate a mi lado, vamos con lo tuyo. A ver qué podemos hacer con esa loca de Elena.

Leímos todos los correos, y eran

muchos, teniendo en cuenta que me los estaba enviando desde hacía más de una semana. Xulia llamó al abogado que tiene contratado para la agencia, y le explicó la situación. —Gerardo, tienes que leer los emails que le ha estado mandando esa individua. Supongo que se podrá hacer algo al respecto. Seguramente no estaría de más poner una denuncia, tal vez eso la frene. Tú dirás.

—Mándamelos, los miro y te digo algo.

—Ya sé que tienes mucho trabajo, pero esto es importante por favor.

—Sabes que siempre eres lo

primero para mí, no te preocupes. Como hablaba por el manos libres, pude escuchar toda la conversación y no me hizo mucha gracia la última frase.

— ¡Qué suerte tienes! Eres lo primero para mí, para Gerardo... ¿Para alguien más?

Me miró frunciendo el ceño muy enfadada. Supe que había metido la pata y bien, desde el mismo momento en que pronuncié aquellas palabras. También en ese mismo instante, me había arrepentido. ¿Cómo se puede ser tan gilipollas?

— Perdona, por favor, olvida lo que he dicho, ha sido una gran

estupidez por mi parte. ¡Olvídalo!
Su frente se alisó y su boca se curvó en la sonrisa con la que siempre me cautivaba.

—Perdonado, pero contrólate, que no se te vaya la pinza, porque no me gusta eso. Puedo tener las amistades que quiera y mantener las conversaciones que me dé la gana, incluso aunque sean subidas de tono, y a ti no tiene por qué parecerte mal, ni tienes por qué desconfiar, si lo haces es que no me quieres lo suficiente, o mejor dicho, no me quieres como deberías quererme.

—Sé que he metido la pata, me he

dado cuenta desde el momento en que pronuncié la frase. Olvídalo por favor, no se va a repetir.

—Olvidado. Estoy aquí porque quiero, porque te quiero y confío en ti. Tú tienes que hacer lo mismo. Si no fuera así, no podríamos volver a jugar... ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé. Supongo que nunca antes me había importado, porque en realidad no estaba enamorado.

—He pensado mucho en eso. Y sabes, creo que para tener ese tipo de relaciones o juegos, para interactuar con otras parejas en el ámbito sexual, hay que tener una relación de mucho amor y mucha

confianza entre la pareja. Muchísimo más que cualquier otra pareja. De lo contrario, aparecerían los celos y las desconfianzas, y la pareja se rompería.

—Tienes razón, eso es así.

—Entiendo que, al principio de nuestra relación, lo único que pretendíamos ambos era disfrutar del sexo sin complicaciones. Pero se dio el caso de que ambos nos enamoramos en serio, y ahora tenemos que decidir si queremos seguir jugando y experimentando. Si lo hacemos, ha de ser con total confianza por parte de ambos.

—Estoy de acuerdo. Por mi parte,

no hay problema. No quisiera que nada se interpusiera entre los dos. Es más, quiero saber qué es lo que más te gusta, con lo que más disfrutas, y proporcionártelo.

Se sentó en mi regazo, rodeó mi cuello con los brazos y me besó.

—Este es mi hombre. Lo supe desde el principio, pero no sé por qué nunca te fijaste en mí.

—Porque has sido mi amiga desde la infancia, compañera de estudios, y para rematar mi agente, tuve que respetarte siempre. No tenía otra opción.

—¿Quieres decir que ahora no me respetas?

—No. Ahora te respeto muchísimo más, pero no solo te respeto, te admiro y te quiero con locura.

—Es recíproco, ya lo sabes.

— ¿Te apetece dar un paseo antes de comer?

—Sí, vamos...

Xulia decidió quedarse en Malcesine hasta la presentación del libro, a primeros de junio en Barcelona. La editora nos dijo que iba a ser a lo grande. Estaba aún sin decidir el lugar, pero contábamos con todos los medios: prensa, radio y tv. Aquello pintaba muy bien, Adrián Enríquez era ya una marca. Habían hecho un anagrama con mi

nombre y el título de la novela, y estaban imprimiéndolo en camisetas, tazas, llaveros... todo un merchandising alrededor de mi libro y de mí mismo. En las radios estaban haciendo concursos en los que preguntaban cosas sobre mí o sobre mis libros, y a los ganadores les regalaban un libro, una camiseta... En fin, aquello estaba siendo todo un acontecimiento.

La prensa estaba buscándome para entrevistarme, pero por recomendación de la editora, estábamos manteniendo la incógnita. Xulia pensaba que no tardarían en dar conmigo, eran muy

pesados y no cejaban en su empeño. Me llamó Marieta para decirme que tenían a varios fotógrafos apostados en la puerta de la casa de mis padres. Llamé a Antonia y la mujer asustada me dijo lo mismo. Aquello se estaba convirtiendo en algo difícil de sobrellevar. Nunca tuve interés en ser famoso. Soy una persona tímida, de grupos pequeños. No sé cómo podré lidiar con esto.

Después de aquella semana de trabajo intenso, llamamos a Marco para saber si era buen momento para ir a pasar unos días con ellos.

—Cuánto me alegro, ya pensé que

no querríais seguir con este...
estilo de vida.

—Al contrario. ¿Qué te parece el
viernes? Podríamos estar ahí al
mediodía.

—Estupendo, este fin de semana
libro y Marcela también tiene unos
días. Ya sabes, dejas el coche en el
gran parking y venís en el tranchetto
hasta Piazzale Roma, os espero allí.
Tengo una pequeña embarcación a
motor. Tú tendrás un cochazo, pero
en Venecia no te sirve de nada.

—Que sí hombre, ya lo sé. Hasta el
viernes entonces.

Xulia caminaba a mi lado mientras
hablaba con Marco.

— ¡Qué hombre tan especial, me gusta!

— ¿No me digas? Y a mí.

— Ya sabes a qué me refiero. Físicamente está muy bien, pero lo mejor es su personalidad.

— ¿Estuviste en su casa cuando te fuiste a Venecia?

— Sí, aunque primero fui al hotel. Allí pregunté por él, pero no estaba trabajando aquel día. No sé lo que debieron pensar los de recepción cuando les pedí llorando que lo avisasen de mi llegada. Me miraron raro, pero la chica marcó un número y en italiano oí cómo le contaba lo que estaba pasando.

Entonces la chica me miró y me preguntó el nombre, se lo dije e inmediatamente colgó y me calmó. Fue conmigo hasta la cafetería, me pidió una tisana y estuvo conmigo hasta que Marco llegó. Como una tonta en cuanto lo vi, me abracé a él llorando. Me tranquilizó, cogimos mi equipaje, me montó en una lancha motora de esas que circulan por los canales y me llevó a su casa en Murano. Allí estaba Marcela que, sin conocerme de nada, me acogió con todo el cariño.

— ¿Estuviste con ellos toda la semana?

—Más bien con Marcela, pues

Marco tenía trabajo. Pero ella me enseñó la Isla, me llevó a ver cómo hacían el cristal. Visitamos el Palazzo Giustinian, y la Iglesia de Santa María y San Donato, que además de los famosos mosaicos bizantinos, dicen que alberga los huesos de un dragón que mató el tal San Donato. ¿Qué te parece lo bien que lo venden todo los italianos?

—Casi tan bien como el humo que vendes tú...

—Estoy muerta, teníamos que habernos quedado en casa después de comer, pero te empeñaste en subir a la montaña... menos mal que no puedes esquiar...

—Ya estamos llegando. ¡No protestes tanto, Julieta! Ahora mientras hago algo de cena con Sacha, tú preparas la maleta, mañana nos vamos a Venecia.

—Prepararé la mía, no sé lo que quieres llevar tú.

Cuando llegamos a casa, Sacha ya había hecho la cena.

—Qué bien que ya habéis llegado. Cenamos cuando queráis.

—Nos cambiamos y bajamos en diez minutos.

Xulia se metió en el baño y yo quise hacerlo con ella, pero me cerró la puerta.

—Aprovecha y haz la maleta,

mientras me doy una ducha rápida y me pongo cómoda.

Cogí una bolsa de esas que tienen incorporadas ruedas, y metí allí la ropa. No mucha, pues estaríamos en principio hasta el lunes, aunque ni Xulia ni yo teníamos prisa. Ella solo necesitaba que hubiera conexión a internet.

Salió de la ducha ataviada con una especie de camisola de color turquesa, que se ceñía a su cuerpo hasta la cadera y desde ahí hasta la rodilla bajaba ligeramente acampanada, era de manga larga y tenía el escote en pico. No sabría decir si aquello era un vestido o un

camisón para dormir... pero estaba guapísima.

— ¿Qué miras?

—Te equivocas, no miro, admiro lo guapísima que estás, solo una pregunta. ¿Eso es un vestido, o...?

— Esto es... bueno, digamos que es un «o...».

—Te queda muy bien, pero me va a encantar quitártelo.

—Ya... Podemos bajar a cenar.

—Aún no, mientras yo me pongo un «o...» de esos, puedes preparar tu maleta.

Me di una ducha rápida y salí del baño secándome. Rebusqué en el armario hasta dar con un pantalón

negro de algodón muy suelto y una camiseta de las que diseña mi amigo Raúl. Esta, en concreto, rezaba «Si naciste en 1980 eres...» y el dibujo abstracto de un mono comiéndose un plátano.

Cuando terminé de vestirme me giré, y vi al otro lado de la habitación, apoyada en la pared, a Xulia observándome sin perderse detalle.

— ¿Qué pasa Julieta, te gusta lo que ves?

—Sí, me gusta mucho tu «o...» y también me gustas sin nada.

—Eso es mutuo, para qué vamos a engañarnos.

Me acerqué a ella, la cogí de la mano y tiré hasta tenerla pegada a mí. La abracé y la mecí en mis brazos.

—No te imaginas lo feliz que me siento. Saber que estás aquí conmigo, que podemos comer juntos, pasear, dormir, vivir... es algo que jamás pensé que me produciría esta sensación de bienestar.

— ¡Ay, me dices esas cosas y me pongo tontorrón!

Se colgó de mi cuello y enrolló las piernas en mi cadera. Puse las manos en sus nalgas para sujetarla y me encontré con su sexo desnudo y

abierto. Mis dedos se introdujeron en él por inercia y nos besamos devorándonos, como si no nos hubiésemos visto en mucho tiempo. Era una locura lo que me pasaba con Xulia.

La apoyé en la pared y me bajé el pantalón con una mano. También mi pene estaba siempre a punto para ella. No hubo preámbulos, lo coloqué en su entrada y ella se dejó caer hasta ensartárselo del todo. Aquello fue rápido, unos cuantos movimientos bruscos y los dos nos abandonamos ante un orgasmo demasiado rápido, pero igualmente intenso.

—No me dejaste entrar en la ducha contigo y ahora, ¡esto...!

—No pude contenerme, verte salir desnudo del baño, a medio secar... parecías el buenorro del anuncio de refrescos.

—Has hecho bien, me ha gustado mucho... ha sido rápido, pero muy potente, y voraz... tenemos que practicar más

— ¿Practicar más? pero si no hacemos otra cosa. ¡Por dios...!

—Sí, pero me refiero a esto; de pronto un polvo rapidito para relajar y después seguir trabajando, por ejemplo...

—Estás muy loco, Adriático.

—Por ti, ya lo sabes.

Nos aseamos un poco y bajamos a cenar.

Sacha nos esperaba ya con la mesa puesta y con su buen ánimo de siempre.

—Apenas os he visto esta semana, he estado de médicos con Robertina, pero veo que estáis bien. Supongo que habréis aclarado todas vuestras dudas.

—Sí, hemos hablado muchísimo y seguiremos haciéndolo — dijo Xulia.

Yo quería cambiar de tema, no me gusta hablar de intimidades.

—Y lo de Roberta qué tal, ¿qué le

han dicho los médicos?

—Al principio pensábamos que sería algo serio, pero después de hacerle varias pruebas, han dicho que se tiene que operar de la vesícula biliar, pero no será nada. Como vive sola, cuando la operen me iré unos días a su casa para cuidarla, así no os molestaremos.

—Por favor Sacha, a nosotros no nos molesta y me siento fatal si te vas de tu propia casa para no molestarnos.

—No es por eso queridos, es que ella prefiere estar en su casa, dice que no quiere molestar y, bueno, a mí no me importa irme allí unos

días. Dicen que la recuperación es muy rápida si no hay complicaciones. ¿Y vosotros qué planes tenéis? Si se pueden saber...

—Nuestros planes solo son un secreto para la prensa. Por cierto, si aparecieran por aquí. Tú no sabes nada de mí desde la adolescencia. Y si te molestan, llamas a la policía.

—Pero, ¿os vais?

—Nos vamos a Venecia a pasar unos días en casa de Marcela y Marco. En principio sería solo este fin de semana, pero igual lo alargamos unos días más.

—Y tú, Xulia, ¿te quedarás aquí

con Adrián hasta junio?

—Creo que sí, necesita vigilancia. Mira lo que ha hecho desde que me fui, romperse la pierna. Menos mal que ya la tiene prácticamente bien. Escuchaba la conversación sobre mí, que mantenían aquellas dos mujeres a las que adoraba, y sonreí negando con la cabeza y a la vez eufórico. Hasta ese momento Xulia no me había confirmado nada definitivo sobre su estancia en Malcesine, o sobre vivir conmigo. No dije nada.

Terminamos de cenar y les ofrecí un café.

—A ver chicas, ¿queréis un

cafecito?

—Yo sí —dijo Xulia—, pero con leche.

—A mí hazme un descafeinado, quiero dormir como un tronco, que por las noches se oyen a veces gemidos e incluso alaridos... que es imposible pegar ojo, creo que hay fantasmas.

Xulia enrojeció y agachó la cabeza avergonzada, Sacha se dio cuenta y enseguida volvió al trapo.

—No sé si serán cacofonías de cuando mi queridísimo Juan y yo éramos jóvenes y hacíamos el amor por toda la casa sin parar.

Xulia soltó una carcajada y Sacha

continuó.

—Menos mal, Xulia, pensé que te había ofendido.

—No me has ofendido Sacha, pero me da un poco de vergüenza, no pensé que éramos tan escandalosos.

—No lo sois, preciosa, solo sois jóvenes, os queréis y eso me encanta— miró para mí y reclamó—. Adriático, ¿qué pasa con ese café?

—Ya voy, poned la tele que hoy es el programa de Marcela y van a hablar de España, al parecer se van a repetir las elecciones.

Coloqué los cafés en una bandeja y los llevé para la sala en la que ellas

se habían instalado tumbadas cada una en un sofá. Hice incorporar a Xulia y me senté, haciendo reposar su cabeza en mis piernas. Me sentí en la gloria, relajado, y disfrutando de un café en compañía de aquellas dos mujeres que, junto con mi madre, eran las mujeres de mi vida.

—Por cierto Sacha, ¿sabes que solo me llama Adriático Xulia?

—No me digas, pues ahora también yo.

—No sé... Igual a ella no le hace gracia.

Se incorporó para mirarnos, con los ojos muy abiertos y los tres nos echamos a reír.

Aquella noche, hicimos el amor despacio, disfrutando de caricias lentas y suaves. Dormimos abrazados, relajados y totalmente satisfechos.

El fin de semana que se avecinaba nos esperaba nuevas emociones. Yo ya tenía ganas, y Xulia por lo que me había dicho también.

CAPÍTULO XXVII

Llegamos a Venecia sobre las doce del mediodía. Aparcamos el coche, y como ya habíamos hecho en otra ocasión, cogimos el tranchetto hasta Piazzale Roma.

Nos tomamos un expreso mientras esperábamos a Marco. Era increíble la ingente cantidad de personas que visitaba aquella ciudad. Tenía que ser un agobio ser residente y tener que convivir con hordas de turistas circulando cada día por las calles. Algo parecido pasaba en Santiago, y a veces se

hacía duro.

Estábamos en una terracita, justo frente al embarcadero desde el que también tenía la salida el vaporetto. Enseguida vi a Marco, y él a nosotros. Nos miró sonriente.

— ¿Qué tal chicos? ¿Todo bien?

Fue Xulia la que contestó. Yo solo asentí con la cabeza.

—Estupendo, Marco. ¿Y Marcela?

—Se ha quedado en casa. Quiere que esté todo perfecto para cuando lleguéis.

—No hace falta que os molestéis tanto, hubiésemos quedado en el hotel.

— ¿Qué dices, mujer? Si estamos

encantados de que venga gente. Casi nunca viene nadie. Solo mi hija, que a veces se trae alguna amiga.

— ¿Cuántos años tiene tú hija, Marco?

— Veinticuatro, ha terminado periodismo y está haciendo un máster para trabajar en televisión. Pero creo que se quedará en Estados Unidos. Por cierto, vendrá el miércoles, pero tranquilos, esta vez se quedará con su madre. ¿Sabéis que actuará en «La Fenice» el próximo sábado? Tenemos que ir todos.

A Xulia le entusiasmó la idea de

volver a ver actuar a la gran Claudia Martinelli, y nada menos que en La Fenice de Venecia. Eso era un lujo al alcance de pocos.

—Siempre nos pasa igual. No nos hemos traído ropa para semejante evento.

—No te preocupes, podemos ir a buscarla, si total es una hora de camino. O mejor aún, nos compramos algo— intervino restándole importancia—. Os vais un día de compras Marcela y tú, y os compráis algo especial, el evento lo merece.

—Sí, me apetece un día de compras, solo chicas— recalcó

bien el «solo chicas».

Marco y yo nos echamos a reír, aunque Marco hizo una propuesta que hizo sonrojar a Xulia.

—Siempre podemos ir los cuatro...

Ya sabes cómo son los probadores de las grandes firmas... Podríamos pasarlo bien.

Nos quedamos callados, cada uno recordando seguramente algún episodio vivido en algún lugar de esos. Mi mente rememoró el día de compras en Verona... y seguramente Xulia también lo recordó. Nos quedamos un momento en silencio, tal vez pensando en cómo sería ir los

cuatro... Pero Marco se levantó invitándonos a marchar.

—Si os parece, nos vamos ya.

Me levanté a pagar y nos dirigimos al embarcadero en el que Marco había dejado su estupenda lancha motora. El viento nos daba en la cara y disfrutamos mucho del paseo y de las vistas mientras él nos comentaba curiosidades de la ciudad.

— ¿Sabéis que el gran canal tiene tres mil ochocientos metros de largo, treinta de ancho en la parte más estrecha, y setenta en la más ancha?

— ¿Y es muy profundo? —

Preguntó Xulia.

—La máxima profundidad es de cinco metros.

— Es el canal más grande, claro.

—Sí, los venecianos lo llaman «Canalazzo».

Xulia y yo mirábamos a nuestro alrededor totalmente hechizados por la belleza de los fascinantes palacios situados a ambas orillas del Gran Canal. Ella se emocionaba y hablaba como para sí misma.

—Nunca me cansaré de admirar la belleza de esta ciudad, no es de extrañar que sea una de las más visitadas del mundo.

Marco sonreía y asentía con la

cabeza.

—Pensad que solo a las orillas del gran canal hay más de doscientos palazzos.

Dejamos el gran canal y nos adentramos en la laguna de Murano.

—Esta es nuestra casa, ¿os gusta?

—Ya me había comentado Xulia que teníais una casa preciosa, pero esto es más de lo que podía imaginar.

Dejamos la lancha en el embarcadero y subimos las escaleritas que nos llevaron a tierra firme. Caminamos hasta la entrada de la casa y, antes de que

hubiéramos llegado, Marcela salió a recibirnos.

Nos besamos, y entramos detrás de ella. Marco se retrasó un poco y cerró la puerta.

—He preparado algo de comer, pero si queréis nos tomamos primero un vino. Tengo también de vuestra tierra.

—Prefiero de aquí, los de nuestra tierra ya los bebemos allí.

—Entonces un «prosecco». ¿Os parece que lo tomemos en la terraza? Hemos cubierto toda la zona integrando el pequeño jardincillo que había y la piscina, que como veis es poco más grande

que un jacuzzi, en parte de la casa, y así podemos utilizarla todo el año.

—Me encanta— dijo Xulia—. Un día de marzo como hoy, no sería posible disfrutar de la piscina, y en verano abrís esas puertas acristaladas y os tostáis al sol.

Marcela cogió a Xulia de la mano y se la llevó.

—Ven conmigo, Xulia— y mirándonos a Marco y a mí añadió —, volvemos en un momentito. Marco, pon música.

Él cogió un pen de encima de un mueble y lo conectó a un MacBook Pro que había sobre una pequeña

mesa de despacho situada en una esquina del salón. Enseguida comenzó a sonar una relajante melodía.

—Es el laptop de Marcela. Está conectado a los diferentes altavoces que hemos integrado en las paredes, de manera que disfrutamos de este fantástico sonido envolvente por toda la casa.

—Qué bien, me gusta esta música. A veces un poco de música instrumental o incluso solos de piano surten un efecto relajante en mi ánimo. ¿No os pasa? — comentó Marcela que bajaba las escaleras con Xulia detrás.

Me sorprendió verlas ataviadas con una especie de pareo atado al cuello. Marco sonrió divertido.

—Adrián, nuestras chicas quieren jugar.

Les guiñé un ojo y comenté tranquilamente:

—Me parece bien, hoy también me apetece jugar. El ambiente es muy agradable y la compañía inmejorable. ¿Quién podría negarse?

Marco agradeció mis palabras y sirvió más vino.

—Xulia, ¿nos damos un chapuzón?

—preguntó Marcela— El agua está a treinta y seis grados, es ideal.

—Desde luego. ¡Vamos!

Caminaron hasta la piscina, dejaron sus copas en una mesita baja que había cerca del borde y desataron los pareos que inmediatamente se escurrieron por sus cuerpos dejándolos totalmente desnudos. Se adentraron en el agua bajando los peldaños de la piscina hasta que les llegó a la cintura. Ambas sumergidas y apoyadas en el bordillo miraban hacia nosotros animándonos a acompañarlas. Marcela, más audaz que Xulia, nos retó.

—Nosotras os hemos ofrecido un espectáculo visual bastante

interesante, ahora deberíais compensarnos, con otro parecido, para nuestro disfrute.

Marco y yo nos miramos y ambos hicimos el típico gesto con la cabeza como diciendo: ¿Por qué no? Y ni cortos ni perezosos, nos fuimos deshaciendo de la ropa hasta quedar totalmente desnudos. Mi pene se había despertado en cuanto había visto a las chicas aparecer con aquel atuendo que insinuaban todo sin dejar ver nada, y se endureció totalmente al ver resbalar sus pechos acariciando sus cuerpos desnudos.

Cuando terminé de desnudarme,

miré a Marco, y comprobé que a él le había ocurrido lo mismo, estaba también duro y dispuesto.

— ¿Chicas, qué os parece si continuamos con el espectáculo? — preguntó Marco— Vosotras nos dedicáis una pequeña exhibición de vuestras dotes artísticas, y después nosotros lo haremos para vosotras. Ellas se miraron con una sonrisa pícaro y empezaron la función besándose. Primero jugaron con sus lenguas, se lamieron hasta fundirse en un beso tremendo e inacabable. Cambiaban el ángulo de sus caras sin despagar la boca una de la otra, se pellizcaban los pezones, se

amasaban los pechos, a veces estrujándolos. Por fin terminaron el beso, pero solo para seguir besándose el resto del cuerpo, bajaron por el cuello una de la otra. Se mordieron los pezones y, excitadas al máximo, se sentaron en el bordillo de la piscina.

Se colocaron una frente a la otra disponiendo sus piernas de forma que sus sexos quedaron unidos. Escuchábamos sus gemidos y ambos nos acariciábamos el pene exhalando sonoras bocanadas de aire.

Luego apoyaron sus espaldas en el suelo sin dejar que sus sexos se

despegaran, empujando una contra la otra a la vez que se acariciaban el clítoris, hasta que les explotó el orgasmo. Tanto Marcos como yo, movíamos nuestra mano fuertemente oprimiendo el pene, estaba a punto de correrme y supongo que él también cuando ellas se nos acercaron.

—Me parece que nos merecemos un espectáculo mucho más caliente, seguro que podéis hacerlo mejor.

Aquellas palabras de Marcela, con el beneplácito de Xulia, me asustaron un poco. Había tenido sexo a tres, pero a excepción de la noche de fin de año en Venecia,

nunca mi pene había estado en la boca de otro hombre. Tampoco yo había tenido un pene en la mía jamás. Estuve por levantarme y parar el juego, pero, por otra parte, me atraía aquella posibilidad.

— Así que queréis algo más intenso, más avanzado. Decidnos qué os apetece, estamos para cumplir vuestros deseos. ¿Tú qué dices, Adrián?

— Por supuesto, pedid.

Xulia tomó la palabra enseguida.

— Me excitó muchísimo ver el pene de Adrián en tu boca Marco, aquello fue una locura para mí.

Los dos nos miramos, Marco se

acercó a mí. Cogió mi pene en su mano y comenzó a masturbarme, yo lo imité, y de pronto los dos quedamos atrapados con nuestras miradas, masturbando al otro.

—Túmbate Marco— dije.

Entonces me coloqué sobre él, con mi boca en su sexo, dejándole el mío a la altura de la suya. Aquello era más de lo que jamás hubiera imaginado. Me excitaba muchísimo saber que ellas nos observaban y, mirándolas de reojo, pude ver que se tocaban excitadísimas. Cerré los ojos decidido a disfrutar hasta el inminente final de aquello. Entonces noté otra boca y otra

lengua junto a la mía, chupando y lamiendo el pene de Marco. No solo Xulia se había unido al juego, también Marcela hacía lo propio en mi pene junto con Marco.

Dejé un poco el miembro de Marco para besar a mi chica, pero enseguida ambos nos centramos en Marco, chupando golosos. Marcela estaba de rodillas paralela a mí y metí mis dedos dentro de ella masturbándola y pellizcándole el clítoris. Dio un grito cuando le metí los dedos, y se empujó contra ellos pidiendo más. Pude ver que también Marco se lo estaba haciendo a Xulia. Ellas estaban tan

excitadas que mordían nuestras pollas mientras nosotros lamíamos por donde pasaban sus dientes. Noté que Marcela empezó a convulsionar con un orgasmo estremecedor, que hizo que me corriera en ese mismo momento. Xulia empezó a latir y me apartó para tragarse todo el pene de Marco, que soltó un gruñido ronco. Quedamos los cuatro extenuados, unos cuerpos encima de los otros y en silencio. Al cabo de unos minutos la postura era incómoda, y el suelo demasiado duro para continuar así. Yo era el que más cerca del agua estaba y me dejé

caer, los tres levantaron sus cabezas un poco sobresaltados. Y a continuación hicieron lo mismo.

Los tres nos quedamos en el agua durante un buen rato charlando relajados.

—Bueno, ¿qué tal ha resultado el espectáculo, chicas? ¿Os ha gustado? — pregunté.

Marcela contestó enseguida.

—No ha estado mal, pero habrá que repetir, hay cosas que perfeccionar y otras que han faltado.

— ¿Qué cosas han faltado? Ilústranos— dijo Marco.

Ahora fue Xulia la que se adelantó.

—No os preocupéis, a lo largo de

estos días podremos ir practicando y perfeccionando diferentes cuestiones, como si fuera un cursillo intensivo.

Marco y yo soltamos una tremenda carcajada a la que se unieron las risas de ellas. Estaba claro que habíamos congeniado bien. Con Marco ya nos había quedado claro en fin de año, pero al unirse Marcela podría no haber funcionado, sin embargo, encajó perfectamente y los cuatro formamos un buen tándem.

Marcela fue la primera en salir del agua.

—Hacedme caso, salid ya del agua

o vuestros cuerpos parecerán uvas pasas. Además, ¿no tenéis hambre? Porque yo estoy famélica.

Salí detrás de ella y no pude dejar de observar su culo respingón. Me vino a la memoria la Marcela adolescente que conocí años atrás, pero no sería capaz de decir nada de su físico a excepción de su pelo o de sus ojos, éramos demasiado inocentes. Aunque la vida, siempre sorprendente, por increíble que parezca, nos había vuelto a colocar en el mismo camino, ahora para disfrutar a tope.

Xulia se acercó a mí.

—Ven, nos daremos una ducha

antes de comer.

La seguí hasta la habitación que nos habían adjudicado. Entramos en el baño y nos metimos bajo la ducha. Cogió una esponja, echó un poco de gel en ella y, en cuanto empezó a hacer espuma, me la pasó por el cuerpo.

—Quiero lavarte.

Lo hizo de tal manera que, aunque mi pene reaccionó inmediatamente, solo me apetecía abrazarla, comérmela a besos y acariciarla.

—No sabes cuánto te quiero, amor.

—Lo sé, porque es recíproco.

—Escucha, Xulia. No tenemos que hacer nada que no te guste, ni

tampoco tenemos que hacerlo si no te apetece.

—Eso ya lo sé, Adri. Y te digo lo mismo, si algo no te gusta, no lo hacemos y punto. ¿Qué te ha parecido lo de antes? ¿Te ha gustado? ¿Todo...?

—Me ha gustado, sí, todo, para qué negarlo. Y fíjate que nunca había estado con un hombre de esa manera.

—Pues el experto en temas sexuales eras tú.

—A ver Xulia, yo he jugado a esto alguna vez, con Elena, y después contigo, pero no soy un experto en el tema.

— ¿Entonces por qué te iniciaste en esto? Le gustaba a Elena o...

—A Elena le gustaba, sí, pero a mí también me atraía mucho, y empecé a investigar. Hay clubes donde la gente va... ya sabes...

—Cuando estemos en Barcelona, podemos ir si quieres.

—Lo haremos, y ahora vístete rápido, nos están esperando para comer.

Fueron días de sexo intenso y gratificante. Algunas tardes que Marco tenía que trabajar, me quedaba yo con ellas y nos divertíamos los tres. Cuando llegaba Marco, siempre hacía

alguna broma al respecto. Como el día que habíamos planeado ir de compras por la tarde y Marco fue a trabajar por la mañana para poder acompañarnos. Cuando llegó, sonriente como siempre, nos pilló en plena faena. Yo estaba tumbado en el sofá y mientras Xulia lamía mi pene yo se lo hacía a Marcela. Esta era la escena cuando Marcos entró por la puerta.

—Habéis empezado sin mí ¿eh? Bien, pues ya estoy aquí.

Se acercó al sofá y, mientras yo seguía lamiendo a Marcela y le introducía los dedos moviéndolos acompasadamente, ella se

incorporó, le rodeó el cuello con los brazos y atrapó su boca que comenzó a besar con ansia.

—Tranquila, amor, ya estoy aquí.

Marcela lo desnudaba sin separar sus bocas y gimiendo desesperada por lo que yo le estaba haciendo. Marco se deshizo de toda su ropa en un momento y la abrazó.

Me pareció que a Marco le apetecía introducirse en ella y se la ofrecí, ayudándola a ensartarse en su duro miembro mientras yo le acariciaba el estrecho orificio de atrás introduciéndole un dedo hasta que ambos se corrieron.

Marco, sin sacar su miembro de

dentro de ella, se sentó en otro sofá y la abrazó, mimándola y susurrándole palabras de amor mientras le acariciaba el pelo.

— ¿Tenías ganas de verme, amor? Yo también a ti, pero no estabas sola eh, cariño. ¡Dios, cuánto te quiero, Mar! Eres lo mejor de mi vida.

Ella no decía nada, se dejaba querer por aquel hombre que la adoraba. Xulia se había ensartado en mi pene y se movía con ritmo. Pero notó mi pequeña distracción, y me susurró al oído.

— ¿Qué pasa, Adri?

No le dije nada, solo la hice mirar

hacia el lugar en el que estaban Marco y Marcela. Para ellos, en aquel momento, era como si no hubiese nadie más en la habitación, solo ellos dos, compartiendo el éxtasis al que los había llevado aquel inmenso amor que se prodigaban.

Miré a Xulia y la besé sin dejar de moverme dentro de ella acompasadamente. El ritmo era lento y suave. Le hice el amor despacio, acaricié su lengua con la mía en un beso inagotable, que no terminó hasta que nos alcanzó un orgasmo infinito a los dos, gimiendo ella en mi boca, y

gruñendo yo en la suya.

— Te quiero, Julieta. Aún no sabes cuánto.

Ella no decía nada solo besaba mi cuello con su cabeza apoyada en mi hombro.

Nos quedamos dormidos así, ella a horcajadas sobre mí, con mi pene aún dentro. Cuando desperté, mi miembro seguía duro dentro de Xulia, pero tenía que ir al baño urgentemente. La levanté con cuidado, para dejarla tumbada en el sofá, ella se quejó al quedar vacía, pero continuó durmiendo. Observé a Marcos y a Marcela, que continuaban en la misma postura y

totalmente dormidos. Les coloqué una manta por encima y otra a Xulia. Fui al baño y después, sin hacer ruido, me metí en la piscina y cerré los ojos pensando en la suerte que había tenido al haber podido reconocer en Xulia a la mujer que me complementaba. No es fácil dar con la persona adecuada para uno.

Abrí los ojos cuando Xulia se abrazó a mí con brazos y piernas.

—Me has dejado sola y con ganas Adri.

Mientras me decía esto, su mano cogió mi pene y lo acarició hasta que se endureció lo suficiente para poder entrar.

—Házmelo otra vez como antes...

— ¿Cómo antes quieres? Pues como tú lo quieras mi amor, mi Julieta, mi vida.

Lo hicimos suavemente, disfrutando de cada palabra de amor que nos dijimos, de cada beso, de cada caricia, hasta que de nuevo nos alcanzó el éxtasis del orgasmo. Estábamos abrazados encima de la tumbona en la que habíamos terminado, después de estar dentro de la piscina, cuando escuchamos aplausos. Levantamos las cabezas para mirar, y nos encontramos con las atentas, sonrientes y cómplices miradas de Marco y Marcela.

—Supe, desde que os conocí, que lo conseguiríais.

Xulia se incorporó y le contestó:

—Pues me parece que lo supiste antes que nosotros.

—Lo sé. Y ahora, ¿qué os parece si vamos a comprar los trajes para asistir a La Feniche?

Le di un azote en el culo a Xulia y me levanté a su vez.

— ¡Vamos, no se hable más!

CAPÍTULO XXVIII

Aquellos días en Venecia, fueron muy intensos, tanto en cuanto al sexo, como a los sentimientos personales de cada uno.

Aprendimos a conocernos, a saber más del otro. Marco y Marcela habían conseguido mantener una relación envidiable. Disfrutaban del sexo a solas, pero también compartiendo con otras personas. Eran sobre todo sinceros el uno con el otro y mantenían una relación de iguales, tal como Xulia y yo pretendíamos.

Me gustaba su forma de actuar, su manera de ser, su madurez. Es verdad que Marco era un poco más mayor que nosotros, incluso que Marcela, pues ella tenía la misma edad que Xulia y yo mismo. Él rondaba los cuarenta y cinco, y aunque la edad implica madurez, sin embargo, había algo más en su personalidad que lo hacía grande.

Mantuvimos varias conversaciones interesantes Marco y yo. Me ayudó a comprender mi relación con las mujeres que pasaron por mi vida, sobre todo la que ahora mantenía con Xulia.

—Estamos en esta vida para

aprender, Adrián. Cuanto antes lo hagamos, más tiempo disfrutaremos.

—Lo sé, eso lo he comprendido hace tiempo. Pero a veces nos dejamos llevar por la rutina, no meditamos sobre lo que hacemos y sobre cómo lo hacemos y nos ocurren cosas que dejamos pasar sin haberlas reflexionado, eso impide que podamos aprender y mejorar.

—Tienes razón, por eso una vez que somos conscientes de ello, deberíamos dedicar un tiempo cada día para pensar en lo que nos ha acontecido y en lo que hemos

hecho. Ahí es donde podemos encontrar las pautas para conocernos a nosotros mismos, y donde podemos corregir lo que hemos hecho mal. Todos podemos mejorar, no hay excusa. Y te aseguro que la mejora revierte en nuestras vidas de una forma muy gratificante. Tú, que eres escritor, seguro que dedicas tiempo a pensar en todas las cosas de la vida. Tienes ventaja sobre el resto, la «reflexión» te viene de serie.

Me hizo gracia aquello, pero tenía razón, siempre fui muy de meditar las cosas. Sin embargo, lo hacía sobre la vida de mis personajes,

sobre sus actos, claro que ellos eran parte de mi vida.

— ¿Puedo preguntarte algo, Marco?

—Puedes preguntarme lo que quieras, desde el momento en que os abrí la puerta de mi casa y de mi vida, no tengo secretos para vosotros.

— ¿Cuánto tiempo llevas con Marcela?

—La conocí hace diez años, ella tenía veinticinco años y yo, como sabes, diez más. Vino al hotel con el fin de entrevistar a Claudia Martinelli, casualidades de la vida...

Claudia nunca dio entrevistas a

nadie en particular, tampoco ahora. Hace ruedas de prensa y de esta forma atiende a todos los periodistas a la vez. Me fijé en Marcela, porque no buscaba el morbo, ni la típica historia truculenta.

—Pero eso no podías saberlo.

—Bueno, escuché una conversación que mantuvo con otro colega, uno que ya era perro viejo y trataba de llevársela a la cama con su «experiencia». Le proporcionó datos sobre Claudia, la mayoría falsos, todo para tenerla encandilada. Pero ella, a pesar de su juventud, supo discernir lo que

estaba pasando entre ellos. Y le dio puerta tan rápido como borró de su mente toda la falsa información que había recibido.

La invité a una copa y aceptó. Charlamos sobre muchas cosas. Al final me dijo que se iría al día siguiente, después de que Claudia diera la rueda de prensa. Le pregunté si iba a ir aquella noche a la representación. Dijo que no había conseguido entradas. Le propuse acompañarme, me miró indagando en mis ojos y, después de un minuto, asintió con la cabeza, a la vez que me decía que no quería hacerse la pregunta de por qué tenía

dos entradas y le ofrecía una a ella. La entendí perfectamente y le di la explicación que necesitábamos los dos.

—Los dos, ¿por qué? En todo caso sería ella.

—La necesitábamos los dos; yo porque quería que supiera que no era la sustituta de ninguna que me hubiera dado calabazas, o de la que pudiera estar enamorado, y ella porque así podría sentirse segura si surgía alguna expectativa, como la que yo ya sabía que surgiría. Y además, para que supiera que Claudia y yo éramos íntimos amigos y que tendría la posibilidad

de saludarla en privado y tal vez preguntarle algo a solas.

—Jugaste con ventaja, amigo Marco.

—«La ocasión la pintan calva», es importante aprovechar las ocasiones, que no quiere decir aprovecharse de la gente.

—Por lo que veo resultó.

—Podría decirse que sí. Ese día comenzó nuestra amistad, pero ambos nos quedamos con ganas de más... de mucho más, así que no tardamos en volvernos a ver. Desde entonces hasta hace tres años, que decidimos hacernos pareja «formal», cualquier excusa era

buena para encontrarnos.

—Una historia interesante.

Se echó a reír.

— ¡Ay, los escritores, siempre ávidos de historias!

—Es verdad, pero piensa que cualquier historia que se pueda escribir, ha ocurrido ya. ¿Sabes aquello de que la realidad supera siempre a la ficción? Pues eso...

El día de la representación acudimos, como no, ataviados con las mejores galas. Ni Xulia ni yo escatimamos en ello. Fue un auténtico privilegio asistir a la representación de la famosa ópera de Mozart, «La flauta mágica».

Pero lo impresionante fue escuchar las famosísimas arias de esta ópera, interpretadas por la inmensa Claudia Martinelli. Estuvo increíble en «La reina de la noche». Pero espectacular fue sobre todo la difícilísima interpretación de «Der Hölle Rache», un aria en la que aparece la segunda nota más aguda compuesta por Mozart para la música vocal, el famoso fa sostenido, para el que se requiere un alto grado de virtuosismo. Me emocionó ver las lágrimas de Xulia mientras la escuchaba.

Fue todo un placer reencontrarnos con Claudia y Pietro, pero nada

comparable a escucharla cantar. Conocimos a su hija, Paola, que había llegado para asistir al concierto de su madre y de paso se quedaba unos días con ella.

Les propuso una cena familiar, en la que quería reunir a su padre y a su madre, con sus respectivas parejas, al parecer tenía que darles una noticia.

Marco nos contó después que la noticia era que su hija se había enamorado de Kate Mackalister, la amiga que había venido con ella varias veces, y con la que comparte piso en Manhattan. Pero ni Marco ni Claudia se mostraron

sorprendidos por aquello. Conocían a su hija, y nunca se taparon los ojos ante determinadas señales. La respetaron siempre y no objetaron nunca nada, sabían que llegado el momento ella lo contaría, como así fue. Lo celebraron con muchísima alegría, porque lo más importante para ellos era ver cómo su hija se convertía en una valiosa mujer, tanto en lo profesional como en lo personal.

Xulia y yo nos sentíamos verdaderamente privilegiados por tener amigos de aquella altura personal.

Por otra parte, nosotros,

continuamos desde Venecia haciendo nuestro trabajo. Yo había terminado las galeradas y estaba cómodo, sin presiones. Xulia seguía a vueltas con sus autores. Se pasaba las mañanas al teléfono, y enviando correos. Una mañana ambos recibimos correos interesantes que compartimos, yo el mío con ilusión y ella el suyo con preocupación.

—Xulia, mira la portada que me han hecho. ¿Qué te parece? Tengo que decir ahora si me gusta, para que puedan seguir trabajando en ella.

— ¡Me encanta, Adri, es preciosa!

Madre mía, tengo que llamar a Mabel para darle las gracias, se lo han currado de verdad.

Me acerqué a ella y la abracé. La levanté en volandas y le di vueltas por todo el salón, hasta que apareció Marco sorprendido.

— ¿Qué os ha pasado? Os veo exultantes de felicidad.

Dejé a Xulia en el suelo, sin soltarla de la mano y me acerqué al ordenador.

— Ven a ver esto.

Marco se acercó y miró la pantalla.

— ¿Esto es lo que creo? ¿Es la portada de tu nuevo libro?

— Sí. ¿Qué te parece?

—Una auténtica genialidad, desde luego. Tengo ganas ya de leer este libro que promete aventuras y amores intensos.

—Pues ya queda menos. Será el sábado cuatro de junio, en Barcelona.

Presentación internacional— informó Xulia —. Han invitado a Prensa cultural, a políticos relacionados con el mundo de la cultura, escritores y famoseo variado...

—Parece que vas a ser famoso, amigo Adrián...

— ¡Ojalá pudieseis asistir vosotros! Mis amigos y mi familia sois lo más importante para mí, y es

a los que me gustaría tener cerca ese día.

—Bueno, no prometeremos nada, porque no tenemos claro aún nuestra agenda. Yo seguramente podría arreglarlo, un poco más complicado lo tiene Marcela.

—Claudia y Pietro ya nos habían dicho, en Fin de año, que tratarían de hacer coincidir fechas. No recordé preguntarles ayer si al final lo habían arreglado. Tampoco era el momento, en fin, aquí mi agente os enviará invitación a todos y a ver qué pasa... Por cierto, Xulia, ¿qué correo era ese que querías mostrarme?

Movió el ratón y buscó entre sus correos.

—Aquí está, léelo.

Era de Gerardo, el abogado que gestionaba los asuntos de la agencia de Xulia. En él le contaba que se había puesto en contacto con Elena, y le había hecho llegar una carta, digamos de advertencia, en la que le recomendaba dejar de invadir la vida y la intimidad del escritor Adrián Enríquez. Que de lo contrario tomaría las medidas pertinentes para solucionarlo. Le recomendaba mantenerse totalmente al margen de mi vida. Decía que le había mandado una carta certificada

desde su despacho de abogados, que quizás esto le hacía coger un poco de miedo y dejaba de molestar. Me recomendaba que continuara guardando todo lo que ella me enviara, y si se acercaba tratando de inmiscuirse o lo que fuese, que pusiésemos denuncia para que constase y pudiese hacer su efecto en actuaciones posteriores.

—Yo creo que con esto será suficiente para parar a esta individua, ¿tú qué dices, Adri?

—Sí, seguro. Pero lo sabremos en unos días.

— ¿Qué quieres decir?

—Si se toma la carta del abogado en serio, dejaré de recibir sus correos.

—Sí, claro. Habrá que esperar.

Después de aquellos intensos días que pasamos en Venecia, volvimos a Malcesine cargados de energía y dispuestos a seguir trabajando hasta finales de mayo. Después, volveríamos a España. Teníamos el evento más importante de nuestras vidas; de la mía como escritor y, desde luego, de la de Xulia como mi agente, la presentación de mi esperada novela.

—Creo que después de estas pequeñas vacaciones en Venecia,

voy a poder trabajar con más energía.

—Hasta yo voy a trabajar no solo con energía, también con mucha ilusión, y mucha paz, que es lo que se necesita para escribir, paz, sobre todo interior. Esa que me proporciona el saber que todo está bien, y que tú estás a mi lado.

—Entonces esa nueva novela que estás escribiendo será buenísima...

— Eso no lo sé, pero lo que sí sé es que será sorprendente.

—Eso es ya el ochenta por ciento del éxito... ¡Me vale! Sigue así...

Se acercó a mí, movió la silla conmigo en ella, apartándola de la

mesa y se sentó en mi regazo.

— ¡Déjame leer lo que tienes!

—De eso nada, hasta que termine no quiero que leas nada.

Comenzó a besarme el cuello y susurrándome al oído:

—Anda déjame, no seas malo...

—Que te digo que no, ya lo leerás.

Hizo amago de levantarse, poniendo morritos como si estuviera enfadada. La rodeé con mis brazos fuerte y, comiéndole los exquisitos morritos que me había puesto, le dije con la voz algo ronca por el deseo:

—Termina lo que has empezado.

No contestó nada, pero se entregó

totalmente a mis besos. Mi mano empezó a hurgar debajo de su vestido, mientras mi boca descendía por su garganta arrasando cada trozo de piel hasta encontrar sus pezones totalmente endurecidos por el deseo.

—Voy a quitarte las bragas, levanta un poco.

Me levanté con ella y fui desabrochándole los botoncitos que el vestido tenía desde el pico del escote hasta la cadera. Ella bajó los brazos y dejó que resbalara por su piel. Me separé un poco para observarla. Estaba preciosa con aquel conjunto de lencería de color

gris perla, hacía resaltar su piel dorada, satinada y suave que ya me disponía a devorar inmediatamente.

—Eres preciosa, Julieta, me vuelvo loco tan solo con mirarte.

—Tú también eres muy guapo y también me vuelves loca cuando me miras, cuando me besas, con solo tocarme...

No la dejé seguir. Le cogí la cara con las manos e invadí su boca con mi lengua buscando la suya. Ella respondía a todos mis envites, siempre estaba dispuesta, y conseguía excitarme de mil formas diferentes.

—Llevas demasiada ropa,

Adriático, empieza a desnudarte para mí.

Se fue hacia el sofá, pero antes de tumbarse, y de espaldas a mí, se quitó el sujetador y lo tiró hacia un lado. Luego se bajó las bragas y dejó que cayeran solas desde las rodillas. Yo estaba paralizado, observando aquel fantástico espectáculo.

A continuación, se sentó recostándose y levantando una pierna que apoyó en el respaldo del sofá. Me estaba mostrando su sexo púrpura, abierto, húmedo y expectante. Me miró y, arqueando los ojos, me increpó:

—Sigues vestido, no lo puedo creer.

Parpadeé tratando de concentrarme y comencé a desvestirme. Lo hice despacio, para que ella disfrutara. Dejé puesto el bóxer y fui acercándome a ella.

—Sigues teniendo demasiada ropa...

— ¿Estás ansiosa, Julieta?

Cuando estuve cerca, me bajé muy despacio el calzoncillo, inclinándome para ello. Cuando me incorporé, mi miembro apuntaba al techo duro y palpitante. Pude escuchar un ligero gemido.

— ¿Te gusta lo que ves, Julieta?

No dijo nada, se incorporó, y de rodillas con las piernas bien abiertas, cogió mi pene entre sus manos acariciándolo suavemente. Y haciendo ademán de metérselo en la boca, me preguntó:

— ¿Puedo?

— ¡Por favor, todo tuyo...!

Se lo metió en la boca y lo acarició con la lengua, hasta que mi impaciencia me hizo moverme empujando hacia adentro. Ella empezó entonces a chupar apretándome de tal manera que tuve que alejarme.

— ¿Qué haces, Adri? No te alejes.

—Tengo que hacerlo, he estado a

punto...

—No importa, déjame terminar.

—Aún no, espera. Ahora déjame verte.

Volvió a tumbarse, abriéndose totalmente. Me arrodillé en el suelo y, apoyando mis manos en sus muslos tratando mantenerlos separados, me zambullí en aquel vértice caliente y húmedo que sabía a mar y que era mi manjar preferido. Besé sus verticales labios, introduciéndole la lengua, buscando el punto de no retorno. Pude sentir su orgasmo latiendo alrededor de mi lengua. Fue entonces cuando metí mi cuerpo

entre sus piernas y me introduje en ella hasta el fondo sintiendo cómo sus músculos vaginales me apretaban hasta que mi lava caliente salió disparada invadiendo todo su interior.

Tuve que apoyar mi codo en el sillón para que el peso de mi cuerpo no la aplastara.

Ella se removió.

—Espera, deja que te haga sitio, así estarás incómodo.

Me senté y ella se colocó tumbada con la cabeza en mis piernas. Mi pene se apoyaba en mi ingle, muy cerca de su boca.

—Lo tengo a tiro.

La miré asombrado, mientras mi pene se crecía.

—No puedes estar diciéndome esto.

—¿Por qué? Te he agotado ya.

—No me lo puedo creer, eres insaciable.

Ella sonrió inocente a la vez que acercaba su boca a mi pene que se había vuelto a endurecer.

—Tú tampoco parece que te hayas saciado.

Volvíamos a hacerlo.

Lo cierto es que mientras estuvimos en Malcesine nos dedicamos a hacer el amor y trabajar, alternando estas actividades durante el día, y a

follar por la noche sin alternar con ninguna otra actividad. Una auténtica y bendita locura.

La última semana de mayo empezamos a preparar nuestro viaje a Barcelona. Xulia estaba inquieta, parecía hasta más nerviosa que yo.

— ¿Qué pasa, Julieta?

— Nada, qué va a pasar.

— Estás muy nerviosa, cuando el que tendría que estarlo, en todo caso, sería yo.

— Sabes que todo lo tuyo con respecto a tu actividad literaria, depende de mí, y por eso estoy nerviosa, quiero que todo salga bien. Es un momento clave para

ambos, tanto tu carrera como la mía dependen de cómo hagamos las cosas.

—Ven aquí, Julieta— le señalé mi regazo.

Se acercó con gesto cansado, y se dejó envolver por mi abrazo sentada en mis piernas.

—Si vas a estar así cada vez que tengamos una presentación o un evento literario de estos, me buscaré otro agente.

— ¿Queeé...? ¿Estoy escuchando bien? Después de todo lo que he hecho por ti, ¿ahora me vas a dar puerta?

Intentó zafarse de mi abrazo, pero

no la dejé. La sujeté fuerte y la hice callar poniendo mi boca sobre la de ella.

—Te quiero en mi vida, pero te quiero feliz y disfrutando de todo lo nuestro. Si el trabajar para mí te va a poner en este estado de nervios, haré lo que sea, pero no lo voy a permitir.

—Es mi trabajo, supongo que eso lo tienes claro.

—Desde luego, pero trabajas con otros autores, y puedes cabrearte con ellos, puedes estar pendiente de sus cosas, acompañarlos a las presentaciones o a las ruedas de prensa, pero jamás te he visto como

estos días preparando lo mío, así que ya lo sabes, relájate porque me buscaré a otro agente si no lo haces.

Forcejeó de nuevo en mis brazos para levantarse y la dejé ir. Caminó hasta la ventana, miraba sin ver, más bien meditaba sobre lo que iba a decirme.

—Perdona Adri, es cierto que he estado más nerviosa de lo habitual...

—Muy nerviosa, demasiado diría yo.

—Sí, tienes razón, pero estarás de acuerdo conmigo en que esta es una ocasión única para nosotros, el

punto clave de tu carrera, no me puedo permitir que nada salga mal, no puedo dejar nada al azar, ¿lo entiendes...?

—Julieta cariño, entiendo todo eso, pero me mata verte tan preocupada, que parece que se te ha muerto alguien.

—No seas exagerado.

—No lo soy, si pudieras verte a ti misma, pensarías lo mismo.

Me acerqué a ella y la abracé desde atrás. La besé en el cuello.

—No sé si eres consciente de lo muchísimo que te quiero, Julieta... No voy a permitir que nada te haga daño. Y desde luego, quiero que

sigas conmigo, nunca he sido tan feliz como desde que formas parte de mi día a día.

Se giró, y con aquella sonrisa con la que me cautivaba siempre, me besó y sin apartarse de mi boca me repitió unas palabras que yo ya conocía.

—Yo también te quiero, Adriático. Me he quedado contigo y no voy a irme, ya sabes que no sabría vivir sin ti.

— ¡Esta es mi chica!

CAPÍTULO XXIX

Salimos hacia Barcelona, pero esta vez en el supercoche que me había comprado y que a Xulia le encantaba. Sacha se quedó un poco preocupada.

—Son demasiados kilómetros, ¿qué necesidad tenéis de ir en coche con lo peligroso que está el tráfico, pudiendo ir en avión tan ricamente?

—Sacha, ya te lo expliqué. Nos apetece pasar por la costa azul. Haremos el viaje en varias etapas, tenemos tiempo de sobra y Xulia necesita relajarse y calmar ese

estado de nervios que ha tenido. Y a ti, te espero en Barcelona para la presentación, por favor no faltes.

—Tranquilo, no faltaré. Eres mi hijo adoptivo, estaré allí orgullosa al lado de tus padres.

El viaje hasta Barcelona, fue estupendo, paramos en diferentes pueblos y ciudades a comer, a cenar, y a dormir. Xulia consiguió relajarse y disfrutar del viaje.

En Barcelona, la editorial me había reservado una habitación en un hotel ubicado en el barrio gótico. Por fin tuve la oportunidad de conocer esta ciudad grandiosa, con una luz especial y diferente. Nos la

pateamos de arriba abajo, y eso que Xulia por las mañanas estaba siempre liada con el teléfono. Me fastidiaba dejarla sola en el hotel, pero entendí perfectamente la importancia de su trabajo y no debía interrumpirla.

Llevábamos tres días en Barcelona. Ella trabajaba desde muy temprano, yo me levantaba más tarde y bajábamos a desayunar. Luego Xulia continuaba con su trabajo mientras yo me iba a hacer turismo. Pensé en comprarle algo, y se me ocurrió que una tableta de última generación le vendría bien. Cuando salí de esa inmensa tienda con

anagrama de fruta mordida, busqué una cafetería en la que poder tomarme un café mientras leía el periódico. Se acercó el camarero y me miró raro, fue hasta un poco desagradable, cosa que me sorprendió puesto que en todo aquel tiempo que llevaba en la ciudad, me había sorprendido especialmente lo bien que trataban al turismo, o por lo menos yo así me sentí. No le di más importancia, tal vez el hombre tenía un mal día. Cogí el periódico de encima del mostrador y, en cuanto lo desdoblé y vi la portada, me quedé petrificado.

Aparecía una foto mía en grande, a todo color, pero lo malo era el titular: El escritor Adrián Enríquez, acusado de malos tratos por su expareja». Mientras pasaba la página para leer el artículo entero, levanté la vista para mirar a mi alrededor. De pronto me sentía observado, me dio la impresión de que todo el mundo me reconocía, de hecho, el camarero me miraba huraño negando con la cabeza. Ahora entendí el porqué de su hostilidad.

El artículo no tenía desperdicio. Tenía que contarle esto a Xulia, menudo disgusto se iba a llevar.

Cerré el periódico cabreado y llamé al camarero para pagar. Seguía con cara de pocos amigos y no me pude reprimir, levanté el periódico y con malas formas lo estrellé en el mostrador delante de sus narices.

—Esto es totalmente falso.

Me di la vuelta y sin mirar atrás salí del bar apurando el paso hasta llegar al hotel. Me compré una gorra con la que traté de ocultarme. Menos mal que me había dejado crecer el pelo desde diciembre y pude enmascarar mi aspecto, porque cuando llegué al hotel, había varios fotógrafos a la puerta.

Pasé rápido y creí que desapercibido hasta que una joven fotógrafa me descubrió.

— ¡Es ese, es Adrián!

El resto de fotógrafos empezaron a lanzar fotos, pero yo no me volví y la gente del hotel les impidió la entrada. Me metí en el ascensor rápido y, una vez dentro, me dejé resbalar por la pared de cristal hasta quedar sentado en el suelo, totalmente agotado y desmoralizado. Cuando llegué a la planta, me costó levantarme de allí y llegar a la habitación. Xulia estaba nerviosísima, la escuché hablar desde fuera, porque más que

hablar, gritaba.

— ¿Pero, cómo ha podido pasar?

—...

—Sí, ya sé que tú no tienes la culpa, pero te haces una idea de lo que supone esto. Mañana es la presentación del libro, habrá prensa de todas partes, por dios. ¿Qué vamos a decir? ¿Cómo se puede difamar así a una persona?

—...

—Ya sé que vas a tomar medidas, pero eso de qué nos va a servir mañana. ¿Qué estarán pensando en la editorial?

—...

— ¡Ay, no digas tonterías! No es

esta la publicidad que necesitamos. Tú llama a esa tía y ponle las cosas claras, inicia una demanda por acoso y difamación. Y asegúrate de que le caiga una buena. No se va a ir de rositas. ¿Será posible?

—...

— Ya me tranquilizo, ya, pero imagínate cómo se va a poner Adrián cuando se entere. Esto podría hundirlo totalmente.

La sentí sollozar y me dio una punzada en el pecho. Aquello nos iba a afectar demasiado a los dos. Continué escuchando con la frente apoyada en la puerta.

—Sí, sí, claro que estoy llorando,

es mi pareja, y lo quiero con locura y esto... esto no tenía que pasar, joder... Y su familia, y sus amigos, ¿te haces una idea de lo que estarán pensando?

—...

—Ya, pues sí... entérate de quién fue el periodista listo que le pagó para que contase semejante basura, y de qué cantidad estamos hablando, ya le pudo compensar...

—...

—Vale, pues ya me dirás, llámame con lo que sea. ¡Adiós, Gerardo!

La habitación se quedó en silencio, pero justo cuando iba a entrar, escuché un ruido enorme y a

continuación un grito.

Entré rápido y preocupado. Xulia estaba sentada en la cama, con la cabeza agachada, casi metida entre sus piernas y sollozaba. Me acerqué a ella y la abracé.

—Tranquila, cariño, no es culpa tuya.

Se dejó envolver en mis brazos y de repente toda su angustia se desbordó con un llanto incontenible. La dejé llorar acunándola en mis brazos, yo sentado en el suelo y ella en mi regazo, donde se había dejado arrastrar por mí.

Cuando se fue calmando, la besé.

El beso se convirtió en algo tremendamente sensual. Y la fui desnudando despacio, ella se dejaba hacer.

—Te quiero, Julieta, y no puedo verte llorar así. Quiero que te tranquilices.

—También te quiero. Pero esto no es solo un problema con mi trabajo, eso podría asumirlo, es también con el tuyo. Y se trata de algo muy serio. Es una acusación demoledora, y aunque vamos a demostrar que es falsa, siempre va a estar ligada a tu nombre. Es muy fuerte, Adrián.

Empezó a llorar de nuevo.

— ¡Chsss, no llores por favor! Olvida eso ahora, déjame hacerte el amor.

—No sé si puedo, Adri, ¿te imaginas que estarán pensando en la editorial? Creía que habíamos neutralizado a Elena y me relajé. He intentado hablar con Mabel desde que he visto el titular, pero ella no llega hasta este mediodía de Londres.

—Haz el favor de olvidar todo y déjate llevar. Te voy a quitar las bragas y me voy a perder dentro de ti. Céntrate en mis palabras.

Lo hizo, y yo seguí calmándola y calentándola con palabras y

caricias.

Nos levantamos del suelo y terminé de desnudarla.

—Túmbate en la cama. Y mírame.

Mientras me miraba, me fui desnudando despacio, sabía que le gustaba verme cuando lo hacía. Me arrodillé entre sus piernas, y la levanté un poco para colocarle una almohada debajo de la cadera y elevar más aquel vértice que brillaba por la humedad y que ya solo pensaba en devorar hasta que ella se licuara totalmente para mí.

Hacer el amor aquella mañana fue intenso, arrollador, potente... Pero, sobre todo, liberador.

A los dos, la laxitud de después, nos envolvió en un pequeño sueño muy reparador. Ambos nos despertamos y nos levantamos con la mente clara y la fuerza necesaria para afrontar aquel serio problema. Mientras nos vestíamos para ir a comer, Xulia, que había recuperado el ánimo totalmente, no paraba de hablar, explicándome lo que debíamos hacer.

—Adrián, vamos a aprovechar esta situación volviéndola en favor nuestro. No hablaremos con la prensa, hasta después de la presentación. Así irá absolutamente toda la prensa. Hablarás de la

novela, de los personajes, y darás una primicia. Estamos negociando con una productora que llevará la novela al cine.

— ¿Pero eso es cierto?

—Claro, por eso Mabel ha ido a Londres. Seguro que traerá buenas noticias.

—Muy bien, pero he de decirte que no firmaré con ninguna productora si no me dejan hacer a mí el guion.

Se acercó a mí, que me estaba lavando los dientes, me abrazó por detrás apoyando la cara en mi espalda.

—Cariño, eso fue la primera condición que les puse.

Me aclaré la boca, me di la vuelta y la besé.

—Sabes a pasta de dientes.

— Ya, y tú sabes a bollito de leche. Te quiero.

—Escucha, Adri, ahora bajaremos a comer al restaurante del hotel. No hablaremos con nadie.

—No te preocupes, a los fotógrafos no los dejan entrar.

— ¡Inocente! Tú no sabes de lo que es capaz esta gente. Seguro que han alquilado habitaciones para poder estar dentro y grabarte. Hasta sabrán ya en qué habitación estás y con quién...

— ¡Joder! ¿Pueden hacerlo?

—Pueden hacer lo que quieran, siempre hay alguna forma, incluso legal, de hacerlo. Así que hazme caso, comemos en el restaurante como si nada y volvemos para la habitación. Después debes quedarte aquí y no salir hasta mañana para ir directamente a la presentación.

— ¿Quieres decir que nos tenemos que quedar recluidos en la habitación como si fuésemos culpables?

—Quiero decir que tú te quedarás en la habitación, yo tengo muchas cosas que hacer.

—Pues yo voy contigo, no me voy a quedar aquí, ¡vamos, de ninguna

manera!

—Adrián, por favor, no me lo pongas más difícil.

Tuve que prometerle que me quedaría allí. Todo esto estaba empezando a gustarme cada vez menos. Sí, el contrato con la editorial era millonario, me había hecho famoso y mi vida había dado un vuelco tremendo. Pero lo único que verdaderamente me gustaba de mi nueva vida era Xulia.

Menos mal que aquella tarde llegaron mis padres con mi hermana Marieta. Y aunque ellos salieron a pasear y a visitar a unos viejos amigos suyos, Marieta se quedó

conmigo y me distrajo explicándome cómo iban mis finanzas. Empezaba a tener más dinero del que podía gastar.

—Entonces, Marieta, ¿querrías trabajar para mí?

—Eso tenemos que estudiarlo bien. Posiblemente me interese, si a ti no te importa que lo haga desde Italia.

—¿Te vas a ir a vivir allí?

—No solo eso, me voy a casar con Franco.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Ya te lo estoy contando.

—¿Va a venir Franco?

—Espero que sí, y siento que te voy

a quitar un poco de protagonismo, porque me lo pedirá mañana aprovechando que están papá y mamá.

A pesar del problema tan grande que habían supuesto las declaraciones de Elena a la prensa, me sentía feliz de que al menos mi familia estaba a mi lado apoyándome, tal como lo habían hecho siempre.

Xulia volvió tardísimo, menos mal que había llamado para avisarme, estaba empezando a inquietarme.

—No te preocupes, Adri. Estoy resolviéndolo todo, no bajas a cenar, llevo yo comida. ¿Te apetece

japonesa?

—Cariño, me va a apetecer cualquier cosa que me traigas, porque tengo hambre. Pero lo que más me apetece eres tú.

—Vale, a mí también me apeteces tú. No tardo.

Aquella noche después de comer un poco de sushi, teriyaki y de postre unas bolitas muy ricas que se llamaban dango, pedimos que nos subieran una botella de cava bien fría y celebramos como a nosotros nos gustaba, en la intimidad, lo que había de ser uno de los eventos más importantes de nuestras vidas.

Estábamos en la cama saciados y

cansados, pero ninguno de los dos dormía.

— ¿Qué pasa, Julieta?

—Estoy agotada y sin embargo no puedo dormir, creo que los nervios me la están jugando, y necesito dormir. Mañana tengo que estar al cien por cien, y tú también.

—Son las dos de la mañana. Vístete, iremos a dar un paseo por la playa.

— ¡Estás loco, Adriático!

—Ya sabes que sí, completamente loco por ti. ¡Venga, vístete rápido! Un chándal y unas zapatillas. A estas horas ya no estarán los fotógrafos haciendo guardia, y si

nos hacen fotos paseando por la playa, ¿qué? A mí no me importa. No lo pensamos más. Bajamos hasta la Barceloneta y paseamos por la playa a la luz de la luna. Nos descalzamos, subimos los pantalones hasta las rodillas y caminamos por la orilla del mar mojándonos los pies.

—Julieta, ¿tú no ibas al gimnasio cada día?

—Sí, dos días hacía spinning, otros dos, zumba y los sábados iba a nadar.

—Ya me parecía a mí que ese cuerpazo no lo tenías tu así de estar en el sofá.

—Es que lo necesito, piensa que hay días que me los paso sentada en mi despacho de la mañana a la noche, y no puede ser. Tú también ibas al gimnasio en Santiago.

—Sí, pero desde que me vine a Malcesine, no he vuelto. También es verdad que había pensado en sustituir el gimnasio por la nieve, pero la fractura del peroné me lo impidió. De todas formas, cuando volvamos a Malcesine buscaremos un gimnasio. Seguro que Franco nos informa, ese tiene pinta de hacer muchas horas de gym. ¡Va, Julieta, una carrera! A ver quién llega antes a la señal aquella.

No se lo pensó ni un momento, se puso a correr con ritmo y sin mirar atrás. Yo la seguía pisándole los talones. Cuando llegamos nos tumbamos en la arena resoplando.

—Tendremos que volver, es muy tarde. ¿Crees que encontraremos algún sitio en donde tomarnos un café con leche?

—Seguro que sí.

La cogí de la mano y caminamos a paso ligero de vuelta al hotel.

Decidimos tomarnos el café en la cafetería del hotel. Cuando llegamos a la habitación, eran las tres y media de la madrugada. Estábamos sudorosos y cansados.

—Una ducha rápida, Adrián.

—La dejé a ella primero, si nos metíamos juntos, la madrugada se prolongaría demasiado y necesitábamos dormir.

Nos acostamos desnudos, como siempre, pero ahora totalmente relajados.

— ¡Uumm, creo que ahora sí que voy a dormir, Adri!

—No hables cariño, duérmete.

Se acurrucó pegando su espalda a mí. La envolví en mis brazos y puse la sábana por encima de ambos. Enseguida la escuché respirar acompasadamente y supe que se había dormido. También yo me dejé

llevar por el suave sonido de su respiración y por fin me dormí.

Después de todo, lo de ir a pasear por la orilla de la playa, había sido un acierto. Nos relajó, y nos ayudó a olvidar el mal rollo y los problemas que nos había creado Elena.

CAPÍTULO XXX

Por fin había llegado el día «D». La presentación será a las ocho y treinta de la tarde. No sé cómo va a ser el acto, Xulia no me ha contado prácticamente nada. Quiere que sea una sorpresa. Me ha dicho solo lo imprescindible; que en la mesa estará Mabel, la editora, ella hablará en primer lugar, al otro lado estará Xulia como mi agente, que también dirá unas palabras. Yo estaré en medio de ambas y hablaré al final. Por supuesto, responderé a preguntas tanto de la editora y de

mi agente, como a las de la prensa y demás invitados que asistan.

Me desperté a las ocho de la mañana. Xulia seguía acurrucada a mi lado, no se había movido en toda la noche. No cambiaría por nada este pequeño momento de felicidad de despertarme a su lado y observarla dormir. Su melena esparcida por la almohada y sus labios entreabiertos, sonrosados y mullidos, tan apetecibles como toda ella con su desnuda suavidad pegada a mí. Solo Xulia era capaz de despertar a la fiera salvaje que llevo dentro y, además, al tierno gatito que también me habita.

Se dio la vuelta desperezándose y abrió sus ojos mirándome risueña. Volvió a abrazarse a mí, estampando su boca en mi cuello y mordiéndome ligeramente.

— ¡Mi Julieta ha dormido bien porque se ha despertado de muy buen humor!

—He dormido genial, fue una gran idea la del paseo.

Se subió encima de mí y buscó mi pene con su sexo, dejando que se introdujera en ella.

—Ya sabe el camino... y estaba tan a punto que no he podido evitarlo.

— ¡Dios mío, Julieta! Tienes mucho vicio, nena... ¿Qué he hecho?

—Déjate de tonterías y házmelo bien, necesitamos subidón para el día que nos espera.

Empezar el día haciendo el amor con Xulia era lo mejor. Me daba fuerzas para enfrentarme a lo que fuera. A ella le ocurría lo mismo.

Terminamos como siempre extasiados, mirando al techo de la habitación con una sonrisa de oreja a oreja y la felicidad instalada en nuestros corazones.

—Adrián, siento decirte esto, pero hoy tampoco debes salir de aquí hasta la hora del evento.

— ¿Y qué quieres que haga todo el día?

—Primero pediremos el desayuno para los dos, yo después me iré, tengo una reunión con Mabel. Tenemos que ultimar detalles, necesitamos una estrategia para lidiar con la prensa sobre el asunto de Elena. Seguramente me quedaré a comer con ella. Tú puedes trabajar toda la mañana, así estarás distraído. Le diré a tu hermana que venga a comer contigo.

—Me portaré bien y te obedeceré... pero no te acostumbres, no me gusta nada.

—Solo hoy cariño, te lo prometo. Se me acercó mimosa y me estampó sus labios, recién pitados de rojo

carmesí, en toda la boca.

—No te arrepentirás, y a pesar del problema tan desagradable que nos ha creado tu ex, hoy será uno de los mejores días de tu vida, te lo prometo.

La abracé fuerte y le devolví el beso.

—Estando tú a mi lado, no lo dudo. Pensé en ponerme a escribir, pero entonces se me ocurrió que debería ser un día memorable también para Xulia. Busqué en internet la web de su amiga María Higuera, la que tenía el sex shop. Di con ella enseguida, le mandé un mensaje explicándole quién era y lo que

quería. Con suerte vería el mensaje a lo largo de la mañana.

Mientras, me puse a escribir, esta era la mejor forma de evadirme. No obstante, dejé abierto el Face por si la chica me contestaba. No tardó ni media hora en sonar el pitido avisándome que tenía un mensaje. Terminamos dándonos el número de teléfono para poder explicarle con exactitud lo que quería. Después de decirle en qué hotel estaba, me aseguró que me traería ella misma lo que le había pedido.

Solo pensar en lo que podría dar de sí aquel juguetito, mi miembro se despertó empezando a tomar

posiciones. Me puse a escribir de nuevo. Necesitaba olvidarme de aquello, mantener la mente despejada y escribir, era la única forma de conseguirlo. Sobre la una y media llamaron a la puerta de la habitación, pensé que sería María, aunque me parecía pronto. Al abrir me encontré a Marieta y a Franco, que traían uno de esos carritos del hotel con comida para los tres.

— ¡Cuánto me alegro que hayas podido venir, Franco! ¡Ojalá pudieran estar aquí todos los amigos de Italia junto con mi familia...! ¿Te habrás traído a Sacha?

—Por supuesto, la he dejado con tus padres.

— Ya lo ves hermanito, tu familia hemos venido. Papá y mamá han llegado a las doce de la mañana, la tía Sacha acaba de llegar con Franco. Ahora les hemos dejado haciendo un poco de turismo y visitando a amigos y familia que tienen por aquí. Tú los verás en el evento, órdenes de Xulia.

—A ver si arrastran a todos esos amigos de ellos hasta el lugar del evento, me da pánico que no haya nadie, ¿os imagináis? Sería durísimo...

—Eso va a ser difícil, tu ex con sus

declaraciones te ha dado más popularidad de la que imaginas.

—Ya, pero no era ese tipo de publicidad la que yo quería. ¿Sabes cuánto tiempo tardará en desaparecer la palabra maltratador asociada a mi nombre? Elena quiso hacerme el mayor daño posible, o no midió sus actos.

—No la disculpes, porque sí midió sus actos, quiso hacerte daño y lo consiguió. Ahora está en vuestras manos, editorial, agencia y tú mismo, darle la vuelta a todo el asunto.

—Creo que es lo que haremos, cada uno de nosotros con nuestro

pequeño discurso, y Xulia, que lleva unos días nerviosísima y sin parar, tratando de solucionarlo todo. En fin, a ver qué pasa. Bueno, dejémonos de hablar de mí. Vamos a comer, y me contáis vosotros dos vuestros planes.

—No sé si estás preparado para el noticia que voy a darte...

Los miré a los dos, enarcando las cejas, esperando sorprenderme aún más con lo que iban a contarme. Ellos se miraban, como dos tontos, cogidos de la mano. Se les veía tan enamorados como seguramente se nos veía a Xulia y a mí. Porque cuando hay amor y complicidad se

nota a la legua.

— ¡Queréis hablar ya de una vez!

—Déjame a mí, Marieta.

Franco me miró tan serio que casi me asustó, no sé por qué se pone uno siempre en lo peor.

—Marieta y yo nos vamos a casar.

Hoy se lo diremos a tus padres.

Mi hermana sonreía y, sin dejar terminar de hablar a Franco, tomó ella la palabra.

—He pedido excedencia en el banco. Nos casaremos en agosto, no pondremos el día hasta que sepamos tu calendario de eventos, para que podáis venir Xulia y tú.

— ¡Por dios! ¿Para qué os queréis

casar tan pronto? Marieta, podrías irte a Italia con Franco, vivir allí, trabajar junto a él llevando mi parte del negocio. ¿Pero casaros...?

—Bueno, los padres de Franco son muy tradicionales y no quieren nietos fuera del matrimonio.

Se me pusieron los ojos como platos.

— ¿Me estás diciendo que estás embarazada...?

Los dos me miraron entre serios y felices, esperando que quizás yo les montase un follón. Pero no lo hice. ¿Por qué habría de hacerlo? Era cosa de ellos, y ver a mi hermana tan feliz me alegraba muchísimo.

Empecé a sonreír, para alivio de ellos, y mi sonrisa terminó en una sonora carcajada.

— ¡Enhorabuena, chicos! ¿Pero se puede saber por qué? —y dirigiéndome a Franco— Perdona cuñado, pero ni que fueras novato. Os habéis tirado al agua sin saber nadar y sin flotador...

Fue Marieta la que respondió.

—No te pases, que la culpa no es de Franco. Que yo me lancé a por todas y no me paré a pensar en las precauciones.

—Y tú, Franco, tampoco, claro.

—Pues no, la vi tan resuelta que imaginé que ella lo tenía

controlado.

—Madre mía, sois como adolescentes, «yo pensaba...», «no me di cuenta...».

—No te pases hermanito, que nosotros estamos encantados.

Franco la miraba embobado, supe en ese pequeño instante que aquellos dos tenían una conexión muy especial. Sería difícil que las cosas entre ellos dejaran de funcionar.

—Muy bien, niños, ahora tenéis que contárselo a vuestros padres— les dije en tono paternal haciéndoles un poco de burla.

—Ya sabía yo que mi hermano se

cachondearía de nosotros. ¿Te lo dije o no, Franco?

—Tranquila, ya llegará nuestro turno... Él también tiene cosas que explicar creo... ¿O tu familia y la de Xulia ya saben que estáis liados y que ella vive contigo en Italia...?

—Ahora no estamos hablando de mí.

— ¿Lo ves, Marieta? Aquí todo el mundo tiene algo que contar... si quiere, claro.

— ¡Touché! Y ahora si no os importa, tengo que pensar en lo que voy a decir esta tarde. Y prepararme porque Xulia me ha dicho que ella estará aquí a las

siete y necesita que yo esté listo para tener libre el baño y arreglarse ella también.

Marieta miró a Franco y le hizo un gesto con la cabeza.

—Vámonos, cariño, mi hermano nos está echando sin disimulos.

—No os estoy echando, solo os digo lo que tengo que hacer.

—Ponte a ello, nosotros también tenemos que arreglarnos.

Al abrir la puerta de la habitación, me encontré con una guapísima chica que me miró con una sonrisa espectacular.

— ¿Adrián Enríquez?

—Sí, ¿y tú eres...?

No me dejó terminar.

—María Higuera.

Miró para mi hermana y mi cuñado, que aún estaban allí, y continuó.

—Traigo algo para usted.

Marieta y Franco sonrieron y se disculparon.

—Si nos perdonáis, nosotros ya nos íbamos. Hasta luego, Adri.

—Chao Marieta, Franco, hasta la tarde.

Hice pasar a María.

—Y no me trates de usted.

—Perdona, pero no sabía si las personas que estaban contigo sabían algo de esto... Ya sabes que la discreción es muy importante en

este negocio.

—Gracias por venir tan rápida, es que se me ocurrió darle una sorpresa a Xulia y, como no me dejan salir del hotel por culpa de la prensa, he pensado en ti.

—Has hecho bien, te he atendido encantada, y tendrás que dedicarme un ejemplar de tu libro.

—Eso ni lo dudes. Pero tendrás que venir esta tarde al evento.

—Imposible, no sé si sabes que va todo por invitación. Pero tu libro lo han puesto esta tarde en el corte inglés, y me he pasado por allí para comprármelo. No sabes cómo está aquello, se están agotando.

Le dediqué el libro tratando de olvidarme de la presión que suponía para mí lo que me estaba contando.

—No lo puedo creer, en fin, no quiero pensar en eso. Explícame lo que me has traído.

Sacó de la bolsa un juguetito muy especial, con el que pensaba sorprender a Xulia.

—Te traigo también, aunque esto es un regalo, un vibrador líquido.

— ¿Y eso qué es?

—Es un gel unisex, que se extiende sobre la piel con un suave masaje y, después de su aplicación, produce sensaciones estimulantes con ondas

de vibración, un placer añadido para la pareja. ¿Qué te parece?

—Me parece increíble, lo probaremos, desde luego. Y ahora dime, ¿cómo funciona este aparatito que he comprado?

—Muy fácil, el huevo tiene diez velocidades, y catorce metros de alcance. Ah, y el mando es universal. O sea que, si alguien más llevara uno, vibraría cuando tú le dieras al mando.

Me eché a reír como un loco.

—Espero que seamos los únicos pervertidos que vayamos a un evento literario con semejante expectativa, en fin...

—Bueno, Adrián, yo he de irme. Y ya sabéis, cualquier cosa que se os antoje, no tenéis más que llamarme. Cuando me quedé solo, me tumbé en la cama y cerré los ojos para descansar y meditar sobre la cantidad de acontecimientos que se estaban precipitando a mi alrededor.

Me quedé dormido y me desperté sobresaltado con imágenes de huevos vibradores y máscara venecianas que me rodeaban, me tocaban y yo solo podía escuchar sus risas. Fue un sueño inquietante, que me dejó una desazón de la que traté de deshacerme con una ducha

bien fría. A medida que el agua resbalaba por mi cuerpo y empecé a pensar en Xulia, fui recuperándome y centrándome en la importancia que tenían las próximas horas en mi vida.

Después de revolver toda la ropa que me había traído, decidí que lo mejor es ser siempre uno mismo y no disfrazarse, así que me puse un vaquero, una camiseta negra que me había enviado mi amigo Raúl, en la que había estampado la portada de la novela. Supongo que habló con Xulia porque la portada era una incógnita hasta esta mañana que apareció en todos los carteles

publicitarios, en el metro, autobuses... una locura.

Llevaría también una americana de lino en color arena, que sin pretenderlo jugaba con el color arena de la portada.

Cuando llegó Xulia, yo ya estaba listo.

— ¡Dios, Adriático, estás buenísimo!

La cogí de la mano y tiré de ella hasta apresarla entre mis brazos.

—Tú sí que estás buena... ¡Uumm, qué bien hueles! Te he echado de menos todo el día.

Nos besamos con hambre. Pero ella se apartó enseguida.

—Ahora no podemos, Adri, necesito tiempo para arreglarme. A las siete tenemos que estar en la editorial.

—Vale, vale. Fumaré un cigarro en el balcón, la ansiedad está empezando a consumirme.

—Tranquilo, te aseguro que todo va a ir bien. Y hay muchas sorpresas... espero que estés preparado.

—Yo también tengo una para ti.

—Dímela, no me dejes así ahora, que llevo un día de mucho estrés.

Mientras se desnudaba, le preparé el agua de la ducha.

—No te preocupes, mi sorpresa no tiene nada que ver con lo de hoy, ni

con trabajo, ni libros, ni periodistas.

—Vale, ya me quedo más tranquila. Me fui a la terracita de la habitación mientras esperaba a que Xulia terminara de arreglarse.

—Adri, ya estoy lista, podemos irnos.

Cuando la vi me quedé sin palabras. Se había puesto un vestido de color turquesa, entallado y largo, casi hasta el tobillo, con una abertura por detrás que le llegaba a las rodillas. Sin mangas y con el cuello tipo barco. Calzaba unas sandalias preciosas, con pedrería y un tacón de vértigo.

Se dio una vuelta delante de mí, pero yo continuaba callado.

— ¿Qué pasa, Adriático, no te gusta?

—Estás bellísima, Julieta, no te separes de mí. O tendrás que ir apartando admiradores para poder caminar.

—Y ahora vas a flipar— Buscó algo en su maleta —. Es mi chal, a ver si te gusta.

Desplegó ante mí una tela de seda finísima con los colores de la portada y estampados de la misma, era realmente exquisito.

—Alucinante, ¿a que sí? Ha sido Raúl, ha hecho la camiseta que

llevas y mi chal.

—Es fantástico, Xulia, gracias, eres la mejor. Sin ti no estaría en este momento de mi vida tan especial.

—No olvides que tampoco yo lo estaría sin ti. Y ahora vamos a comernos el mundo tú y yo. ¡Es nuestro día!

—Espera...

La acerqué a mí, y mientras la besaba, le subí el vestido hasta que encontré la tira elástica de su tanga, metí el pulgar arañando ligeramente su piel y bajándoselo con delicadeza.

—Adri, por favor, ahora no podemos.

—Tranquila, no vamos a hacer nada, pero todo el día sin tocarte ha sido muy duro.

Le bajé el tanga hasta medio muslo y acaricié su sexo, introduje dos dedos y, como siempre, en cuanto empezábamos a jugar, ella se humedecía. Saqué de mi bolsillo el pequeño huevo y se lo introduje, no había dejado de besarla y ella no vio lo que le metía hasta que notó que algo diferente entraba en ella.

— ¿Qué me has metido, Adrián?

No le contesté, la seguí besando mientras volví a colocarle el tanga en su sitio y estiré bien su vestido hasta dejárselo perfectamente

colocado.

—Ya podemos irnos, Julieta, cuando quieras.

Caminamos por el pasillo hasta el ascensor y Xulia, totalmente ruborizada por la excitación, bajó la cabeza diciendo:

—No sé qué me has metido. ¿Me lo vas a decir?

— ¿Tú notas algo?

—Pues claro, noto algo dentro que me...

— ¿Te excita?

—Sí, dios, ¿cómo se te ocurre jugar precisamente hoy a cosas raras? Tengo los nervios de punta.

—Por eso. Para que te olvides un

poco, te relajes y disfrutes del día.

Metí la mano en el bolsillo de la americana y le di al mando del artilugio.

Xulia emitió un pequeño grito y se pegó a mí.

—Adri, por dios, no se te ocurra hacerme esto delante de la gente, se me notará.

Le di más velocidad.

Seguía pegada a mí, la besé horadando su boca con mi lengua. Sin despegarme de sus labios le pregunté:

— ¿Quieres correrte?

—Si esto sigue vibrando me correré. Para el ascensor, Adrián.

Hice lo que me pedía y continué besándola. Le metí la mano debajo del vestido para acariciarle el clítoris y acelerar el orgasmo.

Sentí cómo su cuerpo temblaba y sus gemidos se ahogaban en mi boca. Cuando aquello terminó, la aparté un poco para mirarla.

—Estás preciosa, cariño.

Sacó de su pequeño bolso la barra de labios, se los pintó de nuevo, se colocó el vestido y me pasó una toallita húmeda para que me limpiara el carmín de mi boca y de mi cuello.

— ¿Estás ya? Voy a poner en marcha el ascensor o vendrán los

de mantenimiento.

Al llegar al hall, había un grupo de gente esperando para subir, y el gerente y un mozo intentando ver qué pasaba con el ascensor.

Salimos como si nada hubiera pasado, y todos nos miraron perplejos, a excepción de un caballero de mediana edad que frunció el ceño al mismo tiempo que en su cara apareció una sonrisa cómplice. Seguramente sabía de qué iba aquello por experiencia.

Nos esperaba un coche delante de la puerta del hotel.

—No veo periodistas, no me digas que me has tenido encerrado todo el

día y aquí no había nadie.

—A esta hora están ya a la entrada del salón de convenciones del Meliá, que es en donde se hará la presentación.

— ¿Pero no era en la casa de libro, o en no sé qué librería?

—Era... pero lo han tenido que cambiar. De pronto esto se ha convertido en todo un espectáculo mediático.

—Sería todo genial, si no fuera por las declaraciones de Elena.

—Pues ahora viene lo mejor. Elena se ha retractado públicamente de lo que ha dicho.

—Ya, pero como dice mi madre:

«difama que algo queda».

—No creas. Desde que supimos lo que había hecho, nuestro abogado la ha demandado por difamación y le ha pedido una indemnización millonaria, eso la ha hecho recapacitar. Se ha puesto en contacto con Gerardo, pidiéndole perdón y diciendo que hablaría con la prensa para retractarse.

—¿Y lo ha hecho?

—Vaya que si lo ha hecho. Gerardo ha escrito una carta, que ella ha tenido que leer en un comunicado de prensa que pusieron en todos los telediarios de todas las cadenas. Pensé que lo habías visto.

—No he puesto la tele en todo el día.

—Pues eso es lo que ha ocurrido. La pregunta que yo te haría si fuera periodista, sería: ¿por qué crees que Elena ha hecho esto? Así que vete pensando en una respuesta que los deje convencidos a ellos y al público en general.

—Bien, no hay problema. ¿Y tú qué tal estás?

Me miró enarcando las cejas.

—Bien, pero por favor deja el juguetito quieto hasta que termine el acto. Y ya me contarás cómo te hiciste con él.

Sonreí ladinamente pero no

contesté, habíamos llegado al lugar del evento y el despliegue que allí había era impresionante. Cámaras de televisión y multitud de prensa.

— ¿Se puede saber cuándo me convertí en alguien tan famoso?

— Cariño, es tu día, eres el personaje del momento...

CAPÍTULO XXXI

Al salir del coche, nos rodearon los periodistas, y las cámaras con las cegadoras luces nos enfocaron hasta que conseguimos entrar. Cogí a Xulia de la mano y tiré de ella hasta dentro del hotel.

Era tal el tumulto de voces llamándome y preguntándome, que me dieron ganas de largarme de allí inmediatamente.

Dentro del hotel, nos esperaba Mabel y dos tipos más de la editorial. Uno era inglés y otro americano, ambos responsables de

la editorial en sus respectivos países. Ella se dirigió a mí con naturalidad.

— ¡Vamos, Adrián! A ver, esto va a ser así: nos colocamos en el escenario y yo presento el acto. Luego tu agente dirá unas palabras y finalmente todo tuyo, el evento y los asistentes. Relájate, sé que has hecho muchas presentaciones, así que no es nada nuevo para ti, aunque esta será un poco diferente. Para nosotros también lo es, el asunto de tu ex, aumentó la curiosidad y la cosa se desbordó. Contesta con tranquilidad, algunos querrán molestarte con sus

incisivas preguntas. No te alteres, contesta en tono desenfadado. Trata siempre de hablar de tu libro, pero no evites las preguntas morbosas, que no parezca que te quieres escabullir como si fueses culpable.

Xulia me miraba nerviosa.

— ¿Estás bien, cariño?

—Sí, tranquila, estoy bien. Pero no he visto a nadie, ¿dónde está mi familia?

—Están en el salón de actos, todo el mundo está allí, y toda la prensa acreditada también.

—De acuerdo— las miré a las dos —. Cuando queráis, estoy preparado.

Entramos al salón por el pasillo central, mientras el público se levantaba y aplaudía. Nos colocamos en la tarima que había a modo de escenario, y esperamos a que cesaran los aplausos.

Las intensas luces nos enfocaban de forma que se me hacía imposible distinguir a nadie entre el público. Aproveché esto en mi favor. Me centré en mí y en lo que tenía que decir. Como si estuviese solo. Me resultaba fácil, era un ejercicio de concentración que empecé a practicar en los exámenes orales de la facultad. En este evento, y a pesar de la presión, gracias a

aquellas luces que eran como fogonazos, me evadí totalmente y dije mi discurso, con tranquilidad. De pronto se borraron la presión y los nervios y las palabras me salían fluidas y con la mejor entonación. Obvié totalmente hablar del tema de Elena, que preguntaran ellos si querían. No fui interrumpido para nada, no sé si esto era buena señal, o todo lo contrario. Cuando terminé, hubo un tenso momento de silencio, pero enseguida explotaron los aplausos y los vítores del público.

Mabel y Xulia sonreían y aplaudían encantadas mirándome y asintiendo

con la cabeza. Xulia se acercó a mi oído y me susurró emocionada:

—Cariño, has estado fantástico. En momentos como este, puedo comprender por qué siempre he estado enamorada de ti.

La miré guiñando el ojo.

—Eso es mutuo, Julieta.

En cuanto pararon los aplausos comenzaron las preguntas. Mabel ejerció de moderadora y le fue dando la palabra a los diferentes periodistas.

—Adrián, ¿qué le ha parecido el comunicado de prensa que ha hecho su exnovia?

—No me creerán, pero llevo dos

días encerrado en el hotel, y sin ver la televisión, así que no sé qué habrá dicho esta vez.

—Bueno, se retracta de las acusaciones que había vertido contra usted sobre el maltrato al que supuestamente usted la habría sometido.

—Me alegro de que se haya retractado. Yo lo único que puedo decir es que esas acusaciones son totalmente falsas y que por mucho que ella ahora se retracte, el daño ya está hecho. Siempre quedará asociado a mi nombre la palabra maltratador y eso, amigos, es muy duro.

—Ya sabe usted que a veces el maltrato no es un golpe, simplemente las palabras pueden hacer mucho daño y usted esa arma la maneja muy bien.

— ¿Quiere usted decir que tal vez la he maltratado de palabra? Con esta pregunta se demuestra que efectivamente la losa que me puso encima Elena con sus acusaciones, tardaré mucho tiempo en quitármela de encima. Siempre habrá alguien que piense, «algo le habrá hecho el tío ese a la pobre mujer». Contra las suposiciones, lo siento, pero no voy a defenderme nunca.

—Y, ¿por qué cree que se ha

retractado?

— ¿Tal vez porque mi abogado le ha interpuesto una demanda millonaria por difamación y acoso, totalmente demostrable? ¿Esto le parece a usted una buena razón para retractarse? Y ahora, por favor, «yo he venido aquí a hablar de mi libro». ¿Sería posible que así fuera?

El público comenzó a aplaudir y lo hizo durante bastantes segundos, lo que me subió el ánimo. Al parecer mis respuestas resultaron creíbles. A partir de ese momento, el resto de preguntas fueron sobre el libro, los personajes, la trama y un

montón de cosas relacionadas sobre mi forma de escribir, mi método o mis musas.

Cuando se terminaron las preguntas. Nos levantamos y, antes de que Mabel tomara la palabra, cogí a Xulia y delante de todo el público la besé. Les ofrecí un auténtico espectáculo para que hablaran, seguro que esa sería la imagen que pasarían por todas las televisiones, incluso las revistas, etc. Mabel, totalmente sorprendida, pero aprobando lo que había hecho, recordó al público que los que quisieran que el autor les firmase el libro podían acercarse. Se

apagaron los focos de las cámaras y por fin pude visualizar al público. Me emocioné al ver no solo a mi familia; ya sabía que habían venido mis padres y Marieta, pero también estaba mi ocupadísimo hermano con su mujer y mis sobrinos que aplaudían emocionados, junto a ellos Sacha y los padres de Xulia, también embargados por la emoción.

Al otro lado del pasillo estaban Franco y Marieta, Lolita y Enzo, si hasta había venido Carlo y Clara, que estaba ya de seis meses. Pero superemocionante fue ver a Marco y Marcela al lado de Pietro y la

gran Claudia Martinelli, quien, para no robarme protagonismo, entró disimuladamente cuando ya había empezado el acto.

Miré a Xulia, emocionado y agradecido, sabía que aquello había sido cosa de ella. Conseguir reunir allí a todos aquellos amigos, fue lo que la había traído de cabeza, y estresada, eso y tratar de minimizar el asunto de Elena.

Cuando hube firmado libros a todo el mundo y la gente se fue marchando. Miré a los míos con una sonrisa emocionada, cogí a Xulia de la mano y nos acercamos a ellos. Los abracé a todos,

agradeciendo a cada uno su presencia apoyándome en este momento tan importante, pero a la vez tan delicado de mi vida.

De pronto empezó a sonar un piano y todas nuestras miradas se dirigieron hacia el lugar de dónde procedía el sonido. La cámara, que aún estaba en el salón de actos, enfocó hacia allí su potente haz de luz, y todos pudimos ver asombrados a Pietro tocando la melodía de «Killing me softly with his song» y a Claudia apoyada en el piano dispuesta a entonar la canción.

—Para ti, querido Adrián, y para

todos los que te conocen y te aprecian del mismo modo que lo hacemos Pietro y yo.

Xulia lloraba emocionada, y yo no pude evitar las lágrimas. Aquello sobrepasaba cualquier expectativa. La prensa, que había salido, volvió a entrar.

Cuando terminó la canción, fui hasta ella entre el rumor de la gente: «Es la soprano Claudia Martinelli».

La abracé agradeciéndole el gesto que había tenido. No solo por venir, que ya era mucho, sino por dedicarme aquella canción en un momento tan señalado.

—Cuando Xulia me contó lo que te estaba haciendo esa mujer, no he dudado ni un momento en venir a apoyarte.

—Gracias, Claudia, esto supone muchísimo para mí, estoy en deuda contigo.

—Me la voy a cobrar, tienes que dedicarme el libro.

—Por favor, eso es un honor para mí.

Empezó a rodearnos la prensa, haciéndonos preguntas.

— ¿Son ustedes viejos conocidos?

La miré e hice un gesto de resignación, pero ella, sorprendiendo a todos, contestó

sonriente:

—Somos amigos, aunque viejos no, eso es obvio— se escucharon las risas de la gente.

—¿Está de paso en Barcelona?

—No, no estoy de paso, he venido a la presentación del libro de mi querido amigo Adrián Enríquez.

—¿Qué opina de las acusaciones vertidas sobre él?

— ¡Basura! Y de la peor. No se imaginan ustedes el daño que algo así puede hacer, no solo en la imagen de una persona, sino en su propia vida. Las personas que hacen esto, al igual que las que se encargan de esparcirlo sin haberse

preocupado de verificar la información, merecen todo mi desprecio.

— ¿Se da usted cuenta de lo que significa para Adrián, ante el público, su asistencia a la presentación de su libro?

— ¿Usted cree que no lo sé?

— ¿Quiere decir entonces...? —
No lo dejó terminar.

—Quiero decir, que he venido a apoyar a mi amigo Adrián Enríquez, a disfrutar de su presencia y de la de su familia y amigos. A pasar un día de felicidad en la intimidad. Y ahora, por favor, ¿pueden dejarnos ya?

La prensa se fue retirando y al final nos quedamos la familia y los amigos, tal como había dicho Claudia.

Xulia tomó entonces las riendas del asunto.

—Ya sabéis que ahora tenemos una cena. Será en este mismo hotel para que no tengáis que andar de un sitio para otro. Ahora están sirviendo un vino, «Godello» por cierto, para la prensa y demás invitados. Si queréis podéis... ¡Ay...! Ir pasando. ¡Perdón!

Me acerqué a Xulia.

—¿Qué te ha pasado, cariño?

—Ya te vale, Adriático...

—Bueno, no he tocado el aparatito hasta que por fin ha terminado el evento. Pero ahora ya... puede pasar cualquier cosa.

— ¡Calla, ahí viene tu madre!

—Y detrás la tuya, Julieta.

—Ahora explícales tú lo del beso del final y eso...

—No, eso lo voy a explicar en alto y para todos, no pienso estar dando explicaciones por separado.

Mi madre me abrazó emocionada y al oído me hizo su particular comentario.

—Qué callado os lo teníais. ¿Desde cuándo estáis juntos Xulia y tú?

—Chsss, calla. Luego os lo

contaremos todo.

A continuación, me saludó la madre de Xulia.

—Adrián, mi más sincera enhorabuena, me alegro mucho de que por fin tu trabajo sea reconocido.

—También es trabajo de Xulia.

—Ya... bueno, creo que nos debéis alguna explicación.

—Sí, todo en su momento. No te preocupes.

No perdí de vista a Xulia en ningún momento. De vez en cuando, ponía en marcha el aparatito y la observaba atentamente. Mi hermana se acercó a mí.

—No pensé que llegaría a verte tan enamorado como lo estás de Xulia. Te felicito.

—Gracias, es mutuo. Me gusta ver que por fin has encontrado al hombre de tu vida. Esta va a ser una noche llena de novedades, estoy deseando sentarme a cenar. Aunque tendremos que esperar a los postres. ¿Tú qué dices, Marieta?

—Sí, pero primero habla tú, para eso eres el homenajeadó hoy. Luego ya contaremos nosotros lo nuestro. La abracé y la besé en el pelo.

— ¡Ay, lo que te quiero hermanita! La cena fue muy especial, la comida exquisita, y los brindis

fueron interminables. Mabel, la editora fue la primera en levantar su copa de cava.

—Quiero ser la primera en brindar esta noche. Por ti, Adrián, porque el éxito de este libro nos lleve a lo más alto, a ti como escritor, a tu agente, por supuesto, y a nosotros, que como editorial esperamos ya el nuevo manuscrito que tienes entre manos.

Después se levantó Marco.

—Yo quiero levantar mi copa por Adrián, por supuesto, pero también por todos los amigos que ha sido capaz de reunir a su alrededor. También por Xulia, que ha sido la

artífice de todo esto. Espero y deseo que continúen los éxitos y, por encima de todo, la amistad.

Después mi padre levantó su copa enaltecendo la unidad y el apoyo de la familia.

Me emocioné muchísimo, apenas solté la mano de Xulia durante toda la cena, ella me miraba a hurtadillas y me decía casi sin voz —Te quiero—.

Carlo se levantó y en un español medio chapurreado se dirigió a mí:

—Jamás imaginé que aquel guaperas español que venía a pasar el verano a Malcesine llegaría tan alto, y nos congregaría a todos en

esta fantástica ciudad. Barcelona tendrá desde hoy un significado especial para mí. Te queremos amigo.

Todos aplaudieron y a coro gritaron: «—Que hable Adrián».

Me levanté sin soltar la mano de Xulia, estaba tan emocionado que no tenía muy claro que pudiera pronunciar alguna palabra, pero tenía que hacerlo.

—Tampoco yo imaginaba todo esto cuando un día, siendo aún estudiantes, Xulia encontró mi primer manuscrito y decidió por mí que aquello era bueno y que había que publicarlo. Desde entonces me

dedico a escribir y, por supuesto, ella ha estado siempre a mi lado gestionando mi carrera, que como veis, lo hace genial. Quiero deciros que ahora, además de mi agente, es mi pareja— La hice levantar, y sin soltar su mano continué—. Es la mujer de mi vida, la que ha estado siempre a mi lado, aguantando todas mis neuras y mis equivocaciones. Quiero brindar por Xulia, porque podéis estar seguros que sin ella yo no estaría hoy aquí celebrando con vosotros este éxito, que lo es de ella tanto como mío.

Mi madre y la de Xulia lloraban emocionadas y todos aplaudían mis

palabras.

—Aún no he terminado. Quiero agradecer a mi familia la paciencia que han tenido siempre conmigo, que hayan sabido perdonar mi desarraigo en alguna mala época de mi vida. A vosotros, amigos antiguos, agradecereros el haberme vuelto a admitir en vuestra vida con tanto cariño, y a los nuevos por haberme acogido dándome vuestro apoyo de una manera tan patente. A ti, mi queridísima tía Sacha, no tengo palabras para agradecerte que me hayas adoptado como hijo, poniendo en mis manos todo lo tuyo. Eres mi segunda madre, lo

sabes, y te adoro. Todos sois lo mejor. Pero hoy mi mayor felicidad no es el éxito obtenido como escritor, puedo asegurároslo. Mi gran éxito y mi felicidad en este momento es saber que os tengo en mi vida.

Miré a Xulia que lloraba emocionadísima. Cogí su cara entre mis manos, limpié sus lágrimas con los pulgares y la besé.

—Siempre fuiste tú. Siempre fuiste mi Julieta. Todo esto es gracias a ti. Después de aquel momento tan emocionante, sincero y de tanto amor. Continuamos charlando y bebiendo. Entonces recordé que

Marieta también tenía algo que contar.

La miré y le hice una seña con la cabeza animándola a hablar. No se atrevía, así que le di un pequeño empujón.

—Perdonad un momento.

Mi hermano me miró con mucho cachondeo.

—¿Pero todavía no has acabado?

—Calla hombre, ahora nuestra querida hermanita, Marieta, creo que tiene algo que decir. ¡Ánimo, Marieta! La audiencia es tuya.

Ella roja como un tomate se levantó y Franco lo hizo con ella cogiéndola de la mano.

Mis padres los miraron sorprendidos, esperando a ver qué era lo que iban a decir aquellos dos, algo se esperaban, pero no todo...

Marieta por fin se dispuso a hablar. —Pues yo quería deciros que Franco me ha pedido que me case con él y he aceptado.

A mi padre le cogió de sorpresa.

— ¿Qué? ¿Pero esto cuándo lo habéis decidido?

—Lo hemos decidido hace unos días, no teníamos pensado casarnos aún, pero... los padres de Franco no quieren que su nieto nazca fuera del matrimonio.

Mi madre lloraba, no sé si emocionada o desconsolada. Tía Sacha le pasó un brazo por el hombro diciendo:

— ¡Alégrate, mujer! Y no te preocupes, ya me encargo yo de ellos, porque estos se van para Italia seguro.

Franco y Marieta se acercaron a mis padres y empezaron a relatarles su historia. La celebración se prolongó hasta altas hora de la madrugada. Los primeros en irse fueron Pietro y Claudia, nos despedimos de ellos asegurándoles que iríamos a su casa a visitarlos cuando ella terminara la temporada

de conciertos.

Marco y Marcela también se tenían que ir, puesto que Marcela tenía que hacer su programa semanal.

—Cuando volváis a Italia llamadme, quiero entrevistar al gran escritor Adrián Enríquez en mi programa.

—Eso está hecho, tienes la primicia asegurada.

Finalmente, mis padres y los de Xulia se retiraron a sus respectivos hoteles, pues al día siguiente salía su avión para Santiago.

— ¿Cuándo vais a venir a casa?

—Tenemos presentaciones en varias ciudades, hemos dejado

Santiago para el final, así después iremos al pueblo a descansar unos días. Luego Xulia y yo haremos un viaje. Tal vez vayamos a Escocia, tenemos una cita pendiente con Anthony Hopkins.

— ¿Qué dices?

— Bueno, lo hemos conocido en Verona, cuando asistimos al estreno de Claudia Martinelli. Pero lo que quiero de verdad es hacer un viaje con Xulia. Creo que se lo tiene merecido.

Xulia me miró frunciendo el ceño.

— No, en todo caso, nos lo tenemos merecido, los dos.

A Sacha conseguimos convencerla

para que se fuese a pasar unos días a Galicia con mis padres y finalmente había aceptado.

Xulia y yo, después de despedirnos de toda nuestra gente, pedimos un taxi y nos fuimos a nuestro hotel. Recordé de nuevo el aparatito que me conectaba a Xulia y comencé a darle. Ella, ya relajada, se apoyó en mí y se dejó llevar por el intenso placer que le estaba proporcionando.

—No sé si llegaré a la habitación. Le metí la mano debajo del vestido, ella abrió un poco las piernas para darme acceso y le masajeeé el clítoris hasta que el orgasmo la

desbordó, ahogó sus gemidos en mi cuello. Menos mal que el taxista iba escuchando la radio y la música amortiguó sus ruidos.

—Hemos llegado— anunció el hombre.

Pagué y ayudé a Xulia a salir.

—Estoy muerta, Adrián, totalmente agotada.

—Lo sé, cariño.

La llevé en volandas hasta el ascensor. Iba apoyada en mí cuando llegamos al último piso, en el que estaba nuestra habitación, ya no era capaz de abrir los ojos. La cogí en brazos y la llevé hasta la cama. Le quité los zapatos y el vestido,

entonces recordé que aún llevaba el juguetito dentro. Tenía que quitárselo.

—Julieta, cariño, abre las piernas, voy a quitarte el vibrador.

—Ummm, ¿qué me haces? No puedo más, Adri...

—Lo sé, tranquila, déjame quitarte esto.

Abrí su sexo y tiré del cordoncito para que saliera el pequeño huevo. Ella suspiró ruidosamente, y yo me quedé con las ganas de meterme en ella profundamente, pero no era el momento. debía dejarla descansar. Además, íbamos a tener todo el tiempo del mundo para disfrutar del

amor y del sexo en total plenitud.

FIN

BIOGRAFÍA



Mencía Yano es un pseudónimo de Ofir Enríquez Noya.

He estudiado Educación Social en

la UNED y a raíz de esto, me he hecho monitora de ocio y tiempo libre y Animadora Sociocultural.

Trabajé durante cuatro años impartiendo un taller de Memoria y Motricidad para mayores en un Centro comunitario de la Xunta de Galicia. Desde entonces me dedico a escribir a tiempo completo. He auto publicado mi primer libro “EL invierno que nos cambió” en Abril de 2013. En Marzo de 2014, una editorial publicó mi segundo libro “Magnolias para Andrea”, este año también fueron publicados dos relatos en una antología que publicó la Ed. Divalentis titulada “152

Rosas Blancas”. En febrero de 2015 y de nuevo con una editorial, vio la luz “El amor siempre llama dos veces”. En diciembre de 2016 autopubliqué una novela corta con fines solidarios titulada “La noche del tren” y en enero de 2017 he vuelto a autopublicar un relato corto “La nueva vida de Miranda” como regalo para mis lectores.

AGRADECIMIENTO

A todos mis lectores, que cada vez son más, sin ellos esto no tendría sentido. A mi buena gente de las redes sociales, por el increíble apoyo. A “Tertulias a tu manera” y a todas las que os dedicáis a hacer reseñas, por haber dedicado un tiempo leer mis libros, y haber sido tan generosas en vuestras críticas. Por supuesto a Multiverso editorial. Gracias a todos. Espero que os guste y disfrutéis con su lectura.

Table of Contents

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

CAPÍTULO XXXI

BIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS